CACERÍA INTERPLANETARIA
Arthur K. Barnes



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

VENUS

EL LÁTIGO

Este monstruo alcanza una altura de casi cincuenta pies en posición erecta, sobre dos enormes patas macizas. Dos cortas patas delanteras, provistas de garras, y una cabeza larga y estrecha, que recuerda a un lobo terrestre, con dos grandes colmillos y pequeñas orejas, describen al más temible y maligno animal de Venus. Tiene una lengua fina y estrecha de cincuenta pies de longitud afilada como una navaja de afeitar.

ROTIFERO *(Comúnmente llamado el busardo de Venus)*

Es un animal de color gris, redondo en forma de bola, recubierto por docenas de sólidas cerdas, que le sirven para desplazarse a paso rápido. La boca, semioculta, recoge cualquier cosa con la que toma contacto. Puede decirse que es el basurero del planeta, el recolector de carroña de Venus.

ESCARABAJO ZUMBADOR

Los menudos escarabajos voladores y de estructura blindada de Venus, son tremendamente rápidos en el vuelo, con absoluto desprecio a cualquier objeto con que tropiecen a su paso. Les atrae particularmente el olor del humo del tabaco, y muchas veces, un cazador ha resultado muerto por fumar fuera de un local cerrado.

MURRI *(El seudosimio Murri)*

Denominados así por el gran explorador, pionero en Venus, Sidney Murray. El murri tiene un cierto parecido con el mono proboscídeo de la Tierra, es de color marrón grisáceo, con escasos pelos en la espalda. Tiene unos grandes ojos pardos y constantemente murmura: «murri... murri... murri».

HOCICO DE PALA

Este monstruo tiene una envergadura de cincuenta pies de largo por veinte de anchura, está provisto de tres pares de cortas y poderosas patas que terminan en unos discos enormemente espatulados. Está recubierto de una piel ruda y espesa. La cabeza forma casi en su totalidad un enorme hocico aplastado cuya abertura mide varios pies de un extremo a otro. De naturaleza herbívora, usa la trompa como una pala para hocicar y remover el terreno en las ciénagas y marismas de Venus, donde se procura su alimento.

* * *

Un nuevo día venusiano... siento setenta horas de soportar un calor húmedo y sofocante. Un interminable período de monotonía, viviendo en las nieblas eternas, que forman remolinos constantes, pegajosos y húmedos, enervantes, cargados de miasmas, vibrando con los secretos murmullos de las mefíticas formas de vida del planeta. Aquello era el acontecer diario de la plúmbea existencia de un comerciante en Venus, seguro solamente bajo el refugio de su puesto de comercio, erigido con zancudos soportes a veinte pies de altura sobre la esponjosa superficie del terreno; pero aburrido hasta el borde de la locura.

Tommy Strike salió de debajo de la ducha antiséptica, principal defensa de los terrestres contra las miríadas de bacterias infecciosas que pululan en el invernadero, que es el planeta

Venus.

Echó mano de una toalla, cambió el dispositivo de refrigeración que había de preservarles durante los cálidos días del planeta, por el sistema de calefacción nocturno, y gritó:

-¡Roy! ¡Despierta! ¡Hoy es el gran día! ¡Los ingleses vienen! ¡Prepárate para el acontecimiento!

Roy Ramson, el ayudante de Strike, apareció tambaleándose y restregándose los ojos.

-¿Ingleses? -farfulló-. ¿Qué ingleses?

-¡Vaya! ¡Gerry Carlyle! El gran Carlyle viene hoy. Y en su navío especial con su tripulación especializada, directamente desde el Zoo Interplanetario de Londres. ¡El famoso «Cógelos-vivos» Carlyle está en marcha y nosotros somos los tipos afortunados elegidos para servirles de guía en su expedición a Venus!

Ramson se rascó una pierna gruesa y peluda y se dirigió bajo la ducha con expresión avinagrada.

-¿Es ésa la gran noticia? -preguntó.

-No pareces mirar con agrado al señor Carlyle -comentó Strike con una risita entre dientes.

-No, desde luego que no. Ya he oído de él todo cuanto tenía que oír. El capturar animales de diferentes planetas y llevarlos al Zoo de Londres, me parece muy bien. Me gustaría a mí mismo semejante ocupación. Pero un individuo que calcula y utiliza tal repugnante cantidad de publicidad en sus negocios, tiene necesariamente que tener mucho de falso en su actuación. -Y se dirigió hacia la radio de onda corta instalada en un rincón de la salita de estar-. Estando tan cerca del Sol, tendremos suerte si captamos un par de programas de la Tierra por día, a través de la interferencias. Y creo que cada uno de ellos traerá algo relacionado con ese condenado Carlyle. «Carlyle se alimenta con cubitos Vita durante su expedición»... «Carlyle fuma cigarrillos sin gérmenes de la marca Suaves»... «Gerry Carlyle bebe el maravilloso y refrescante Alka-lager»... ¡Puaff! Y ahora, se nos ordena trabajar de firme por todo este condenado y chorreante planeta, haciendo todo el trabajo de recoger un buen puñado de ejemplares vivientes de fantásticos animales, para que ellos vuelvan con toda la gloria a casa...

Tommy Strike, se puso a reír de buena gana.

-¡Bah, Roy, mucho ladrar y poco morder! Estoy seguro de que te alegrarás tanto como yo de que algo venga a interrumpir esta espantosa monotonía.

Strike se acabó de vestir con las ropas de día, camiseta y pantalones de un fino material engomado y las inevitables botas de amplia suela para atravesar los traicioneros lugares fangosos y movedizos de la superficie de Venus.

-¿Sí, eh? -replicó Ransom-. Te diré algo sobre esta visita... y tendremos jaleo, ya lo verás. Tan seguro como que has nacido, Tommy, estos tipos vienen aquí para tratar de conseguir dos o tres murris, o así se lo figuran, por lo menos... Y ya sabes lo que eso quiere decir.

A Strike se lo nublaron los ojos. En la advertencia de Ransom se encerraba una gran verdad La cacería de aquellas extrañas criaturas, llamadas murris, nunca había proporcionado, sino grandes inconvenientes, desde los días de Sidney Murray, el jefe adjunto de la gran expedición Cecil Stanhope-Sidney-Murray, el primero en descubrir aquellos pequeños y extraordinarios animales venusianos.

-Bien -repuso encogiéndose de hombros-, podemos aguantar hasta que esté dispuesto a marcharse y tengamos entonces algo para divertirnos. Puede ser que entonces razone debidamente.

Ransom sacudió la cabeza con disgusto sin pronunciar palabra, ante tan fantástica esperanza.

-De cualquier forma -insistió Strike, determinado a ver las cosas por el lado más amable-, aún en el caso de que haya alguna complicación seria, todo estará terminado en pocos días. Voy al campo de aterrizaje. Estarán al llegar.

Tommy se dirigió al exterior, surgiendo a la irrespirable y tórrida atmósfera, que cegaba la

Librodot

visión de los contornos de las cosas, saturada con el hedor de la putrefacción de aquella hirviente vida vegetal y animal. Los ojos humanos, no podían penetrar más allá de cien pies de distancia en aquella eterna mortaja de niebla, incluso en el caso de que una corriente de aire, la barriera temporalmente, convirtiéndola en celajes blanquecinos de color lechoso. Strike hizo una mueca de desagrado y sin reflexionarlo, llenó y encendió la pipa.

Treinta segundos más tarde, el aire se hallaba poblado con el zumbido agudo de docenas de los fabulosos escarabajos voladores, que estrellaban ciegamente sus pequeños caparazones contra las planchas metálicas de la estación comerciales de los terrestres, atraídos por el olor del tabaco. Strike comprendió su error y se apresuró a apagar y guardar la pipa. No era posible para un hombre, ni disfrutar del placer de fumar, en aquel maldito planeta. Su vida corría un grave riesgo por la terrorífica velocidad del vuelo de aquellos insectos alados, disparados como saetas.

Avanzó algunos pasos más y se puso en seguridad, en la parte posterior de la estación, donde los abandonados tanques de carbonato cálcico, surgían relucientes como gigantes metálicos en la niebla. Hubo una época, en que había sido preciso bombear y esparcir toda aquella substancia en el aeropuerto espacial en miniatura, rodeándolo de una cierta seguridad para que cualquier espacio-nave pudiera tomar contacto con el suelo venusiano Allí, a una gran altura en el aire, existían esparcidos, miles de diminutos inyectores que por su gran afinidad con el agua, creaban un túnel vertical a través de la niebla, que podía localizar el piloto de la nave espacial. Ahora, los modernos adelantos en materia telescópica, habían convertido aquella instalación en algo anticuado.

Strike, paseó deliberadamente a lo largo del sendero paralelo a la antigua tubería principal - los habitantes de la Tierra habían aprendido pronto a no apartarse mucho do los lugares conocidos en semejante atmósfera- y antes de que hubiera cubierto la mitad del camino, sus sensibles oídos captaron el potente silbido de una espacio-nave entrando en la atmósfera del planeta venusiano.

El ruido fue en aumento, hasta hacerse intolerable a través de la niebla, después disminuyó hasta producirse un completo silencio. Se oyó el chocar de metales y unas voces humanas más tarde. Gerry Carlyle y su gente, acababan de llegar a Venus.

Strike aceleró el paso y enseguida franqueó el claro que servía de aeropuerto espacial. Se detuvo para permitir a sus ojos maravillados, recorrer el terreno circundante, sobre aquella visión tan poco frecuente. La espacio-nave famosa de Carlyle, era un increíble monstruo de metal brillante, que ocupaba casi la totalidad del pequeño aeropuerto, elevándose en el aire más allá de donde sus ojos podían ver con claridad en la espesa atmósfera venusiana. Sus claraboyas de cristal verde, brillaban fantásticamente con la luz interior del navío espacial. Éste, era algo inmenso, aproximándose en tamaño a los navíos gigantes que viajaban hasta los límites del sistema solar. Strike no había visto nunca antes tan cerca, una espacio-nave de semejantes proporciones. Sonrió a la vista del nombre pintado en grandes letras: *El Arca.*

El Arca, desde luego, era uno de los modernísimos elementos de vuelo espaciales, basados en el aprovechamiento de la fuerza centrífuga. En su interior, se hallaba instalado un centrifugador de increíble poder, con millones de diminutos rotores que funcionaban en explosiones de aire comprimido, generando suficiente energía para impulsar aquella gigantesca nave del espacio a tremendas velocidades. El equipo de *El Arca,* además, era algo de lo que se había hablado por todo el sistema.

Carlyle, apoyado por los enormes recursos del Zoo Interplanetario, había convertido la espacio-nave en un laboratorio flotante, con compartimientos adecuados para las especies capturadas, teniendo cada una, un exacto duplicado de las condiciones de vida de sus planetas de origen. Las invenciones científicas más modernas, se hallaban incluidas en aquella fabulosa instalación, los rayos paralizantes, el telescopio electrónico, la antigravedad y una serie de cosas más de las que Strike sólo tenía una vaga noción de oídas.

Sus cavilaciones se vieron interrumpidas por la aproximación de un hombre brillantemente uniformado, que saludó sonriendo.

-¿Es usted el señor Strike? -preguntó-. Soy el subpiloto Barrows de *El Arca* y estoy encantado de saludarle. Gerry Carlyle desea verle inmediatamente. Deseamos comenzar el trabajo enseguida.

El día, por lo visto, debía estar lleno de sorpresas para Tommy Strike, y quizá la mayor de todas, fue la que recibió cuando saltó a la escotilla de acceso a la espacio-nave, brillantemente iluminada en su interior. Porque aguardándole allí, con una fría sonrisa en los labios, aparecía la chica más bonita que Tommy hubiese visto jamás en su vida.

-El señor Strike -dijo Barrows a modo de presentación-. La señorita Gerry Carlyle.

El comerciante se quedó mirando fijamente, atónito como si acabara de estallar un rayo a su pies. En aquellos días de cirugía estética avanzada, la belleza femenina no era una cosa rara; pero hasta el ojo poco avezado de Strike, comprendió que lo que tenía delante era una belleza real e impresionante. No se trataba de una rubia sintética, una muñeca bonita fabricada a placer, sino una espléndida belleza natural, donde el bisturí del cirujano no había tenido nada que hacer: un cabello dorado, unos ojos que brillaban de inteligencia, un tinte de pasión y temperamento en la curva de su boca y en el trazado de su nariz. En pocas palabras: una mujer de cuerpo entero.

Pero la voz de la señorita Carlyle fue un chorro de agua helada, que volvió a Tommy a sus maneras terrestres.

-No parece usted muy entusiasmado al hallar a, su jefe temporal, señor Strike. ¿Hay algo contra mi persona?

Strike se sonrojó visiblemente, irritado consigo mismo y contra su propia confusión del momento.

-¡Oh, oh, no! -Y farfulló unas palabras incoherentes-. Era... quiero decir, que estoy sorprendido de que sea usted una mujer. Yo... nosotros, esperábamos encontrarnos con un hombre eh... bien, en su lugar. Es más bien un asunto para hombres.

El subpiloto Barrows tenía que haber advertido a Tommy sobre el particular pero no había tenido oportunidad. La chica se irguió y habló fríamente.

-No existe ningún hombre en este asunto, que haya hecho ni una fracción de lo realizado por mí. Nombre a una media docena de cazadores interplanetarios, Rogers, Candem, Potter..., y ninguno de ellos está a la altura mía. ¿Un oficio para hombres, eh? Creo que no tendrá necesidad de preocuparse por mí, señor Strike. Encontrará usted, que yo soy lo suficiente hombre para enfrentarme con cualquier cosa que este planeta tenga que ofrecer.

Strike enarcó las cejas. Una hembra arrogante, por añadidura. Un tremendo sentido de su propia importancia, obstinada y egoísta. Strike decidió que aquella mujer le desagradaba y esperó más bien que hubiese venido en busca de los murris. De ser así, aquella fatua mujer tendría que aprender una o dos amargas lecciones.

El siguiente interludio de cinco minutos transcurrió con las faenas de desembarco, todo hecho bajo la voz autoritaria de Gerry Carlyle, que restallaba como un látigo, emitiendo sus órdenes. Hasta que Tommy Strike, se halló a sí mismo conduciendo a un pequeño grupo expedicionario hacia la estación comercial. Entonces, sorprendentemente, la señorita Carlyle mostró una atención halagadora hacia Tommy. En primer lugar, se interesó en los negocios de la estación comercial.

-No es nada divertido -le comentó su propietario-. La mayor parte del tiempo lo pasamos encerrados en su interior, jugando a las cartas u oyendo alguna pesada emisión de radio. Durante el día venusiano, nuestros nativos llegan de vez en cuando con un cargamento de plantas medicinales, en las que estamos interesados. Ocasionalmente nos traen alguna piedra preciosa en bruto de diversas calidades, aunque Venus es muy pobre en minerales. La única piedra de algún valor estimable que puede ser hallada en el planeta, es la esmeralda.

-Seguramente que no será suficiente beneficio el de las plantas medicinales, teniendo en cuenta el costo del transporte espacial, lo que haya persuadido a un joven como usted, a permanecer enterrado aquí -comentó Gerry con un gesto significativo de la mano.

-Sí, existe realmente ese beneficio -repuso Strike encogiéndose de hombros-. Las drogas

destiladas de ciertas especies vegetales de Venus, son realmente de gran valor. Además, naturalmente, existe el margen de la aventura -concluyó Tommy sonriendo torcidamente.

-¿De veras?

-Muchos exploradores jóvenes con arrestos, desean un contrato por tres años por el fascinante encanto de la vida en Venus..., si no tienen conocimiento de la realidad de antemano, desde luego. Lo difícil después, es recibir periódicamente una navío espacial en nuestra ruta. Raramente vemos más de uno en un período correspondiente a tres o cuatro meses de la Tierra.

-¿Pero... es posible? ¿Existe esto en Venus? -preguntó la joven, mirando atentamente a los miles de hongos brotar del mojado suelo del planeta, con movimientos casi perceptibles. Eran unos hongos conformados casi como un cuerpo humano y de color tan pálido que más bien parecían los espíritus de unos cadáveres resurgiendo de sus sepulturas.

El comerciante hizo una mueca. A Strike jamás le habían gustado aquellos hongos. Le recordaban constantemente la batalla y la destrucción en aquel lugar infernal, donde cada criatura inclinaba sus medios destructivos hacia su vecina, y donde aún las plantas estaban provistas de espinas venenosas, mientras que las flores exhalaban gases letales tendiendo una trampa al primer incauto de su proximidad.

-Son hongos en su mayoría -repuso Strike-. Crecen y se propagan a una rapidez vertiginosa. Muchas de las pequeñas formas de vida de Venus, existen solamente un día. En ese período nacen, viven y mueren, todo en ciento setenta horas. Naturalmente, su ciclo vital es muy rápido. En unas cuantas horas, todas esas bolas vegetales, revientan expulsando las esporas y desparramándolas a su alrededor. Resulta divertido e interesante. Durante la larga noche del planeta, las esporas permanecen aletargadas. También una gran parte de los animales, permanece en estado de hibernación, a causa del intenso frío. La vida nocturna aquí, es nula. Este es, estrictamente hablando, un planeta de las nueve en punto.

Gerry olfateó, notando lo que todos los recién llegados a Venus apreciaban. Aunque la vista es pardusca y monótona casi sin colorido apreciable, el olfato se siente asaltado por una increíble multiplicidad de olores: dulzones, almizclados, picantes, con toda una gama de sensaciones olfatorias no familiares que percibir.

Strike explicó a Gerry, que en la Tierra, las plantas con flores, son normalmente fertilizadas por el paso de insectos de una a otra, y que desarrollando pétalos de colores vivos, atraen así a las abejas y mariposas y a otros insectos voladores. Pero en Venus, donde la neblina perpetua relega a la impotencia cualquier intento de atraer por lo órganos visuales, las plantas se han adaptado apelando al sentido del olfato, suministrando así toda suerte de olores excitantes. Y, entre preguntas de Gerry y respuestas de Strike sobre la marcha, el pequeño grupo expedicionario llegó a la estación comercial, en aquel trayecto realmente corto en distancia. Pero Tommy, no se dejó engañar por el súbito cambio de actitud de la joven. Se imaginaba, que una cazadora interplanetaria de la experiencia de Gerry, tendría, sin duda alguna, que hallarse muy bien informada sobre las condiciones del planeta antes de haber venido a Venus. Y estuvo cierto de que ella conocía las respuestas, en el momento de hacer sus preguntas. Gerry, debió haber notado el gesto de desagrado de Tommy en los primeros instantes de su primer encuentro en el aeropuerto espacial, y trató deliberadamente después, de congraciarse con él, para promover un estado de aceptable armonía durante el breve espacio de su permanecía en el brumoso planeta venusiano. El comerciante deseaba a. su vez aparecer amistoso; pero miraba a la chica con precaución y disgusto. La agresividad de Gerry, no era de su agrado.

Gerry Carlyle, era, decididamente, una mujer de acción.

-No hay tiempo que perder -declaró incisivamente al llegar al puesto comercial-. La Tierra y Venus están próximas a una conjunción y quiero estar dispuesta a partir lo más pronto posible, llegado ese momento. No me gusta la idea de vagar por el espacio con un cargamento de especies animales como las que he de capturar. Si usted no tiene nada que oponer, señor

Strike, haremos nuestra primera irrupción inmediatamente.

Strike movió la cabeza, mirando fijamente a la inquieta chica, que hacía solo un instante aparecía tan cálida y amistosa, para pasar inmediatamente a un estado de dominio imperioso.

-Desde luego -convino Tommy-. Estaré con usted dentro de un instante.

Trepó ágilmente por la escalera metálica, hasta donde Ransom, asomado al porche de la estación, aparecía con su cara redonda y barbuda, maravillado de la presencia de los nuevos visitantes y ambos desaparecieron en el interior de la estación. Strike apareció nuevamente portando un equipo transmisor de radio.

-Ransom nos enviará un haz de radio, sobre el que viajaremos. Ya le he advertido del camino a seguir, y estará atento a cualquier desviación de nuestros movimientos. Es la única forma posible de cubrir cualquier distancia en esta lobreguez eterna. -Tommy ajustó un simple auricular y deslizó el pequeño equipo portátil de radio emisor-receptor, en uno de los bolsillos.

En seguida, Tommy insistió en recubrir la nariz de los expedicionarios interiormente con una substancia aromática.

-Es un poderoso germicida -advirtió sonriendo-. Por cada animal peligroso de los que existen en Venus, existen un centenar de bacterias temibles, que pueden poner fuera de combate a un terrestre, en veinte horas. Supongo que esto acaba los preparativos de la expedición. ¿Podemos salir? Debo advertir a ustedes que el sentido de la percepción está muy desarrollado aquí, por tanto, espero que esto les ayudará a moverse con el mayor silencio posible.

-Un momento -advirtió repentinamente la voz glacial de Gerry-. Quiero que queden establecidas dos cosas: Primero, yo soy el solo jefe de esta expedición y mis órdenes son únicas. -Y sonrió con una helada dulzura-. No admito reclamaciones, desde luego, señor Strike, y quiero establecerlo así para evitar futuros malentendidos. Segundo: tiene usted que saber que el exclusivo objeto de esta expedición es capturar uno o más ejemplares de murris y volver con ellos vivos. Tomaremos además otras especies vivientes, por supuesto, pero el murri es nuestra exclusiva finalidad.

Y miró a su alrededor desafiadoramente, como si esperase cualquier reacción negativa. Y en efecto, no fue decepcionada. Strike miró al porche, cambiando una mirada significativa con Ransom. Ante la mirada de Tommy y su sonrisa burlona, el temperamento de Gerry explotó.

-¿Qué misterio se encierra tras ese murri? Donde quiera que vaya, en Venus, allá en la Tierra, entre miembros de mi propia profesión, si se menciona la palabra murri, todo el mundo frunce el ceño y trata de cambiar de conversación. ¿Por qué?

Nadie le respondió. El grupo de Carlyle se puso en marcha a disgusto. Las botas hacían unos ruidos succionantes al moverse. Strike acabó respondiendo:

-El hecho es que usted no ha capturado nunca un murri vivo. Pero usted no lo creerá si le digo la razón, señorita Carlyle. Yo...

-¿Por qué no? ¿Qué es lo que sucede con ellos? ¿Es que su presencia resulta fatal a la especie humana en alguna forma?

-Oh, no, no es eso.

-¿Son acaso tan raros o tan asustadizos que no pueden ser hallados? ¿Se trata de una especie tan huidiza que hace imposible su localización?

-No, creo que podré encontrarle varios, antes de que pueda usted capturar alguno.

-Entonces, deben ser tan delicados, que no podrán permanecer en la nave, ni realizar el viaje ¿es cierto? De ser así, puedo decirle, que tenemos a nuestra disposición los medios para realizar un duplicado exacto de su condición ambiental en Venus.

-No, tampoco es eso -repuso Tommy, con un suspiro de resignación.

-Entonces, pues ¿de qué se trata? -gritó Gerry-. ¿A qué viene tanto misterio y esas miradas evasivas? Están ustedes actuando como Hankk Rogers, que acababa de volver de Venus, con las manos vacías, tras haber tratado de capturar un ejemplar de murri. Le pregunté la razón y

rehusó contestarme. Esto me hace sentirme irritada y confusa. ¿Qué es lo que hay en todo esto, si puede saberse?

Tommy Strike movió la cabeza firmemente:

-No es para ser explicado, señorita Carlyle. Es algo que debe usted descubrir por sí misma.

Y con esta nota de insatisfacción, el grupo se adentró en la niebla. La media docena de hombres de *El Arca,* estaban sorprendidos de hallar el camino relativamente fácil. Aunque la gran cantidad de agua en Venus, presupone una jungla intrincada y profusa, hay poca luz solar para apreciar los más altos ejemplares de árboles gigantes, algunos de los cuales, sobrepasa en cientos de pies la cortina de eterna niebla que flota en el ambiente de Venus, quienes a su vez, no dejan filtrar más luz a causa de sus enormes hojas. La vegetación inferior se extiende como una maraña de arbustos y matorrales del tipo cactus recubiertos de venenosas espinas y una innumerable variedad de especies de plantas con flores casi incoloras; pero recargadas de fuertes olores y perfumes que se amontonan para captar el diluido resplandor solar sin interferencias, ocasionalmente en los árboles aislados y solitarios.

-El principal peligro en la marcha -explicó Strike- es perder el haz de ondas de radio. A veces nos hemos visto en grandes apuros para no perder la señal.

El grupo, con Gerry y Strike a la cabeza, no había empleado más de cinco minutos desde que se alejaron de la estación comercial, cuando se vio envuelto por el ruido infernal que producen cientos de cerdos, gruñendo y chillando, a la hora de alimentar. El ruido, que alteró la quietud de las marismas, era intermitente, surgiendo durante algunos segundos en algún lugar delante de la expedición, para detenerse bruscamente y ser substituido de nuevo por chapoteos en el fango y sonidos entremezclados. Todo el grupo se detuvo un instante, ante aquel imponente ruido inesperado y extraño. Era algo que parecía no provenir de ningún sitio concreto.

-Es el hocico de pala -explicó con una mueca Strike-. No es muy peligroso.

Gerry miró de reojo al guía, tratando de captar su significación.

-Los preferimos peligrosos, realmente -comentó la joven-. Aunque difícilmente esperaba encontrar algo interesante en este planeta tan cercano a... la civilización.

Tommy observó divertido e interesado y con cierta excitación, los preparativos que el equipo de Gerry realizaba con rutina profesional. Las tajantes y rápidas órdenes de la chica, detallaban en aquel momento que un hombre permaneciese con el grueso del equipo. Dos más se encargarían con un par de armas de rayos catódicos, pequeños cañones además de la pistola corriente, que como la de Tommy, se usaba para cualquier emergencia. Dos de los otros, incluyendo a la joven, seleccionaron armas que tenían un cierto parecido con los antiguos rifles de la Tierra, y que entonces solo se veían en los museos. Barrows iba al encargo de la cámara tomavistas.

-Allen -ordenó Gerry-, diríjase en círculo por la izquierda. Kranz que vaya por la derecha. Como de costumbre, guárdense de hacer fuego, a, menos que no sea absolutamente indispensable para evitar la huida del ejemplar. Les damos tres minutos para situarse en sus posiciones respectivas.

Los dos cazadores ayudantes, se adelantaron inmediatamente a cumplir las órdenes recibidas. Strike advirtió de improviso.

-¡Esperen! -gritó-. Vuelvan aquí. Ninguno debe perderse de vista. Es demasiado fácil quedarse perdido indefinidamente. Los sonidos aquí llegan lejos; pero a un oído no entrenado le resulta imposible determinar de qué lugar proceden, en esta niebla.

Los ojos de Gerry Carlyle llamearon momentáneamente, de rabia mal contenida, al ver sus órdenes rectificadas; pero el plan de acción tuvo que ser reformado, de forma que los dos flanqueadores permanecieron dentro de la visión del grupo principal.

Strike se había imaginado, que los ayudantes de Gerry, eran mas bien un equipo vulgar de individuos que se limitarían a obedecer automáticamente las órdenes de su jefe y que ninguno de ellos sería nadie por sí mismo, cuando se viera privado de las instrucciones de un conductor. Pero cuando el grupo desplegó con precisión militar, Tommy debió admitir, que

nunca había visto realizar unos movimientos tan competentes.

Ni el más pequeño ruido alteró la quietud de las ciénagas. Incluso los ruidos burbujeantes de las charcas, había desaparecido. En el minuto siguiente, se habían deslizado hasta alcanzar un pequeño claro, donde se quedaron mirando con curiosidad profesional el monstruo elegido, que se había denunciado a sí mismo con sus rugidos: el hocico de pala.

Aquel extraño e imponente animal, merecía un segundo examen. Cincuenta pies de largura por veinte de ancho, eran las medidas aproximadas de su envergadura animal. Estaba provisto de tres pares de patas poderosas y achatadas, terminando en unos enormes discos espatulados, y la piel espesa y dura de color grisáceo relucía mojada, entre la bruma ambiental y la media luz venusina. La característica más sorprendente de aquel tremendo animal la constituía su enorme cabeza, que en lugar de redondearse en algún punto, se expandía aplastada como una enorme pala, teniendo por hocico una gran abertura de varios pies de extensión de un extremo a otro, horizontalmente.

El hocico de pala se quedó mirando fijamente al grupo, desinteresadamente a través de sus ojuelos turbios y después agachó la cabeza y comenzó a cerner lentamente su enorme corpachón por el claro del bosque. Con el hocico aró literalmente el suelo en varias yardas de extensión, mientras iba comiendo indistintamente los numerosos hongos, matas bajas, tallos y brozas.

-Herbívoro -murmuró Strike-. Su principal alimento lo constituyen los hongos de crecimiento rápido; pero toma tal cantidad para una buena comida que tiene que emplear la mayor parte de sus horas de vigilia en comer cuanto encuentra al paso sin descanso.

Evidentemente el animal tenía que hallarse comiendo desde hacía un buen rato porque el claro aparecía como si un granjero borracho hubiese tratado de labrarlo en todas las direcciones. Gerry hizo una señal y sus hombres se movieron tomando posiciones como soldados en una operación militar.

Se deslizó hacia el lado ciego del animal y apuntó cuidadosamente con su curioso rifle a la suave porción interior de una de las patas del hocico de pala. Se oyó el chasquido del disparo y la bestia dio un salto, se inclinó hacia la herida recibida momentáneamente y continuó buscando más alimento. Pero veinte segundos más tarde, comenzó a tambalearse de un lado a otro, desplomándose inconsciente a renglón seguido. Simplemente así, sencillo, eficiente y sin ruido. Tommy Strike se sintió decepcionado.

-¡Qué desencanto! -murmuró disgustado-. ¡Esperaba una terrible batalla y una buena dosis de excitación y quizá un hombre o dos, muertos de entre nosotros, con lo que haber filmado una interesante película!

-¿Con el señor Strike rescatando heroicamente a Gerry Carlyle de las garras de la muerte, eh? -repuso la joven sonriendo al conturbado comerciante-. Lo siento, pero esto es un negocio, señor Strike y creo que es más interesante actuar con seguridad y Conservar a mis hombres intactos. Los tengo en gran valor para arriesgar sus vidas estúpidamente en aras de cualquier publicidad de un puñado de agentes baratos y sensacionalistas al volver a casa. No. Ya tenemos suficientes aventuras y excitación, cuando alguno comete algún error. El grupo Carlyle comete el minimun de errores posible.

Aquel fue el arrogante y seguro discurso de Gerry Carlyle y Strike no trató de discutir con ella.

-Supongo que usted usa alguna especie de bala hipodérmica en esa curiosa clase de rifle que utilizan. Sin embargo, creí que usarían armas más científicas. Eso parece, algo primitivo.

La joven sonrió.

-Ya lo sé. Está usted pensando en los gases anestésicos. O en el empleo de esos maravillosos rayos paralizantes. Bien, existe una gran cantidad de inventos modernos, que van muy bien bajo el control de las condiciones de un laboratorio; pero que fracasan a campo abierto. Los rayos paralizantes, son por el momento un juguete, totalmente impracticable. No pueden ser empleados todavía; porque cada animal requiere una dosis distinta y raramente disponemos de tiempo suficiente para realizarlo en este trabajo.

-También puede ser fatal, si la víctima recibe demasiada carga en un disparo. Y con relación a los gases letales, se precisa que el cazador vaya provisto de una máscara antigás, resultando igualmente difícil de controlar la dosis apropiada, de las que existen entre la inconsciencia y la muerte.

Strike movió la cabeza, comprendiendo, y se volvió para sorprenderse de la actividad que reinaba tras él. Mientras había estado hablando con Gerry, el grupo había preparado al hocico de pala inconsciente, para transportarlo a *El Arca.* Habían ajustado unas relucientes bandas de metal alrededor de las patas y el cuello del enorme animal, habiendo deslizado igualmente, otras más largas alrededor del tremendo corpachón de la bestia inconsciente, envolviéndolo. De cada pieza metálica, un cable iba a reunirse a un punto común, una compacta caja que recordaba vagamente una batería eléctrica, con dos diales en su cara frontal. Al dar la vuelta a un dispositivo, aquellas aplicaciones metálicas se cargaron con la suficiente energía y el imponente bulto del animal se levantó suavemente del suelo, quedando suspendido en el aire como un balón grotesco. Arrastrarlo así hasta la espacio-nave, era un problema entonces, bien sencillo.

-Es la antigravedad -explicó Gerry-. Proporcionamos a las bandas metálicas una carga de gravedad especial, que supere ligeramente el peso que han de soportar. Actuando esas cargas por repulsión electromagnética, levantan del suelo y llevan al animal al lugar deseado.

El hombre encargado del equipo, sujetó una cuerda simplemente a su muñeca para arrastrar al hocico de pala hacia la espacio-nave, dando así la caza por terminada.

-Pienso -indicó Gerry- que nos hallamos en condiciones de tropezamos con cualquier otra cosa, sin previo aviso, entre esta niebla. Por favor, señor Barrows, el telescopio electrónico.

Barrows, acercó inmediatamente el instrumento solicitado por Gerry Carlyle, uno de los dispositivos más extraordinarios que jamás había visto Strike. Era un modelo portátil usado en los modernos navíos espaciales. Consistía en una potente unidad en su género que llevaba uno de los hombres del grupo y que ensamblaba con un largo tubo de cristal, transportado por el observador. La parte frontal del dispositivo, presentaba una superficie convexa recubierta de una serie especial de células fotoeléctricas, que captaban las bandas de luz desde el ultravioleta hasta el infrarrojo. Al entrar en el tubo las partículas de luz exterior, tales partículas pasaban a través de una serie de campos electrostáticos para su enfoque y de allí a otro campo para su aumento. En la parte trasera del tubo, chocaban con una pantalla fluorescente, donde se reproducía la imagen deseada del exterior observado. Mirando a través del pequeño telescopio, daba la impresión de perforar con el ojos un túnel entre la niebla, que alcanzaba hasta la potencia máxima del observador.

Permanecieron en constante contacto con Ransom en la estación, quien conservaba el haz de radio a lento movimiento alrededor del grupo, como el giro de un volante, Strike facilitó al grupo un movimiento lateral. A través del telescopio, pudieron captar numerosos ejemplares de pequeños y asustadizos animales de la fauna venusiana, imperceptibles normalmente, tales como lagartijas, serpientes, cangrejos e incluso dos o tres criaturas con escamas, parecidas a los nativos de Venus, errando silenciosamente a través de la niebla con estúpida expresión en sus rostros ictiformes, de aspecto poco inteligentes.

Gerry y el guía llegaron a entusiasmarse tanto con aquel espectáculo de las fantásticas formas de vida apreciadas a través del telescopio electrónico, que llegaron a caer en un verdadero peligro mortal.

Sin el menor aviso, un rugido silbante hizo temblar toda la atmósfera circundante, hacia la izquierda de donde se hallaban y una gran bola grisácea rodó vivamente hasta situarse a la vista de la expedición. Se atravesó en el sendero que seguían, moviéndose fantásticamente con docenas de gruesos pelos largos y resistentes como cerdas, que le hacían moverse indistintamente en todas direcciones. Repentinamente, se detuvo. Aquel bosque de brazos en miniatura, se movió con delicadeza, explorando el terreno como si se tratase de localizar el origen de lo que alteraba su ambiente ordinario. Y entonces, aquella cosa fantástica, se dirigió ágilmente para cubrir el paso del extraño animal. Se detuvo a unas cuantas yardas de

distancia, con otra serie de suaves movimientos de sus innumerables apéndices pilosos, como si escuchara atentamente. Gerry metió una bala hipodérmica en el rifle, disparó; pero la carga desgarró exteriormente la cubierta protectora que como una especie de armadura, protegía al animal.

-Es un rotífero -explicó brevemente Strike-. Algo así como los diminutos animáculos de la Tierra; pero aumentado muchas veces de tamaño y adaptado a caminar por el terreno. Venus, es extraordinariamente acuoso y húmedo, y lo fue mucho más en el pasado. Muchas de sus formas de vida, ahora terrestres, se han desarrollado procedentes del agua...

Strike tuvo que echarse a un lado, de nuevo, mientras el rotífero atacaba furiosamente a ciegas.

-Estos animales, tienen sus costumbres especiales, sin embargo. Son en realidad los basureros del planeta. Con esa boca serniescondida, toma todo cuanto encuentra al paso. Les llamamos los busardos venusianos.

El grupo tuvo que diseminarse por tercera vez, al intentar atacarles nuevamente el ciego devorador de carroña y basura, redondo y peludo. Barrows miró significativamente a su jefe.

-Estamos de acuerdo con que tendrán sus costumbres especiales -admitió el subpiloto-, pero este bicho se está convirtiendo en una gran molestia, si tenemos que seguir perdiendo más tiempo en dar regates para evitarlo.

La observación de Barrows era cierta y el rotífero tuvo finalmente que ser despachado de un disparo de rayos catódicos. Pero conforme se reunieron a su alrededor, para observar aquel curioso ejemplar de fenómeno protoplasmático, un grito que helaba la sangre en las venas surgió de pronto, parecido al terrible relincho de un caballo herido, desde un lugar situado en la altura, sobre sus cabezas. Acababan de enfrentarse con el más terrorífico producto de la evolución vertebrada de Venus.

Alcanzando una altura de cincuenta pies, el monstruo surgía en la niebla apoyándose en dos patas macizas, como una reminiscencia de los tiranosauros terrestres. Dos cortas patas delanteras se hallaban provistas de garras mortíferas. La cabeza, larga y estrecha, recordaba el hocico de un lobo de la Tierra, con enormes orejas e imponentes colmillos. Todo lo relativo a aquella criatura monstruosa de pesadilla, estaba construido para una eficiente destrucción, particularmente para los animales que erróneamente se consideraban seguros en la copa de los altos árboles.

-¡Un látigo! -gritó Strike, volviéndose hacia los porteadores de las armas de rayos catódicos, con un súbito temor de tragedia-. ¡Es un látigo!

-¡Tírenle a matar! ¡Pronto!

Los hombres del grupo miraron a Gerry Carlyle, quien rápidamente cambió la orden.

-No tan pronto. Quiero este ejemplar vivo. No existe nada parecido en Londres.

La joven manejó con presteza su rifle y tiró a un lugar apropiado del monstruo. Strike protestaba, mientras el monstruo rugía una vez y otra, mirando fijamente hacia abajo a los diminutos habitantes de la Tierra, con ojos de fiereza. Y repentinamente, de aquel hocico lobuno, surgió una formidable lengua de cincuenta pies de longitud, estrecha y afilada como una navaja de afeitar, ágil y ondulante como el enorme látigo de un gigantesco domador de fieras. Se dirigió recta hacia Gerry y Strike que pudo advertirlo a tiempo, por una fracción de segundo, arrastró a la joven rudamente arrojándola al esponjoso terreno del bosque venusiano.

-¡Enrósquese como una bola, pronto! -gritó el guía al oído de Gerry-. Así no podrá alcanzarle fácilmente con esa lengua.

Gerry obedeció y Strike se volvió a los otros miembros del grupo mientras la lengua de látigo silbaba sobre la cabeza de la joven.

-¡Huyan! ¡Despliéguense! No...

Pero fue demasiado tarde. Aquella cuerda de carne ondulante golpeó brutalmente a Barrows en la cabeza, segándole el lóbulo de una oreja. La sangre brotó de la herida, mientras el subpiloto se echaba hacia un lado, llevándose una mano al rostro. El resto de los porteadores se esparcieron rápidamente en todas direcciones, buscando el refugio de la niebla.

Pero el que iba cargado con el equipo pesado, se detuvo momentáneamente para despojarse de la carga. Aquello le costó la vida. Recta y con seguridad, aquella lengua increíble se le enrolló como una espiral de acero al cuerpo, que el infortunado porteador retorcía desesperadamente, tratando inútilmente de desasirse de aquella trampa mortal. Instantáneamente fue izado por el aire en dirección a las monstruosas fauces armadas de terribles colmillos de la bestia. El hombre luchaba gritando enloquecido. Todo fue en vano. Tenía un brazo maniatado y no tenía la menor oportunidad para defenderse. Y antes de que sus aterrados compañeros tuvieran tiempo de apuntar sus armas sobre el monstruo, se oyó un horrible crujido de huesos y un espantoso chapotear en todas direcciones de sangre y trozos de miembros triturados.

El grupo expedicionario había sufrido, impotente, su primera baja definitiva.

Desaparecidas todas las posibilidades de rescate del infortunado porteador, el resto de los hombres armados bajaron sus mortíferas armas y permitieron a los cazadores dedicarse a su tarea de reducir al monstruo y capturarlo vivo. Instantáneamente los pequeños y secos disparos anestésicos fueron surgiendo en rápida sucesión, tres cuatro, cinco. Hasta que, seguidamente, el monstruo comenzó a tambalearse como una torre por un terremoto. Se desplomó tras haber descrito con torpes pasos un semicírculo. Entonces, sin fuerzas, cayó pesadamente al suelo con estruendo, en un estado de completa insensibilidad.

Strike se puso en pie rápidamente y ayudó a Gerry a hacerlo igualmente. El guía se enjugó el sudor frío que le corría por el rostro.

-¡Puaf! -exclamó Strike tratando la cosa humorísticamente-. Demasiado cerca para sentirse a gusto...

La joven se ruborizó de cólera mal disimulada y mirando fijamente a Tommy le disparó a bocajarro:

-De aquí en adelante, señor Strike, tenga la bondad de recordar que en un momento de extremada emergencia, como éste, el punto cardinal de nuestras reglas es éste: cada hombre para sí mismo. El principio de poner en peligro dos vidas en una fútil intentona de salvar una, no se alienta entre nosotros. ¡Nada de actos heroicos, por favor!

A Strike se le encendieron las mejillas. A nadie puede gustarle recibir una reprimenda, cuando espera una mínima expresión de gratitud. Pero Strike se hallaba todavía más irritado ante aquella aparente dureza de una joven.

-Se ve que le importan muy poco sus ayudantes -restalló Tommy, mirando significativamente los trozos del hombre muerto por la bestia.

Ninguna emoción turbó la serenidad del rostro de la chica.

-Por el contrario -repuso Gerry-. Siento mucho la muerte de Blair. Era un hombre excelentemente entrenado y valía mucho. Pero puede ser reemplazado.

-¡Santo Dios, señorita! -gritó Strike-. ¿Es que no tiene usted sentimientos? Un amigo suyo y un compañero acaba de ser muerto horriblemente por ese monstruo, en un planeta extraño, lejos de su hogar y su familia. Y usted...

Y se detuvo, súbitamente avergonzado de su propia explosión sentimental.

Gerry se limitó a responder simplemente:

-Nosotros nunca contratamos a hombres con familia.

Se volvió de espaldas a Strike y continuó disparando sus órdenes para preparar el látigo y su transporte a *El Arca.* Pero en el último instante, Strike pudo captar de reojo algo que brillaba en los ojos de la joven, lo cual le proporcionó una súbita y completa revelación. Aquello explicaba, sin más palabras, la razón de la fría coraza con que se revestía Gerry Carlyle, para aparentar una reserva y una dureza de carácter que seguramente estaba muy lejos de sentir. Era una mujer que vivía en un mundo de hombres, hablando su lenguaje, usando sus medios y procedimientos de lucha y dando órdenes como el más fuerte de los hombres. Viviendo en constante compañía con ellos, se hallaba obligada a vivir su vida y a batallar en el mismo medio que un hombre de cuerpo entero. Teniendo que dar severas órdenes a un grupo de hombres valerosos, Gerry comprendía que no tenía derecho a usar sus dotes femeninas, su encanto y su gran belleza, y que la naturaleza le había prodigado tan

excepcionalmente. Gerry sentía que debía verse obligada a no manifestarse como mujer, por temor a las consecuencias. Dejar abierta su femineidad, era perder su autoridad sobre sus subordinados masculinos. Gerry era, de hecho, el más patético de los seres: una mujer que no se atrevía a ser mujer. Strike sintió visiblemente todas estas apreciaciones y sus sentimientos hacia ella empezaron a cambiar desde el desagrado hasta la piedad, aproximándose a la ternura. Porque estuvo seguro que en los bellos ojos de Gerry brillaban unas lágrimas que no se atrevían a manifestarse abiertamente.

Los días siguientes transcurrieron rápidamente, capturando un ejemplar tras otro de la fantástica fauna de Venus, que eran reducidos y acarreados seguidamente a las maravillosas instalaciones interiores de *El Arca.*

La gran preocupación de Strike era la hora, cada vez más cercana, de tener que enfrentarse con la captura de un murri. Y aunque presentía que se acercaba, la demanda llegó rápidamente para él en la mañana del sexto día.

-Señor Strike. -Ni una sola vez la joven había abandonado su refugio de rígida formalidad-. Estoy siendo demasiado paciente con usted y con sus repetidas dilaciones, cada vez que se plantea el problema de capturar un murri. Pero nuestra visita a Venus está casi terminada. Tenemos que salir dentro de cuarenta y ocho horas. Comprenderá que no puedo quedarme durante una noche venusiana y realizar un peligroso viaje de vuelta a la Tierra. Hemos de salir ahora mismo, no hay excusa alguna que valga.

Strike se quedó mirando a la joven.

-¿Y si rehusara?

Gerry sonrió glacialmente.

-Su Compañía lo sabría inmediatamente. Usted ha recibido órdenes de prestarnos toda su colaboración incondicionalmente, ya sabe.

El comerciante sacudió la cabeza, encogiéndose de hombros.

-Bien, de acuerdo. Un momento, mientras que voy a...

El resto de sus palabras se perdió entre el ruido de unos pasos rápidos de Ransom bajando por la escalera metálica de la estación, con un aparato de curiosa apariencia en las manos.

-He pensado que puede hacerte falta, Tommy -dijo significativamente, con una mirada de desagrado para Gerry.

-Ah, sí, seguramente. Gracias, Ransom. -Y se ajustó el aparato al cuerpo mediante unas correas por los hombros.

-Y bien, ¿qué sucede ahora? -preguntó inquisitivamente Gerry-. ¿Es que necesita usted un equipo especial para capturar un murri? ¿De qué se trata, en cualquier caso?

Strike se creyó obligado a darle una explicación.

-Este dispositivo consiste en un oscilador y amplificador al vacío, y el receptor, de un puente de inductancia y un amplificador de tubo al vacío igualmente. Va provisto de unos auriculares y de una bobina de exploración. El puente toma la energía de una corriente sinusoidal, equilibrada por las resistencias apropiadas y controles de inductancia. Si un cuerpo conductible entra dentro del campo magnético artificialmente creado por la bobina, se creará una serie de corrientes en remolino...

-¡Basta, basta! -dijo Gerry tapándose los oídos con las manos-. Ya tengo una idea aproximada de su uso. Sólo deseo conocer por qué trae usted ese chisme ahora.

-Oh, para protección...

-Protección... ¿contra qué?

-Contra los nativos.

Gerry se le quedó mirando fijamente.

-¿Los nativos? ¿Esas cosas con escamas, con cara de peces, que merodean siempre fuera de la vista, entre la niebla? Bah, esas pobres y tímidas criaturas no nos harán ningún daño. Además, ¿de qué forma podrá protegernos ese artilugio?

-No olvide que son bastante inteligentes para ocultarse entre la neblina. Este indicador

magnético nos revelará su presencia, si se aproximan lo suficiente. ¡No olvide, además, que los nativos de ese sector llevan todos dientes de oro!

Alguien dejó escapar una risita irónica y Gerry se sonrojó.

-Por favor, señor Strike, vayamos a lo que importa y hablemos seriamente. Este lugar ya es de por sí una broma pesada; pero...

-No se trata de ninguna broma -repuso Strike seriamente-. Es un hecho real. Desde que Murray hizo su primer viaje a Venus, los nativos se han dedicado a buscar dientes de oro en gran escala. Tomaron a Murray por un dios y le han venido emulando en muchos aspectos. Murray tenía varios dientes de oro, reliquias de sus visitas al dentista en su juventud. Los nativos prontamente se dedicaron a buscar fanáticamente cuantos restos impuros de oro de mala calidad encontraron y se hicieron fundas para los dientes. Y por lo que respecta a que no pueden hacernos daños, eso está por ver, señorita Carlyle. El hecho de que cualquier cazador se disponga a atrapar a un murri, ya presupone un grave disturbio entre esas criaturas. Me comprenderá usted mejor dentro de unos cuantos minutos. -Se encogió de hombros y enarcó las cejas-. Estoy dispuesto.

-¡Diablos! Todo son misterios, vaguedades, peligros... pero ninguna explicación. ¡Su forma de evadir mis razones para no tocar a los murris, sólo tiene la virtud de fascinarme más y más! ¡No abandonaría ahora la caza de ese animalito por todo el uranio de Callista!

-De acuerdo -repuso Strike, capitulando-. Vamos.

Se adelantó hacia la niebla, como si supiera el lugar exacto a donde tenía que dirigirse. A los cinco minutos, se detuvo frente a una enorme palmera agujereada con oquedades de doce pulgadas de anchura, que albergaba toda una colonia de por lo menos cincuenta de los famosos murris.

-Aquí los tiene usted -dijo Strike con resignación-. *Pseudo simios Murray.*

Gerry se olvidó por completo de indignarse con la conducta de Strike. Aparecía absorta ante la contemplación de aquellas fabulosas criaturas que tanto le habían intrigado. La mitad de los murris aparecían en una constante agitación, saltando de un lado a otro alrededor del enorme tronco de la palmera, subiendo y bajando, entrando y saliendo de sus agujeros, recorriendo sus enormes ramas en todos sentidos frenéticamente. Los demás aparecían simplemente sentados observando a los terrestres con solemne indiferencia, y abriendo ocasionalmente sus fauces con gesto tímido, como si preguntasen entristecidos y acobardados: *¿Murri, murri, murri?*

Su nombre les venía como anillo al dedo. Aunque de débil constitución y de piel pardo grisácea, con escasos pelos en la espalda, su tamaño y sus grotescos movimientos les daban un gran parecido a los simios terrestres. Con el tremendo desarrollo del apéndice nasal, se parecían mucho concretamente al mono proboscídeo terrestre. Y su enorme nariz a lo Cyrano de Bergerac hacía todavía su nombre más apropiado, ya que Sidney Murray, el coexplorador de la misión Stanhope, era famoso en todo el sistema solar por tener la nariz más grande y más fea que nadie podía imaginarse.

La colonia de pseudo simios Murri presentaba a los ojos de los fascinados observadores un centenar de parecidos faciales con Sidney Murray, brincando y saltando fantásticamente alrededor del árbol.

-¡Oh! -gritó Gerry finalmente, mientras le corrían lágrimas de alegría por las mejillas-. ¡Oh, pero esto es fantástico! ¿Quién... quién les puso semejante nombre?

Strike la miró solemnemente.

-El propio Murray les puso ese nombre. No cabe duda que tenía un gran sentido del humor.

-¡Sentido del humor! ¡Oh, esto es colosal! -Y Gerry suspiró profundamente-. ¡Qué maravilla, qué sensación causará una media docena de estos animalitos en Londres! ¡Y qué negocio! ¡Qué recompensa!

-Todavía no los ha visto usted en Londres -advirtió Strike, mientras miraba de reojo a su indicador magnético.

-Si piensa usted que va a detenerme cualquier cosa ahora, es que no conoce bien a Gerry

Carlyle. -Y de nuevo surgió el jefe arrogante y poseído de sí mismo de la expedición.

Se dirigieron hacia la palmera subiendo por ella, hasta examinar de cerca el refugio de los murris. Todos ellos aparecían amansados. Aquella inspección cercana puso de relieves tres hechos principales. El primero era la presencia de un rabo corto, prensil, terminado por un aguijón en la punta.

-Es sólo un mecanismo de defensa bastante débil -explicó Strike-, ya que los murris viven casi exclusivamente de los frutos parecidos a dátiles del árbol en que viven siempre. El aguijón es desde luego inofensivo por completo. -Y mostró el antebrazo, en el que se apreciaba el pinchazo recibido en cierta ocasión.

El segundo hecho que les llamó la atención fueron los grandes ojos pardos de los murris, que miraban a los intrusos sin parpadear, con una expresión hipnótica de temor que causaba lástima.

-Miran como si hubieran sentido todo el sufrimiento y el horror del Universo -comentó Barrows-. Me hacen sentirme como un piojo que fuera a molestarles en su propio hogar...

Y el tercer detalle que llamó poderosamente la atención de los cazadores fue una pila de objetos, de lo más incongruente, que yacía amontonada al pie de la enorme palmera. Allí había toda clase de chucherías: objetos de niños, fetiches, baratijas, colas de animales, y objetos diversos de hacer fuego.

-Son ofrendas de los nativos venusianos -indicó Strike-. Esa es la expresión de afecto empleada por ellos. Semillas medicinales y gemas en bruto a cambio de... esas cosas. -Y Tommy señaló aquella pila de trastos-. Cualquier cosa que produzca fuego tiene para ellos un valor especial. El murri es el dios de los nativos... a causa de su parecido con Sidney Murray, su Primer Dios.

Se produjeron más risas; pero algo flotaba en el ánimo, de los expedicionarios, haciéndoles comprender ya que intentar llevarse un murri constituía un sacrilegio venusiano.

-Ahora comprendo lo que usted quiere significar cuando habla de «causar disturbios» -dijo Gerry-. Pero no será muy difícil para usted el salir adelante. Ya ocurrió antes, supongo, y seguirá ocurriendo. Esos primitivos son, por tanto, la única razón que tiene usted para disuadirnos de capturar unos pocos...

-No es la única razón -interrumpió Strike, sin que diese otra explicación.

-¡Más misterio todavía! -exclamó irritada Gerry.

La joven ordenó y supervisó la instalación de una gran red entre dos de las grandes ramas de la palmera. Entonces, con dos disparos bien dirigidos, sacudieron una de las grandes ramas y una docena de atónitos murris fueron lanzados contra la red. Pero, con increíble agilidad, casi todos saltaron inclinándose en. el aire refugiándose en seguridad en otra parte del árbol. Uno, sin embargo, fue capturado entre la espesas mallas de la red. Los extremos de la trampa se cerraron al mismo tiempo, formando un gran saco.

-¡Lo conseguimos! -gritó Gerry entusiasmada-. ¡Vaya, ha sido fácil!

-Seguro que sí. Pero todavía, no está en el Zoo de Londres, ni de vuelta la espacio-nave.

Gerry dirigió una mirada furiosa a Strike y enseguida se dedicó a observar el fondo de la red. El murri yacía quieto, mirando con sus enormes ojos redondos llenos de un infinito estupor.

-*¿Murri, murri, murri?*

Gerry volvió a reírse contemplando aquella fantástica miniatura de Sidney Murray.

-¡Vamos, muchachos, volvamos a *El Arca!* -gritó-. Creo que nos divertiremos con este duende.

El grupo es volvió sobre sus pasos anteriores, de vuelta a la espacio-nave, y entonces la diversión comenzó en serio. Cuando el murri se sintió a diez yardas alejado de su árbol hogar, una violenta serie de sacudidas empezó a hacerle temblar como un condenado a muerte. Gritó agudamente dos o tres veces, y desde el árbol otras voces de sus congéneres le respondieron en un clamor a coro. El pequeño cautivo estalló en una loca actividad, luchando con increíble furia para escapar de la red. Se retorcía, arañaba las mallas de la red, escupía, mordía.

Conforme los porteadores le alejaban de la palmera, parecía que el animal se volvía irremediablemente loco, pinchándose él mismo con el aguijón de la cola en una explosión de loco terror. Y tras una serie de gritos enloquecidos que conmovían el corazón de cualquiera que lo observase, exhaló un terrible chillido con todas sus fuerzas, apareciendo en su hocico un espumarajo de sangre.

Todo el grupo se detuvo para mirar asombrado a la pequeña criatura.

La propia impasibilidad de Gerry Carlyle pareció cuartearse. La joven apareció profundamente afectada. Transcurrieron algunos momentos, hasta que se decidió a abrir la red y examinar el pequeño cuerpo inmóvil.

-Muerto -dijo con calma, aunque ya lo sabían todos-. Una hemorragia interna por rotura de un vaso.

Strike respondió a la mirada desconcertada de la joven con otra de melancólico triunfo.

-Agorafobia. Los murris son los más pronunciados agoráfobos de todo el sistema solar. Su vida transcurre por completo en los árboles particulares donde nacieron. En cuanto se les transporta a unas cuantas yardas más lejos, sufren un ataque de nervios tan espantoso, que acaba con la convulsión y la muerte. -Tommy indicó el cuerpo muerto en la red-. Pude habérselo explicado a usted; pero no me habría creído. Era preciso que lo viese usted misma, de algún modo.

Gerry sacudió la cabeza como un perro que recibe inesperadamente una ducha de agua fría.

-Entonces, ¿era eso todo cuanto usted ha querido significar, indicando que nunca podría llevarme un ejemplar vivo?

-En parte.

-¡En parte! ¿Quiere usted decir que todavía existe algo más de misterioso acerca de esos...?

Strike la interrumpió sacudiendo la cabeza sombríamente.

-Lo sabrá usted bien pronto. Ya sé lo que está pensando. Capturar otro. Le cortará esa cola para que no pueda pincharse a sí mismo. Y lo atará como un paquete de Navidad para que no pueda mover una pata. Hará cualquier cosa que impida al murri matarse a sí mismo, ¿tengo razón?

-¡Exacto! -determinó Gerry.

-Rogers hizo todo eso y falló por completo.

-¿Y bien?

-Pues que usted fracasará igualmente. Pero no seré yo quien la detenga.

-Usted no podrá detenerme, desde luego, señor Strike. Ni lo piense.

Con la ayuda de Kranz, la joven preparó dos pequeños dispositivos para inmovilizar totalmente a las futuras víctimas. Mientras, los otros cazadores extendieron la gran red y dispararon sobre otra gran rama ocupada por los curiosos murris. Los dos ejemplares más saludables fueron rápidamente ligados e inmovilizados y el grupo partió de vuelta a *El Arca* dejándose atrás el terrorífico acompañamiento de chillidos y silbidos de los supervivientes de la colonia.

Strike y Ransom emplearon el resto de aquel enorme día venusiano descansando de sus trabajos. La actividad en tan espantoso clima agotaba rápidamente la salud más robusta, y Strike, particularmente, se sentía agotado hasta el último extremo. Cuando la luz empezó a desvanecerse imperceptiblemente, Ransom sugirió:

-Espero que *El Arca* se marche cuanto antes. Ahora se encuentran en el mejor momento para el viaje. En la conjunción planetaria.

Strike sacudió la cabeza dubitativamente.

-No. Esa testaruda de Gerry se encuentra en su nave aprendiendo una lección todavía mucho más dura que las pasadas. No querrá salir ahora. No lo deseará en algún tiempo -predijo-. Espera y lo verás.

Pero en su fuero interno, Strike deseaba de todo corazón volver a ver de nuevo a aquella increíble mujer.

Y Strike tenía razón. Mientras una absoluta oscuridad, propia de la noche venusiana, tendía su negro manto sobre la estación comercial, unos pasos ligeros subieron por las escalerillas metálicas del exterior. Unos nudillos llamaron en el metal de la puerta, que abrió Ransom. Gerry entró.

-Señor Strike -dijo la joven, en cuyos ojos se adivinaba un profundo pesar-. Ninguno de los dos murris quiere comer. No podemos forzar a tragar nada por sus gargantas. Y si les dejamos libres sufrirían inmediatamente esos terroríficos ataques...

El comerciante se encogió de hombros.

-Bien. ¿Y por qué viene a mí?

-¿No puede usted sugerirnos alguna idea? Se dejarán morir de hambre hasta fallecer. Y un murri muerto no tiene valor ninguno en el mercado. He jurado que no volvería a Londres sin al menos un buen ejemplar de murri, por tanto tiene usted que ayudarnos.

-Nadie puede hacer nada. Nunca podrá usted llevarlos vivos a la Tierra. Ya se lo dije claramente antes. Ahora parece creerlo. Si existe alguna piedad en usted, debería usted devolverlos inmediatamente a su árbol, mientras todavía se hallan vivos y en buen estado.

Los ojos de Gerry llameaban.

-Estoy tratando de ser misericordiosa, sin comprometer mi conciencia. Si es humanamente posible, haré cuanto esté a mi alcance para llevarme a esos murris vivos. Ahora, si puede usted ayudarme, iremos a alimentarlos a través de un tubo por el estómago. Si esto falla, lo haremos con inyecciones. He pensado que usted podría ayudarnos a seleccionar su alimento.

-Es algo sin esperanza, señorita. Rogers ya lo intentó también. Cuando usted saca a un murri de su cubículo y su pequeño mundo, cae bajo los efectos de un ataque nervioso tal, que su metabolismo se disloca por completo. No puede asimilar absolutamente nada.

Gerry se marchó furiosa, volviendo nuevamente a la estación transcurridas veinticuatro horas. Se le notaban los efectos de la tremenda tensión nerviosa que sufría. Llevaba el cabello revuelto, los ojos enrojecidos y en sus bellas facciones se le notaba la falta de sueño.

-Strike -suplicó-, ¿no podría usted sugerirnos cualquier cosa? Se desmejoran por momentos. Puede observarse cómo se agotan. Si se encuentra usted resentido por algo que sea culpa mía, le suplico me castigue, si lo cree conveniente. Pero ahora ayúdeme, por favor...

Strike manejó la oportunidad de clavar el cuchillo en la herida.

-Se halaga usted demasiado a sí misma, si cree que voy a sacrificar ni siquiera una pareja de murris, en aras de suavizarla un poco.

Pero la flecha erró la diana. Gerry estaba extraviada en su propio fuero interno, absorta en la terrible batalla de doblegar a dos insignificantes caricaturas de su propia voluntad.

-¡Malditos! -explotó con rabia-. Se están comportando así para despecharme. Pero yo haré que vivan. ¡Haré que vivan!

Cuarenta y ocho horas más tarde se encontraba de nuevo en la estación, sacudiendo frenéticamente el fuerte brazo de Strike. El silencioso martirio de los murris la habían destrozado por completo. Era una catástrofe de nervios.

-¡Tommy! -dijo sollozando-. No puedo permanecer allá por más tiempo. Están sentados, tan solitarios y desamparados, tan frágiles, sin un gemido, *mirándome fijamente.* Con sus patéticos ojos pardos me siguen a donde quiera que voy. Me... me están hipnotizando... los veo en la oscuridad... los veo en sueños, cuando consigo dormir un poco... Es realmente lastimoso... y horrible. Incluso la tripulación va de un lado a otro, silenciosa, leyéndose la acusación en sus rostros. No puedo soportarlo.

A Strike se le encogió el corazón a la vista del estado de la joven, ahora que de veras necesitaba el apoyo de un hombre, no sabiendo cómo conseguirlo.

-¿Ve usted ahora por qué Rogers y los otros cazadores no quisieron hablar siquiera de sus experiencias con los murris? ¿Y de por qué le dije que no me creería aunque se lo hubiese dicho?

-Sí... ahora lo comprendo todo. Rogers se sentía avergonzado de admitir que sus pensamientos eran una debilidad. Desconcertado de que cualquiera pensara que un ridículo

mono venusiano pudiese ablandar sus sentimientos, con sólo mirarle fijamente con esos ojos hipnóticos... Yo -continuó Gerry-, yo he enviado a los muchachos al bosque con el encargo de serrar el árbol entero con todos los murris que tiene y transportarlo así a la Tierra. Pensé que eso podría salvar la dificultad. Pero ahora veo que no será posible de ningún modo.

-¡QUÉ! -gritó Strike ante la súbita comprensión de lo sucedido-. ¡Es una locura! No contentos con robar los dioses nativos, quieren arrancar el lugar entero. ¡Y en la oscuridad! ¡Es un suicidio!

El comerciante recogió inmediatamente sus pieles y prendas de abrigo vistiéndose con premura para una salida en la terrible noche de Venus. Gerry le miraba sorprendida.

-¿Qué quiere usted decir? ¿Se encuentran en peligro?

-Los nativos no han traído nada para intercambiar hace setenta horas -repuso Strike sombríamente -Eso significa una grave complicación. ¡Y en grande!

-Pero seguramente no estarán ahora en la oscuridad de la noche. La temperatura...

-A ellos no les afecta. Han evolucionado a partir de un medio acuoso en su vida orgánica y el frío les va bien. Muy pocos peligros naturales existen para ellos durante la noche...

Tommy echó mano del receptor de radio y del detector magnético y se lanzó a la salida.

-¡Quédese aquí! ¡Roy, pronto! ¡Pon en marcha el haz de ondas de radio! -Y tomando una linterna eléctrica potente salió al exterior.

Los labios de Gerry se apretaron mientras se echaba sobre la cabeza el casco de pieles, determinada a seguir a toda costa a Strike. Entre ellos se cruzó una breve disputa, que finalizó con una irritada capitulación por parte del comerciante guía.

-Está bien. No podemos ahora perder tiempo en discutir esto. A menos, sea útil. Lleve esto. -Y le alargó su potente linterna eléctrica, tomando rápidamente el camino del bosque los dos juntos.

Un nuevo mundo se les reveló ante el resplandor de la linterna eléctrica. Todo se hallaba recubierto de una fuerte capa de hielo, apareciendo totalmente sin vida y silencioso. Cada movimiento respiratorio era el tormento de una cuchillada en los pulmones. En la intensa quietud del bosque y las marismas, pudieron oír desde lejos los suaves sonidos producidos por los hombres de *El Arca,* en su tarea de arrancar el árbol entero, con murris y todo. Apretando el paso, pronto llegaron al claro, donde se hallaba la gran palmera. Luces de posición, puestas por la tripulación, habían dibujado un círculo luminoso, dentro del cual se les veía aplicando al árbol las ligaduras antigravitatorias, mientras acababan de serrar el árbol a ras del suelo.

-¡Deténganse, muchachos! ¡Tomen sus herramientas y vuelvan atrás! ¡Vamos, pronto! -Strike se detuvo un instante. La aguja del detector se movía espasmódicamente-. ¡Rápido! -gritó Strike con todas sus fuerzas-. ¡Los nativos se hallan cerca de aquí! ¡Corran!

Los hombres del grupo, cegados por las luces, comenzaron a mirar de un lado a otro, estúpidamente, y a hacer preguntas. Strike corrió hacia ellos, gritando furiosamente; pero sus palabras se perdieron, mientras era testigo dé algo que resultaba increíble. Uno por uno, todos los miembros de la expedición fueron cayendo al suelo, retorciéndose y como borrachos, en el mayor estupor. Uno de ellos intentó lanzar los pies por el aire en grotescas contorsiones. Otro aplastó la cara contra el sucio suelo, intentando abrirse paso a través de la tierra. Y otro más allá, permanecía en pie dando vueltas y vueltas alrededor de un estrecho círculo como un patinador de fantasía en una pista de hielo.

-¡Cielo santo! -exclamó Gerry-. ¿Qué les ocurre ahora?

Strike la sostuvo apretándola fuertemente por la muñeca.

-¡Gas! ¡no respire! Los nativos lo obtienen de esas plantas endemoniadas de Venus. Ese gas ataca el sistema nervioso y se localiza en los canales semicirculares. ¡Destruye el sentido del equilibrio! -Y trató de volver hacia atrás a través de la niebla en dirección a la estación.

Pero al tercer paso, el mundo que rodeaba a Strike comenzó a girar a su alrededor como en una pesadilla. Se desprendió de la joven, luchando desesperadamente con los brazos abiertos para conservar el equilibrio. El suelo se hundía bajo sus pies. Donde quiera que ponía los pies, le parecía sucesivamente que veía el cielo, después el rápido cambio del tronco perpendicular

de los árboles y después la nada. Unas náuseas terribles le atacaron y vomitó violentamente varias veces. Fue tan violenta la lucha que sostuvo para mantenerse en pie que todo el equipo que llevaba quedó esparcido por el suelo, y la mayor parte aplastado.

Strike se forzó a sí mismo a permanecer quieto, mientras todo giraba a su alrededor como un barco azotado por una terrible tormenta. Era consciente de los gritos de angustia de los hombres que habían intentado serrar la gran palmera, mientras comenzó a oír el chasquido breve y silbante de las palabras monosilábicas de los venusianos, cuyo sistema respiratorio, actuando como un filtro para los elementos venenosos de la atmósfera, funcionaba normalmente. Gerry comenzó a gritar enloquecida, consciente de lo que estaba ocurriendo. Un grito terrible más de la chica, y enseguida los ruidos de los que se la llevaban a través del bosque venusiano. Strike hizo un esfuerzo supremo y se incorporó. Con su aguda visión pudo darse cuenta de lo que ocurría a través de la confusa mescolanza entre la niebla de unas figuras en movimiento. De nuevo un terrible vómito le subió a la garganta, sintiéndose enfermo a morir. Pero el guía, que sólo había respirado una pequeña cantidad de gas, se echó contra el frío suelo del bosque, reteniendo la respiración, mientras procuraba expeler todo el aire de sus pulmones. Gradualmente, su mente se fue aclarando, al desintoxicarse. Entonces volvió la completa consciencia con un espantoso dolor de cabeza, como si cada nervio de su cerebro fuese una aguja torturante dentro del cráneo. Pero al hacerse cargo de la escena que se desarrollaba ante sus ojos, todos los pensamientos relativos a su propio estado se desvanecieron, sustituyéndose por una ola de terror. ¡Los nativos se disponían a cumplir su venganza y Gerry Carlyle era la víctima elegida!

Strike se rehizo y comenzó a dirigirse hacia el círculo Más listos de lo que se había figurado, habían reconocido de alguna forma en las bandas antigravitatorias, atadas alrededor del tronco de la palmera, la causa de la gran amenaza contra los murris. Por un proceso mental de causa a efecto, habían considerado la caja de control, con su mortal dispositivo, dispuesta a suministrar su energía electromagnética con el simple toque de un dedo. Gerry yacía en el suelo, atada como un fardo. Alrededor de su esbelto cuerpo había, cuando menos, fijamente sujetas, media docena de bandas antigravitatorias. Y el jefe de los venusianos se inclinaba sobre el botón de mando...

Strike hizo un esfuerzo sobrehumano y se lanzó contra ellos, gritando frenéticamente. Sus rodillas, como si fueran de goma, pronto el dejaron caer por tierra nuevamente. No era posible. Estaba sin fuerzas. Murmuró una plegaria para que de algún modo se dilatara la acción que pretendían realizar los venusianos. Quizá lo hicieran actuando en forma contraria, pero -y la idea heló la sangre en las venas de Strike- ¿acertarían a convertir a la chica en una masa aplastada y sanguinolenta, en una masa informe?

Strike se rehizo y comenzó a dirigirse hacia el círculo de luz y el montón de armas pertenecientes a los desarmados hombres de la expedición. Se hallaba lejos, demasiado lejos. Nunca la alcanzaría... Pero su cabeza se aclaraba rápidamente, aunque demasiado tarde también. Tenía que retardar los hechos de algún modo. Se metió la mano en los bolsillos y sacó la pipa todavía medio cargada de tabaco. Encendió rápidamente una cerilla y encendió el contenido. Comenzó a chupar vigorosamente y a expeler enormes bocanadas de humo de penetrante olor alrededor suyo, en todas direcciones. Acabó enseguida el contenido con la lengua ardiéndole en la boca y esperó unos instantes, en una actitud suplicante, aguardando con todos los nervios en tensión. ¿Habría fracasado?

¡Zin-n-n-n-ng! ¡Plof! ¡Aquello marchaza! Strike se echó al suelo enrollándose como una bola. En menos de un segundo, el aire se pobló de un enjambre de rápidos escarabajos voladores, con sus pequeños cuerpos acorazados contra el frío, volando enloquecidos al acudir a la llamada de su perfume favorito. Cruzaban el aire volando como saetas a terrorífica velocidad. Unos pocos volaron tan bajos que rozaron a Strike, llegándole a punzar en la espalda. Strike se dio cuenta perfectamente de la escena que se desarrollaba con la llegada de sus aliados, silbando y rasgando el aire como balas en el claro del bosque. Y fue como si una descarga cerrada de tiros atacase a los nativos. El jefe de los venusianos cayó como si le

hubieran disparado con los rayos catódicos, al atacarle varios escarabajos voladores al mismo tiempo, atravesándole la parte más vulnerable de su cuerpo: la garganta.

Los nativos comprendieron inmediatamente el peligro. Trataron de luchar contra sus pequeños y casi invisibles enemigos, con una vigorosa inutilidad. Finalmente y a los pocos instantes, huyeron a la desbandada, lanzándose de nuevo a la pavorosa oscuridad del bosque, tirando todas sus armas primitivas en el deseo de escapar de aquel ataque por todos los medios.

Durante algún tiempo todavía los escarabajos voladores zumbaron en todos sentidos, en el claro del bosque, hasta que se desvaneció el olor del tabaco que les había atraído. Strike se incorporó trabajosamente, se golpeó los miembros ateridos y se lanzó dentro del claro, en medio de aquella catástrofe.

Los hombres aún se hallaban tirados por el suelo, medio despiertos, esperando que se pasaran los efectos del gas. Gerry yacía hecha un paquete contra el árbol, mirando con ojos dilatados por el asombro a su libertador. Tommy procedió con dedos ágiles a desatarla de sus ligaduras antigravitatorias. La chica trató de permanecer erecta; pero sus rodillas la traicionaron y cayó en los brazos protectores de Strike. El comerciante trató de aparecer severo.

-¡Bien, joven señora! Confío en que haya aprendido dos buenas lecciones esta noche. Una, que incluso Gerry Carlyle no puede salirse siempre con la suya, especialmente tratándose de los murris. Y la otra, que un simple hombre, haciendo ocasionalmente un sacrificio sin recompensa, puede a veces prestar un buen servicio.

Gerry se tornó agudamente consciente de su posición y trató de liberarse de los brazos de Strike. El hombre sonrió. Gerry se sonrojó mientras Strike le sonreía de nuevo.

-¡Bah! Es sólo una simple perturbación vasomotora -explicó la chica fríamente.

-¿Es así como la llama usted? A mí me encanta realmente. Quiero verlo de nuevo.

Y Strike besó a Gerry, mientras el sistema vasomotor de la muchacha funcionaba a toda máquina.

Y desde la altura invisible de las altas ramas de la gran palmera, donde vivían los murris, uno de los habitantes de la colonia, turbado por el barullo nocturno, se asomó al exterior, murmurando a través de su enorme nariz, cargado de sueño: *¿Murri, murri muri?*

JÚPITER

CACO *(Super) (Nativo del Satélite V de Júpiter)*

Así llamado en recuerdo del personaje mitológico de *La Eneida,* Caco, el gigante semihombre, hijo de Vulcano, que lanzaba fuego por la boca. Este animal tiene veinte pies de largo. Tiene una piel gris durísima dividida en secciones, fuertemente acorazadas, con partes blandas entre las bandas córneas. El cuerpo tiene forma ovalada y está provisto de seis cortas patas que quedan bajo la armadura córnea. Están dispuestas asimétricamente. Tiene dos ojos dispuestos a cada lado de la cabeza, y en lugar de verdaderos dientes, el interior completo de su enorme hocico está compuesto de una especie de materia córnea flexible que probablemente utiliza para la masticación, cuando le resulta necesaria. Todas y cada una de sus resquebrajaduras están llenas de una masa esponjosa de platino. Los gases que se forman, por la digestión de este monstruo, pasando a través del platino esponjoso, producen las llamas que el Caco expele al exterior. El Caco es bisexual y se autofertiliza.

* * *

Tommy Strike dejó escapar un grito de asombro momentáneo y saltó de lado. Y entonces sus piernas le fallaron limpiamente, cayendo en redondo al suelo.

-¡Maldita sea! -gritó al individuo que había tras la mesa de despacho-. ¡Apague ese chisme! ¡Va a dejarme cojo para toda la vida!

El individuo situado tras la mesa era un hombre de mediana edad, y con sus ojos de conejo miraba agudamente a través de los espesos cristales de sus gafas. Sobre la mesa y ante él, descansaba una caja de cuero gris, en cuyo interior se enmarañaba una endiablada colección de cables y dispositivos. Era una unidad portátil de energía radiante y las lentes parecidas a las de una cámara fotográfica estaban enfocadas a la parte inferior del cuerpo de Strike. Aquel tipo manipulaba el dispositivo de energía y enseguida le dio la vuelta, apagándolo.

-¡Oh, cuánto lo siento, señor Strike! No intentaba hacerle daño. Estaba solamente tratando... bien, de comprobar mi aparato, y veo que está en perfecto funcionamiento. -Con lo cual no explicó nada por lo que se relacionaba con la víctima del ensayo.

Strike se aseguró de que sus piernas se hallaban en perfecto estado y avanzó hacia el personaje del aparato, que reculó alarmado en el pupitre, mientras en sus facciones aparecía un gesto desolado, pidiendo toda clase de excusas.

-Nunca he golpeado a un hombre de su edad -dijo Strike sombríamente-, pero eso puede ayudarme y ahora tengo una idea para tumbarle a usted por el suelo sin emplear los puños.

Era en ocasiones como aquella cuando Tommy Strike se inclinaba a imaginar si en realidad había sido brillante la idea de permitir que Gerry Carlyle le convenciera para abandonar su libertad y su independencia de comerciante por los mundos del sistema solar, aburrido y muchas veces mal recompensado, hasta llegar a convertirse en el segundo de a bordo de *El Arca,* y el llamado «Capitán» de la espacio-nave. Gerry, en uno de sus raros, muy raros momentos de dulce carácter, podía conseguir lo que deseaba del tipo más duro como en el caso de Strike. De todos modos, para Tommy aquélla era una excelente oportunidad, aunque no estaba muy seguro si había deshecho su porvenir con su testarudez característica. Pero, de cualquier forma, si Gerry creía que él sería uno de los hombres que la rodeaban, que siempre tenían que decir «sí» a todo, la joven estaba bastante equivocada.

En aquel momento de sus reflexiones, la puerta de la oficina se abrió sin ruido y toda la actividad se suspendió automáticamente, al entrar la joven. Su presencia en la oficina traía en el acto la sugestión de lugares lejanos y descosas románticas y poco familiares, como un soplo del tenue viento que barre los desiertos de Marte, o una pizca de los olores fuertes suspendidos eternamente entre las nieblas de Venus.

-¡Tommy! -exclamó Gerry-. ¡Ya está bien! Ésta es la oficina en New York del Zoo Interplanetario de Londres, y no está concebida para sostener disputas. ¿Qué es lo que ocurre ahora?

Strike apuntó al visitante.

-Este chiflado inventor ha aparecido por aquí con esa caja misteriosa, actuando también en el misterio y rehusando decirme nada para qué sirve. Y además ha puesto súbitamente ese artilugio en movimiento y me ha tumbado por el suelo súbitamente, al fallarme las piernas...

-¡Oh, Dios mío! ¡No, no! No soy ningún inventor chiflado. Soy el profesor Lunde, jefe del Departamento de Física de la Universidad de Plymouth.

-¡Oh! -y en la voz de Strike apareció una tolerante concesión, mientras miraba significativamente a Gerry. Lunde era muy conocido como un investigador excéntrico y hombre de ciencia bastante despistado. La verdad es que no había contribuido en nada al progreso de las investigaciones físicas en los pasados diez años, si bien se mantenía en Plymouth en gracia a sus viejos triunfos.

Pero, sorprendentemente, Gerry sacudió la cabeza.

-Tome asiento, profesor. -Y volviéndose hacia Strike, le explicó-: El profesor Lunde me ha enviado una carta diaria durante la pasada semana, recordándome por escrito que Rod Shipkey intervendría en una emisión televisada esta noche, que tendría un gran interés para mí. Resulta ciertamente intrigante.

Las mejillas de Lunde se colorearon como dos manzanas.

-Bueno... debo excusarme por la forma melodramática de haber solicitado la atención de la

señorita Carlyle. Realmente, fue idea de mi ayudante. Trevelyan es un elemento de gran valor. Un joven ambicioso. Supuso que una mujer en la posición suya no podría ser entrevistada acudiendo a los métodos corrientes. Pero mi nuera, que trabaja para el señor Shipkey, ha conseguido esta emisión. Yo preferiría más bien no explicar a usted el objeto de mi visita, hasta que no haya escuchado y visto al señor Shipkey, si es tan amable. Ahora habrá comenzado.

Strike cruzó la habitación y se dirigió hacia el televisor, pasando con cuidado fuera del alcance de la misteriosa caja del profesor Lunde. En aquel momento comenzaba la emisión. Apareció en la pantalla la imagen de Shipkey, que hablaba con la fácil desenvoltura de un veterano explorador y entrenado locutor.

«...y ahora, vean si pueden creer esto, relativo al espacio. Alrededor de Júpiter, el más grande de nuestros planetas, un verdadero enjambre de satélites de diversos tamaños, sujetos por la invisible ligazón de la gravedad, describen sus órbitas respectivas. El más cercano de ellos, paradójicamente conocido por Satélite V, porque no fue descubierto sino después de los mayores, es en realidad una diminuta isla rocosa en el espacio cósmico, que tiene menos de doscientas millas de diámetro. Describe su órbita alrededor del planeta a 112.600 millas de distancia, completando un giro completo alrededor de Júpiter, a la velocidad de una bala de cañón, en menos de doce horas. Resulta increíble pensar que pueda existir alguna cosa sobre esa árida e inútil roca cósmica, que sea peligroso o interesante para el hombre, Señor del Universo.

»Y con todo -¡aunque ustedes no lo crean!-, sobre el Satélite V existe una extraña forma de vida que ha desafiado a todos los esfuerzos para destruirla o catalogarla. ¡Nadie ha puesto el pie jamás en el Satélite V y regresado con vida! Existen tres auténticos informes de veteranos del espacio dignos de toda confianza, quienes, por propia iniciativa o forzados por las circunstancias, tomaron tierra con sus espacio-naves en el Satélite V. Nada ha vuelto a saberse de ellos, desde entonces. Uno de esos casos lo constituyó una expedición especialmente equipada para abordar cualquier eventualidad y bajo cualquier condición posible. Fue la espacio-nave y la tripulación de Juan Ebers, el famoso holandés, extraordinario y famoso cazador de formas de vida extraterrestre y uno de los pioneros en tan romántica y peligrosa empresa, ahora simbolizada en su más famosa expresión por nuestra sin par Gerry Carlyle.

»Hasta qué extremo puede ser hostil y peligroso ese monstruo, sólo es por el momento, motivo de conjetura, ayudado por notas fragmentarias de hombres del espacio, que pasaron brevemente por las proximidades del Satélite V y por observaciones telescópicas desde lo, el satélite joviano más próximo. Estos informes, nos proporcionan una curiosa perspectiva. Es poco lo que puede decirse, que sin embargo, puede resumirse así: la bestia pertenece al tipo de los saurios, o tiene al menos, forma de oruga, hallándose en un bajo grado de la escala evolutiva. Parece ser de naturaleza perezosa, lo que sería natural, considerando la limitada provisión de energía creadora de elementos de nutrición, que tienen que existir en el Satélite V. Nunca ha sido visto más de uno cada vez. Y -lo crean o no-, ¡ese monstruo vomita llamas! ¡Así, literalmente!»

Gerry y Strike se intercambiaron unas sonrisas tolerantes. Ellos, ya habían visto muchas cosas increíbles; pero un monstruo respirando fuego, requería realmente una gran dosis de fe.

«...tiene precedente este fenómeno -continuaba diciendo Shipkey en la televisión- en la mitología clásica. Caco, en *La Eneida,* escupía fuego...»

Al llegar a este punto, un ayudante de la televisión apareció en escena mostrando la concepción de un artista, sobre el Caco, el fabuloso ser medio hombre, medio bestia, derrotado y muerto por Hércules.

«...y bien, damas y caballeros, el tiempo vuela y apenas hay que añadir más sobre el misterioso demonio del fuego, el Caco. Es seguro poder afirmar, no obstante, que el hombre, en su insaciable curiosidad, no permitirá dejar por más tiempo tal misterio sumido en la sombra. Esperemos que haya alguien con valor y suficiencia, que desafíe a la muerte una vez más y rasgue el negro manto de ese secreto que alberga siniestramente el Satélite V.

Ciertamente, es para mí una sorpresa que la inimitable Carlyle no lo haya intentado ya. ¿Será posible, que al final, exista algo en el Universo, que la rubia que desafiaría al propio diablo, vacile en intentar?»

-Aquí es la WZOZ emitiendo para ustedes, que ha presentado a Rod Shipkey con los saludos y cumplimientos del «Tónico Totsie», ese gentil... -Y la pantalla se obscureció.

Strike miró a Gerry sorprendido.

-Sí, ayer compré uno de esos dispositivos modernos que automáticamente suprimen la emisión, cuando empiezan los anuncios comerciales -explicó la joven-. De acuerdo, profesor Lunde. Trataremos con usted. Le hemos ofrecido una entrevista y escuchado a Shipkey. Ahora, charlemos de todo esto.

Lunde se adelantó hacia ella vivamente.

-¡Yo he inventado un arma, señorita Carlyle, que rendirá sin condiciones al monstruo del Satélite V! -proclamó dramáticamente-. ¡Un rayo paralizante!

Gerry se mostró escéptica. Ya conocía muchos intentos fracasados de rayos paralizantes.

-Bien, ¿en qué principio está basado? -preguntó.

Lunde se quitó las gafas para golpearse con ellas los dedos, como si se encontrara en el aula de la Universidad.

-La transmisión de un impulso nervioso a lo largo de la fibra nerviosa, se realiza por corrientes eléctricas locales dentro de la misma fibra. Pero la transmisión de un estado de actividad desde una fibra nerviosa a otra, como ocurre en el cerebro, cuando los órganos de los sentidos son estimulados, o desde una fibra nerviosa a una fibra muscular, como sucede en un movimiento voluntario, significa la transmisión de la excitación desde una célula a otra. El paso sobre el punto de unión entre las células, se efectúa por un transmisor químico: la acetilcolina. Todo movimiento voluntario o involuntario está acompañado por la producción de diminutas cargas de acetilcolina al extremo de las fibras nerviosas y es a. través de este agente químico, que el músculo entra en acción.

Strike se removió en su asiento.

-Una vieja historia, doctor. Sir Henry Dale y el profesor Otto Loewi, ganaron el Premio Nobel de Fisiología y Medicina por ese descubrimiento hace sesenta... setenta años. ¿Fue en 1936, no es así?

Lunde pareció vagamente molesto por semejante despliegue de erudición.

-¡Bien! -resumió el profesor Lunde-. La acetilcolina es muy inestable, y se destruye entre otros productos químicos tan pronto como su función se ha completado. Existe una enfermedad, la miastenia grave, caracterizada por la debilidad muscular, en la cual se produce una rápida destrucción de la acetilcolina a demasiada velocidad. Por tanto, si se construye un dispositivo que sea capaz de destruir la acetilcolina dentro del organismo a la misma rapidez con que se produce en su interior, ¿comprende?, los músculos se encontrarían imposibilitados para recibir los impulsos nerviosos, quedándose inutilizados para actuar, ¡Sería la parálisis!

Lunde procedió a exponer el interior de su caja de cuero coloreada, que había proporcionado a Strike tal molestia con anterioridad. El interior mostraba una maraña imponente de tubos, cables y dispositivos electrónicos, todo en miniatura, llevando además un dispositivo de energía radiante unido. Las lentes eran obturables parecidas a las de una cámara fotográfica. Su funcionamiento aparecía extremadamente simple.

-Esto, en realidad -continuó el profesor Lunde con tono doctoral- produce una descarga de neutrones. Resolvimos descartar el flujo de electrones porque les falta el suficiente momento, al igual que los protones, que también pueden ser desviados. Pero los neutrones reaccionan con los átomos a energías muy bajas. Y los impactos penetrantes de los neutrones destruyen la acetilcolina, al añadirse a su estructura atómica, por tanto la convierte en extremadamente inestable, ya que la destruye en el mismo momento de aparecer tal substancia. No daña a la sangre ni a la linfa, ni a los tejidos orgánicos, ya que todo ello está formado por combinaciones estables, mientras que la acetilcolina no lo es.

-¡Vaya! ¡Eso tiene sentido! Yo puedo testificar que ese equipo radiante trabaja con

eficacia. Eso significa que podemos atacar con éxito ese Caco en el Satélite V y mostrarlo a Shipkey para una buena información periodística. ¿Qué te parece, Gerry? ¡Adelante con el asunto!

Gerry sacudió la cabeza.

-Imposible, Tommy, ya lo sabes. Tengo una serie de conferencias inaplazables que me ocuparán tres semanas, otras con Kent sobre autobiografía, citas de negocios y contratos que ultimar, aparte de mil y una cosas que poner a punto. No, el viaje a Júpiter tendrá que esperar. Lo siento, Tommy. -Y entonces, la voz de Gerry se hizo venenosamente dulce-. Además, tengo que ir a Hollywood en la Luna, pasado mañana. Se trata de una fiesta especial en el «Traje Espacial Plateado». Henri, el *máitre* de hotel, ha puesto mi nombre a un dulce especial y a un sandwich de huevos duros con jamón, que hay para chuparse los dedos.

-¡Fantástico! -dijo Strike con delectación mientras miraba de reojo a Gerry como si esperase un proyectil-. ¡Qué bueno! ¿Y sabes de quién ha sido ese idea?

-Claro que sí. La productora «Nueve Planetas» está rodando en la Luna y ha sido idea de ese chimpancé de Von Zorn, en un gesto de humor. Ha metido a Henri en esto. Pero, chico... ¡les haré un discurso que chamuscará las orejas de Von Zorn!

Pero Tommy no era persona a la que se le hiciera cambiar de idea tan fácilmente. Era como un chico pequeño que se obceca en ir a pescar y no hay quien lo disuada de su propósito.

-Bien, de acuerdo, tú no irás a Júpiter. Pero a mí nadie desea fotografiarme ni obtener un autógrafo. No estoy ligado a ningún compromiso. Además estoy enfermo de aburrimiento, de andar de un lado a otro. No existe razón alguna en el mundo para que yo no reúna la tripulación y tome *El Arca* por mí mismo...

-Recuerda la última vez que te he visto solo, en un apuro. En Venus. ¿Recuerdas el Continente Perdido?

Tommy Strike echó de lado aquel asunto.

-Aquello era diferente. Esto es una cosa segura, con el equipo de *El Arca,* el aparato de Lunde y toda nuestra gente...

-Bien -y Gerry comenzó a flaquear-. Puede ser arreglado. Antes de que decidamos algo definitivamente, no obstante, hay tres cosas que me gustaría saber y preguntar al profesor Lunde.

-¿Sí, señorita Carlyle? -se apresuró a responder el aludido.

-Primero, ¿ha experimentado usted su rayo paralizante con animales extraterrestres?

-Oh, sí, por supuesto. El guardián del Zoo me permitió realizar diversos experimentos con animales procedentes de Marte y Venus. Todas las criaturas de nuestro Universo, al parecer, transmiten sus impulsos nerviosos con la ayuda de la acetilcolina. Supuesto esto, ese Caco no es un vegetal, y estoy seguro de que funcionará perfectamente también.

-De acuerdo. Segundo, ¿qué le va a usted en todo esto? No será el dinero. Aún en el caso de que hallemos el rayo practicable, usted no podría manufacturarlo para una distribución general, ya que su único mercado sería el de los cazadores interplanetarios, como yo, por ejemplo, que necesitamos capturar ejemplares vivos.

Lunde se irguió con un aire de dignidad.

-Es una cuestión de prestigio eso es mi solo motivo. El prestigio para la Universidad de Plymouth y su Facultad.

-Ya veo. Y ahora, dígame, ¿quién puso a usted en camino sobre este asunto?

-Perdone, ¿cómo dice usted?

-Quiero decir ¿de quién fue la idea de escribirme estas notas con tanta insistencia acerca de la emisión de Shipkey y demás? Usted no parece esa persona.

-Bien... no, ciertamente. No fue enteramente idea mía. Fue de Trevelyan, realmente. Es mi ayudante creo que se lo dije anteriormente. Un joven inteligente...

-Muy bien, profesor Lunde. -Y Gerry cortó la entrevista bruscamente-. Es usted una persona muy agradable: Mi secretaria dará a usted una autorización escrita para instalar su aparato en *El Arca.* Puede que tengamos ocasión de ponerlo a prueba.

Tan pronto como Lunde hubo abandonado el despacho, Gerry se dirigió inmediatamente a un circuito de comunicación interior.

-¿Barney Galt? Venga usted y su compañero inmediatamente.

Al instante, dos hombres entraron por otra puerta. Galt era un hombretón alto y fuerte, de rostro parecido a un perro fiel de presa. Su compañero era igualmente otro buen elemento de mediana edad. Ambos habían sido antiguos agentes de policía, retirados de la actividad pública para actuar como investigadores privados de Gerry Carlyle. Ella no era una chica para tener guardaespaldas; pero una mujer de su posición se hallaba amenazada constantemente con toda suerte de peticiones absurdas, veladas amenazas, asuntos fraudulentos de caridad y proyectos fantásticos, e incluso atracos. Galt, invariablemente, sabía descubrir lo bueno entre lo malo.

-Oiga, Galt, un tipo llamado Lunde, que acaba de salir de aquí, un viejecito de cabello canoso, con un aparato bajo el brazo, me interesa sea vigilado. Sígalo y haga una completa investigación sobre su persona. No interfiera nada de cuanto haga, sólo informarme de si hay en su persona algo falso.

Los dos detectives saludaron respetuosamente a su jefe y salieron para cumplir su misión. Strike pareció estar disconforme.

-¿Por qué tienes que enviar a ese par de sabuesos a la cola de Lunde? Creo que es una persona honorable. Quizá un viejo un poco chiflado, que ahora ha descubierto algo bueno; pero demasiado simple para estar mezclado en algo que no sea honesto.

-Es una simple rutina, Tommy. No pienso que exista algo reprobable en el profesor Lunde. Pero es necesario. Si sale airoso de esa prueba puedes tomar *El Arca y* salir.

-¿Intuición femenina de nuevo? -dijo Strike con tolerante condescendencia.

-¿Y qué hay de malo en ello, Tommy? Normalmente ya tomo muchas mayores precauciones cuando tomo a mi servicio al más humilde miembro de mi tripulación para cualquier expedición peligrosa. No hay duda de que Lunde es todo lo que aparenta, ya sé que sabes cuidarte de ti mismo, pero no podrás reprocharme por desear estar segura de cuanto concierne al hombre que quiero...

Y se hicieron un guiño amoroso el uno al otro.

-Está bien, cariño. Iré preparando las cosas y reclutaré a la tripulación sacándola de sus distracciones pecaminosas, ocupándome igualmente del aprovisionamiento de la espacio-nave. Eso llevará bastantes horas, ya te tendré al corriente. Llámame tan pronto como Galt haya terminado su informe sobre Lunde, ya que Júpiter está próximo a una conjunción favorable y quisiera salir cuanto antes mejor. ¡Hasta luego!

Los acontecimientos se desarrollaban velozmente, dirigiéndose a producir un inevitable desastre. Tommy Strike se hallaba ocupado acerca de la radio y el teléfono, recogiendo rápidamente a los veteranos tripulantes de *El Arca* que se apresuraron a acudir a la cita desde todos los rincones de la gran ciudad, dejando de lado cualquier negocio que tuvieran entre manos, o diversiones y placeres en los que se hallaran ocupados, inmediatamente, dirigiéndose al espacio-puerto a tiempo para despegar en otra jornada de aventuras. Todos ellos podrían referir que su oficio a las órdenes de Gerry Carlyle sólo era una disciplina de hierro y duras jornadas de vuelos cósmicos jugándose la vida a cada paso; pero aquellos rudos héroes eran todos hombres de una pieza y ni uno solo se habría dejado sobornar, ni por el amor, ni por todo el dinero del mundo, para abandonar el famoso navío del espacio.

En el aeropuerto espacial, bajo las ardientes lámparas de dióxido de carbono, un hombrecito conducía un coche de superficie, y mostró una autorización al guardián, pasando a una cabina de control personal. Era portador de un paquete para *El Arca,* y de nuevo tuvo que mostrar su pase hasta que entró al interior. Cuando salió llevaba las manos vacías.

Gerry Carlyle trabajaba sin darse un minuto de respiro en su oficina, mientras que en el exterior, las luces de la ciudad, fueron apagándose una tras otra y los apretados torrentes de tráfico en las grandes arterias de la fabulosa ciudad, fueron disminuyendo más y más.

Librodot

Una luz se encendió sobre la puerta exterior de la oficina. Alguien deseaba entrar. Gerry puso al alcance de la mano una pistola de rayos caloríferos y después tocó el botón que dejó la puerta abierta.

-¡Adelante! -gritó.

Era Barney Galt. Llevaba una mano escondida en el bolsillo de la chaqueta sugiriendo claramente el objetivo. Delante de él, y mostrando una terrible indignación, marchaba un joven de baja estatura, de unos treinta años, de ojos obscuros y audaces. Se dirigió agresivamente hacia Gerry.

-¡Quiero saber el significado de este ultraje! -dijo-. Su... su mercenario que ve usted aquí, me ha traído a punto de pistola, sin autoridad ninguna, y me ha forzado a venir a esta oficina contra mi voluntad. ¡Esto es un secuestro y veré a este ganster ir a la cámara desintegradora por ello!

Gerry miró interrogativamente a Galt, quien le contestó con una mirada inteligente.

-Mi compañero está todavía tras el rastro del profesor Lunde. Nos hemos dividido al ver salir a este mico del lugar que debía ocupar el profesor. Es su ayudante Trevelyan, y se parece terriblemente a un pájaro de cuenta que recogimos hace unos diez o doce años por delincuencia. -Galt era famoso por su maravillosa memoria-. De cualquier forma -continuó el detective- ha tomado en sus manos el dispositivo del profesor Lunde y lo ha instalado en *El Arca.* Dejó instrucciones de cómo hacerlo y se marchó enseguida. Yo tenía a los guardianes del aeropuerto espacial vigilando, mientras olfateaba alrededor. Señorita Carlyle, el chisme que ha montado en *El Arca* ¡no paralizaría un escarabajo! ¡Es un patraña! ¡Lo he comprobado!

Trevelyan hizo un gesto de desprecio.

-Usted no es quien para saber si funciona o no, eso es todo. Ya lo demostré a un par de elementos de la tripulación. Ellos podrán decirle a usted que marchaba a la perfección. Yo solicito...

-¡Cállese! -restalló la voz de Gerry como un látigo-. El rayo paralizante funciona de una forma extremadamente simple; Galt pudo haberlo comprobado fácilmente. Ahora caigo en la cuenta de la forma tan cuidadosa con que el profesor Lunde insistió y preparó la entrevista, de qué forma insistió también en la marcha de varios acontecimientos. Y al fondo de todo eso se hallaba usted, señor mío, su «inteligente» y «ambicioso» ayudante, forzando las circunstancias tras la sombra del inocuo profesor. Esto está aclarándose ahora. Bien, ¿supongo que no tendrá usted inconveniente en que nos acompañe a recoger al doctor Lunde y comprobemos el aparato nuevo?

Trevelyan pareció hallarse a disgusto.

-¿Por qué? Por supuesto, el montaje es delicado, y la máquina de rayos paralizantes ha podido estropearse por las vibraciones o cosa parecida.

-¡Eso es lo que usted ha hecho! Después de la demostración, usted ha estropeado parte de la instalación, así su superior se cargará con la responsabilidad de enviar hombres al espacio cósmico a que arriesguen sus vidas con un aparato tan delicado y contraído insustancialmente de tal manera que apenas soporta una comprobación ordinaria. ¿Por qué lo ha hecho?

-¡Está usted loca, señora! ¡Yo no hice nada de eso! Me limité a instalar el dispositivo de Lunde, según él me dijo que lo hiciera. ¡Si se ha estropeado enseguida, no es culpa mía! -Y repentinamente se deshizo de la garra de Galt-. ¡Insisto en que me permita marcharme, de otro modo sufrirá las consecuencias de la Ley!

Se produjo un silencio, mientras Gerry sopesaba la situación. Finalmente miró a Galt.

-Bien, Barney, ¿qué le dicta su instinto de detective?

Galt sonrió brevemente.

-Los métodos de la Policía no han cambiado mucho en cincuenta años, señorita Carlyle. Cuando necesitamos conocer una cosa de prisa, sabemos persuadir a la gente para que nos lo cuente.

-¿Quiere usted decir, la escopolamina... el suero de la verdad?

-No, señora. Eso no siempre da resultado. Nosotros acostumbramos a emplear el mango de goma, porque no deja señal alguna. La ciencia nos ha proporcionado dispositivos tales como el detector síquico que hace maravillas, mejor que el mango de goma. Tampoco deja señales y seguramente que entre ambos obtienen cualquier verdad oculta de cualquier tipo que se obstine en silenciarla.

Los ojos de Trevelyan miraban con expresión horrorizada.

-¡Van ustedes a emplear el tercer grado conmigo! ¡Eso está fuera de la Ley! ¡Es criminal! ¡Deseo....!

Galt puso una de sus manazas en la boca del sujeto.

-¿Está usted conforme, señorita Carlyle?

Gerry afirmó con la cabeza. Ella era una mujer que había vivido entre la violencia, la sangre y la muerte, y no reculaba porque fuese necesario emplear un poco de brutalidad. Cuando además había vidas que dependían, las vidas de sus propios hombres, era capaz de ser tan dura como cualquier hombre.

-Adelante, Barney. Usaremos la oficina trasera. Las paredes están aisladas al vacío con material aislante, así no se molestará a nadie. Y no se preocupe por la Ley. Si algo ocurre, toda la influencia del L. I. Z., le protegerá totalmente.

Galt miró sombríamente al tembloroso Trevelyan.

-Este pájaro cantará, cuando encuentre lo que ha perdido. -Y encerraron por la fuerza a Trevelyan en el diminuto interior del local, cerrando con llave por dentro.

Era mediada la mañana, cuando los tres personajes, surgieron al exterior de la oficina trasera; donde habían permanecido encerrados. Tanto Gerry como Galt, mostraban en sus enrojecidos ojos, la falta de sueño, y por lo que concernía a Trevelyan, apenas podía tenerse en pie. No tenía ni una señal en todo el cuerpo, físicamente se hallaba sin daño aparente alguno. Trevelyan se había comportado como una nuez dura de cascar; pero Galt lo había conseguido. Ya tenían la historia completa de lo sucedido. El fin había justificado los medios.

No era un relato grato de escuchar, era un resumen de pasiones sucias, envidias, traiciones y odio. De acuerdo con el sistema de la Universidad americana, e incrementándose desde hacia cincuenta años, los Centros solo albergaban tendencias reaccionarias y ultraconservadores y Trevelyan, como otros subordinados, no había tenido oportunidad para expresar sus propias teorías, ni de recibir crédito por sus propios cálculos e investigaciones. El estúpido e injusto reglamento, que requería una montaña de papeles para ser publicados, y todos los descubrimientos para ser anunciados sólo por los departamentos principales, sin preocuparles de quién pudiese ser el responsable en el departamento respectivo, había desquiciado el espíritu de Trevelyan hacía mucho tiempo. No podía soportar ver a chiflados como Lunde, adquirir crédito por avances científicos, con los que no tenía nada que ver. Y aquello le había colmado de rencor.

Así, planeó desacreditar a Lunde totalmente, destruir su prestigio y adquirir lo que él creía que le pertenecía por justo derecho como profesor de Ciencias Físicas en la Universidad de Plymouth. Si alguien de la categoría de Gerry Carlyle aceptaba como «invención» algún aparato de Lunde, que fallara por completo, con probables pérdidas de vidas humanas, la indignación pública arruinaría al viejo profesor. Entonces, Trevelyan, insistiendo y haciendo pública la historia de la ciega estupidez de Lunde y remarcando el hecho de haber rehusado tomar consejo de sus subordinados, llegaría fácilmente a ocupar su puesto de rector. Así había puesto una mortal zancadilla al profesor Lunde, cargando a espaldas de Gerry con el rayo paralizante.

La única cosa que Trevelyan no había previsto, era el haberse tenido que encontrar con un elemento tan duro como Barney Galt, que no vacilaría en llegar hasta donde fuera preciso, hasta descubrir la verdad de un hombre, de quien sospechara con fundamento...

Gerry conectó el visífono y llamó al aeropuerto espacial.

-El señor Strike, por favor -solicitó del ayudante que apareció en la pantalla.

-¿El señor Strike, señorita? Lo siento. Salió con *El Arca* para Júpiter a las ocho en punto de

esta mañana.

-¡Por Júpiter! -tronó la joven-. Eso es imposible. ¡Me prometió esperar hasta que todo hubiese estado comprobado debidamente!

-Bien, señorita, el señor Strike y su tripulación, ya hace horas que estaban dispuestos a partir. Se volvió muy impaciente y trató de tomar contacto con usted dos o tres veces. Finalmente, le oí decir que todo debería hallarse en perfecto orden y que usted, sin duda, se habría ido a dormir en su hogar, y que de todos modos no iría a esperar mientras que...

-¡Sí, ya lo sé! ¡A cualquier señora en pantalones! Continúe.

-Uh... exactamente, señorita. Mientras que una señora en pantalones daba vueltas y perdía el tiempo en excusas para estropearle el viaje. Y se marchó. -El rostro del ayudante se retorció ligeramente en una mueca; pero continuó heroicamente impasible.

-¡Está bien! ¡No se quede ahí como una estatua de piedra! -gritó Gerry-. ¡Póngame con la oficina de radio!

Una vez conseguida la comunicación, Gerry pidió al operador que consiguiera a cualquier precio una comunicación con *El Arca* en el acto. Pasaron algunos minutos de angustiosa espera. A intervalos, el operador, cortaba, para decirle:

-Lo siento, señorita Carlyle, *El Arca* no contesta. Seguiremos intentándolo.

Diez minutos más tarde, Gerry sugirió que llamara a cualquier espacio-nave que se hallara en las inmediaciones de su ruta para que conectase con *El Arca.*

-Ya lo hemos intentado también, señorita Carlyle. El transporte marciano Fobos, se encuentra en el mismo sector de *El Arca.* Pero tampoco responde Fobos.

Gerry, cortó la comunicación, desesperada.

-¡Ese piojo repugnante de Trevelyan! -gritó en voz alta, deseando que Galt no hubiera soltado a aquel sujeto, para tener algo más que la mesa donde descargaba sus puños-. ¡Ha roto también el equipo de radio! Si Tommy comprueba el aparato de rayos paralizantes, antes de alcanzar Júpiter, este atolondrado de hombre se hallará tan lejos en su viaje, que no querrá volver atrás...

E inmediatamente Gerry se ocupó en llamar a todos los aeropuertos espaciales importantes de la Tierra, haciendo la misma pregunta aquí y allá:

-¿Cuándo parte su próximo navío espacial para la vecindad de Júpiter?

La buena suerte parecía estar en su contra. Todos los grandes navíos espaciales, o se hallaban muy alejados en las rutas del espacio, o en reparación. Frenéticamente, entonces, Gerry tomó contacto con los propietarios particulares que disponían de espacio-naves comparables en potencia y velocidad con *El Arca.* Sólo existían un par de compañías. Pero fracasó también. Tenía que enfrentarse con la realidad: nadie en la Tierra disponía de una espacio-nave que pudiera alcanzar a Tommy.

Gerry no perdió el tiempo en llorar estúpidamente. E hizo la cosa más útil, adquirir un pasaje a un precio fabuloso en un transporte rápido que salía para Ganímedes dentro de la hora siguiente. Apenas si disponía de tiempo para ver a Lunde y explicarle lo ocurrido y forzarlo a que entregase el único modelo de rayos paralizantes, un aparato a escala reducida de experimentación, darse prisa para el aeropuerto en un aerotaxi y ocupar su cabina en el transporte espacial con el tiempo justo por segundos.

Solamente cuando se encontró segura encerrada en uno de aquellos cubículos malolientes que el transporte usaba como cabinas, pudo la joven sentirse relajada y dar paso abierto a la esperanza, en aquella partida mortal contra el tiempo y espacio.

En Ganímedes, el cuarto satélite de Júpiter, existe la más extraña comunidad del verdadero sistema que forma Júpiter, ya que es el centro, en cierto aspecto, de la vasta actividad minera que reina en todos los satélites jovianos, excepto en el Satélite V. A los transportes espaciales, les resulta impracticable pasar por todos los satélites uno a uno, en sus viajes periódicos para llevar suministros y recoger a carga de minerales extraídos, dada la enorme complejidad del sistema, tan dilatado y esparcido alrededor del planeta gigante.

Por tanto, se había establecido una base general en Ganímedes. Los transportes terrestres se detenían para llevar suministros y equipo y llevarse los cargamentos de mineral extraído de su gran depósito. Los pilotos de las naves que hacían el servicio local, formaban su única población. Aquellos hombres duros y atezados, no eran pilotos corrientes, sino los más brutalmente mordidos por la adversidad, los hombres que más ferozmente se jugaban la vida, en las mismas fauces de la muerte. Eran individuos, en su mayor parte, fuera de la ley, granujas de categoría, pilotos que tuvieron grandes manchas en sus hojas de servicios cuyas borracheras habían costado la vida de pasajeros, criminales y asesinos.

Existía una razón para aquello: el trabajo de aquellos hombres requería que se jugaran la vida, cada vez que despegaban del rocoso suelo de Ganímedes. Los terribles dedos de hierro de Júpiter con su brutal fuerza de gravedad, amenazaban a cada instante con tragarse sus encanijados navíos espaciales, obligándoles a caer hacia abajo, siempre hacia abajo, hasta sepultarse en el corazón de aquel gigantesco planeta, casi un sol. Enormes tormentas magnéticas se levantaban hasta los límites de la atmósfera joviana, cuyo invisible hálito arruinaba el sistema de encendido y propulsión de los reactores de las espacio-naves, conduciéndolas al desastre. Una vigilancia sin descanso e increíbles reservas de combustible, eran el precio de la supervivencia en tales condiciones.

Los salarios eran muy elevados, aunque aquella consideración apenas fuese tomada en cuenta, ya que normalmente tenían poco que vivir para disfrutarlos. La Ley cerraba los ojos a los criminales que se refugiaban allí, ya que tenían que hacer un trabajo de inmenso valor. Además, si tenían que ser juzgados por un tribunal con arreglo a la Ley, eran hombres condenados de antemano.

Y con todo, aquel solitario puesto fronterizo con sus rufianes de puños duros, fanfarrones y borrachos peligrosos, era la única esperanza para que Gerry pudiera alcanzar a tiempo a Tommy Strike y poder ayudarle. Cuando, tras varios días sin descanso y de noches sin sueño, durante los cuales, aquel cacharro llamado «rápido» parecía haberse perdido entre las estrellas, llegó a Ganímedes, Gerry fue la primera en poner pie en tierra. El lugar era impresionante, sólo un árido campo de aterrizaje, requemado y lleno de cicatrices de los reactores. El aire sutil de Ganímedes era terriblemente frío y el resplandor lejano y amarillo de Júpiter, iluminaba la escena fantasmalmente.

Mientras que la tripulación descargaba el flete, Gerry se volvió hacia un joven oficial.

-Parece que este lugar ha sido barrido por una plaga. ¿Dónde está la gente?

El oficial sonrió.

-Es un racimo de malos elementos, engreídos con su propia importancia. Actúan como si fueran señores de la creación y como si nosotros, ordinarios mortales, tuviésemos que halagar su vanidad. Allí se acercan ahora unos cuantos.

Se observaba a cierta distancia un pequeño grupo de tres o cuatro barracones. Aparte de los más pretenciosos, una media docena de hombres se asomaron al exterior. Eran tipos de facciones duras, arropados con pieles. El oficial les salió al encuentro.

-Les traigo un pasajero esta vez. Desea ver y hablar a su jefe.

-Uno de los pilotos, un hombretón como un roble, hizo una mueca.

-¡No me diga! Nosotros no tenemos jefe. Aquí todos somos iguales cada uno es tan importante y tan bueno como los demás.

El oficial terrestre se mordió los labios indeciso, pero antes de que pudiera hablar, el temperamento de Gerry surgió como un disparo.

-¿Esto es estúpido y sin sentido! -gritó agudamente-. Cualquiera por ciego que estuviera, podría ver que usted y ese puñado de mequetrefes son iguales a cualquier cosa. Tendrá usted que tener un jefe, alguien que le ordene lo que tiene que hacer. Sin esa persona no sabría usted lo suficiente para apartarse de una nube de meteoritos.

Se produjo un pesado silencio, mientras que los demás pilotos se agruparon alrededor para contemplar de cerca a aquel fenómeno.

-Bien, que me aspen si lo que tenemos enfrente no es una señora -explotó el hombretón.

-Yo soy Gerry Carlyle -anunció la joven imperiosamente- y me encuentro en una situación de tener mucha prisa. ¡Insisto en ver a su jefe de nuevo!

El gigante abrió la boca como para lanzar un rugido en la propia cara de Gerry; pero algo le detuvo en el último instante. Cerró la boca y se rascó la mejilla asombrado.

-Será mejor que dejemos al francés que se ocupe de ella -sugirió otro de los pilotos.

Se produjo un asentimiento general y todos se dirigieron a través del campo hacia los barracones. Una fuerte bocanada de aire cálida les golpeó el rostro, al abrirse la puerta y todos se despojaron de sus pieles. En el interior había cuatro hombres y uno de ellos, con una barba obscura terminada en un puntiaguda perilla, con ojos chispeantes y expresivos, tenía que ser, sin duda alguna, el francés a que se referían.

-¡Eh, francés, hoy hemos tenido un pasajero! -dijo el hombretón.

El francés, se hallaba ocupado con algo que tenía en las manos y no se dignó a mirar.

-¿De veras, mi buen Bullwer? ¿Y ese pasajero, qué es lo que desea?

-Quiere ver a nuestro jefe. ¿No es para mondarse de risa? -Y Bullwer miró a su alrededor; pero nadie se había reído. Era evidente, que todos los presentes, consideraban al pequeño francés de cálida mirada, como a su jefe nominal.

El aludido levantó los ojos mirando a Bullwer.

-¿Entonces, traes ese pasajero a Louis Duval, no es cierto?

Bullwer afirmó con la cabeza.

-Bueno, aquí está el pasajero, no tienes que enfadarte. Pero da la casualidad de que es una señora.

Duval, miró vivamente a su alrededor, asombrado, y se encontró con los incomparables ojos de Gerry. Por un momento de silencio, se la quedó mirando como si se hallara frente a una visión. Entonces se irguió.

-¡Una señora, sí! -dijo respirando al fin-. Y una señora magnífica, además. Louis Duval, señorita, a su servicio. -Y se inclinó galantemente para besar su mano.

Súbitamente, Duval miró con ojos de ira a los demás presentes.

-¡Cochinos! -tronó-. ¡Quitaos los gorros! ¡Vamos, pronto, una silla para esta dama! ¡Traed refrescos! ¡Vite, vite!

Pero Gerry no tenía la menor intención de perder el tiempo en ser festejada.

-Mr. Duval -dijo Gerry tensamente-. Estoy aquí por una razón urgentísima. Cada minuto que transcurre puede significar la diferencia entre la vida y muerte de muchos hombres. Necesito, urgentísimamente, alcanzar el Satélite V. Los únicos hombres en todo el sistema, con valor y habilidad para llevarme hasta allí a tiempo, se encuentran en esta habitación. ¿Quiere usted ayudarme?

Los pilotos que permanecían indiferentes y en silencio, mientras Duval charlaba con Gerry, explotaron entonces en una irónica carcajada.

-La señora pide una broma -dijo uno-. ¡Nada menos que un suicidio en masa!

-¡El Satélite V! -comentó otro-. No existen dos docenas de navíos cósmicos en todo el sistema solar que consigan llegar al V. Y ninguno de ellos lo liaría desde este vaciadero de escoria de Ganímedes...

Los ojos de Duval se ensombrecieron con un sincero pesar.

-Mademoiselle -declaró vivamente-, no habría nada en este mundo ni en otro cualquier mundo que yo no hiciera por usted encantado... si pudiera ser hecho. Pero el viaje al Satélite V... es sencillamente imposible.

Y tomando a Gerry por un brazo, la condujo hacia una ventana.

-Mire. Ahí tiene usted uno de los vehículos magníficos en los cuales, tenemos que realizar nuestros viajes a los otros satélites de Júpiter.

Gerry se quedó mirando con interés. El navío espacial hacia el que indicaba Duval era un viejo casco de hierro ennegrecido. Los reactores agotados, se hallaban en pésimo estado de corrosión, las planchas metálicas de la estructura estaban picadas y bombardeadas por centenares de meteoritos. Era como una lejanísima caricatura del poderoso navío *El Arca,* en

donde era posible disponer cualquier viaje por todo el sistema.

-¡Qué catástrofe! -comentó amargamente Gerry-. Jamás he visto un cacharro semejante. Con eso, no se podría permanecer ni media hora en el espacio. ¡Caería como un trasto viejo!

-Con frecuencia caen, mademoiselle. Por ejemplo, Scoffino, uno de nuestros camaradas, lleva un retraso de dos días desde lo. Pronto tendremos que beber el brindis de costumbre.

Los ojos de Gerry siguieron a Duval, hasta una estantería que cubría la parte del fondo de la habitación. En ella, estaban alineados una fila de destrozados cubiletes, en los cuales se podía leer un nombre distinto, marcado con ácido.

-¡Santo Dios! -exclamó Gerry indignada-. ¡Eso es criminal!

-Pero nadie puede reprochar a la compañía. Estarían locos arriesgando espacio-naves valiosas, a un costo de muchos miles de dólares, en estas rutas azarosas. Además, hay genios y yo, Duval, lo admito, entre los mecánicos. Ellos continúan remendando, arreglando y consiguiendo siempre que podamos arreglamos para retornar vivos con los cargamentos. Pero un viaje al Satélite V... -Y Duval se encogió de hombros, como sólo un francés sabe hacerlo, con ese gesto característico que quiere decir mucho y muy poco. Un nudo repentino se formó en la garganta de Gerry. ¿Sería aquello el total fracaso de sus propósitos en tal ocasión? Y, ¿qué sería de Tommy Strike haciendo frente a aquel horror cósmico con unas armas inútiles? Strike era tan quijotescamente temerario, que por nada del mundo consentiría en volver grupas, aunque su propia vida estuviese en peligro. ¿Iría a morir, también, teniendo la ayuda tan cercana de su mano, porque ella, Gerry Carlyle, fuese incapaz de solucionar el problema y tender un puente de tan pocas miles de millas?

Pero el formidable arsenal de armas de Gerry, no se había agotado. Disponía de una lengua «hipodérmica» como las balas de sus armas modernas para cazar las formas extraterrestres de vida. Se volvió hacia el grupo de hombres del barrancón, echando fuego por los ojos.

-¡Es para reírse! -gritó en tono hiriente-. ¡Sí, señor, para morirse de risa! Mi prometido se encuentra en este momento en el Satélite V, luchando con algo monstruoso, de lo cual ningún hombre ha tenido jamás noticia alguna. Ha ido a buscarlo como un verdadero hombre. Pero a causa de una despreciable rata, allá en Nueva York, se encuentra sin defensa con un arma que no funciona. Yo tengo en mi poder la verdadera y vengo al único sitio en todo el sistema, donde podría encontrar hombres, a los que se supone pericia, inteligencia y arrojo, para llevarme hasta allá. Y, ¿qué es lo que encuentro? ¡Un puñado de vagabundos de poca categoría, asustados y jugando a las cartas con cerillas!

¡Diciéndose unos a otros que tipos más duros y valientes son entre sí, viviendo perpetuamente a la sombra de la muerte! ¡Dramatizando consigo mismo! Brindando cada vez que una de sus carcomidas chatarras cae sobre Júpiter. ¡Bah, la más barata de las representaciones teatrales! ¡En una palabra, entre todos ustedes no pueden sacar a relucir el coraje de un conejo asustado!

Aquello fue un discurso cruel e hiriente, totalmente injusto, desde luego, pero era el único triunfo que Gerry tenía a mano. Si fallaba el truco, estaba perdida. Y con un gesto de orgullo, se dirigió hacia la puerta, salió a la calle, estrellándola violentamente al cerrarla tras de sí.

Se produjo un denso silencio entre los pilotos después de haber salido la joven, roto finalmente por unos ahogados silbidos de estupor de la concurrencia. De todos los presentes, el discurso había hecho mella más profunda en Duval. Como buen francés, albergaba en su corazón todo el tradicional romanticismo y sentimiento de la caballerosidad, del amor y de la belleza. Durante tres interminables años, había sido un exilado solitario en Ganímedes, tan lejos de su amada Gasconia, donde abrió los ojos a la vida, París, era un borroso recuerdo, no había visto una sola mujer hacía años.

Todos los ideales de su alma romántica, se habían aumentado en una dimensión inusitada. A despecho de dominar a aquella dura tripulación, Duval era un desplazado. Por naturaleza, él era un hombre para ser la reencarnación del caballero Bayard «sin miedo y sin reproche»; pero crueles circunstancias de su vida, habían hecho de él... lo que era entonces. Y súbitamente la llamarada juvenil de Gerry, había puesto sal sobre sus heridas. Un joven y una

chica enamorados, y en apuros... Ello suponía, lo que supone para cualquier caballero francés. Y además, allí tenía la oportunidad de hacer de su vida absurda, algo valioso de nuevo. Sabiendo lo que hacía, Duval se dirigió hacia un mueble del que sacó un puñado de cartas estelares que puso ante sí. Se sentó tomó un lápiz y rápidamente, con ayuda de un calculador, hizo una serie de rápidos cálculos murmurando finalmente para sí mismo:

-¡Por las barbas de Satán! Puede hacerse.

Duval echó a correr tras Gerry, hallándola junto. al casco del transporte espacial en el que había llegado a Ganímedes, tratando y argumentando con el comandante, para que la llevase a toda costa al Satélite V.

-¡Mademoiselle! -gritó Duval sin aliento-. Mademoiselle, creo que hay una posibilidad, aunque muy débil...

-¡Duval! -gritó Gerry con el rostro radiante como una antorcha-. ¿Quiere usted decir que podemos intentarlo? ¡Oh, eso es maravilloso! Veré de que pueda usted ser recompensado apropiadamente, además. Tengo influencia. Y mucha. No sé lo que usted hizo allá en la Tierra; pero todo puede arreglarse.

Duval dejó de lado aquel giro de la conversación.

-Contamos, quizá, con una posibilidad entre ciento de llegar sanos y salvos. Después, será momento de hablar de recompensas. Afortunadamente, el Satélite V está casi directamente en oposición con Ganímedes, ahora, al otro lado le Júpiter...

Se dirigieron rápidamente a través del campo calcinado, hacia el desgarbado cacharro en el que pensaban hacer aquel terrible viaje. Gerry apretaba bajo el brazo el paquete con el aparto de rayos paralizantes. Gerry sacudió la cabeza vivamente.

-Ya veo lo que usted se propone. Nos dirigiremos en derecho hacia el corazón de Júpiter, para ganar el terrible momento, en que dando un viraje rápido y utilizando la enorme velocidad adquirida, escapar de soslayo y alcanzar nuestro objetivo. ¡Espléndido! Ya sabía yo que aquí encontraría a algún fenómeno parecido para realizar semejante viaje.

Duval aparecía radiante de entusiasmo.

-¿Quiere, usted, pues, arriesgar su vida conmigo?

-¡Naturalmente!

Atraídos por la curiosidad, alguno de los pilotos, se aproximó a Duval mientras éste hizo un turno de comprobación general de aquel viejo navío del espacio. Unos pocos, un tanto confusos, seguramente por la emoción del gesto del francés, se aproximaron a darle la mano vigorosamente con un gesto en el que se transparentaba la idea fija de que nunca volverían a verlo más. En el momento en que los ocupantes del aparato estaban para cerrar la escotilla, Bullwer, asomó la cabeza por ella.

-¡Vaya! ¿Es cierto que vas a dirigirte al Satélite V? -preguntó con incredulidad.

Duval se irguió orgullosamente en cada pulgada de sus cinco pies de estatura.

-¿Y por qué no? Si hay alguien que pueda conseguirlo, yo, Duval, soy ese hombre, ¿no está claro?

Bullwer hizo una mueca.

-Quizás sea así. Pero apuesto una semana de mi paga a que no puedes.

-¡Hecho! -Y Duval cerró la escotilla casi a punto de decapitar a Bullwer.

Unas potentes llamas surgieron de los tubos reactores en tenues trazos a lo ancho del terreno y un trueno sacudió el navío espacial. Casi sin apenas aguardar a que los motores de la vieja espacio-nave se encontraran a punto, Duval aceleró a fondo y aquella pareja, tan extrañamente reunida a bordo, salió disparada hacia el espacio, en la más azarosa jornada de la historia de los vuelos cósmicos.

Gerry siempre recordaría aquel viaje con el terror constante de una negra pesadilla. Una vez lanzados al espacio, ya no había tiempo de pensar en el peligro. En aquella ocasión, no había existido el tiempo normal de la preparación cuidadosa del viaje, la aproximación amistosa de los camaradas de vuelo, durante cuyo tiempo, los elementos de la tripulación se alientan recíprocamente con su presencia. En lugar de aquello, todo había sido como un

relámpago: en un momento el salto a aquella catástrofe de espacio-nave, un momento después el rugido de los motores y antes de tener tiempo de pensarlo el gran salto al espacio, dirigiéndose como un proyectil a la monstruosa masa resplandeciente de Júpiter, aquella terrorífica burbuja dorada del gigante del sistema solar, que se extendía ante sus ojos como un próximo anuncio de un desastre mortal.

Duval aparecía como una sombría figura ligada al asiento del piloto, con sus manos mágicas volando delicadamente sobre los controles de la espacio-nave, guiando maravillosamente aquella marmita envejecida, pendiente de las tormentas magnéticas del campo electromagnético joviano. Con una completa ignorancia por desprecio de los efectos físicos de la aceleración, Duval había lanzado en el más breve espacio de tiempo, la espacio-nave a velocidades tan fabulosas, como jamás lo había conseguido nunca, y para las cuales, el navío no estaba construido.

Muy pronto el enorme globo de Júpiter ocupaba casi en toda su amplitud la pantalla visora de la espacio-nave. Duval habló con voz penetrante sin volver la cabeza:

-¡El cinturón de seguridad! ¡Pronto, mademoiselle, asegúrese de que se encuentra bien atada! ¡Vamos a saltar!

Gerry apretó los dientes con un gesto duro, vigilando con admiración casi impersonal, la increíble pericia de Duval. Demasiado tarde para volverse ya. Y enseguida, un silbido que aumentaba por segundos de tono, se hizo audible, mientras iban lanzados como un proyectil a través de las capas superiores de la terrible atmósfera de Júpiter. En un momento dado, Duval, bajó de un golpe las llaves del encendido y los cohetes inferiores se encendieron como una gigantesca flor roja con pétalos de fuego.

El navío cabeceó, tronando horriblemente en cada junta metálica, como si una misteriosa labor cósmica conspirase para hacerlo pedazos. Instantáneamente, los acerados dedos de la gravedad de Júpiter, aparecieron dislocar poderosamente, el viejo casco. Las antiguas cicatrices del metal chirriaron, las planchas se retorcieron peligrosamente, bajo la tremenda presión ejercida. El aire a presión descendió, como si fuera la preciosa mezcla gaseosa la que se escapara al exterior, a través de una docena de agujeros abiertos... El anticuado modelo, funcionaba gallardamente, en una tremenda batalla que parecía perdida.

La temperatura subió inmediatamente, haciéndose pronto intolerable, a medida que el aire exterior se hacía más espeso y la fricción calentaba más el casco. El sudor chorreaba por las bellas facciones de Gerry; pero la chica mantenía su calma estoica. La visión de Júpiter en la pantalla se apartaba poco a poco erráticamente: en unos cuantos segundos más, quedaría escrita aquella trágica historia...

Y lo consiguieron. La increíble velocidad que desafió a la fuerza atractiva de Júpiter, había triunfado. Una última llamarada, con lo cual el fuego rodeó totalmente el morro de la espacio-nave, obscureciéndolo todo, y por fin salieron al espacio libre, fuera del «hoyo». Se perdió de vista la superficie de Júpiter y saltaron como un rayo a las últimas capas superiores del planeta, navegando en espacio libre sin más peligros momentáneos. A lo lejos, girando en su órbita, frente a la espacio-nave, apareció el Satélite V, inhóspito y brillante, en el resplandor de Júpiter.

El resto, fue comparativamente simple. La gravedad de Júpiter, era todavía bastante fuerte y les atraía sin cesar, era como si no dejara de estar encadenados al planeta gigante por una elástica de goma, que se debilitaba inexorablemente, a medida que se alejaban. Manejando aquella formidable fuerza con destreza, Duval llevó el navío espacial basta el objetivo, con un inevitable choque que completó el destrozo del viejo navío; pero se hallaron por fin seguros pisando el suelo del satélite.

Gerry tomó la delicada mano de Duval y se la apretó fuertemente.

-Es usted magnífico, Duval. Nunca podré olvidar esto. Y ahora, vamos a nuestro negocio. ¿Dispuesto?

Se enfundaron en sendos trajes espaciales, Gerry tomó el aparato de rayos paralizantes y abandonaron los pobres puestos de aquel desastre de nave espacial. No se movía nada a su

alrededor, en una inmensa planicie que se extendía ante sus ojos, en otro tiempo fuertemente iluminada por Júpiter, cuando el propio sistema joviano era joven y cuyo horizonte se hallaba a una milla escasa de distancia más allá. La gravitación resultaba sorprendentemente fuerte, indicando una densidad inusitada. Este hecho, además del intenso frío reinante en su superficie, que rebaja la actividad molecular de los cuerpos, acontecía por el hecho de que todavía el V retenía remanentes de una antigua atmósfera.

Nuestros héroes aún pudieron ver trazas de vapor de agua en forma de escarcha. Ocasionalmente pasaban junto a grupos de vegetación formados por líquenes musgosos. Dos veces observaron también colonias de simplísimas criaturas amorfas en la más baja escala de la evolución biológica creciendo, reproduciéndose y muriendo con impresionante rapidez. Y entonces, súbitamente, con un enorme cigarro de plata, cerniéndose sobre el horizonte, *El Arca* apareció a la vista. Parecía tan grande como el propio Satélite y en la nave se apreciaba una furiosa actividad. Una vez en terreno firme, seis o siete figuras enfundadas en sendos trajes espaciales surgieron por el morro de *El Arca.* Desde la cabina del piloto, otra figura iba lanzando a los de abajo diversos instrumentos y objetos.

Gerry y Duval pronto estuvieron cerca de *El Arca* y la chica gritó en su casco.

-¡Eh! ¡Tommy! ¡Tommy Strike!

Todas las figuras de *El Arca* se volvieron vivamente en diversas actitudes de completo asombro. Y una de ellas hizo un saludo especialmente cordial y lleno de entusiasmo y se aproximó corriendo a todo correr sobre la planicie a toda la velocidad que le permitía su atuendo.

Mientras avanzaban Gerry y Duval, éste tropezó y cayó al suelo ridículamente, aunque sin daño físico alguno. Se rehizo inmediatamente sobre sus pies y se inclinó sobre lo que había causado su humillación. Y dejó escapar una exclamación de incontenible asombro.

-¡Por las barbas de Dios! ¡Qué monstruo, es de lo más increíble!

Gerry, a su vez, se detuvo para examinar la figura estirada sobre el terreno rocoso. Era algo que estaba mucho más allá de cuanto Gerry había visto y aprendido en su vasta experiencia de las formas de vida extraterrestres. De un extremo a otro, aquella cosa monstruosa debía medir unos veinte pies, y su horrible y verrugosa piel se hallaba dividida en secciones acorazadas a todo lo largo del cuerpo, con partes blandas carnosas intermedias, entre las dichas secciones. Tenía forma oval en el cruce de las secciones laterales, algo parecido a un gigantesco gusano cortado a trozos que hubiese sido aplanado por la parte superior, sin ser totalmente aplastado. Duval quiso abandonar enseguida la escalofriante visión de aquel nauseabundo horror.

Pero el instinto profesional clínico de Gerry, sin embargo, le empujó a volverlo patas arriba. Aproximadamente en un cuarto de su longitud, la parte inferior la tenía provista de tres pares de patas, dispuestas sin ninguna simetría, como situadas a voleo. Brotando de la parte frontal de la horrible cosa se apreciaba un apretado haz de lo que parecían dedos muertos enguantados, seguramente órganos sensoriales de alguna clase. Las fauces tenían alguna semejanza con una tolva o embudo, al igual que las trompas de las moscas comunes. Mientras que la totalidad de la parte baja del abdomen estaba completamente abierta, en su interior sólo había un revoltijo de objetos vivos a medio devorar. Dos ojos situados a cada lado de la cabeza, aparecían vidriosos por la muerte.

En aquel momento, Strike llegaba corriendo, hablando atropelladamente.

-¡Gerry! ¿Cómo diablos has conseguido llegar hasta aquí? ¿Y por qué? Y...

-¡No importa nada de eso ahora, Tommy! -interrumpió Gerry-. El señor Duval, aquí presente, me ha traído desde Gamínedes en un reactor. Es el más grande piloto de todo el Sistema. Y vengo porque el aparato de rayos paralizantes que tienes es falso.

-¡Déjate de bromas, cariño! -dijo Strike sarcásticamente-. ¡No habrás hecho un viaje tan largo para decirme eso! Encontramos ese monstruo hace unas cuantas horas. Nos ha costado dos vidas. Leeds y Machen han muerto, quemados hasta quedar reducidos a cenizas.

-¡Quemados! -exclamó Gerry echándose hacia atrás-. Así... este Caco, ¿es cierto que vomita fuego?

-¡Y de qué forma! No has visto jamás nada parecido. Pero lo que quiero saber ahora es lo referente al aparato rayos paralizantes. ¿Qué...?

Gerry le explicó rápida y brevemente lo ocurrido con la traición de Trevelyan.

-He traído conmigo el verdadero aparato. -Y mostró el otro modelo de Lunde.

Strike lo examinó ávidamente.

-¡Entonces, déjamelo! Le daremos a ese mono su merecido...

-Pero aguarda un minuto, Tommy. ¿Qué ocurre con este monstruo? -Y golpeó con la bota al horror muerto que yacía a sus pies-. ¿Es el Caco?

-Bien, *era* el Caco. -Y Strike miró preocupado y nervioso-. Pero ahora el Caco se ha ayudado a sí mismo para alcanzar *El Arca.* Precisamente se dirigió al navío y tomó posesión de él sin poder evitarlo. La cabina del piloto y el compartimiento de los motores están cerrados, libres de su acceso; pero los muchachos atrapados en el morro de la nave están arrojando todas las cosas de valor para el caso de que el Caco decida quemarlos en su camino por la espacio-nave. -Y soltó un juramento-. ¡Es un barullo fantástico!

Gerry sacudió la cabeza.

-Entonces, quieres decir que hay más de un Caco; tú has matado éste, pero ha surgido alguno más, ¿no es eso?

-¡Pues no, no ha sido así! Existe solamente un Caco. Es... es... -Y Strike se detuvo y tomó aliento. Con el píe hizo rodar al monstruo y recomenzó nuevamente-. ¿Ves esta quemadura de los rayos caloríferos? Bien, he aquí lo que ha sucedido. Cuando echamos mano al aparato paralizante nos hallábamos aquí mismo y pensamos que nos haríamos con este aborto de la Naturaleza con nuestro equipo regular. Lo encontramos merodeando por aquí, lanzando breves chorros de fuego, que salían de su boca, trompa o lo que quiera que eso sea. Estaba quemando el musgo de su alrededor y tostando numerosos bichos parecidos a babosas, que se tragaba por aspiración como un sifón. Un monstruo omnívoro. Bien, el trabajo parecía una ganga; así, pues, le lancé un chorro de rayos caloríferos atravesándole la espina para atontarlo mientras procurábamos trabarlo y cubrirle esa horrible trompa. Se retorció como un nudo y todo parecía que iba bien; pero entonces lo increíble sucedió. Entonces se abrió en canal como una fruta madura y otro Caco surgió casi completamente adulto. El recién nacido nos lanzó una llamarada terrible de fuego, y mientras nos poníamos fuera de su alcance, el nuevo Caco se dedicó sencillamente a darse un soberano banquete con el interior del cuerpo de su madre, o de *su* padre, o de como sea. Podía verse a esa criatura crecer a ojos vistas, hasta llegar al tamaño del original del que había salido. Y entonces se dirigió a la nave. Leeds y Machen se hallaban de guardia en la compuerta del aire y tiraron contra el segundo Caco con rayos caloríferos. Pero los disparos no molestaron en lo más mínimo a la cosa. Y el monstruo les achicharró a los dos, reduciéndolos a cenizas con una vaharada de fuego y se adentró en la nave. -Y la boca de Strike se retorció en un amargo gesto ante el recuerdo tan próximo-. La mayor parte del equipo consiguió escapar; pero algunos están aún encerrados todavía allá, seguros tras las salidas de emergencia conservando alguna provisión de aire todavía. Ninguno más ha sido atacado.

El trío se dirigió rápidamente hacia *El Arca.*

-Así, el Caco es bisexual -dijo Gerry en el colmo del asombro-. Se autofertiliza. ¡Es curioso! ¡Y un solo ejemplar en todo el Satélite! ¡Es realmente fantástico!

Strike la miró preocupado.

-Todavía no sabes lo mejor, la parte más curiosa del asunto. La impenetrabilidad del Caco a las armas caloríferas de Leed y Machen. ¿Puedes creerlo, Gerry? Cuando el Caco número uno fue atacado por los rayos caloríferos transfirió en el acto toda su vitalidad y su inteligencia al más joven que transportaba en su interior. Y al propio tiempo transfirió su poder de increíble adaptabilidad, de tal forma que al nacer el segundo ya lo hizo completamente inmune contra los rayos caloríferos, para siempre, a partir de ese momento.

-El fenómeno se habría producido -continuó Strike- para cualquier otra arma que hubiésemos empleado para capturar un animal vivo; ello le habría permitido nacer

nuevamente adaptado y protegido totalmente contra ella. La única forma con la que podemos detener esa monstruosidad es suspendiendo instantáneamente sus funciones vitales, o matarlo de una vez.

-Gerry se quedó pensativa un momento.

-Bien, ¿por qué preocuparse? -dijo finalmente-. Con un fusil de rayos catódicos sería suficiente.

-Así habría que hacerlo -repuso Tommy con melancólico triunfo-. La puerta del arsenal estaba abierta cuando el Caco entró en la nave. Todos salieron huyendo, cada cual por un lado, sin que hubiera ningún arma de rayos catódicos entre el grupo.

Gerry refunfuñó.

-Tienes realmente un genio único para meterte en líos de esta especie. Pero creo que no es tan malo el asunto como dices. Este asunto de la adaptabilidad instantánea es algo fantástico. Las armas y Leeds y Machen debieron sencillamente fallar. O a lo mejor dispararon a tontas y a locas.

Strike expresó su completa disconformidad con la joven. Los hombres de Gerry Carlyle eran tiradores magníficos que jamás fallaban el tiro.

-Lo verás pronto por ti misma -fue la simple respuesta de Tommy.

Cuando los tres se aproximaron a *El Arca,* los hombres de la espacio-nave dejaron escapar su júbilo en un grito unánime de saludo a su famosa jefe y corrieron rápidamente a su alrededor esperanzadamente, visiblemente emocionados. Nada había hecho jamás fracasar completamente a Gerry Carlyle, excepto el extraño caso de los murris venusianos, y aquellos hombres tenían confianza absoluta en su conductora y jefe. Gerry pasó revista a los rostros familiares de los veteranos, con alivio: allí estaban Kranz, Barrows, Michaels y otros más; todos los veteranos se encontraban perfectamente.

-Vamos a descubrir ese asunto de la adaptabilidad lo primero de todo -decidió Gerry-. ¿Alguno tiene a mano un rifle de disparos hipodérmicos?

La expedición había traído varios, y uno de los hombres se asomó a la puerta de *El Arca* cautelosamente, para actuar de señuelo, mientras que Gerry permanecía dentro de un fácil ángulo de tiro, con el rifle dispuesto. El que hacía de señuelo franqueó la entrada con cuidado y pasó los dos montones de carne quemada y restos calcinados de los dos bravos hombres fenecidos y finalmente se desvaneció en el interior. Transcurrieron unos minutos. Hasta que en los cascos de los guardianes se oyó una racha de disparos y repentinamente los hombres surgieron fuera de *El Arca* a todo correr.

Una vez en el exterior, el monstruo dio un tremendo respingo de varios pies de altura y una enorme llamarada de fuego surgió de sus fauces imponentes. El Caco, impresionante en su fiereza, se acurrucó a la entrada de *El Arca.*

Rápidamente, Gerry le disparó tres balas hipodérmicas en los intersticios de carne blanda entre las secciones acorazadas de su estructura de oruga. Los disparos hicieron un rápido efecto. La cabeza del monstruo se abatió, atacada por el sueño letárgico, y comenzó a moverse como borracho, indeciso entre si salir al exterior o permanecer allí. Y entonces, repentinamente, una serie de convulsiones intestinales comenzaron a agitarlo violentamente.

El monstruo rodó sobre sí mismo, todavía en el interior de la nave, y como si un invisible bisturí gigante rajara al Caco en dos tercios de su longitud, el abdomen se abrió en canal. Como una extraña ave Fénix de terror un nuevo Caco surgió de las entrañas del cuerpo muerto del viejo, desafiante sobre sus seis patas.

Sin fallar y sin el menor signo de nervios, Gerry vació deliberadamente todo el contenido de las balas hipodérmicas del rifle en el nuevo Caco. El monstruo se agachó sobre el piso metálico de la nave, deslizándose como una gigantesca oruga. Entonces se volvió y comenzó a devorar con voracidad de cuervo todas las partes blandas contenidas en la anatomía de su antecesor. A ojos vistas aquel monstruo parecía ir incrementando su tamaño, como en una película de la vida subacuática.

Los disparos hipodérmicos ya no tenían absolutamente el menor efecto sobre él.

Con petulancia, Gerry tiró el rifle contra el suelo, que rebotó ligeramente.

-¡Eso es imposible! -gritó-. ¡Jamás había oído hablar de tal cosa en todo el sistema solar!

-Quizá haya venido aquí procedente de otro sistema, Dios sabe de dónde y cómo, y no es nativo de este satélite. Pero esto no nos ayudará a reducirlo...

-¡Diablos! -exclamó la chica-. ¿Qué tal os parecen los gases anestésicos? ¿Hay algunas bombas a mano?

En el acto surgieron una docena de aquellas bombas de gas. Habiendo desaparecido de la vista el monstruo, Tommy se aproximó a *El Arca,* lazando varias de las bombas anestésicas en el interior, procurando casi cerrar la puerta durante unos momentos. No habrían transcurrido cinco minutos, cuando la puerta se abrió de par en par nuevamente y el Caco, espantoso y lanzando llamas en todas direcciones, miraba desafiante al pequeño grupo de seres humanos diseminados a su alrededor. Todos se dieron cuenta, instantáneamente, que el nuevo Caco era ligeramente más pequeño que el anterior y que crecía a ojos vistas otra vez. Aquel fantástico renacimiento desafiaba ahora tranquilamente el gas anestésico.

-¡Bien! -dijo Gerry-. Imagino que tendremos que desistir de este procedimiento.

Y rápidamente echó mano al modelo de rayos paralizantes de Lunde. Lo probó un instante sobre el bueno de Kranz, ante la mirada divertida de los asistentes, y Gerry avanzó hacia *El Arca.* Instantáneamente, el Caco, vigilando cuidadosamente la entrada, emitió una tremenda lengua de fuego a ras del suelo, cuyo fuego brotaba del extremo de una enorme lengua prensil. Gerry calculó el límite de la llamarada y permaneció fuera de su alcance. Apuntando los rayos paralizantes al Caco, activó el funcionamiento del aparato.

No ocurrió nada. Gerry enfocó bien las lentes para no fallar. Se aproximó más, hasta el límite mínimo del alcance de la lengua de fuego. Y entonces recordó que Lunde le había dicho que sólo era un pequeño aparato, con menos de la mitad del poder de una unidad normal de trabajo, ya que aquél era una unidad a escalada reducida para laboratorio. El Caco permanecía fuera de su efecto.

El monstruo sopló otra salvaje llamarada sobre la tripulación y, como si se burlase de ella, se volvió tranquilamente al oír una vibración en el interior de la espacio-nave y continuó entrando. Habiendo abandonado su marcha reptante de oruga, levantaba encorvada a gran altura su enorme cola a la manera de un escorpión, trotando sus seis absurdas patas, a la búsqueda de cualquier miembro incauto de la tripulación que buscase la seguridad fuera de *El Arca.*

Gerry dejó escapar una expresión de fracaso.

-Esto -dijo la joven- me parece una situación estúpida de tablas en el ajedrez.

-*Pardon, mademoiselle,* nada de tablas. -Todos se volvieron para mirar a Duval, que había sido completamente olvidado en la excitación de la aventura.

-¿De veras? -prosiguió Strike-. Entonces es la más acertada copia de unas tablas. El monstruo no puede atraparnos en espacio abierto, y nosotros no podemos hacerlo con él dentro de *El Arca...*

-Pero, *monsieur,* cada segundo que pasa trabaja a favor de su enemigo. Nuestro suministro de oxígeno decrece alarmantemente. Es una situación de lo más desesperado, y yo, Duval, se lo digo.

Inmediatamente, aunque ninguno había notado el enrarecimiento de su aire antes, todos hicieron un gesto angustioso hacia la garganta y se apresuraron a hacer funcionar las válvulas de oxígeno. La respiración se fue haciendo más lenta. No había ningún signo de pánico entre los veteranos; pero la intranquilidad había aparecido definitivamente entre ellos.

Gerry se mordió los labios.

-¿Alguna sugestión, Duval? Usted es hombre capaz de sacarse un as de cualquier parte, en una situación desesperada.

-*Mercí bien,* sí, señorita. Tengo una sugerencia que ofrecer a ustedes. Para combatir a nuestro enemigo es necesario estudiarlo, hallar su punto vulnerable, si es que lo tiene.

-¿Y cómo podrá poner usted a tal monstruosidad bajo su microscopio?

Los dientes de Duval aparecieron con un destello de blancura.

-¡Ah! Estudiar al presente *monsieur* Caco no es cosa fácil. Pero a sus antecesores... ¿eh?

Todos se intercambiaron miradas de asombro.

-¡Vaya, es una gran idea! -exclamó Strike-. ¡Vayamos junto al Caco muerto! -Y emprendiendo una rápida carrera por la planicie se aproximó al cuerpo destripado del Caco muerto. Aunque no eran científicos en un estricto sentido, todos los miembros de la tripulación de Carlyle tenían una amplia educación científica y un adecuado entrenamiento en tal campo.

Casi en el acto, Kranz hizo un notable descubrimiento.

-Capitán, ¿quiere echar un vistazo a esto? -Y mientras preguntaba aquello Kranz levantó en alto la trompa de la monstruosa criatura muerta. En lugar de dientes verdaderos, la totalidad del interior de las fauces del Caco se hallaba compuesta por una especie de formación córnea flexible, que probablemente serviría para la masticación, cuando y donde fuese necesario. Pero la cosa más extraordinaria era que todo el revestimiento aquel se hallaba compuesto de una masa esponjosa de platino.

-¡Eso es! -exclamó Kranz-. ¡Es platino esponjoso!

-¡Es cierto! -advirtió otro-. La totalidad del Satélite V debe estar formada seguramente por platino, al estar impregnado este animal en su forma viviente.

Una excitación debida al descubrimiento de semejante riqueza les absorbió la atención por unos instantes. Pero la voz de Duval continuó de nuevo.

-¡Ah! Creo que tenemos aquí la explicación de por qué respira fuego ese monstruo. Cualquiera puede leer en un libro de química elemental que cuando el hidrógeno o el gas de carbón se hace pasar por el platino esponjoso se produce fuego, ¿no es así? Bien, igualmente cualquiera puede leer que las bacterias anaerobias, actuando sobre los materiales de descomposición en los pantanos, generan metano, que es uno de los constituyentes -al igual que el hidrógeno- del gas de carbón. Y bien, todo el mundo sabe que todos tenemos a lo largo del tubo digestivo innumerables bacterias. Seguramente *monsieur* el Caco, igualmente, contiene en su interior bacterias anaerobias que actúan sobre los productos de desecho, animales y vegetales, de cuya descomposición puede desprenderse gas similar al gas de carbón. ¡Así vomita llamas de fuego! -terminó Duval con un gesto muy francés.

Todos, efectivamente, estuvieron de acuerdo: él francés iba sobre buena pista. Pero ¿cómo adquirir una ventaja cualquiera? Strike levantaba la cabeza pensativamente.

-Platino esponjoso, pues -murmuró vacilante-, y el platino esponjoso es un catalizador...

Instantáneamente Gerry tomó el hilo del razonamiento.

-¡Naturalmente! ¡Un catalizador! Y existen diversas materias que en combinación con él destruyen su acción como agente catalítico. Los halógenos, por ejemplo, tales como la bromina, fluorina, etc. O el cianuro de hidrógeno.

Todos se miraron entre sí y vivamente avanzaron hacia Gerry, pendientes del curso de sus ideas y razonamientos.

-Es un buen trabajo cerebral, Gerry -dijo Strike-, pero la provisión que pudiéramos necesitar de esos materiales podría hallarse en el sistema de Sirio. ¿Cómo podremos conseguir nada de lo que estás mencionando?

-Si usted me lo permite, *mademoiselle* -intervino educadamente Duval de nuevo-, yo podría, quizás, resolver ese problema. ¿Ve usted estas florecillas tan diminutas e insignificantes? -Y se inclinó sobre el suelo para recoger un puñado de hierbas con una floración incolora en forma de estrellas-. Pueden encontrarse en forma de unas especies o de otras sobre todos los satélites de Júpiter. Nosotros las conocemos bien. Están emparentadas con las de la Tierra, podríamos decir, que por el lado negro de la noche; porque todas tienen veneno en su interior. Y, como usted ha dicho antes, ese veneno es el cianuro de hidrógeno.

Sin necesidad de que nadie diese una orden, toda la tripulación se puso a trabajar. Tres de ellos se lanzaron furiosamente a recoger grandes puñados de aquellas plantas que ofrecían una esperanza de salvación. Otro corrió hacia la, proa de *El Arca,* de donde sacó, de la cabina del

piloto, un casco de traje espacial, que haría perfectamente de ello para destilar.

Se trajo igualmente la pequeña provisión de agua para beber de la cabina de mando y se organizó en el acto un trípode con tres rifles hipodérmicos en aquella ocasión inútiles, colocando debajo un calentador de rayos infrarrojos. En pocos minutos la mezcla empezó a hervir, ayudada por la ausencia de una presión demasiado alta, destilando el arma infernal con que se pretendía destruir al monstruo Caco.

Y cuando la destilación se iba enfriando en forma de un líquido espumoso, con una sustancia parduzca depositada procedente de la solución, todos los miembros de la expedición respiraron trabajosamente, a excepción de Gerry y Duval, que no se encontraban en los trajes espaciales tanto tiempo como los demás. Gerry miró atentamente la fila de rostros con los labios azulados. El trabajo que había que realizar entonces era duro. Alguno tenía que elegir su puesto de tener que entendérselas con el Caco, pero todos ellos habían arriesgado sus vidas y algunos la habían perdido. Era preciso que alguien se jugara la vida, introduciendo el HCN en las fauces del monstruo.

El intento habría de realizarse a corta distancia; entonces, ¿por qué no usar los rayos paralizantes? Pero Gerry comenzó a perder la fe en la máquina, que había sido la causa de toda la tragedia. Quizá no tendría ni ese poder apropiado, incluso a corta distancia... Si se tenía que perder una vida, sería como suicidarse al emplear los rayos paralizantes, en el caso de que fracasaran. Pero sí que podría conseguirse algo práctico de ponerse en marcha la idea suministrada por aquel texto viviente de química que era Louis Duval.

Los hombres de *El Arca* no consentirían jamás dejar a Gerry que lo hiciera; por tanto, se tuvo que ver obligada a pedir voluntarios. Y en el acto, hasta el último hombre dio un paso al frente. Pero Tommy Strike se situó el primero, delante de todos los demás, tomando el recipiente del veneno de manos de Gerry.

-Este es asunto mío -dijo brevemente.-. Tengo la responsabilidad de lo sucedido. Y a mí me corresponde solucionarlo.

Los ojos de Gerry se empañaron. Ella no podía rehusar la acción de Strike. Alguien tenía que ir, y Strike, como Capitán de *El Arca,* tenia autoridad suficiente para hacer tal elección. La rígida disciplina del grupo Carlyle tenía como fundamento el evitar sacrificios inútiles. Strike tendría que ir solo. Gerry tuvo necesidad de echar mano de su voluntad de hierro en aquel momento.

Strike abrió una de las bombas de metaglas para permitir que el gas se dispersara, y después la rellenó con la mayor parte de la solución venenosa, guardando otra pequeña cantidad, para un segundo ataque, en el caso de que fallara el primero. Con un gesto de la mano saludó a sus camaradas y se dirigió hacia *El Arca.* Pero con la rapidez de un rayo y sin que nadie pudiera evitarlo, Duval pasó junto a él, le puso una zancadilla e hizo que Strike cayera hacia adelante. Cogió la bomba de metalglas al aire. Gerry le gritó.

-¡Duval! ¡Deténgase! ¡Ya ha hecho demasiado, además usted no es uno de nosotros! ¡Deje eso en el suelo!

La sonrisa de Duval brilló alegremente.

-¡Pero he vencido en una lucha imposible desde Ganímedes hasta este Satélite V, *mademoiselle!* ¡Hoy es mi día afortunado! ¡No puedo fallar!

-¡Duval! ¡Vuelva atrás! No queremos locuras quijotescas. Si usted comprendiera nuestra disciplina, sabría que nunca se hacen cosas así...

Y Duval, el caballero francés, el de la vida vacía de sentido, que ardía en deseos de hacer algo heroico en gran estilo, repuso sobriamente:

-¡Y si usted, señorita, comprendiese a los franceses, sabría que nosotros, los gascones, hacemos las cosas en esta forma!

Y siguió adelante, corriendo rápidamente hacia *El* Arca. Strike se había incorporado finalmente sobre sus pies, con el engorro de su traje espacial, dando voces. Tomó el aparato de rayos paralizantes de Lunde y salió disparado tras Duval, a la mayor velocidad de que era capaz en aquellas condiciones. En un relámpago, toda la tripulación había tomado el mismo

camino. Sólo a las salvajes órdenes de Gerry se detuvieron con repugnancia, por su instinto disciplinado.

Duval alcanzó la puerta de acceso a *El Arca,* escudriñó con cuidado y enseguida se desvaneció en su interior. Strike le siguió a una distancia inferior a medio minuto. Y después nada. Los que vigilaban en el exterior escucharon atentamente en sus auriculares del casco espacial; pero no llegaba una palabra procedente de Duval o de Tommy Strike. Deberían hallarse en contacto con los que se hallaban atrapados en la nave; pero nada sabían. Aquello era natural, de todos modos; era una partida mortal que se jugaba entre Duval, Strike y el Caco, y se llevaba a pasajes sin aire, donde el sonido no podía transmitirse bien.

Repentinamente, los que vigilaban con atención fueron sorprendidos al oír un relincho agudo, parecido al de un caballo herido, que llegaba débilmente a través de los auriculares. Era algo no humano: tenía que haber sido captado por el micrófono de alguno que estuviera muy cerca del horrible grito. Y ante aquello, todas las órdenes y la disciplina de la jefe se vinieron abajo, y como impulsada por un ciclón toda la tripulación se puso en marcha, con Gerry a la cabeza, saltando al interior de la nave. Y repentinamente fueron testigos de una lucha de increíble ferocidad. Fue algo tan rápido, tan salvajemente repentino, que todo terminó antes de que ellos pudieran poner su débil ayuda en la balanza.

El Caco, sin duda, había estado explorando un pasaje lateral, y Duval había atraído su atención; entonces se dirigió rápidamente al corredor principal. Cuando se encontraron, Duval procuró aproximarse con cuidado de forma que no pudiera fallar. Cuando la tripulación saltó al interior, Duval estaba acurrucado en un rincón y acababa de gritar a Tommy Strike que permaneciera tras él y que no hiciera el estúpido. Strike había comenzado a andar, aparentemente en una dirección equivocada; pero había encontrado realmente al enemigo común y adelantaba a propósito a lo largo del corredor para proteger la acción de Duval.

Y entonces todo ocurrió al instante, como en una pieza teatral en la cual todos los actores intervienen simultáneamente.

El Caco, con la cola enroscada y trotando sobre sus seis patas, irrumpió furiosamente en el corredor principal de *El Arca.* En el acto vio a Duval y emitió otro de sus horribles chillidos. El brazo de Duval se arqueó hacia atrás y calculando el disparo avanzó de nuevo hacia adelante. La bomba se metalglas describió un arco y cayó en las fauces abiertas de la bestia. Strike, a varios pies por detrás de Duval y de lado, se puso de rodillas y puso en marcha la caja de rayos paralizantes. Una terrible llamarada de fuego surgió de las fauces del monstruo que envolvió la cabeza y los hombros del heroico francés.

Por un momento pareció que la espantosa llamarada había destruido el receptáculo del cianuro de hidrógeno y lo había deshecho. Pero no... el francés había sido más rápido, el disparo había sido perfecto. En el momento en que el Caco se volvió para destrozar a Strike, el cianuro de hidrógeno había entrado en combinación con el platino esponjoso y sólo surgió de sus fauces una bocanada de gas. Desde aquel momento el monstruo estaba perdido. Strike aproximó aún mucho más la caja en miniatura de los rayos paralizantes e instantáneamente el Caco cayó fulminado en un revoltijo de carne nauseabunda.

Del arsenal se trajeron rifles de rayos catódicos y el monstruo fue destruido totalmente para siempre. Entonces, Gerry y Strike se precipitaron al lado del pobre Duval. El francés estaba horriblemente quemado, con el rostro ennegrecido, como una máscara ciega de hombre. Su vida se estaba extinguiendo por segundos. Cuando la pareja se acercó de rodillas, los labios de Duval se movieron en una sonrisa triste y agónica.

-*Mademoiselle* -murmuró con infinito trabajo-, tendremos que colectar la apuesta que he ganado al buen Bullwer. Hicimos el vuelo. Y él ha perdido la paga de una semana. -Y algo parecido a una sonrisa de sus labios carbonizados y una carcajada que surgía de su pecho destruido por el fuego, conmovieron al magnífico Duval.

Gerry sollozó desesperada, con angustia.

-¡Duval! ¡Oh, eres un magnífico loco, Duval! ¿Por qué lo hiciste? A causa mía has perdido tu vida... No hay derecho...

-¿La muerte? -Y Duval trató de reunir sus pocas energías para encogerse de hombros-. La muerte, sí. Pero una muerte por algo que valía la pena. -Y con una suprema cortesía, hasta el final de su vida, Duval se revolvió penosamente de cara a la pared metálica del corredor, para que una dama no sufriera con el triste espectáculo de un hombre moribundo.

Strike ayudó tristemente a Gerry a ponerse en pie y. ella se abrazó a Tommy llorando desconsoladamente. Por unos instantes no pronunciaron una palabra. A su alrededor, el navío empezó a recobrar su vida normal. La entrada principal quedó cerrada. Se oían voces de todas partes. Y el oxígeno se inyectaba en los lugares sin aire.

Entonces, Gerry Carlyle hizo el epitafio merecido de Louis Duval.

-Aquí yace -dijo- un galante caballero.

NEPTUNO

FELPUDO *(Apod Shaggius) (Originario de Tritón)*

Esta bestia tiene una altura de cinco pies, totalmente recubierta con un duro y espeso pelaje negro, que disminuye gradualmente desde su cabeza cónica hasta una amplia base Tiene una cierta semejanza con el alfil de un gigantesco tablero de ajedrez. La piel es muy fina, como el papel, y está relleno con un fluido que sustituye a la sangre. No tiene sistema circulatorio y dispone de unos órganos rudimentarios de visión. El fluido es un compuesto básicamente clorurado: percloretileno. El centro de la cabeza contiene una enorme boca de negros colmillos. Suele emitir una serie de silbidos cuando está irritado. No obstante, todavía no se ha averiguado si es, o no, una forma de comunicación.

GORA *(Originario de Titán)*

Una criatura semiinteligente. Tiene unos tres pies de estatura y se parece mucho al hipocampo terrestre, el caballito de mar. El cuerpo está escamado, y en su base surgen cuatro cortas patas terminadas en cascos. De su cola surge un largo apéndice retráctil, que emplea para alimentarse. El Gora vive bajo tierra.

TOPO GIRATORIO *(Oriundo de Titán)*

Tiene el tamaño de una marmota; pero completamente redondo. Tiene la boca, precisamente en el mismo centro de la cabeza, perfectamente circular y armada con un formidable juego de dientes. Los dos diminutos ojos se hallan protegidos en agujeros rodeados de espesa pilosidad. Tiene alrededor de todo el cuerpo un gran número de aletas nadadoras, distribuidas al azar, que se pliegan al cuerpo del topo cuando está inactivo. Entran en funcionamiento como las agujas de un reloj, ayudándole a desplazarse velozmente por el terreno.

* * *

Gerry Carlyle se hallaba acurrucada cómodamente en un mueble de plastair funcionalmente diseñado. Acababa de descubrir lo vulnerable que era, y como todas las figuras públicas y famosas en su situación, aparecía aburrida y disgustada.

Que era una persona importante estaba fuera de toda duda. Bella, rica, disfrutaba además de una fabulosa fama bien ganada en una profesión tan rigurosa y colmada de peligros como la suya, y en la cual un hombre entre mil ni se habría atrevido a hacer frente a los peligros que ella emprendía casi cada día.

Y con todo, a pesar de todo esto, Gerry era vulnerable en un aspecto de su vida. Como

todos los campeones, era incapaz de dejar pasar un desafío sin aceptarlo, sin importar la naturaleza del mismo.

-¡Valiente tipo! -murmuró enojada, y después levantó los ojos hacia la figura errática de su novio, Tommy Strike-. ¿Qué te ocurre, dando vueltas sin descanso?

-Estaba observando el nuevo piso de la nave -repuso Strike con un guiño.

La cabina del piloto de *El Arca* y los principales corredores de la espacio-nave acababan de ser nuevamente recubiertos de un piso nuevo con zincal, un nuevo metal plástico con burbujas de aire que resultaba suave a los pies, cómodo y silencioso.

-Ya veo que muestras algún interés por ello -dijo la chica-. Después de todo, eres el segundo al mando de la nave.

-Has estado refunfuñando tú sola durante la pasada media hora -comentó Tommy-. ¿Cómo esperas que yo sepa de qué se trata? Si tuvieras la bondad de empezar por el principio, yo podría enterarme y te escucharía con gusto.

Gerry dirigió a su novio una mirada burlona y cariñosa, le hizo un guiño acompañado de una deliciosa sonrisa y se dirigió hacia él sobre el plastair.

-Se trata de ese Dacres -comenzó Gerry-. Vino por aquí el otro día con un negocio que proponerme. Dijo que necesitaba utilizar *El Arca* para rescatar a su hermano, cuya expedición ha fracasado, aparentemente, en Tritón. Ofreció financiar en su totalidad el viaje, con nuestra tripulación. Dacres sería simplemente un pasajero. Naturalmente, le dije que no. Gerry Carlyle no hace los servicios de un taxi.

-¿Con qué en Tritón, eh? -farfulló Strike-. El único satélite de Neptuno y con una reputación horriblemente nefasta. ¿No es un lugar que jamás ha sido explorado?

-Sí, así es, en efecto. Lo han intentado dos o tres expediciones. Ninguna ha vuelto.

-Ah, ahora recuerdo haber leído algo de eso -repuso Tommy-. Le llaman el «satélite sirena». Muy dramático. Y, además, está de aquí a una larga jornada. Tu camarada Dacres tendrá que tener grandes intereses para permitirse semejante viaje...

Gerry se pasó la mano por el cabello.

-¡Ese tipo no es ningún camarada mío! Espera a oír lo que ha hecho. ¡Está haciendo un chantaje conmigo!

-¿Cómo?

-Sí, se ha dirigido a todos los periódicos y servicios de telefilms y ha esparcido la historia de que yo he rehusado el rescate de su hermano a causa de los rumores que existen acerca de Tritón, que me causaban miedo. ¿Qué te parece?

Gerry se adelantó, puso en funcionamiento el servicio de telenoticias y apuntó a la pantalla del muro. Una línea brillante se encendió mostrando una leyenda.

¡GERRY CARLYLE DESDEÑA UNA SUPLICA DE RESCATE!

Irritada, Gerry tocó el dial del aparato y otra noticia apareció en la pantalla.

¡LA REINA DE LOS CAZADORES INTERPLANETARIOS
SE SIENTE INTIMIDADA POR EL DESAFIO DE TRITÓN!

«La señorita Gerry Carlyle, la joven y renombrada cazadora de formas de vida extraterrestres, famosa en todo el mundo por sus exploraciones por el sistema solar y sus Lawrence Dacres, de poner a su disposición su espacio-nave *El Arca* para el rescate de su hermano, que se cree perdido en Tritón.

»El señor Dacres supone que ha sido el temor a las fuerzas desconocidas que gravitan sobre el solitario e inexplorado satélite de Neptuno lo que ha influido en la repulsa de la señorita Carlyle.

»Es realmente cierto que el historial de Tritón lo muestra como la tumba de más de una desventurada expedición y que ello ha sido la causa del natural temor al explorador más

decidido. Pero si, como se asegura, se ha descubierto algo últimamente que es la causa de la vacilación de la intrépida Gerry Carlyle, está justificada la actitud irritada del solicitante, etc....»

Los furiosos dedos de Gerry hicieron otro movimiento en el aparato de las telenoticias y una tercera leyenda de gruesos tipos apareció en la pantalla:

¡¡LA NOVIA DEL ESPACIO REHUYE EL SATÉLITE SIRENA!!

Tommy dejó escapar una risita entre dientes. Gerry interrumpió:

-Ya he tenido unas cuantas palabras con el editor que ha soñado esa tontería -dijo con una calmosa y casi cruel satisfacción-. Está ahora guardando reposo en un sanatorio.

Strike suspiró.

-Ya veo en qué desagradable posición te colocan -admitió-. Ese tipo de Dacres ha ensayado ya el caso en la prensa y te encontró culpable de una cosa u otra.

Tommy se levantó, comenzando a pasear alrededor de Gerry. Nuevamente comenzó a hablar, cavilosamente.

-Ahora, consideremos la situación. Tritón: diámetro, tres mil millas. Cumple una revolución en su órbita en cinco días, siete horas y tres minutos. Magnitud estelar...

-Pareces una enciclopedia -interrumpió Gerry.

-Claro que sí, cariño. Estos datos los estoy leyendo en una enciclopedia astronómica. Magnitud estelar, en la oposición, 13ª. Movimiento retrógrado. Gravedad, dos veces y media la de la Tierra... oh, sí. Por ello le llaman el «satélite sirena». Engaña al incauto viajero del espacio que se aproxima, y entonces lo atrapa irremisiblemente con su inusitada gravedad. Hum... Compuesto de materia no originaria del sistema solar... de aquí su terrible masa. Se cree que fue un cuerpo errante en el espacio, que fue atraído por Neptuno. Eso podría explicar su órbita retrógrada.

Unos nerviosos y apagados pasos sonaron a lo largo del corredor, seguidos por una impaciente llamada a la puerta de la cámara del piloto.

-Será ese amigo de Dacres, ahora -dijo Gerry con una mueca-. ¡Pase!

Dacres entró. No parecía presuntuoso, aunque sí arrogante y de aspecto imponente, y donde quiera que entrase inevitablemente llamaba la atención. Era un hombre alto, esbelto y rubio. Se inclinó rígidamente.

-Buenos días, *miss* Carlyle.

Gerry casi esperó que le crujieran las rodillas. Ella presentó a los dos hombres presentes, comparándolos mentalmente.

-Bien, supongo que vendrá usted a pedir excusas por su inexcusable conducta, señor Dacres.

-Vengo para ver si usted ha reconsiderado su inamistosa y poco cooperadora actitud -advirtió el recién llegado.

Gerry empezó a soliviantarse.

-¡Vaya! Usted, que deliberadamente va esparciendo por todas partes una mentira sobre otra y falsas insinuaciones en la prensa y en todos los medios publicitarios... convirtiéndome en un hazmerreír, hiriendo mi reputación, impugnado mi valor personal... ¡Y ahora tiene usted el cinismo de pretender que yo estoy equivocada por no lanzar toda mi organización en la aventura que le surja al primer incompetente! ¡Usted no es más que un chantajista, señor mío!

Dacres rehusó salir de estampida.

-Lamento el haber ejercido sobre usted una presión de esa forma, *miss* Carlyle -repuso Dacres imperturbable-. Como usted insinúa, no tengo escrúpulos. No los tengo, al menos, cuando la vida de mi hermano está en juego.

Gerry encontró duro responder a aquello. Dacres conocía el secreto fondo de nobleza de la joven y continuó jugando con tal ventaja.

-Mientras nosotros discutimos aquí -advirtió-, mi hermano y su tripulación pueden estar

muriendo lentamente, poco a poco, aplastados contra el suelo por el terrible poder de gravitación de Tritón. Tenía un peso de doscientas libras aquí en la Tierra. Ahora pesará quinientas. El corazón humano no puede, sencillamente, soportar tal clase de castigo. Morirá sin remedio.

Aquellas palabras sugirieron la estampa de un puñado de hombres, muriendo de hambre, arrastrándose dolorosamente como cangrejos heridos, rezando por una rápida agonía, en una muerte segura. Gerry comenzó a retroceder en sus posiciones.

-Y esos exploradores, ¿no fueron equipados con unidades antigravitatorias? -preguntó la chica.

-Sí, pero ¿cuánto tiempo pueden durar en tales condiciones? Un par de semanas, a bajo poder, posiblemente. Después... -Y Dacres hizo un gesto con las manos juntas, lleno de expresividad-. He aquí por qué cada segundo es precioso.

Gerry se sintió arrinconada y miró a Tommy en un desesperado esfuerzo para recibir ayuda. Pero Strike se mantuvo estrictamente neutral. De sentir algo, Tommy encontraba aquello divertido, al menos por la perversa delicia de verla batida por el sexo opuesto.

Gerry hizo todavía un último ensayo.

-¿Por qué viene a mí, señor Dacres? -preguntó-. ¿Por qué resulta tan esencial disponer de mi nave, y solamente la mía?

-Los navíos espaciales que visitan Tritón, aunque potentes, están muy lejos de poder tener éxito. Para una completa seguridad, se demanda el tremendo poder de una espacio-nave de fuerza centrífuga, como *El Arca.* ¿Cuántos navíos existen así hoy en día? Un puñado muy reducido. ¿Y cuántos hay cuyos propietarios sean particulares, fuera de las Agencias de los Gobiernos? Solamente el suyo, *miss* Carlyle. Si usted me rechaza, tendré que encontrar a toda costa una espacio-nave más pequeña. Pero esto le colocará a usted frente a la opinión pública, en una intolerable posición; por tanto, no puede usted permitirse el lujo de rechazarme definitivamente.

Gerry farfulló algunos sonidos entrecortados. Aquel individuo era, ciertamente, de una franqueza brutal con ella. Parecía, además, tener todas las respuestas a mano. Si ella estuviera dispuesta a abandonar su peligrosa profesión y renunciar a todo, podría decir tranquilamente no. Pero mientras quisiera permanecer como la reina de los exploradores del espacio, Gerry no se atrevería a realizar un simple acto que manchara su historial.

Volvió a mirar desesperadamente a Strike; pero éste se limitó simplemente a encogerse de hombros, haciendo un leve gesto.

Dacres le tendió un ramito de oliva.

-Podría haber, por supuesto, algunas interesantes formas de vida sobre Tritón. Cuando se haya completado el salvamento, podría usted seguramente tratar de adquirir un par de ejemplares, y ello podría ayudarla también... bien... a llenar su orgullo profesional.

Gerry sintió que la, cólera ascendía a un grado peligroso y contó hasta diez antes de responder.

-Está usted insultando, señor mío -repuso la chica-. Es usted una persona que me disgusta. La única razón de que mi prometido no le haya ya tumbado de un puñetazo, es porque siente que yo pienso a demasiado altura de mí misma y que una bata de andar por casa me iría mejor. Sin embargo, el peligro en que está su hermano y sus propias maquinaciones me fuerzan a aceptar su proposición. Venga pasada una hora, con su talonario de cheques y su abogado. Tendremos dispuesto nuestro contrato. Podremos salir al amanecer.

Dacres se inclinó nuevamente, y se le vio triunfante.

-Gracias -dijo-. Lamento nuestra incapacidad para ser amigos; pero, después de todo, eso tiene poca importancia. Estoy seguro que conseguiremos realizar un viaje sin contratiempos y que será un éxito completo.

Y se marchó, erguido y tieso como la baqueta de un fusil.

-¡Vaya por Dios! -exclamó Tommy-. El potencial eléctrico de esta habitación debe ser ahora mismo aterrador. Pienso que será mejor que me dé una vuelta por ahí. Jamás he visto a

un tipo tan completamente seguro cada vez que abre la boca. De lo más desconcertante. -Y soltó una carcajada.

Lawrence Dacres pareció, sin embargo, haberse equivocado en su predicción de un viaje sin incidentes. Antes de llegar a Marte, cinco de los miembros de la tripulación de *El Arca* cayeron violentamente enfermos después de la cena.

-Intoxicación alimenticia -fue el dictamen del hospital marciano.

Los hombres estarían fuera de peligro, para reanudar el viaje, dentro de tres o cuatro días, a lo sumo; pero como *El Arca* había salido de la Tierra con una tripulación muy reducida para reducir gastos se planteó un serio problema. Dacres, frenético ante la idea de una demora que le costaría cientos de dólares diarios, sugirió que él podría reclutar las faltas en el aeropuerto espacial marciano.

-Hemos de continuar el viaje inmediatamente, *miss* Carlyle -dijo-. De lo contrario me volveré loco aquí. Después de todo, no son hombres clave para usted los que han caído enfermos, sino simples subordinados. El ingeniero jefe, por ejemplo, se encuentra bien. Podría continuarse el viaje sustituyéndolos sencillamente.

Aquello era cierto. En un viaje de rutina como aquel, Gerry no tenía necesidad de personal especialmente calificado y entrenado, tales como zoólogos, expertos cazadores, etc. Unos buenos mecánicos cualesquiera podrían cubrir las bajas temporalmente producidas. Gerry se mostró conforme. Pero no pudo apartar la idea de su mente, de que aquella expedición, resuelta bajo el signo de la cólera y ya maltratada por el infortunio, se hallaba bajo malos auspicios.

Fue Tommy, quien algunas horas después de haber abandonado Marte, tropezó con una extraordinaria y divertida escena que sugirió que la expedición estaba, ciertamente, destinada a ser algo fuera de lo normal previsto. Mirando a través de la puerta medio abierta de una de las cabinas de los tripulantes, observó la presencia de un hombre, extraño por completo, haciendo los gestos más absurdos. Aquel individuo se hallaba sosteniéndose la cabeza cuidadosamente con ambas manos, como si fuera a explotarle y paseando de un lado a otro de la pequeña; pero confortable cabina, con pasos torpes y desmañados. Cuando se detuvo para mirarse en el espejo, Strike le miró detenidamente. El hombre respondía al tipo inconfundible de boxeador, batido por muchos golpes, de nariz aplastada, cejas con cicatrices y orejas como coliflores. Volviéndose del espejo, aquel extraño individuo se dirigió haciendo eses, como un borracho y miró por una claraboya de la espacio-nave. En seguida se volvió hacia atrás, siempre bamboleándose, con una expresión de terror y de asombro, farfullando gruñidos como bestia acorralada.

Strike se aproximó con calma al filo de la puerta, observando. Y así, gradualmente, ambos comenzaron a percibir voces en la cabina próxima, algo confusas; pero fuertes. El ex boxeador se dirigió a la pared y aplastó el oído contra ella.

-¡Monk, estúpido! ¿Cómo diablo ha llegado a bordo ese vagabundo camorrista?

Se oyó un rastrear de pisadas.

-Jefe, le juro que no tengo la culpa -fue la respuesta conciliatoria-. Nosotros no esperábamos que llegara usted tan pronto, y creímos disponer de algún tiempo libre...

-¿En una juerga continuada, eh?

-Bien, nada tenía eso de malo. De todos modos, cuando llegó su mensaje, nos dirigimos al aeropuerto espacial y todo se produjo tan rápido... verá, ese fulano se agregó de algún modo al grupo... -y la voz de Monk se ensombreció-. En realidad, no puedo acordarme de cómo ocurrió.

-Y así, cuando comprobasteis el número, resultaron siete hombres en lugar de seis y ninguno se dio cuenta. ¡Magnífico! -Y la voz del invisible locutor se volvió colérica y huraña-. Bien, ese bruto gamberro está ahora a bordo y el daño está hecho. La cuestión es...

El boxeador abrió repentinamente la puerta de comunicación. Strike permaneció donde se hallaba, sin ser observado. Seis tipos duros de puños, mecánicos por la apariencia, aparecieron en la cabina vecina, los hombres reclutados por Dacres con urgencia. Strike frunció el

entrecejo. Debería recordar al alto y rubio Dacres que era al capitán de *El Arca* a quien correspondía la disciplina de los hombres.

Y entonces, habló a Dacres, el individuo cuya identidad seguía siendo desconocida para Tommy, con su cara remendada de boxeador.

-¡Usted! -restalló-. ¿Quién es usted?

-Lawrence Dacres, y procure conservar una. lengua educada en su cabezota.

-Usted me emborrachó para traerme a bordo de esta espacio-nave, Dacres y le pido que me devuelva inmediatamente a Marte, cuanto antes.

Se produjo un murmullo a su alrededor y Strike se aproximó más cerca dispuesto a intervenir. Aquel tipo enrojeció.

-Quiero decir -declaró-, ¿sabe usted quien soy yo?

-No lo diga. Déjenos adivinarlo. -Y la pesada ironía provenía de Monk, el hombre que había tratado de explicar cómo la persona que había de más en el grupo había llegado a bordo.

-Yo soy Kid McCray, el campeón marciano de pesos medios, ¡que lo sepáis!

El grupo estalló en una estruendosa hilaridad de completa incredulidad, y el propio Tommy se echó hacia atrás, para no soltar el trapo de la risa. McCray tronó y rezongó, tratando de convencer a los otros de su sinceridad. Era inútil. Atacado súbitamente de furia, preparó los puños y atacó a Dacres. Pero Tommy pensó que a pesar de la experiencia de ring que pudiera tener el «campeón», no sabía moverse en una espacio-nave. Y en efecto, su corpachón fue a dar en pleno suelo. Se levantó vacilante, como un hombre que se está ahogando, torpe y desmanado. En aquella posición indefensa Dacres le lanzó un puñetazo en plena mandíbula que le obligó a estrellar la cabeza con la pared de acero de la cabina.

Y Dacres hizo la cuenta completa, como si estuviera en una pelea sobre el ring.

-Nadie puede hacerme esto a mí -murmuró torpemente, cuando acertó a levantarse.

El grupo reía hasta saltársele las lágrimas.

-¡El campeón está bajo de forma hoy! -gritó el burlón de Monk-. ¡No puede luchar ni se encuentra bien en una gravedad tan ligera!

Tommy creyó que ya era hora de intervenir, y entró en la cabina. Se produjo un súbito silencio y las actitudes de aquellos individuos parecieron congelarse, mirando con ojos temerosos.

-¡Oh, capitán Strikes! -dijo Dacres relajándose-. Me alegro que se halle usted aquí. Podrá usted comprobar que tenemos un polizón a bordo, con unas extrañas ideas en su cabezota.

-Ya comprendo, Dacres -dijo Tommy mirando duramente a McCray, con su cara de clown fuera de combate-. ¿Quiere decirme cómo consiguió subir a bordo de *El Arca?*

-Bien -y McCray se pasó una manaza por la cara para aclararse las ideas-. Bien, se celebró la lucha, ¿comprende? El primer campeonato que se ha celebrado en Marte. Gana por k. o. al undécimo asalto. Después nos fuimos a celebrarlo... y organizamos una juerga con bebida, chicas, muchas tabernas a donde ir a tomar una copa y demás... Después, no recuerdo nada hasta hace unos cuantos minutos. Y miró a su alrededor confundido.

-¿No me cree?

Sin duda alguna los acompañantes de McCray habían formado de algún modo un gran grupo durante la alegre velada. Parecía que la pelea había sido por la noche. Sin duda, McCray debió haber luchado. Pero que un tipo como McCray fuese un campeón...

Strike y Dacres se intercambiaron una sonrisa compasiva y Dacres apuntó significativamente con un dedo a su sien.

-Quizá el trabajo de algunas semanas le aclarará sus pensamientos, McCray -dijo Tommy-. Vamos a ver al otro jefe de la nave, porque se encuentra usted bajo severas penalidades. Póngase eso.

Y con el pie le alargó un par de chanclos para la gravedad, construidos con espesas planchas de metal que contenían un dispositivo para equilibrar las diferencias gravitatorias. Unas bandas los ajustaban firmemente a los pies. Todos los miembros de la espacio-nave las llevaban. Aquello permitió a McCray seguir a Strike y a Dacres a lo largo del corredor, hacia

el elevador que conducía al puesto de mando de *El Arca.*

Tommy Strike notó con satisfacción la reacción de McCray al poner éste los ojos sobre la belleza rubio cobriza de la famosa propietaria de *El Arca.*

-¡Por el Humo Sagrado! -barbotó McCray a la vista de Gerry-. ¡Usted es Gerry Carlyle!

En el silencio que siguió, Strike explicó.

-Tenemos un polizón, Gerry, y parece totalmente falto de intención especial. Parece ser que subió a bordo por error en un momento de aberración alcohólica. Ninguno de nosotros comprobó que no pertenecía a los nuevos, hombres. Parece hallarse todavía algo borracho.

El huésped no invitado estalló en un vozarrón tonante.

-¿Borracho? ¡Oiga, usted! ¡Yo soy Kid McCray, campeón de los pesos medios de Marte! ¡Tengo influencia y si usted no me devuelve a Marte ahora mismo, le aseguro que tendrá que sentirlo!

Tommy, Draces y Gerry se pusieron a reír a coro.

-¡Oh! -murmuró la chica-. ¡Aquellos licores marcianos! ¡He oído hablar con frecuencia del efecto que causan con delirios de grandezas!

A pesar del frío hombre de ring que McCray pudo haber sido, entonces se le acabó la paciencia. Avanzó vengativamente sobre Strike, con claros deseos de romperle la crisma, fielmente retratados en su burda faz. Recordando su reciente experiencia, avanzó con más precaución. Como resultado, Strike lo halló como un pato sentado. Encontrándose entre los pesos medios, Tommy aceptó rápidamente el desafío y recibió al intruso con un gancho formidable. McCray se tambaleó pesadamente sobre los chanclos gravitatorios y después cayó como un saco golpeándose la cabeza.

-Esto no es posible -murmuró débilmente.

-El «campeón» -declaró Dacres con voz divertida- no se encuentra en lo suyo con esos suplementos en los pies, esta mañana.

-Exceso de entrenamiento, quizá -añadió Gerry.

-Bien, no podemos volverle a Marte, desde luego -indicó Strike-. Mejor será asignarle un trabajo cualquiera.

Tommy dejó de estar preocupado. McCray se hallaría probablemente bajo los efectos de aquella ruda humillación durante muchas horas. Podría asignársele cualquier trabajo rutinario. Y se le llamaría en adelante con el nombre de «el campeón». Tendría que aprender que la Ley del Espacio trata con rudeza a los hombres que tienen los puños ligeros. Pero *El Arca,* por otra parte, inevitable, era una sombría prisión en sus viajes por el espacio y Tommy estuvo seguro que McCray serviría muy bien al propósito de relajar la tensión, de vez en cuando, provocando bromas y carcajadas.

Kid McCray fue tenazmente persistente, sin embargo. Dos días más tarde volvió de nuevo a Strike, urgiéndole a que tomara contacto por radio con Marte, con la teoría de que si allí se había perdido un campeón de los pesos medios, aquello podría probar la historia que había contado.

-Lástima que no hubiera pensado antes en esa -dijo Strike solemnemente-. Nos hallamos demasiado lejos de Marte para la limitada capacidad de alcance de nuestro equipo de radio.

Sin descorazonarse, McCray volvió a la carga al día siguiente. Había oído el relato del hermano de Dacres y se había enterado de la peculiar enfermedad que había atacado a los hombres de *El Arca,* en Marte.

-¿No le parece a usted extraño, capitán? -dijo misteriosamente a Tommy-. ¿Cree usted que alguien podría tener la suerte de encontrar media docena de mecánicos en Marte, en menos que canta un gallo? Quizá haríamos mejor con volvernos inmediatamente.

Strike se divirtió de lo lindo en aquellas luchas que el pobre McCray sostenía con interminables razonamientos para volver al planeta Marte. Pero la insinuación que hizo McCray sobre la rápida sustitución por Dacres del personal de la tripulación, se le quedó fija en la mente.

Recordó, además, la conversación oída la primera vez que vio a McCray en *El Arca.* Se le

escaparon las palabras exactas, pero ¿no había hablado Dacres como si estuviera de acuerdo desde hacía tiempo con aquella gente?

El súbito silencio, las miradas de sospecha que se produjeron cuando él abrió la puerta de la cabina y entró, ¿no tendrían algún significado? Confuso en sus ideas, Tommy se dirigió a charlar con Baumstark, el ingeniero jefe de *El Arca,* quien calmó sus sospechas.

-Esto va como una seda, señor -dijo el ingeniero-. Esa nueva gente son mecánicos magníficos, especialmente ese Monk. No dan apenas molestias, excepto que hacen demasiadas preguntas. La nave podría marchar con él solo.

Después de aquello, aun McCray pareció unirse a la armonía del conjunto, dedicándose estrictamente a su trabajo, mientras que la poderosa espacio-nave volaba a velocidades astronómicas por la vasta extensión de los caminos de las estrellas. Los días se convirtieron en semanas. Uno tras otro, las arbitras de los grandes planetas fueron quedándose atrás. Y se produjo otro incidente que vino a alterar la rutina ordinaria.

McCray se hallaba ocupado, como de costumbre. En una vuelta de inspección por la nave, Strike se presentó repentinamente ante él. McCray estaba en el suelo y sobre él Monk le amenazaba con una pistola de protones.

-¡Narizotas! -gritaba Monk-. ¿Qué idea es esa?

McCray trató de explicarle que simplemente estaba buscando una herramienta en el saco de Monk y accidentalmente encontró la pistola.

-Bueno, la próxima vez me preguntas primero -gritó Monk-. Además, el hecho de encontrarse una pistola no es para excitarse de esa forma. Nos dirigimos a un mundo extraño y puede ser muy peligroso, ¿comprendes? Podemos necesitar varias armas.

Tommy se hizo presente en aquel momento. Dejó a Monk con la palabra en la boca y le recogió la pistola de las manos.

-Es obligación de los oficiales el cuidar del arsenal de a bordo. No se permiten armas en las cabinas de la tripulación.

Monk se afirmó sobre sus pies, farfulló una excusa y tanto él como McCray volvieron a su trabajo. Strike les observó pensativamente, recordando los pasados incidentes e imaginando si todo aquello formaría parte de un plan premeditado. Siguiendo un impulso, rebuscó entre los objetos pertenecientes a los individuos reclutados por Dacres. No encontró nada anormal. Preocupado, no obstante, se marchó a la cabina de mando, resuelto a no molestar a Gerry con sus sospechas.

Pero aquella decisión demostró ser un gran error. El misterio se desveló súbitamente antes del próximo turno de guardia. Se encontraban a solo un día de viaje de Tritón y Gerry estaba ocupada haciendo observaciones telescópicas del satélite.

-He comprobado la velocidad rotacional de Tritón, Tommy -dijo Gerry-. Lo hace alrededor de su eje, una vez cada cuarenta y cinco minutos aproximadamente. Es una buena marcha para esa pelota cósmica, ¿no te parece?

Aquellas fueron las palabras más importantes que Strike había oído en su vida, aunque entonces no supo comprender su significado. En su lugar, emprendió una conversación rutinaria.

-Sí -dijo- pero ya hay precedentes. Fíjate en Júpiter, fabulosamente más grande contando con su enorme envoltura atmosférica y gira una vuelta completa en poco más de nueve horas.

Como si aquellas palabras fueran una clave indicadora, la puerta se abrió con estrépito y Dacres, Monk y los miembros sustitutos de la tripulación, entraron abruptamente, todos ellos bien armados. En aquel momento preciso el complot que haba sospechado de algún modo Strike, se aclaró totalmente.

-Vaya -dijo Tommy-. Tenemos un motín a bordo.

Dacres movió la cabeza, sonriendo e interpretó correctamente el vistazo rápido que Strike dirigió hacia el exterior.

-No se moleste -advirtió Draces-, los demás están amarrados y fuera de servicio.

Strike hervía interiormente con el asombro de su propio remordimiento. Era en gran

medida culpa suya. Tuvo que haberlo imaginado. McCray había probado prácticamente que aquello iba a producirse; pero con las bromas y tomando a burla las cosas de «el campeón», Tommy haba permanecido ciertamente ciego y estúpido ante la realidad.

Y con todo, otra parte de su cerebro admitía que aquella precaución y prudencia había sido natural y que ninguno de sus sentidos hubiera dado crédito a la disparatada idea de que Dacres hubiera planeado robar el navío espacial más famoso en todo el sistema solar. Aquella situación, en su totalidad, era una locura.

Con la cara enrojecida por la furia, Strike escupió lo que estaba pensando en palabras.

-¿Qué está usted pensado que va a hacer, en cualquier caso?

-Voy a hacerme con *El Arca,* a camuflarla y a utilizarla en una corta carrera de piratería entre los planetas exteriores. Quizá una media docena de buenos golpes y entonces nos retiraremos ricos, antes de que la ley decrete una caza contra nosotros.

Allí estaba la solución, sencilla, de plano y brutalmente sincera.

-Bien, ¿y qué piensa hacer con nosotros? -preguntó Gerry.

-Lamentarlo de veras. -Y Dacres sonrió hipócritamente-. Usted y su gente serán empaquetados en un bote salvavidas de emergencia y abandonados en Tritón. Otro accidente lamentable ocurrido a otro explorador que se ha aproximado al «satélite sirena».

-¡Es un asesinato! -gritó Strike-. Moriremos allí, de una forma horrible, aplastados contra el suelo por semejante fuerza de gravedad...

Dacres amenazó a Tommy con su arma.

-Bien, bien, capitán -dijo-. No pensaba usted que nos permitiéramos dejarles vivos para que la historia llegue a oídos de alguna expedición de rescate. Todo forma parte de mi plan. Todo debe aparecer como cosa accidental.

Strike miró a su novia y jamás estuvo más orgulloso de ella. Si los amotinados esperaban alguna explosión de histerismo, debieron quedar bien defraudados por la calmosa reacción de sus siguientes palabras:

-Es usted un estúpido, Dacres, si no nos mata aquí mismo y ahora.

En la voz de la joven palpitaba un odio implacable; pero Draces apenas si le dio importancia.

-Oh, no, miss Carlyle -dijo-. Nada de tiros. Ni pizca de locuras. Ya veo lo que está pensando. Usted ya imagina operaciones de furioso rescate cuando *El Arca* se considere perdida. Naturalmente, Tritón será buscado también, y usted intenta dejar un mensaje explicativo donde pueda ser fácilmente encontrado. Ahórrese la molestia, por favor. Les concederemos unos cuantos días de plazo, es siempre interesante comprobar cuánto puede soportar el corazón humano en tal situación, y entonces iremos a visitar su tumba en Tritón. Cualquier mensaje que se encuentre será escrito por mí, explicando claramente la destrucción de *El Arca* en el espacio, sin la menor sugestión de ninguna acción criminal.

Ante aquella desesperada situación, un nudo pareció hacerse en el estómago de Strike. El complot no solamente era simple y bien calculado con inteligencia, sino que fatalmente se llevaría a efecto. Pero aún, en semejantes circunstancias, el rostro de Gerry apareció impasible. La joven miró cuidadosa y atentamente a su alrededor, grabándose bien en la memoria los rostros de aquella colección de bandidos y criminales, para una futura referencia. Y entonces vio también a McCray, escondiéndose avergonzado a la zaga de los amotinados. Gerry enarcó las cejas.

-¿Usted también «campeón»? Estoy defraudada.

El púgil se puso rojo como la grana.

-El «campeón» concibió la tonta idea de permanecer neutral en esta partida -aclaró Dacres con toda tranquilidad-. Tenemos necesidad de un hombre de fuertes músculos y le dimos a elegir. Y escogió el vivir, con nosotros, desde luego.

Gerry sacudió la cabeza.

-Sólo por curiosidad -dijo-. ¿Tiene usted realmente un hermano?

-No. La expedición perdida era sólo el telón de fondo de la comedia. Más bien, un adorno,

pensé. Arreglamos la cosa para que una espacio-nave fletada por mí saliera de Marte hace unos meses por si a usted se le ocurría comprobar tal extremo.

-¡Cerdo! -estalló Gerry escupiendo la palabra con asco, mientras le alargaba una terrible bofetada que aplastó la nariz de Dacres. Manejando su pistola se rehizo en el acto y con ojos vidriosos miró fijamente a Gerry dirigiéndose hacia ella.

En aquel instante algo ocurrió en el interior de McCray. A Strike le pareció que los instintos naturales de un luchador noble surgieron en el «campeón» por su admiración hacia Gerry, una muchacha tan bella. A toda costa se movió cautamente sobre sus chanclos y se puso ante Gerry.

-Mire, señora -dijo-. Hay que golpear derecho, nunca esquivando el objetivo. De esta forma.

Y a renglón seguido largó un mazazo contra Dacres, que saltó de costado y cayó hecho un fardo al suelo. Instantáneamente, Strike se lanzó sobre Monk, quien estaba a punto de disparar.

-¡Recuerde lo que dije! -advirtió Dacres que se había incorporado-. ¡Nada de disparos!

Por unos momentos de intenso dramatismo, una súbita muerte flotó en el ambiente, mientras Monk miraba de reojo con mirada asesina a McCray, y relucía en su mano la culata de la pistola de protones. McCary respiró de nuevo cuando Monk retiró el arma con una carcajada.

-Está bien, gorrón -dijo Monk-. Es cuestión de horas, de todas formas. Ya verás lo que te espera por decidirte a luchar con la parte perdida...

Strike casi se sonrió al ver al bueno de McCray mirar ansiosamente a Gerry Carlyle y entonces sonreír abiertamente mientras con un guiño se reafirmaba en su elección. Ella le contestó con un gesto agradecido sin palabras.

-Bueno -dijo finalmente el «campeón»-, ¡no es lo bueno cuando va un hombre, sino cómo va!

Estaba claro que Kid McCray se consideraba a sí mismo en una distinguida compañía.

Tommy Strike examinó sus manos sudadas en las que se había clavado las uñas, cuando había luchado con el impulso suicida de luchar con toda la tripulación pirata de Lawrence Dacres. Miró alrededor del estrechísimo espacio en que se hallaba encerrado en el diminuto salvavidas espacial.

Aunque estaba diseñado para seis personas, podían empaquetarse dentro hasta nueve. Excepto por lo que respectaba al boxeador McCray, cuyo corazón, era sin duda alguna, mucho mayor que su cerebro, todos los ocupantes eran íntimos amigos que vivían juntos siempre, unidos por la aventura y el peligro, los éxitos y los fracasos. Los jóvenes Barrows, Kranz, Baumstark, con todos los demás, eran particularmente los hombres más envidiados alrededor de Gerry Carlyle y ello constituía su mayor orgullo.

Ahora llegaba el ignominioso fin de su carrera. Tras cada hazaña de las que ponía el cabello de punta, Strike había jurado que se casaría con Gerry y sentaría la cabeza en un barrio pacífico de un estado tranquilo. Pero el amor a la aventura y su sangre ardiente, no había sido conquistado todavía. Ahora era demasiado tarde. La muerte era el fin de aquella aventura, segura y horripilante. Y Strike se lo reprochó amargamente a sí mismo.

El denso silencio que reinaba, estando como estaban todos bajo la impresión de saber que el malvado Dacres se había atrevido a poner las manos sobre su jefe bien amada, fue roto por Kranz.

-Tengo entendido que la gravedad en Tritón es de dos B y medio -comentó-. Creo que podríamos luchar hasta el fin, pase lo que pase, desviándonos de esta ruta. Si hemos de morir, intentaremos cualquier cosa, por loca que sea.

Strike se encogió de hombros.

-No será posible. Dacres ha...

Y un pensamiento repentino hizo a Strike examinar el indicador de combustible de la

diminuta nave salvavidas; y aunque había suficiente para llegar hasta Tritón, no era posible intentar desviarse hasta alcanzar un puesto fronterizo del sistema de Urano. Apretó los dientes.

-No, no es posible. Ese pájaro ha pensado en todo -suspiró estoicamente-. Lo dije el primer día que hablé con él y continúa siendo verdad.

-Hay una excepción, perdona, Tommy -intervino Gerry súbitamente-. Mr. Dacres ha olvidado una cosa: las matemáticas. Permaneced tranquilos, muchachos. Todavía no hemos perecido.

Tommy y los demás se la quedaron mirando fijamente, intentando captar un rayo de esperanza para luchar contra la desesperación. Strike no comprendía que el cálculo sirviera para nada, cuando un hombre se halla aplastado contra el suelo por un peso de cuatrocientas cincuenta libras. En tales condiciones, sería un trabajo penosísimo recoger un lápiz. Se disponía a discutir aquello, cuando un repentino vaivén les precipitó en un barullo contra uno de los extremos del pequeño reactor salvavidas. Era demasiado tarde para discutir entonces, Dacres había levantado la palanca, lanzando el salvavidas en el espacio.

Desde la izquierda del diminuto aparato y ligeramente hacia arriba, aparecía *El Arca,* enorme y resplandeciente, surcando el espacio con poderosa facilidad. Abajo y hacia la derecha, del tamaño de un dólar, aparecía en la fría negrura del espacio interestelar, el «satélite sirena» guiñando irresistiblemente. Strike se deslizó en el asiento del piloto, ya que era su deber y miró fijamente a Gerry interrogativamente. Ella movió la cabeza.

-Tritón -dijo simplemente.

Los tubos zumbaban como truenos en miniaturas y Tommy gobernó diestramente los controles del aparato. Sólo era una jornada de tres horas; pero eran las tres horas más horribles que jamás pudieron haber soñado. Se dirigían hacia su perdición segura e inevitable.

Mientras todavía faltaba una hora para llegar a Tritón, la enorme atracción de aquella poderosa gravedad, comenzó a hacer sentir sus efectos. Si alguno tenía que hacer algún movimiento, sentía que tenía que hacerlo despacio. El peso del cuerpo de cada uno se incrementaba sensiblemente, haciéndose sentir igualmente en el funcionamiento de los órganos internos. Barrows se sintió súbitamente enfermo en el suelo y otros tres más le siguieron inmediatamente.

Strike sentía que una cuerda le apretaba inexorablemente alrededor del estómago. Sentía una terrible presión sobre el corazón en su trabajoso bombear de la sangre, más pesada, a través del sistema cardiovascular. Sentía pinchazos en las venas. Se dedicó a especular desapasionadamente cuánto tiempo podría resistir un corazón en tales condiciones.

Miró a Gerry de reojo. Yacía con el rostro escondido entre las manos, respirando asmáticamente. Levantó la cabeza lentamente, como si le pesase una tonelada.

-Tommy -dijo pesadamente-. Creo... que voy... a desvanecerme. Dirígete... al ecuador... no lo olvides...

Y cayó pesadamente. Aunque Gerry era vigorosa y atlética, su organismo no había jamás soportado una prueba semejante.

Strike vio a los otros, especialmente a McCray, que poco a poco se iban rehaciendo. Muchos de ellos habían soportado varios G, aunque fuera por breves períodos, mientras volaban por el espacio, o en ensayos de laboratorio; pero ninguno había experimentado nada como aquello, que les aplastaba el pecho, haciéndoles sentir que la carne se les desprendía de los huesos.

El sudor cegó momentáneamente a Tommy y con una mano pesada y áspera como el cuero, se lo apartó a un lado. Tritón, pálido y sin rasgos característicos, aparecía ahora de gran tamaño, rotando con movimiento visible. La crisis se desató entonces. El diminuto salvavidas, se precipitó a una velocidad aterradora y Strike tuvo que gobernar los controles con los músculos tensos como cuerdas. Los reactores bramaban a todo rendimiento en aquella batalla contra la terrorífica gravedad de Tritón, y tuvo que ponerse a prueba toda la destreza y el coraje de Strike, para preservar el pequeño navío erecto sobre la vital columna de llamas para

tomar contacto con el satélite.

Mientras el pequeño aparato tronaba sobre el terreno plano del punto de contacto, sólo la buena suerte podía ayudar a evitar el desastre. Los ágiles dedos de Strike manipularon con acierto y finalmente, envuelto en las llamaradas de los reactores, el aparato chocó violentamente contra el suelo de la planicie, se movió de costado, crujiéndole peligrosamente toda su estructura y quedó inmóvil. Lo habían conseguido.

Los nueve náufragos se rehicieron se soltaron los casi destrozados cinturones de seguridad, se pusieron en pie y, repentinamente se dieron cuenta de que un milagro acababa de realizarse.

Como una bendición del Cielo, la garra de la terrorífica gravedad de Tritón había desaparecido. ¡Totalmente desaparecida! ¡Su peso era casi igual al que tenían normalmente en la Tierra! Cada uno expresó su alegría a su manera; pero la dominante emoción fue expresada por Gerry.

-¡Santo Dios! -exclamó-. ¡Era cierto!

Ninguno de los hombres comprendió el fenómeno; pero una horrible sospecha comenzó a tomar cuerpo en la mente de Strike. Se volvió para mirar fijamente a su novia, que se hallaba revivida sin efectos nocivos.

-¡Sabías que tenia que ocurrir! -le dijo acusadoramente-. Eso era lo que sugeriste seguramente cuando dijiste que Dacres se había olvidado de las matemáticas. ¿Por qué no lo dijiste y nos hubieras ahorrado esta agonía mental?

-Lo siento, querido -repuso Gerry algo sonrojada-. Pero no estaba completamente segura. Habría sido un espantoso desencanto de no haber ocurrido así.

-No importa eso. ¿Qué es lo que ha ocurrido? ¡Vamos, cuéntalo! ¿Cómo se ha producido?

Gerry hizo una mueca en respuesta de aquel bombardeo de preguntas.

-Paciencia, mi señor y podré demostrarlo. -Buscó papel, un lápiz y una regla de cálculo, comenzando a hacer sus cálculos-. La clave del problema es el hecho de que la rotación de Tritón, que se produce una vez cada cuarenta y cinco minutos, desarrolla una fuerza centrífuga en el ecuador, cuyo empuje neutraliza la llamada de su alta gravedad. Ahora supongamos que tú pesas, por ejemplo, ciento cincuenta libras.

-Pero yo peso ciento ochenta y tres -objetó Tommy.

-De acuerdo, de acuerdo. Entonces, tú esperabas pesar 375 aquí. Pero... tenemos lo siguiente:

Peso = 150 libras.

Diámetro de Tritón = 3000 millas = 1.584 x 107 pies.

Radio de Tritón = 7.92 x 106 pies.

Gravedad = 2, 5 G.

$$m = \frac{W}{N} = \frac{150}{2.5 \times 1} = 0.0234\ slugs$$

$$\frac{2\pi N}{60} = \frac{2 \times 3.1416 \times 8}{45} = 0.222\ rpm$$

Rotación = 45 minutos.

-Un slug es el nombre, actualmente, de la unidad de masa en ingeniería -continuó Gerry en su explicación- y así tenemos: libras.

Fuerza centrífuga - mr w^2 = 4.81 (7,92) $(2.33)^2$ = 207

Peso neto = 2.5 (150) - 207 = 375 - 207 = 168 libras.

-¡Y ahí está! -concluyó Gerry triunfalmente-. Ahora pesamos sólo unas pocas libras más aquí en el ecuador, de lo que solemos pesar en la Tierra, a despecho de su alta gravedad. Cuanto más cerca nos encontráramos de los polos, más pesaríamos. Por supuesto, yo sólo dispongo de una regla de cálculo de cinco pulgadas y estas cifras podrían ser corregidas apenas apreciablemente; pero la teoría en general es correcta.

-Sí, supongo que sí, gracias a Dios -murmuró Strike, todavía irritado porque Gerry hubiese guardado para ella misma aquella revelación, tan desesperadamente necesaria como una esperanza-. En tanto mantengamos contacto con la superficie de Tritón, estaremos seguros. Pero en el momento en que lo perdamos...

Intrigado por tal pensamiento, Bardows experimentó sobre la marcha tal idea, dando un salto hacia arriba. Pronto se sintió caer pesadamente como atraído por unos misteriosos dedos de una fuerza colosal. A ninguno más se le ocurrió repetir la experiencia.

-¡Oye! -exclamó Strike, al tened una nueva idea-. Dacres tendrá que caer por aquí de nuevo dentro pocos días, para dejar su mensaje de adiós para todos nosotros. ¡Si pudiéramos prepararle una adecuada bienvenida, quizá sería la sorprendente terminación del drama titulado «Gerry y los Piratas»!

Con la tensión reinante todavía, habiendo luchado con la terrible presión y el temor de una muerte horrible, los hombres necesitaban una broma aunque fuese tan sencilla. Estallaron en carcajadas, como si lo que había dicho Tommy fuese la cosa más graciosa del mundo. Lo repitieron con diversas variantes, hasta quedar completamente aliviados y relajados. Alguien, finalmente, sugirió que si debían ir preparándose para sobrevivir mientras tanto. Y bajo el mando de Strike, comenzaron a haced frente a la situación.

En el exterior, el terreno de Tritón aparecía yermo y desierto a la escasa luz reinante, sugiriendo un origen volcánico. Se veía aquí y allá un árbol, achaparrado, macizo y espinoso. Una blanca capa helada recubría los hoyos y el viento soplaba constantemente. Con calmosa eficacia, los hombres se dedicaron a sus deberes cada uno, empleando delicados instrumentos, comprobando la temperatura y analizando la atmósfera. Strike tomó uno de los termómetros.

-No puedo creerlo -declaró.

-Hay oxígeno apreciable -anunció Kranz con visible satisfacción-. Hay trazas de hidrógeno y de vapor de agua. -Y transcurridos unos momentos-: ¡Oh, oh! Hay cloro también, aunque en pequeña cantidad. Será fácil ajustar los filtros en nuestros trajes espaciales para evitarlo... Y también la presencia de un par de gases inertes, nada dañinos...

Gerry y Strike se intercambiaron una mirada.

-Bueno, como podía esperarse -dijo Strike-. Naturalmente, la gravedad implica una envolvente atmosférica sustancial. ¿No podríamos aventurarnos y observar la vecindad?

Se ajustaron los trajes espaciales y surgieron a la superficie de Tritón como chiquillos de una escuela en el recreo. McCray y Kranz sintieron inmediatamente que se tambaleaban como borrachos, cayendo finalmente al suelo.

Strike y los otros hombres lucharon igualmente para permanecer erectos en las más absurdas posiciones, como si tuvieran que luchar contra un huracán. Todos parecían asombrados de aquel inesperado acontecimiento, excepto Gerry, que parecía divertida. Strike inspeccionó el panorama del terreno que se extendía a su alrededor, que parecía totalmente plano en todos sentidos, y después trató de comprender por qué cada uno actuaba como si se hallase sobre la ladera de una colina. El más desconcertado, parecía McCray.

-Es otra cosa que olvidé mencionar -advirtió Gerry-. Es otra de las más divertidas propiedades de Tritón. «Abajo» no es aquí el sentido de lo perpendicular hacia el suelo, excepto en los polos y el ecuador. Evidentemente, no hemos aterrizado exactamente en el mismo ecuador, aunque sí próximos al lugar. El fenómeno no es apreciable en el salvavidas, porque está tendido sobre un ángulo. Incidentalmente, un viaje desde los polos al ecuador ¡sería una pendiente constante durante todo el camino!

Strike permaneció pensativo sobre aquel extraño estado de cosas, imaginando la horrible visión de Tritón, donde todas las cosas rodaban desde los polos al ecuador, rodando por los cielos como una rueda loca...

Para apartar de sí mismo aquella pesadilla, trató de ocuparse inmediatamente, dividiendo los náufragos en grupos, para un trabajo general de adaptación al medio ambiente. Una exploración a las inmediaciones era cosa poco atractiva. Había poca humedad superficial y la

Librodot

búsqueda de agua fue, sin duda, el primer objetivo. Una olla de agua derretida procedente de la escarcha helada, demostró que era potable, tras haberla hervido para eliminar su contenido de cloro. El aire era respirable, aunque a través de máscaras con filtro, resultando frío y penetrante como una cuchillada en los pulmones. McCray excitado como un chico travieso ante una nueva aventura, trató de escupir, hallando que la saliva se transformaba en un carámbano antes de llegar al suelo. Tuvo que abandonar la diversión cuando los labios se le helaron dolorosamente. Alimento, tanto animal como vegetal, no parecía hallarse por ningún sitio. Aquello preocupó profundamente a Strike.

-Disponemos de una provisión de concentrados -dijo Tommy- pero no nos durará mucho tiempo para los nueve que estamos. Sólo podemos esperar que Dacres, nuestro buen amigo, nos proporcione mayor cantidad cuando venga a comprobar nuestra existencia.

Strike se quedó sorprendido al notar que Gerry miraba fijamente a algo que se hallaba a mayor distancia tras él, y se volvió. A unas treinta yardas algo nuevo se añadía al panorama: una cosa de cinco pies de altura, recubierta Completamente con un espeso y obscuro pelaje, que venía desde el punto más alto hasta una ancha base. En cierta forma se asemejaba a un enorme alfil de ajedrez forrado de piel negra, sacado de un gigantesco tablero. Aquella *cosa* estaba erecta y en completa inmovilidad, mientras acechaba. Aunque aparentemente sin rasgos peculiares, en cierta manera sugería la idea de estar observando con intensa curiosidad.

-Haz como si no lo estuviéramos mirando -sugirió Gerry.

En el acto el intruso de fantástica apariencia resbaló aproximándose unas veinte yardas y nuevamente quedó observando en una rígida actitud. A McCray los ojos le daban vueltas de asombro. No estaba preparado para ninguna experiencia como aquella.

-¡Bueno! ¿Qué será eso, un vegetal o un animal? ¡Fíjense qué forma tiene de deslizarse hacia nosotros! ¡Y no tiene pies! ¿Cómo lo hará?

-¡Qué ejemplar tan extraordinario! -exclamó Gerry profesionalmente-. Creo realmente que desea hacer amigos. ¿Verdad, Tommy que recuerda a una perra escocesa puesta de pie para pedir algo?

Strike sacudió la cabeza.

-¡Qué imaginación tienes, chica! Más bien me parece...

-¡Cuidado! -fue el grito más próximo de aviso.

En la discusión habían apartado los ojos del recién llegado, que se había lanzado nuevamente hacia ellos. En el centro de la cabeza un agujero revelaba una enorme boca, recubierta de horribles colmillos negros y amenazantes. Emitía una nota fantástica como un extraño silbido. La *cosa* se lanzó salvajemente sobre el grupo con una ciega furia.

Todos se dispersaron como ardillas que huyen del peligro, y el peludo enemigo, incapacitado para realizar rápidos virajes, cargaba inútilmente como un toro. Abandonando toda pretensión, se volvió para volver a cargar nuevamente, en otra silenciosa embestida, y de nuevo los náufragos se echaron a un lado.

-¡Pues sí que tiene buenos modos este fulano para mostrar su amistad! -dijo Tommy a su novia.

Pero a pesar de la chispa de humor, Tommy conocía muy bien que la situación no era para tomarla en broma.

-Esto no puede continuar indefinidamente -dijo Gerry preocupada-. Alguno puede fallar o echarse de lado demasiado tarde. Y si nos retiramos al aparato, entonces nos pondrá sitio. Si ese maldito Dacres nos hubiera dejado al menos algún arma...

Y pareció que aquellas palabras de Gerry fueron la fórmula mágica de Aladino con su lámpara maravillosa, ya que el aparato se abrió y apareció Barrows, portando un arma improvisada a Strike. Se trataba de una especie de par de escalpelos afilados y cortantes, envueltos con cables y encartados en un listón metálico de unos tres pies de longitud, fabricado con material tomado del panel de control del aparato. Era una lanza bastante aceptable.

-Es lo mejor que he podido hacer en tan poco tiempo -dijo Barrows, excusándose,

Librodot

retirándose entonces precipitadamente, cuando aquel monstruo felpudo y sin rostro y como una imagen de Némesis, cargaba otra vez furiosamente contra la puerta cerrada por donde había surgido Barrows.

Y mientras la *cosa* avanzaba tan extrañamente, Strike movió diestramente lanzando contra ella el arma primitiva en pleno abdomen. El resultado fue tan completamente devastador, que hasta el propio Strike se quedó mudo de estupor.

Aquellos cuchillos afilados como navajas de afeitar parecieron atravesar el monstruo felpudo como si fuese una masa de mantequilla, brotando un torrente de fluido grisáceo, sin fin, como si aquella extraña criatura estuviese llena de aquel líquido en su interior, y sin ningún otro órgano. Eventualmente, la hemorragia cesó y el enemigo cayó fulminado como un globo vacío, muerto. La victoria había sido absoluta y el fantástico animal que había atacado con una ferocidad absoluta, parecía estar animado por solo dos instintos primordiales: la astucia y el odio. Había sido derrotado tan fácilmente, que el asombro había ocupado el lugar del triunfo. Todos se reunieron alrededor de Strike y de su trofeo.

-Extraña substancia -dijo Kranz, apuntando hacia la gran cantidad de fluido vital, todavía infectado por la temperatura-. ¿Os imagináis qué pueda ser?

-Tiene que ser un anticongelante -aventuró Gerry.

-Será interesante examinar esta bestia -dijo Strike con calma.

Tommy y Kranz intercambiaron una mirada y de común acuerdo levantaron la vacía carcasa del animal llevándosela al interior del pequeño aparato salvavidas. Improvisaron en su interior un pequeño laboratorio, y estuvieron atareados comprobando diversos puntos de vista durante horas y al final obtuvieron una conclusión satisfactoria. Kranz era un técnico de análisis clínicos. Gerry cuyo interés por los animales, se confirmaba a capturarlos vivos, permaneció un tanto indiferente en aquellas manipulaciones. Siete veces, el pálido disco de Neptuno cruzó el horizonte para realizar su rápida jornada a través del cielo visible, antes de que Strike, sonriendo como un gato en una jaula de pájaros, invitara a Gerry a entrar en el aparato.

-Interesante bestia -observó-. La piel es tal delgada como el papel, a despecho de su envoltura felpuda. No tiene sistema circulatorio. Algo así como un fluido extraño sustituye a la sangre de todos los animales, conteniendo diversos corpúsculos. Dispone de unos órganos rudimentarios, en lo que nosotros podríamos considerar el lugar de los ojos. En ausencia del latín que aprendimos en el instituto, lo hemos llamado *Apod Shaggius,* o sea, sin pies y cubierto de pelo. «Shaggie» para ser más breve. Hemos analizado ese fluido -continuó-. Es un compuesto de cloro, como podría esperarse, básicamente percloretileno.

-¿Y bien?

-Kranz cree que sería fácil convertir esa sustancia, precisamente dentro del cuerpo de la bestia en hexacloroetano, sin producirle un daño inmediato, con el empleo de unas cuantas inyecciones.

-¡Sería un brillante experimento! -exclamó Gerry exaltadamente-. ¡En un momento así, abandonados en un extremo del sistema solar y con los días contados! ¿Para qué todo esto, por los santos de los cielos!

Ella no se había apercibido todavía del alcance de la idea de Strike y Kranz. Ellos, al igual que antes había hecho ella con respecto a la fuerza de gravedad de Tritón, querían conservar su pequeño misterio hasta que el experimento, diera resultado.

El hecho era, de que pasadas horas o días, Dacres debería volver, como había prometido para comprobar que su criminal complot había marchado satisfactoriamente, dejando su mensaje escrito para posibles expediciones de rescate. Los náufragos del espacio, tendrían una oportunidad, y sólo una, de luchar por sus vidas. Y tenían que hacerlo con eficacia, con exactitud, procurando de todos modos, por improbable que pareciese, que ello pudiera darles un resquicio de éxito.

-No importa cómo -urgió Strike-. No tenemos otro remedio que capturar un «shaggie» de esos. Utilizaremos cloroformo del que hay en el botiquín de urgencia del aparato y una cuerda

que nos sirva de lazo. Y sea como sea, hemos de capturarlo vivo.

Avanzaba el día, el estómago de Tommy Strike estaba revuelto como si tuviera en su interior una colección de mariposas revoloteando. No era a causa del hambre, aunque las raciones alimenticias de que disponían, no fuesen muy abundantes. Era la sensación que conocían todos los luchadores en el ring, cuando se encienden las luces, se apagan las del local y esperan a que la campana señale el comienzo del primer asalto.

Entonces, todos esperaban a que tocase la campana, tensos y con un gesto duro en el rostro, escondidos en el pequeño aparato, dispuestos para una mayor y más desesperada lucha, de cuantas hubiese jamás esperado su camarada el «campeón» marciano Kid McCray. Se acabaron los días de ansiosa espera. Unas millas lejos del peligroso satélite de Neptuno, y cerniéndose majestuosamente, estaba *El Arca,* descendiendo hacia su objetivo, el pequeño salvavidas.

«¿Se hallarían dispuestos para la batalla?», se imaginó Strike. Se habían fabricado unos cuchillos rudimentarios y unas porras primitivas, además de disponer de una de aquellas fantásticas criaturas llamadas «shaggies» capturadas tras infinita paciencia. El entusiasmo de Strike y de Kranz por el experimento que habían planeado en la bestia, había menguado sensiblemente.

Era de suponer que Dacres y su pandilla asesina pensarían en encontrar nuevos cadáveres y que vendrían armados con pistolas de protones, contra unas personas que en el caso de estar aún vivas, se hallaban totalmente desarmadas. Pero al menos, contaban con la sorpresa. El «shaggie» capturado debería serles de gran utilidad, o estarían perdidos. Había sido narcotizado, en expresión de McCray y desatado, cuando finalmente El Arca entró dentro del campo de visión de todos los presentes. Allí se hallaba, en el exterior, como un mojón en el panorama, seguramente como uno de los errores de la Naturaleza.

Por supuesto, la bestia atacaría a cualquier cosa que se moviera, incluyendo a los incautos piratas, con toda su furia. Pero si los subsiguientes hechos estaban de acuerdo con la teoría, era cosa que se encontraba en el regazo de los dioses. Y Strike, en la intensidad de su deseo para rectificar lo que consideraba como culpa suya, elevaba en su corazón una ferviente plegaria.

Tras haber localizado al pequeño aparato náufrago del espacio, Dacres conducía El Arca rápidamente hacia abajo situándola a pocos pies de la superficie como un gigantesco balón.

-Parece que la saben manejar con suavidad -gruñó uno de ellos.

-Tienen que haberlo aprendido bien, han tenido tiempo suficiente para practicar -comentó amargamente Baumstark.

-¡Ssss! ¡Pueden oírnos!

Unos minutos más tarde, mientras los gangsters realizaban sus comprobaciones rutinarias en *El Arca,* el gigantesco navío espacial se posó en el suelo de Tritón y se descorrió la puerta principal de acceso, saltando vivamente al exterior la pandilla de asalto. Todos iban provistos de chanclos para la gravedad.

Strike reconoció a Dacres en el acto, por su figura más alta que la de todos los demás y la rabia empezó a bullir en su cerebro como un ataque de ácido que corriera por sus venas. Sintió que sus compañeros temblaban de impaciencia y de emoción, mientras oteaban el paisaje a través de las pequeñas lucernas del aparato. Pudo casi oler literalmente el odio que sentían, como si transpirase fuera de sus cuerpos temblorosos por la ira mal mantenida.

-Todavía no, todavía no -ordenó Strike-. Esperad.

Era como una vieja película, de rápida acción y sin sonido. En el exterior, el «shaggie» deambulaba torpemente en apariencia en su peculiar rutina, resbalando más y más cerca, como si se creyera a sí mismo inobservado por los hombres en la entrada principal de El Arca, que le creyeron algo así como un perro amistoso, que tiene miedo de una patada; pero que espera que le arrojen un hueso.

Uno de aquellos bandidos, completamente confiado, chasqueó los dedos a la bestia,

invitándola a acercarse. Entonces, siguiendo su instinto, el «shaggie» se lanzó furiosamente a la acción. En su carrera inicial se adentró en el compartimiento de aire de la entrada. Y en el acto, siguió el embrollo consiguiente. Se oyeron gritos de asombro y los rostros de aquellos desalmados se desfiguraron por un súbito terror. Cogidos por sorpresa, los hombres se adentraron por el corredor principal de *El Arca.*

La ciega embestida de el «shaggie» arrastró a uno de los hombres. Y casi en el acto se oyó el disparo de una pistola de protones que desintegró literalmente a la bestia. En el pasadizo, se vació la totalidad del fluido vital del extraño animal, con su horrible olor.

-¡Ahora es la nuestra! -fue el grito triunfante de Strike.

Y un puñado de hombres ardiendo por una justa venganza se lanzó en aquella dirección, con McCray a la cabeza. Hombres maravillosamente entrenados para la lucha, como eran todos, no se detuvieron ante la sorprendente visión que se ofrecía a sus ojos. Por la puerta principal de *El Arca,* comenzaron a salir tufaradas de un denso humo blanco.. Era como si la totalidad de la gran espacio-nave se hubiese incendiado por completo.

Mientras la tripulación pirata se precipitaba a través del reducido espacio, ellos se habían quitado el traje espacial para mayor libertad de movimientos y Strike, medio sofocado, les explicó triunfalmente:

-¡El humo no es dañino! ¡No tengáis miedo! El hexaclodetano del «shaggie» reacciona fuertemente con el zinc del piso de zincal de la nave y forma cloruro de zinc. La reacción libera tal cantidad de calor que el cloruro de zinc se evapora inmediatamente, generándose una densa nube de humo blanco.

Mientras Tommy luchaba por respirar, vio al tipo llamado Monk tambalearse entre el humo cegador y aparecer a la vista, justamente por el camino que seguía McCray al luchador marciano, sin pensarlo, le descargó un fenomenal puñetazo en la boca del estómago, que era un concentrado de días de temor, de hambre y de odio. El gancho lo levantó por el aire y ante los asombrados ojos de los que fueron espectadores, Monk voló literalmente cruzando el compartimiento de aire para ir a estrellarse contra la pared de enfrente.

La verdad se les reveló a los atacantes instantáneamente. El grupo pirata se había ajustado los chanclos gravitatorios para manejarse como si tuvieran que soportar 2, 5 G. En consecuencia, su peso era el correspondiente al de un luchador de peso mosca, en términos pugilísticos, sin tener tiempo para haber descubierto los hechos reales de la situación gravitacional.

Con un salvaje grito de alegría, Strike atacó tras McCray, mezclándose en el infernal revoltijo a través de la espesa neblina de humo del cloruro de zinc, repartiendo puñetazos a diestro y siniestro. Cuando golpeaba a alguno de los suyos, murmuraba rápidamente una excusa, para seguir pegando al siguiente. El fin de la batalla se produjo como una conclusión lógica. Completamente sorprendidos y desorganizados, Dacres y su partida fueron batidos en toda regla. Sólo comprendiendo a medias que eran atacados por hombres a los que se suponía aplastados y convertidos en fríos cadáveres y no atreviéndose a usar las armas por temor a matar a su propia gente, fueron diseminados y vencidos sin piedad, siendo desarmados en los tres minutos increíbles de aquella lucha contra fantasmas.

Sólo dos consiguieron escapar a la furiosa embestida. Echaron a correr por los corredores sin fin de la astronave, haciendo fuego desde los rincones, batiéndose en una acción de retaguardia contra sus implacables perseguidores. Strike, con la ayuda de las armas capturadas, pronto dio cuenta de sus enemigos.

El grupo principal fue arrinconado contra la popa de *El Arca,* con la constante amenaza de ser desbordados por los flancos, mientras que la verdadera tripulación de la gran espacio-nave, dueña del arsenal, tuvo la partida ganada totalmente en sus manos. Strike ordenó lanzar bombas anestésicas contra el sistema de ventilación de la astronave, mientras se protegieron con máscaras. Anestesiados y profundamente dormidos, con las caras enrojecidas, fueron capturados y puestos a buen recaudo.

La batalla había terminado. Gerry, que se había quedado al margen en aquel combate por la

Librodot

insistencia de Tommy, recompensó a sus valientes luchadores con un beso a cada uno.

Tommy Strike, durante su tumultuosa carrera can su novia, famosa en el mundo entero, había conocido algunas celebraciones sensacionales; pero nunca presenció ni fue testigo de una bienvenida como la que le esperaba aquella vez.

En una breve escala en el planeta Marte para reponerse de alimentos frescos, Gerry había dado a conocer la aventura con todo detalle. Inmediatamente fue radiada a la Tierra, difundiéndose el traidor atentado de los piratas para apoderarse de *El Arca* y asesinar a su tripulación, el abandono a su suerte en Tritón, con la premeditación de una muerte cierta, las aventuras pasadas y finalmente el retorno de Gerry Carlyle, trayendo además vivos a los criminales.

Para el último trayecto Marte-Tierra, tuvieron una nutrida escolta de aparatos de la policía del espacio, y en pleno vuelo cósmico una guardia armada se colocó a bordo. Privadamente, la tripulación consideró aquello como totalmente innecesario; pero Gerry lo permitió, solamente como parte del cumplimiento del contrato que Dacres había firmado, teniendo por lo tanto que cobrar de su cuenta bancaria el importe del viaje, tal y como aquel bandido había firmado.

El espacio-puerto de la Tierra era un verdadero mar humano, con miles de entusiastas admiradores que se apretujaban hasta el delirio esperando ver descender de *El Arca* a sus héroes. Hubo aplausos, gritos, discursos con el inevitable cortejo de fotógrafos, locutores de radio y televisión. Los cazadores de autógrafos rompieron el cordón de la policía una y otra vez. Hubo unos minutos desagradables, mientras Dacres y los suyos fueron transportados a los helicópteros de la policía, ya que el gentío deseaba lincharlos. Mientras tanto, Gerry y Tommy Strike permanecieron sonrientes y amistosos. Y cuando el gentío comenzó a marcharse, uno de los reporteros localizó a McCray que estaba pacientemente en el compartimiento de aire de *El Arca.* Instantáneamente se produjo un nuevo movimiento de entusiasmo.

-¡Mirad! ¡Es McCray! ¡El campeón marciano de los pesos medios que se consideraba perdido!

Y la multitud volvió de nuevo, con los fotógrafos y locutores. La tripulación de *El Arca* se volvió hacia McCray con la boca ridículamente abierta por la sorpresa.

-Pero, ¿eres realmente un campeón de boxeo? -preguntó, igualmente atónita, Gerry.

-Traté siempre de decírselo a ustedes. Y nadie quiso creerme, eso es todo.

-Bien, yo... -Y Gerry dejó escapar un juramento propio de damas en ciertos casos, para confusión de los locutores de la radio y diversión de todos.

Después fueron surgiendo un centenar de preguntas en el pequeño grupo, que charló animadamente, después de las sorpresas y sensaciones de la tarde, hasta que llegó la hora de irse a descansar. Casi solitaria, al final la tripulación de *El Arca* charlaba entre sí y Tommy Strike había permanecido pensativo desde que se había establecido la identidad de Kid McCray. Trató de escurrir el bulto. Demasiado tarde. Una mano firme se apoyó en el hombro del capitán.

-Ah, mire, señor Strike. Yo he caído al suelo de un puñetazo muy pocas veces en mi vida y siempre he vuelto para cambiar de suerte tal situación. Incluso con Dacres y Monk. Por tanto, usted es el único tipo en el mundo que me ha vapuleado... ¿recuerda usted el primer día en la cabina de *El Arca?* Yo soy un campeón. Y quiero cambiar completamente aquella situación.

Strike sacudió la cabeza resignadamente.

-¿Una cuestión de principio, supongo?

-Seguro que sí -repuso McCray, moviendo la cabeza vivamente-. No será mucho. Sólo un k. o. amistoso. No sentirá usted mucho daño, señor Strike.

-Bien, de acuerdo-. Y Strike se puso en guardia, atacando después el primero.

McCray comenzó a hacer perfectas fintas de profesional, a tomar posiciones con la agilidad propia de un campeón de boxeo y ya empezaba a aburrirse de la constante retirada defensiva de Strike, cuando de pronto resbaló súbitamente, dio una voltereta en el aire y cayó

de espaldas cuan largo era. Se levantó penosamente quejándose de un agudo dolor en la cadera. Strike, que no le había golpeado lo más mínimo, y el resto de los divertidos espectadores, se apresuraron a rodearle. McCray estaba visiblemente dolorido y confuso.

-Pero ¿qué diablos ha ocurrido? -preguntó Tommy.

McCray gruñó unos momentos como un búfalo irritado y apuntó hacia la húmeda y brillante cascara de una banana de Marte y después hizo un gesto resignado acusándola de lo sucedido. Su mirada se detuvo sobre Gerry Carlyle, cuyas mejillas estaban hinchadas mientras masticaba la fruta marciana.

Con un gesto cómico y alegre, Gerry levantó el brazo de su novio.

-¡El vencedor! -gritó-. ¡Y todavía campeón... Tommy Strike!

Y se fueron riendo, cogidos de las manos, mientras McCray golpeaba el suelo en una inútil exasperación.

-¡Ah, espere un momento! -gritaba-. ¡No puede hacerme esta faena!

EL COMETA ALMUSSEN

HYCLOPE *(Originario de Ganímedes)*

El Hiclope tiene una altura superior a los doce pies y está completamente recubierto de un fuerte pelaje, teniendo cuatro brazos. Tiene tres cabezas de un solo ojo cada una, con enormes colmillos que sobresalen impresionantemente de una boca enorme y baboseante.

PROTEIFORME

Los proteiformes son unas extrañas criaturas de una raza inteligente, que vive en el cometa Almussen. Están conformados a manera de esferas y se comunican por medio de pensamientos-imágenes, proyectados al exterior de su membrana envolvente. Están coloreados en rojo o azul. Cuando se los encontró por primera vez, vivían siete solamente. Uno de ellos, quiso voluntariamente venir a la Tierra y puede ser contemplado en el Zoo Interplanetario de Londres. Los otros seis restantes, permanecieron en el Cometa Almussen, que jamás volverá a pasar por nuestro sistema solar. Por tanto, este ejemplar de proteiforme que se encuentra en la Tierra, es el único ejemplar viviente de una forma de vida extraña a nuestro sistema.

* * *

El gigantesco telescopio del Observatorio del Monte Everest se hallaba situado, sin duda, a efectos de observaciones astronómicas, en el mejor lugar de la Tierra, ya que lo estaba, en realidad, en el techo del mundo. Pero sus observadores tenían que soportar el clima más frío y la mayor altitud del planeta. Nadie hubiese imaginado que Gerry Carlyle tuviera que usarlo; pero cuando lo hizo, el resplandor mortecino que incidía en sus ojos era suficiente como para desconchar el acero al berilio del telescopio.

Gerry se hallaba fuera de sí... Había llegado hasta allí por vía aérea conteniéndose para no gritar. Como famosa cazadora de ejemplares vivos y la más famosa exploradora del sistema solar, no consentía por nada del mundo ser culpable de la más pequeña flaqueza, por su propia estimación. Lo que deseaba, tenía que conseguirlo, apoyándose en su enorme inteligencia e intrepidez y en su dilatada experiencia que alcanzaba prácticamente a todos los planetas del sistema.

Y ahora, observando en el gigantesco telescopio los resplandores cósmicos del Cometa Almussen, Gerry comprobaba que estaba perdiendo la mayor hazaña de su fantástica carrera. Lo peor de todo, era que Gerry necesitaba realizar tal hazaña. El Zoo de Londres le pagaba

Librodot

especialmente a comisión. Pero ella tenía que proveer de buenos y regulares salarios a su equipo. Gerry, en realidad, nunca había ahorrado mucho dinero, ya que siempre tenía nuevo equipo que adquirir y que pagar investigaciones costosas. *El Arca* estaba entonces inactiva; desde hacía meses, no había capturado ninguno de sus famosos monstruos. Por otra parte, la maravillosa astronave había sido modernizada y había hecho enormes gastos.

Este último factor no le molestaba demasiado. Ella estaba obligada a atender a su equipo de valiosos colaboradores; pero el peor peligro consistía en perder su comisión. Gerry odiaba la idea de permanecer ociosa en su amada carrera de exploradora de los espacios, donde aún quedaban muchos monstruos raros que capturar y enjaular. La excitación de aguzar su cerebro contra los recursos y las fuerzas extrañas de otros mundos y los riesgos azarosos de aquellas maravillosas aventuras, eran realmente su vida entera.

Y ahora, uno de los más grandes enigmas del profundo espacio interplanetario, se ponía a su alcance. Y Gerry no podía moverse. Se hallaba atada a la Tierra, mientras que la más atractiva aventura científica de su vida estaba presente en el lejano vacío de los espacios, con el cometa Almussen dirigiéndose hacia el sol.

En aquel momento, Gerry se hallaba inmóvil en medio de la pequeña habitación que se le había asignado, conectada por un visor especial al gran telescopio, mirando fijamente la pálida luz del cometa. Sintió el zumbido del televisor situado en un rincón de la estancia.

«-Atención, llaman a la señorita Gerry Carlyle... Llaman de Londres...»

La joven conectó el aparato. En la pantalla apareció la cara preocupada de un hombre.

-¿Y bien? -preguntó Gerry.

«-Lo lamento muchísimo -repuso el rostro del televisor-. Pero la expedición de Jan Haqek a Mercurio, no podrá estar de vuelta por lo menos en un mes. Y aun cuando su espacio-nave se hallara especialmente adaptada y....»

Furiosamente, Gerry interrumpió la comunicación. Aquello resumía lo que más disgustada la tenía, el continuar atada a la Tierra, privándola de su mejor oportunidad, ya que aquel cuerpo celeste jamás volvería a pasar por el sistema solar, habida cuenta de su órbita parabólica.

Más tarde, el televisor volvió a llamar y otros rostros con frases de excusa, le informaron de otras malas noticias. Entonces se abrió la puerta y un hombre joven entró en la estancia. Parecía excitado y de malhumor y mientras sol taba el pesado abrigo de piel, tomó asiento en una silla confortable.

-Y bien capitán Strike -dijo la joven, a su prometido-. Antes de que pienses dormirte, tendrás que informarme de tus progresos.

-Tommy repuso de mal humor.

-Ya sabes la respuesta, gatita.

-¡No me llames gatita!

-Gata, entonces -repitió Tommy-. *Él Arca* se halla absolutamente fuera de juego. Cada motor ha sido sacado de su sitio, para comprobación a fondo. No estará dispuesto por bastante tiempo, mucho tiempo. Y a propósito, observo que estás de un humor de perros...

-¡No lo estoy!

-Permíteme advertirte que no debes pagarlo conmigo, ya que yo tampoco estoy para fiestas que digamos. A la más pequeña provocación, te pondré sobre mis rodillas y te daré una buena zapateta.

Gerry miró afectuosamente al simpático Tommy y comprendió que tu prometido tenía razón y que, además, estaba dispuesto a llevar a cabo su advertencia. Gerry sonrió y se volvió hacia la puerta, que había vuelo a abrirse.

Esta vez entró en la habitación un hombrecito de corta estatura y con la cara pálida y arrugada como una ciruela pasa. Unas gafas le ocultaban los ojos, que brillaban entre las arrugas del rostro. Era el profesor Langley, del Observatorio de Monte Everest.

-Humm, miss Carlyle -dijo el profesor con voz cascada-. He recogido los datos que me había solicitado. -Y consultó una cuartilla que llevaba en la mano-. Este cometa Almussen, es

uno de los más grandes que hayan entrado jamás en el sistema solar. Tiene un núcleo de ocho mil millas, caso tan grande como el cometa Donati, de 1858. Y parece mucho más denso, probablemente, lo suficientemente denso como para soportar la presencia de seres humanos.

-¡Tommy! -exclamó la chica-. ¿Has oído bien? Strike movió la cabeza, frunciendo el ceño. Tommy se daba cuenta que semejante información sólo contribuía a poner las cosas peor para Gerry, ya que no podría obtener ventaja de la situación.

-Bien... -continuó el astrónomo-. El núcleo no es tan grande como nuestra luna. El cometa parece pertenecer a los grandes períodos, o quizá sea un elemento errabundo del espacio, sin que nada tenga que ver en absoluto con nuestro sistema solar. En otras palabras: no volveremos a verlo jamás.

Gerry se mordió los labios, Strike la miró de reojo y apartó la vista de su novia rápidamente.

-Se encuentra presente el cianógeno en grandes cantidades, y también sodio, metales comunes como hierro y bauxita y diversos hidrocarburos.

-¡Hidrocarburos! -exclamó Gerry-. Eso puede significar... ¡vida!

Langley enarcó las cejas.

-¿Sobre un cometa? Eso parece más bien fantástico, ¿no lo cree así, miss Carlyle?

-Ya he encontrado formas de vida existentes en condiciones menos probables -repuso la chica testarudamente.

-¿Y cómo se imagina que alcanzará el cometa? -preguntó Langley.

-¿Cómo lo supone usted? -preguntó a su vez desafiante la joven-. ¿Acurrucado en mi falda?

Pero su voz sonaba a amargura, herida y mortificada por su desamparo.

Langley se permitió a sí mismo el lujo de una débil sonrisa.

-Habría que tomar una espacio-nave especialmente equipada. Los cometas no sólo brillan por la luz reflectada. La luz del sol y las corrientes de electrones, también excitan sus tenues gases. Pero lo más importante, es que están cargados eléctricamente. Tiene usted que protegerse contra el bombardeo electrónico de la cola (el coma), infinitamente más grande que el núcleo. La cabeza de un cometa puede ir desde unos cientos de yardas hasta algunos miles de millas, mientras que la cola puede tener millones de millas de longitud, como el cometa de 1843. Sería algo así como entrar en la cromosfera solar.

-No del todo -dijo Gerry pensativamente-. *Podría* ser hecho. ¿Estoy en lo cierto?

-Sí... -admitió el profesor con ponderación-. Podría ser hecho, Y es posible que exista la vida en ese cometa. Pero de ser así, tendría que ser tan totalmente extraña a nuestras concepciones científicas, que resultaría realmente incomprensible para nuestra mente humana.

-¡Qué hazaña! -murmuró Gerry extática.

Repelido por la actitud anticientífica de la joven, Langley se marchó, cerrando la puerta tras de sí ostensiblemente. La chica se volvió hacia Tommy.

-Ya sé -dijo éste-. Es duro. No hay una espacio-nave en el sistema... -Y se detuvo repentinamente.

-No -suspiró Gerry como derrotada-. Nada. Y no tenemos tiempo para preparar ninguna. Ni ningún cacharro que quisiera llevarnos hasta el cometa.

-Mm-m. -Y Strike sacó su famosa pipa, fumando unas cuantas chupadas mirando abstraído.

Se produjo un denso silencio durante un buen rato, mientras Gerry se aproximaba a Tommy para escrutarlo de cerca.

-¿Por qué esa reticencia?

-Bien, realmente existe una gran espacio-nave que se prepara a alcanzar el cometa. He oído rumores por ahí al respecto. Supongamos que se guarde el secreto hasta la partida. Después habría, como es lógico, una gran explosión publicitaria.

Gerry sacudió a Tommy por los hombros.

Librodot

-¿Por qué, tú... por qué no lo has dicho antes? ¿Quién tiene eso entre manos? Quiero tomar contacto con esa persona ahora mismo, sin perder un instante.

Gerry se detuvo. Tommy había mencionado lo de una publicidad ostentosa. Y se había mostrado reticente a explicar su idea, en absoluto, ¿Sería...? Una horrible sospecha se le deslizó en el cerebro.

-¡Buen Dios! -gritó la chica-. ¡No me digas que la productora cinematográfica de los Nueve Planetas va a amargarme la vida de nuevo!

Tommy se puso en pie.

-Ahora, mira, gatita. No es bueno que dejes rienda suelta a tu mal genio.

-Bien, continúa.

-De hecho, sería una excelente idea que te tragaras por una vez tu orgullo e hicieras un trato con esa productora. Es tu única oportunidad.

-¡Vaya! ¿Es eso? -restalló Gerry-. ¡Hollywood en la Luna! La Sociedad Cinematográfica Nueve Planetas, Incorporada. El puñado de granujas tramposos más indeseable de todo el sistema. Ellos doblaron las formas de vida que yo capturé con riesgo de mi vida, el látigo de Venus, los dragones tonantes de Júpiter y demás. ¿Y qué hicieron? Unos robots baratos. Unos ridículos robots controlados por radio. Yo cargo con todos los riesgos y para ellos el crédito y el dinero.

-Pero hacen buenas películas, Gerry -dijo Strike, a guisa de una mentira táctica.

-¿Buenas? -repuso Gerry sarcásticamente-. Una birria, querrás decir. No pueden copiarse las auténticas formas de vida, aun creando biológicamente robots. Pero el público va a ver las películas de Nueve Planetas y se aleja del Zoo de Londres. ¿Crees tú que eso es jugar limpio?

-Bien, bien -insistió Tommy-. Ese Quade, el tipo que se halla al frente de la productora no es tan mala persona, según tengo oído. Creo que debe estar deseando echarnos un cable.

-¿Quade? ¿Ese tipo repulsivo? ¿Ese pájaro de cuenta con dos caras? -Gerry parecía que iba a explotar. Pero, repentinamente y de forma inexplicable se aquietó. Los ojos le resplandecían-. Ya veo -continuó- quizá tengas razón. Quade seguramente estará interesado en echarnos una mano por la cuenta que le trae. Y si lo hace... una vez que yo consiga llegar al cometa... -y la sonrisa de Gerry se volvió feroz-. Míster Quade sabrá entonces lo que es jugar con dos caras.

Tommy hizo un gesto cómico.

-¡Dios tenga piedad de míster Quade! ¡Que Dios le ampare!

Al día siguiente, Gerry llegaba a la Luna. Llegó como una «nova», una estrella que aparece repentinamente en el horizonte de la Nueve Planetas. Nadie la esperaba y Tony Quade, con su jefe Von Zorn, se regodeaban tranquilamente en un baño turco del Boulevard Lunar.

Todo el mundo, en el sistema solar, soñaba con visitar Hollywood en la Luna, la más atractiva, fascinante e increíble ciudad jamás construida. Estaba emplazada en la otra cara de la Luna, invisible desde la Tierra, en un vasto e inmenso hoyo que la actividad volcánica habría cubierto hacía millones de años atrás. Allí, al abrigo del Gran Circo lunar, resplandecía y brillaba Hollywood sobre la Luna, la Meca de los productores de cine. Tenía todas las ventajas de una atmósfera perfecta y un clima artificiales, lo que por otra parte constituía el punto de reunión de las vacaciones de la gente elegida. Con respecto al trabajo y a los actores que debían rodar las producciones, era un lugar de trabajo duro; pero interesante.

La productora Nueve Planetas Incorporada, tenía allí su cuartel general. Allí se explotaban las leyendas interplanetarias por ingeniosos argumentistas. Allí se consultaban los mejores técnicos y los laboratorios experimentales creaban formas de vida robots en condiciones artificiales de ambientación adecuada al mundo de donde procedían. Y allí era donde Van Zorn, dictaba sus leyes como un zar. Era el presidente de la productora Nueve Planetas Incorporada, y Tony Quade, su brazo derecho. Cuando Van Zorn se hallaba en cualquier apuro, cuando los expertos dudaban de que un film no pudiera llevarse a cabo, enviaba inmediatamente a buscar a Quade. Y Quade siempre probaba que los técnicos estaban equivocados.

Librodot

Quade fue el primero que consiguió obtener películas cuatridimensionales jamás obtenidas antes. A él se debía, con su manía de desafiar al propio diablo, la espectacular toma de fotografías de las mortales formas de vida de Plutón en celuloide. A él se debía igualmente haber podido tomar un reportaje completo del Infierno Marciano. Contra su voluntad y sin su consentimiento, una vez había conseguido filmar a la propia Gerry Carlyle. Después de eso, Gerry Carlyle se hallaba a un paso del cometa.

Aunque Quade se hallaba preocupado, no daba signos de estarlo en absoluto. No había forma de explicar a Von Zorn que las oportunidades de volver vivo del cometa eran prácticamente cero. Quade escuchaba a su jefe, a través de las espesas nubes de humo del baño turco. Las ácidas emanaciones del producto marciano para eliminar la grasa le irritaban el olfato. A través de la espesa humareda, de vez en cuando se deslizaban figuras irreconocibles, oyéndose el pisar de pies mojados o el sonido de fatigosas respiraciones. -Y en la oficina hay espías por todas partes -dijo Von Zorn irritado-. Es terrible luchar de esta forma, para guardar un secreto fuera de las garras de esos columnistas charlatanes y periodistas huroneando como buitres y guardarse de bribones de otras compañías que quieren pisarnos el terreno. Un baño turco es el único lugar en que me siento seguro. ¡Tony, estamos preparados! La espacio-nave está casi dispuesta a partir. Las garantías especiales ya han sido puestas y los equipos a punto, próximos al abandonado «Hombres del Trueno» muy próximo al Circo. Pero tendremos que seguir guardándolo todavía por algún tiempo.

La musculosa figura de Quade se removió a disgusto. Su rostro bronceado permaneció impasible mientras estudiaba la curiosa facha de su jefe. Quade hizo un gran esfuerzo por no soltar una carcajada.

Von Zorn se parecía mucho a un par de huevos, el más pequeño puesto en lo alto del más grande, de donde unos finos miembros como apéndices ridículos surgían formando los brazos y las piernas. Era realmente una peculiar forma viviente, de las que Quade había filmado muchas en su vida. Nadie hubiera imaginado, sin embargo, que dentro de aquella ridícula cabeza se hallaba uno de los cerebros más agudos de todo el sistema. Von Zorn dominaba su gigantesco imperio económico en su totalidad, desde la estrella mejor pagada hasta el último peón.

-Sí, lo dejaremos quieto todavía -repitió Von Zorn-. Científicos, reporteros, todo el mundo en el Universo querrá ir en el momento en que descubran que nos disponemos a abordar el cometa. Tenemos que rehusarlos, y eso hará una mala publicidad...

Para Von Zorn la vida se desarrollaba entre las cuentas corrientes, sus libros de cheques y la publicidad.

-Daremos a conocer la noticia en la víspera de la salida -continuó-. Así nadie se sentirá ofendido, ¿comprendes? Además, esta es una aventura para realizar una película, Tony. Vas a conseguir el mayor éxito de tu vida. Un sensacional ambiente de fondo para nuestra aventura supercósmica...

-Sí, ya sé, «La llamada del Cometa», protagonizada por fulano y mengana. Producida por éste y aquél. Y a lo mejor quedará un pedacito, enterrado en el fondo del programa, para que se lea el nombre de Quade, el cameraman.

-¡No, esta vez quiero que seas el productor asociado! -gritó Von Zorn, bajo la influencia del entusiasmo del momento-. Quizá director, también. ¿Quién sabe? Tu nombre en luces deslumbradoras...

Una puerta se abrió en las proximidades y una bocanada de aire fresco entró en el interior del baño.

-¡Señor Von Zorn! -llamó una voz-. ¡Señor Von Zorn!

-¿Qué hay? -repuso el aludido, contento por la interrupción.

-Afuera hay una señora que quiere verle. Dice que se llama Gerry Carlyle. Eso es lo que dice llamarse, palabra de honor.

Los dos hombres se miraron atónitos.

-Dile que estoy fuera -urgió el magnate-. No quiero hablar con nadie. Di que estoy

sometido a un tratamiento médico... ¡que estoy enfermo! ¡Vamos, cualquier cosa!

-Dice que si no sale usted dentro de cinco minutos, ella entrará aquí -dijo la voz del empleado como excusa.

-¡No se atrevería! -murmuró vacilante Von Zorn.

Quade intervino inmediatamente.

-No se engañe a usted mismo, jefe. Esa señora entrará aquí con el mismo aire con que captura a sus monstruos. Será mejor que nos demos una ducha y salgamos a hablar con ella. En la oficina del señor Von Zorn, dentro de quince minutos -dijo Quade al empleado.

Debe usted tomar este asunto tal y como es, jefe -dijo Quade cuando se encontraron de nuevo relativamente solos-. Ese reactor con faldas no irá a formar parte de ninguna expedición en la que yo tome parte.

Gerry y Strike estaban esperando, mientras Von Zorn y Quade, frescos y pimpantes, tras el baño, entraron en la oficina de la productora. Von Zorn se retrepó tras su lujosa mesa de despacho, mirando a Gerry con la misma precaución que a un enemigo en un campo de batalla.

-¡Ah, Strike! -dijo-. Creo que ya le conozco. Supongo que nos conocemos todos los presentes, excepto quizás usted y Quade. Tony Quade, y Strike -concluyó en forma de presentación.

Mientras los dos hombres se aproximaron recíprocamente para estrecharse las manos, se miraron el uno al otro muy cuidadosamente. Eran dos buenos tipos bien conformados y atléticos, aunque Quade quizá fuese un poco más alto de estatura.

Gerry empezó a rodar el balón, sin más preámbulos.

-Tiene usted una deuda de gratitud pendiente conmigo, míster Von Zorn, por aquel asunto de los comedores de energía. Quizá sea de mal gusto mencionarlo pero estoy desesperada por alcanzar el Cometa Almussen, tan pronto como pueda ser posible.

El rostro simiesco de Von Zorn resplandeció al oír la proposición.

-Sí, claro está -repuso-. Nosotros no siempre hemos estado muy de acuerdo en el pasado, *miss* Carlyle; pero lo pasado, pasado está. Si usted, Strike y algunos de sus hombres quieren ir en la expedición, eso puede ser arreglado, desde luego.

Gerry se alzó sobre sus talones, estupefacta. Aquello era demasiado fácil.

-Quiere usted decir que podemos hacer un trato -apuntó la chica.

-En efecto, quiero decir eso -repitió Von Zorn hábilmente.

-¡Jefe! -advirtió Quade con urgencia-. ¡Recuerde lo que le dije!

Nadie le prestó la más pequeña atención.

-De acuerdo -convino Gerry-. A usted le toca hablar.

-Bien, en primer término, queda bien sentado que esto es una expedición para realizar un film. La idea básica es tomar fotografías. Después de que tengamos nuestro fondo y situación ambiental completa, puede intentarse cualquier otra cosa. No creo que exista ninguna vida orgánica en el cometa. Pero, de haberla, usted es la única persona que puede capturarla allí donde esté. Usted traerá dos ejemplares de cada criatura viviente que pueda encontrar. Una pertenece, por descontado, a mi productora «Nueve Planetas, Incorporada» y la otra al Zoo de Londres. Si usted sólo trae un solo ejemplar, será de propiedad de la productora. Se trata de un principio de propia protección -continuó Von Zorn-. Sus exhibiciones han retirado al público de mis producciones hechas con monstruos sintéticos. Si es posible capturar uno vivo y real, lo usaré en mi producción «La llamada del Cometa». Así es como quiero vencer los prejuicios del público...

-¡Jefe! -insistió Quade nuevamente.

-Estoy de acuerdo -dijo Gerry. Y sus ojos adoptaron un brillo amistoso-. Tommy, yo y seis de mis mejores hombres. Tendremos nuestro equipo dispuesto para dentro de veinticuatro horas.

La boca de Quade era un simple trazo.

-Jefe, quiero hablar con usted -recomendó amenazadoramente.

Von Zorn vaciló. Cuando captó de reojo los ojos semicerrados de Tony, aprobó con un gesto imperceptible de la cabeza.

-De acuerdo. ¿Querrán ustedes dispensarnos, señorita Carlyle?

La chica sonrió con su encanto habitual y salió con Strike. Al cerrarse la puerta, Quade se volvió con ojos relampagueantes sobre su jefe.

-Me marcho -anunció-. Usted no puede hacerme una faena como ésta.

-Calma, calma -dijo Von Zorn con un gesto apaciguador de sus manos-. No precipites las conclusiones, Tony. Tengo tus intereses en un lugar muy apreciado. Ya lo sabes.

-¿Sí? Le dije a usted una vez que si esa dama se mezclaba en esto me marcharía.

-Pero ¿por qué? Tú quieres filmar esta película. Será el mayor éxito que jamás has podido soñar. Tu nombre como productor asociado... Debes saber que hace tiempo que tengo planeado procurar que Gerry Carlyle esté interesada.

-¿Qué? -preguntó Quade con horror.

-Claro que sí. Figúratelo. Piensa en la posibilidad, cuando Gerry Carlyle vaya en una expedición de la productora Nueve Planetas, al cometa. Nuestra película batirá todas las marcas del siglo, y será sólo por esa razón, ¡Y tuya será la fama!

-Ya veo -repuso Quade lentamente. Se acarició la barbilla y miró a Von Zorn-. Puede ser... Bien, ya lo veré. Todavía no le creo, jefe. Usted degollaría a su abuela en aras de la publicidad. Pero no voy a permanecer aquí en la Luna y dejar a Gerry Carlyle que me pise el terreno y se adueñe de mi trabajo.

-Ya sabes que me disgusta pensar en poner otro en tu lugar -murmuró Von Zorn gentilmente.

-Bien, de acuerdo. Es un trato. Pero quede bien clara una cosa: que esa señora Carlyle no haga un doble juego conmigo. Me lo estoy oliendo.

-¿Miedo de una chica? -rezongó Von Zorn.

Quade sonrió a disgusto.

-¿Miedo? Nada de eso. Voy a demostrar a Carlyle «Cógelos-Vivos» lo que significa en realidad jugar con dos barajas.

Quade se marchó. Von Zorn miró de reojo a su hombre de confianza y parpadeó. Su cara simiesca se retorció en una mueca.

-¡Que Dios tenga piedad de Gerry Carlyle! -murmuró en un suspiro.

Conforme iban transcurriendo las horas se ponía de manifiesto que Quade y Gerry se mezclaban como el aceite y el agua. La actividad se concentró en febriles preparativos para la expedición cósmica. A despecho del enorme aparato, hasta la última pulgada de su espacio interior pudo ser utilizada para el abundante equipo que se precisaba. Para el equipo, Gerry tenía sus propias ideas. Como una exploradora de experiencia, Gerry conocía la vital importancia que tenía el prepararlo todo hasta en sus más ínfimos detalles.

Había que prevenir cualquier contingencia. Armas lanzagases, complicados cepos y trampas, señuelos especiales, armas de todas clases, dispositivos de protección y cierto y un otros dispositivos se habían traído desde el Zoo de Londres para la chica, a través del espacio, hasta Hollywood en la Luna. Mientras tanto, Quade, a su vez, supervisaba la instalación de las cámaras especiales, complicados aparatos de luces en todas las gamas, desde el infrarrojo hasta el ultravioleta, cajas de lentes y objetivos telescópicos, microscópicos, espectroscópicos, electroscópicos, etcétera.

-¡Diablo! -restalló Quade discutiendo con Gerry en el acceso de la superespacio-nave-. Lo importante en esta expedición es filmar una gran película en el Cometa Almussen. ¿Qué va usted a hacer con tanto chisme? ¿Es que piensa que va a encontrar dinosaurios?

-Podríamos encontrarlos, ¿quién sabe? -repuso Gerry maliciosamente-. Y de ser así, bien que le gustaría filmar su presencia. En mi negocio, no está permitido el lujo de olvidar los detalles y desaprovechar cualquier oportunidad. Ya aprenderá.

-¿Quién, yo, aprender? Escuche, señora, he filmado películas desde Venus hasta Plutón,

Librodot

antes de que usted saliera del cascarón.

Aquello no era cierto realmente; pero Gerry pareció tomarlo en serio. Sus azules ojos se dilataron inocentemente.

-Ya me explicará usted todo eso en otra ocasión -rogó la chica-. Más tarde. Ahora voy a sacar de ahí ese pesado cacharro para hacer hueco a mi señuelo hipnótico en la nave. -Y miró desdeñosamente hacia una cámara tridimensional de Quade.

-Señuelo hipnótico -repitió Quade, mirando a su vez disgustado a un enorme dispositivo compuesto principalmente por espejos rotatorios y tubos luminosos de diversos colores.

Tommy Strike se aproximó por allí en aquel momento. Se dirigió vivamente hacia la pareja enfadada.

-¡Hola! -dijo con forzada simpatía-. Me iba un poco al «Traje Espacial Plateado», ¿quieren venir, Gerry, Quade?

-No puedo -gruñó el cameraman-. Demasiado ocupado. Todas las cosas recaen sobre mí.

Y miró a la chica que sonreía radiante a Strike y le hacía una señal afirmativa.

-En seguida estoy contigo, Tommy. Voy a arreglarme un poco.

Y se marchó en busca de su lápiz de labios. Quade preguntó intencionadamente, cuando Gerry se hubo marchado.

-¿De veras le gusta estar alrededor de una hiedra venenosa?

-Pues no es tan malo el asunto como parece. Lo que ocurre es que usted no comprende a Gerry.

-Oh, sí, eso debe ser -repuso Quade-. Estaba pensando en ello. ¡Diablo! ¿Por qué tiene que llenar toda la nave con esas ratoneras, cuando necesitamos casi todo el espacio para las cámaras y el equipo cinematográfico? No sabemos qué condiciones podemos encontrar sobre el comete, y tenemos que estar preparados para cualquier emergencia. Una atmósfera de cianógeno necesita lentes especiales y película también especial.

-Seguramente -dijo Strike conciliatoriamente-. Usted hace bien en tomar todas esas medidas. Y Gerry también. Ella no sabe qué formas de vida pueden existir en el cometa, si las hay. Y nosotros también debemos estar preparados para todo. Hay criaturas para los que resultan inútiles las balas, y el gas es inútil en otras. Se pueden atraer, por ejemplo, con humo de tabaco a los escarabajos voladores de Venus; pero hay que emplear rayos infrarrojos para atraer a un Hyclope. Recuerdo una vez que Gerry llevó un dispositivo que jamás esperábamos tener que usar y nos salvó a todos la vida con él. Usted podrá hacer la mejor película de su vida, Quade, y quizá la mejor del mundo en la historia del cine. Pero no olvide que pudiera ser muerto, si nosotros hubiéramos olvidado llevar el arma necesaria con nosotros.

Quade movió pensativamente la cabeza.

-Es posible. Ya comprendo su punto de vista. Bien, en tanto en que ese ciclón con faldas deje de fastidiarme, yo estoy conforme. Trataré de adaptarme a la situación, de cualquier modo.

Y se apartó vivamente cuando apareció Gerry fresca y pimpante con pantalones de montar y una brillante blusa de. metalumen. Aparecía realmente radiante y bellísima.

-*¿Cómo* puede una criatura tan adorable como tú tener tan mal genio? -murmuró Strike mientras la conducía a un taxi-. Alguna vez vas a morir por combustión espontánea.

-Oh, has estado hablando con esa cámara animada -remarcó la chica-. Bien, ¿tienes algo que reprocharme? Tú sabes lo que significa un buen equipo.

Rodaron a lo largo del Boulevard Lunar, y Gerry tomó de nuevo la palabra.

-¿Bien? ¿No estás de acuerdo?

-Más o menos. -Y Strike encendió un cigarrillo que fumó aspirando profundas bocanadas-. Algo menos, si quieres. Tú sólo miras lo que te importa, Gerry. Después do todo, Quade tiene que realizar una película, o al menos el ambiente y el fondo de la misma. Ponte en su lugar. Gerry arrugó la nariz con disgusto y no replicó hasta que se hallaron sentados en el gran salón abovedado del «Traje Espacial Plateado». Gerry sonrió a su novio.

-Tú ganas -concedió-. Seré una buena chica. Pero si bailas conmigo, cariño...

Librodot

La orquesta acababa de atacar el número de última moda, «Balanceándose en equilibrio». La pareja salió a bailar el ritmo del momento y Gerry suspiró.

-¿Qué te ocurre? -preguntó amorosamente Tommy.

-Estos condenados pantalones de montar -repuso la chica desconsolada-. Debería llevar un vestido de organdí azul.

Lo que demostraba que Carlyle «Cógelos-Vivos» era femenina por encima de todo.

Los acontecimientos siguieron su ritmo apresurado. Hollywood sobre la Luna corría apresuradamente hacia el asalto del cometa que se dirigía rectamente hacia el Sol. Los científicos de la «Nueve Planetas Inc.» trabajaban frenéticamente. Toda la complicada maquinaria, en el aspecto técnico del cine, marchaba a un ritmo loco en un perfecto movimiento de cooperación. Los boletines de información llegaban cada hora a la mesa de Quade. Y entonces, un nuevo y peligroso factor entró a formar parte de la situación: el tiempo.

El Cometa Almussen se acercaría mucho al Sol. La radiación solar con su terrible poder incontrolado, podría ser fatal para cualquier ser viviente en el cometa. Una espacio-nave aislada puede sobrevivir por un cierto tiempo en Mercurio, e incluso un estrecho canal de radio es posible en el pequeño planeta próximo al Sol. Pero el Cometa Almussen sobrepasaría la órbita del planeta Mercurio. A tal distancia, la tremenda radiación del Sol destruiría instantáneamente, como en un cortacircuito, un cerebro humano a su alcance. Ni aun la mejor armadura concebible serviría de nada. Además, la masa del cometa podría producir el levantamiento de enormes mareas. Si aquello ocurría, el extraño vagabundo intergaláctico sería tragado y devorado en colosales cataratas de fuego sólido.

Quade y Gerry disponían solamente de pocas semanas para completar sus preparativos, hacer el viaje y alcanzar sus objetivos.

Otro peligro que surgía en la mente especulativa de los científicos era afortunadamente descartado para que pudiera materializarse. La masa pequeña de la mayor parte de los cometas no era en general suficiente para alterar el equilibrio del sistema solar. El Cometa Almussen, sin embargo, tenía un enorme y sólido núcleo, lo bastante masivo para levantar mareas de energía de la superficie del Sol, y suficiente para destruir a algún pequeño asteroide o quizás a algún pequeño planeta. Júpiter estaba seguro, la Tierra también, y Venus, pero Mercurio podía sucumbir. Pero por una afortunada circunstancia, el cometa no pasaría a la proximidad necesaria de ninguno de los planetas interiores para causar tales disturbios posibles.

Quade insistió para que la superespacio-nave fuese comprobada y recomprobada por tres veces. Admitió francamente que sentía aprensión, y muy grande. Si la astronave se estrellaba sobre la superficie del cometa, el inevitable resultado sería la muerte, cuando el Sol se aproximase al pequeño cuerpo celeste. Pero Gerry Carlyle y Tony Quade ya se habían encontrado en lugares bien peligrosos desde Plutón hasta la cara ardiente de Mercurio. No obstante, aquel era el viaje más peligroso que ambos hubieran emprendido en toda su vida.

Los dos no desestimaron la posibilidad de una catástrofe completa. El bombardeo electrónico de la cola del cometa podía significar la destrucción en el mismo comienzo de la aventura. Se había dotado a la espacio-nave de una poderosísima doble coraza en el casco, aunque ello suponía un incremento sensible de volumen. Pero la espacio-nave no se había preparado para una maniobrabilidad especial, ello no era lo más importante.

Gerry se hallaba considerablemente irritada por la insistencia de Von Zorn en filmar con todo detalle todos los preparativos del viaje. A ella le parecía que los cameraman, a instigación de Quade, siempre tomaban especiales disposiciones cuando tenía el cabello bien peinado y los labios bien retocados. Sin embargo, a pesar de todos los obstáculos, llegó el día de la partida.

Fue lo suficientemente espectacular para satisfacer incluso a Von Zorn. Gerry, que era decididamente fotogénica, fue convencida para que posara en diversas tomas. Strike, Quade y la tripulación también quedaron incluidos. Pero los actores humanos en el drama fueron

empequeñecidos por el ambiente de fondo, más impresionante que cualquier construcción de estudio.

En la distancia se levantaban los edificios ultramodernos para placeres y negocios de Hollywood sobre la Luna, como el «Traje Espacial Plateado», los estudios y el enorme y transparente globo del sanatorio. Por encima de todo aquello resplandecía la dentada rampa del Gran Circo lunar, que limitaba la planicie del cráter, donde se había construido la maravillosa ciudad. En la altura brillaban las estrellas a través de la húmeda atmósfera artificial creada por una brillante labor de ingeniería. La Tierra, naturalmente, era invisible, ya que quedaba al otro lado de la Luna, desde donde únicamente podía ser vista.

Y en primer plano ¡la nave! Ovoidal, enorme, resplandeciente bajo el impacto de los arcos voltaicos, yacía en el centro del campo como una fabulosa joya metálica. Y en realidad era una joya científica, dotada con el mejor equipo que los interminables recursos de Von Zorn habían podido procurar. En el último momento hubo una descomunal exhibición y despliegue publicitario. Una impresionante multitud se hallaba presente para presenciar la salida.

-Bonito lugar -comentó Strike con agrado-. Creo que haría un engreído astro cinematográfico.

-¿Haciendo de doble para un planeador de Venus? -preguntó Gerry con una pesada ironía-. Después de todo, yo soy tu jefe, Capitán Strike. Una pequeña colaboración...

-De acuerdo, gatita -repuso Strike de buen humor, mientras Gerry se sonrojaba ante la presencia de Quade que estaba escuchando. Este último no dijo nada; pero su mueca fue más expresiva, mientras continuaba en su camino hacia los controles de la espacio-nave.

Una llamarada como un trueno surgió de los potentes motores de la espacio-nave, la música estalló en alegres acordes y el cuarteto del «Traje Espacial Plateado» empezó a cantar «La canción del hombre del espacio».

En la cabina de control, Gerry cayó en brazos de Strike al primer bandazo de la nave. Los dedos de Quade se movían con hábil rapidez sobre un tablero cuajado de instrumentos y botones. Su mueca se había desvanecido y tenía las mandíbulas apretadas ostensiblemente. Había una repentina tensión en toda su actitud. La nave se inclinó pesadamente a la izquierda, y después a la derecha. Parecía un caballo salvaje. En seguida ganó el necesario equilibrio y lenta y pesadamente comenzó a ascender vertiginosamente.

-¡Vaya! -dijo Quade con un suspiro de alivio-. ¡Qué armatoste! ¡No se puede maniobrar a gusto con esto, de ningún modo! Si hubiéramos usado reactores al antiguo estilo nos hubiéramos estrellado bien pronto.

-Pero ¿podremos alcanzar el cometa, verdad? -preguntó Gerry preocupada.

-Sí, claro está. Disponemos de una gran potencia y velocidad. Pero le falta capacidad de maniobra. Será bastante peligroso pilotar este mastodonte a través del cinturón de los asteroides. -Y Quade expresaba en sus facciones toda la preocupación que sentía interiormente, mientras estudiaba la pantalla visora del vuelo, siguiendo su curso.

-Nos adelantaremos para interceptar el cometa en la zona del mayor planeta -comentó Strike-. Esto nos proporcionará una cierta cantidad de tiempo antes de que el cometa consiga aproximarse peligrosamente al Sol.

-Estoy forzando la aceleración -indicó Quade-. Pero no podremos abordar al cometa por el núcleo. Lo pasaríamos y no podríamos acelerar con la suficiente rapidez. Hemos de trazar una curva alrededor, deslizándonos a través de la cola, que es la parte más peligrosa. Es preciso sacrificar, en bien de nuestra protección, la capacidad de maniobra. Lo que ignoro es cuánto bombardeo electrónico soportará el casco. -Y se encogió de hombros con un gesto de fatalidad.

Quade tenía razón. Era una aventura peligrosa. La mayor parte de las espacio-naves, con sus pantallas de gravedad controladas, estaban capacitadas para volver en cualquier dirección a detenerse en tiempos casi instantáneos. Pero el enorme bulto de aquella nave dificultaba tal propósito. Era una especie de leviatán y con todo potencialmente vulnerable a la peligrosa

amenaza del cometa. Entonces había partido de la Luna con la más absoluta indiferencia por cualquier interrupción en su camino hacia el objetivo propuesto. Se habían cursado avisos especiales al tráfico y, en cierto modo, se había dejado un «sendero» libre a seguir. Ante Quade se extendía una intrincada carta estelar y un enorme mapa, señalando las órbitas de cada uno de los asteroides conocidos en ruta. Los dispositivos repulsores del casco se pusieron a toda potencia, para obtener el menor aviso de cualquier cuerpo próximo. No se habían tomado otras precauciones, excepto el que la tripulación vistiese, día y noche, el acorazado traje del espacio.

Pero fue el cinturón de los asteroides el que proporcionó el peor obstáculo. El casco exterior fue bombardeado literalmente de arriba abajo y cubierto de centenares de pinchazos. Una espacio-nave pequeña y ágil en la maniobra podía deslizarse en el interior del enjambre de meteoritos no controlados; pero la gigantesca nave de Quade no podía hacerlo, aunque hacía lo imposible por evitar cuerpos errantes de cierta masa, cualquiera de los cuales habría arruinado instantáneamente la nave expedicionaria. Los repulsores del exterior del casco saltaron hechos añicos ante la acometida masiva de incontables pequeños meteoritos. La segunda coraza interior, construida de super-acero, detuvo la mayor parte de los proyectiles interplanetarios. Unos pocos consiguieron finalmente atravesarla, teniendo entonces que entrar en funcionamiento las válvulas de emergencia.

¡Las pantallas gravitatorias habían sido destruidas!

La espacio-nave tronaba en su camino cósmico. En el interior de la cabina de control reinaba un profundo silencio. Quade, Gerry y Strike se miraban uno a otro alternativamente, con desfallecimiento. Quade fue el primero en recobrarse. Se inclinó sobre el micro conectado a toda la nave, disparando un chorro de órdenes concretas. La situación le había galvanizado, transformándole en una dinamo.

-¡Morgan! ¡Movilice toda la tripulación! ¡Informe con urgencia! ¡Déme a conocer la extensión del daño! ¡Prepare trajes espaciales para reparaciones en el exterior!

-¡Sí, señor!

-¿Reparaciones en el exterior? -dijo Gerry-. Estamos cerca del cometa.

-¿Y qué? No iremos a abordarlo entrando en la cola del cometa con un casco debilitado. Aun después de reparado será muy peligroso y arriesgado.

-Pero podemos entrar en la cola en cualquier momento. Si su tripulación se encuentra en el exterior entonces... -Y su pausa era más que significativa.

-Será un trabajo voluntaria -replicó Quade. Se volvió hacia el audífono de nuevo-. ¿Y bien?

-Todos los hombres se prestan voluntarios, Tony -replicó Morgan vivamente. Y pasó a informar sobre los daños de la espacio-nave.

-Sacad los trajes espaciales -ordenó Tony Quade-. Poned los suficientes hombres para una rápida y eficiente reparación del casco. Estaré con vosotros inmediatamente. Enviadme un piloto para que se haga cargo de la nave.

-Oh, usted sale también al exterior... -dijo Gerry.

-Naturalmente.

-Y yo también -añadió Strike-. Todos podemos ser útiles.

Strike se dirigió hacia la puerta.

-¡Tommy! -gritó Gerry-. ¡No! Tú no puedes... -Y vaciló, respirando emocionada-. Si tú lo haces, saldré yo también.

Quade intervino.

-Necesitamos a todos los hombres disponibles. Pero sólo voluntarios. Strike no tiene por qué ir.

-Escucha, Gerry. Voy a salir fuera y tú te quedarás aquí -dijo Tony decididamente-. Tú puedes ayudar pilotando la nave, así el piloto del servicio de urgencia vendrá también al exterior con nosotros. Como dice Tony, necesitamos todas las manos disponibles.

Gerry miró de reojo a Quade y captó la mirada satírica del cameraman, como si éste

esperara que se mostrara histéricamente la debilidad femenina. La chica apretó los labios.

-De acuerdo -repuso sucintamente-. ¡Andando, muchachos!

Quade y Strike se marcharon y Gerry se puso al control de la espacio-nave. Su mirada ansiosa se dirigió a la pantalla visora y a la resplandeciente amenaza del cometa próximo. Una chispa roja en la pantalla mostraba el progreso de la nave. Gerry parpadeó rápidamente. Mientras tanto, Quade movilizaba a sus hombres. Algunos ya estaban trabajando en el casco, soldando con urgencia los impactos recibidos. Otros se vestían rápidamente los trajes espaciales y alineábanse ante los compartimientos de aire. Algunos se dirigían al casco interior de la nave, protegidos por una envoltura espacial acorazada y con las herramientas necesarias.

La mayor parte de las máquinas de soldadura eléctrica fueron rápidamente montadas en un dispositivo universal, fácilmente manejable desde el casco exterior.. En cada dispositivo existía una pequeña unidad de control gravitatorio, para fijarlo en el lugar necesario. Quade supervisaba aquel éxodo. Empezó la terrible tarea de reparar los incontables agujeros producidos por el terrible bombardeo sufrido. Parecía algo imposible localizar cada una de las pequeñísimas aberturas de la enorme área del casco de la nave. Cada hombre de los que surgían a la superficie arrastraba tras sí la máquina de soldadura eléctrica, que fijaba en un lugar conveniente, sirviéndose de una manguera de siete pies de largura, que terminaba en un disco redondo de gran diámetro. Un solo hombre podía manejar tal disco plano contra el casco de la nave, hacer funcionar el tanque de la soldadura y arrastrar el disco por una extensa área. Tras el disco surgía una sustancia metálica fundida que soldaba instantáneamente con la cubierta exterior, en el vacío del espacio. Pronto, una buena porción del casco se hallaba completamente reparada por aquel procedimiento.

Tony Quade dio una orden por su equipo de radio instalado en su traje espacial. Dentro de la nave, uno de los hombres aflojó una llave, llenando el espacio intermedio entre los cascos de la espacio-nave con un gas que se expandía rápidamente. Cuando se trataba de pinchazos y perforaciones del casco exterior, el gas surgía a su través en forma de burbujas negras, en contraste con la blancura del ambiente circundante. Las burbujas marcaban el lugar en que docenas de hombres, apresuradamente, llegaban con las máquinas de soldar. Era un notable ejemplo de cooperación bien entrenada y dispuesta. Strike, ocupado igualmente con su máquina y su disco, se quedó impresionado. Miró a Quade con renovado respeto, y en más de una ocasión miraba hacia la fabulosa cola del cometa, resplandeciente en la mitad del cielo visible.

El negro vacío del espacio y el brillo de las estrellas lejanas envolvía el resto. Los hombres trabajaban en el vacío casi absoluto, con el Sol como un disco lejano a popa de la astronave. El pálido resplandor del Cometa Almussen lanzaba su cola fantástica alargada por medio del cielo visible, poniendo el contrapunto de fantásticas sombras sobre el inmenso casco de la astronave. En ausencia del aire, el contraste entre la luz y las sombras resultaba realmente sorprendente. Las luces de los cascos espaciales naturalmente no emitían luz al exterior, ya que no existían moléculas de aire que permitieran su dispersión.

En el interior de la espacio-nave, Gerry, sentada al control y con el rostro contraído, dirigía la nave al tope de su velocidad hacia el cometa. Inexorablemente, el trazo rojo de la pantalla visora crecía hacia la blanca frontera de la cola cometaria. Cuando entraran en ella, cualquier hombre que permaneciese en el exterior del casco moriría instantáneamente bajo el terrorífico bombardeo electrónico.

¡Y Tommy Strike se hallaba fuera! Aquel era su único pensamiento dominante. Todos y cada uno de los hombres de la tripulación se hallaban conscientes del peligro. Tony Quade había explicado sombríamente los peligros que les acechaban. Pero ninguno pensó en volver atrás de su deber, aunque el cometa se hallaba amenazadoramente próximo. Las máquinas soldadoras continuaban a todo ritmo machacando neumáticamente cruel contra el casco de la nave. Una serie constante de puntos de fuego brillaban para apagarse casi en el acto. Finalmente, en lo que pareció una eternidad, aquel gigante del espacio quedó reparado. Pero

su carrera a través del vacío continuaba incontrolada. En la cabina de control, Gerry Carlyle, con los labios apretados, no apartaba los ojos de la estrecha línea roja que se aproximaba hacia el blanco espacio circular de la cabeza del cometa.

Dos pulgadas la separaban de su objetivo. A aquella velocidad la línea llegaría a su objetivo demasiado pronto. La mano de Gerry estuvo a punto de pulsar el botón de retroceso. ¡No! La deceleración no debía comenzar todavía. Pero ¡quedaba tan poco tiempo!...

El audífono sonó vibrante. La voz de Quade habló enérgicamente.

-¿Cuál es la distancia? ¿De cuánto tiempo disponemos?

Gerry hizo una rápida computación matemática y se lo dijo. El cameraman emitió un silbido.

-Bien. Continúe el rumbo y la velocidad. La veré pronto.

Quade...

-¿Qué?

-Nada... -murmuró la chica volviéndose hacia los controles. Bajo sus ojos se apreciaban oscuras sombras. El peligro para ella era cosa que sabía afrontar sin la menor alteración. Pero aquello era totalmente diferente. Si Strike moría bajo el bombardeo electrónico, sería su propia mano la que lo habría matado. Un retorcido razonamiento, quizá..., pero ella amaba a aquel hombre.

Gerry volvió a mirar la pantalla visora. Repentinamente se volvió consciente de que había retenido la respiración durante bastante tiempo. La chica exhaló el aire contenido profundamente y se relajó con esfuerzo. Tenía que ser fuerte. El trazo rojo se aproximaba más y más al cometa. Ya sólo distaba menos de una pulgada.

Media pulgada...

Todo el Universo pareció caer sobre ella. Permaneció inmóvil en los controles, con el infierno en los ojos. Ningún sonido llegaba desde el casco exterior de la nave. No podía imaginar lo que estaría ocurriendo allí. Y aquello era seguramente lo peor. No sabía si Strike estaba vivo o no. ¿Debería llamar a Quade por el audífono?

Un cuarto de pulgada y la línea roja seguía estrechándose.

¡Y la línea tocó el círculo blanco!

La fuerza de voluntad de hierro de Gerry se derrumbó. Desesperada abrió la palanca de comunicación, llamando a Tony.

-¿Quade? ¡Estamos en la cola del cometa!

-Calma, niña -dijo una voz tranquila a su espalda.

Gerry se volvió como un relámpago sobre su asiento. Tommy Strike, desgreñado, pero sonriendo, se hallaba de pie en el umbral, deshaciéndose de su pesado traje espacial. Tras él llegó Quade, con la cara brillante de sudor.

-¡Ya era hora! -restalló-. He estado...

¡Y entonces la tormenta se desencadenó!

Sólo una superespacio-nave podía soportarla aunque sólo fuera por unos momentos. El bombardeo electrónico habría destruido a cualquier navío de línea corriente en el acto. Gerry se afianzó sobre el panel de control y sus ágiles dedos funcionaban como los de una consumada pianista. El navío se estremecía, daba bandazos de un lado a otro, se revolvía como estrangulado por la mano de un monstruo y crujía espantosamente en una tortura agónica.

No se trataba de una tormenta de meteoritos. Era un torrente de energía pura y sin adulterar lo que hería y devoraba el casco. Los refrigeradores fueron puestos en el acto al máximo de su potencia, rugiendo con el zumbido de su increíble poder. A pesar de ello, el casco exterior se volvió rojo resplandeciente. Los remiendos, débiles, refulgían con blanca incandescencia. El esqueleto entero de la gigantesca astronave crujía pronta a deshacerse, y las poderosas vigas de superacero y columnas del más puro metal crujieron peligrosamente. Gerry sintió un hormigueo alarmante en las yemas de los dedos. Quade se aproximó al micrófono.

-¡Pronto! ¡Los trajes espaciales! -ordenó con voz de trueno-. ¡¡Doblemente urgente!!

Sacó con un rápido movimiento tres trajes espaciales de un cajón, tiró uno hacia Strike, se quedó con otro para sí mismo y arrancó a Gerry de los controles con delicadeza, no obstante la situación.

-¡Pronto, métase dentro! -ordenó mientras manipulaba en los botones del panel de mandos-. ¡De prisa!

La chica obedeció. Sabía que ni aun la armadura de la nave podría soportar enteramente el espantoso bombardeo de radiactividad. Una de las consecuencias sería el destruir el cerebro de una persona, como en un cortocircuito, a menos que no se protegiese con un casco como el que Gerry se ponía en aquel momento. Usualmente, una espacio-nave es totalmente silenciosa. Pero entonces aquello parecía una casa de locos. Los motores gemían en rítmicas y sonoras pulsaciones. La pantalla visora se abrillantaba y palidecía alternativamente. No mostraba nada, excepto un fluir torrencial de luz blanca. Los instrumentos y calibradores estaban fuera de uso.

-Volamos a ciegas -murmuró Quade sombríamente-. Si estallamos...

Y Quade obligó a la espacio-nave a describir una estrecha espiral, empezando a decelerar. Un timbre potente sonó un aviso.

-Uno de los parches ha desaparecido -dijo Strike-. Mire. Iré al espacio existente entre los dos cascos y lo arreglaré nuevamente.

-No servirá de nada, ni sería posible -repuso Quade-. No duraría ni tres segundos.

-Pero mi armadura...

El cameraman se limitó a sacudir la cabeza silenciosamente y se inclinó sobre los controles. La nave continuaba obstinadamente su ruta, batallando contra algo que ninguna otra había encontrado jamás en su historia. Constantes llamaradas de energía pura se estrellaban contra el casco. Los instrumentos se hallaban inservibles. Todo el metal expuesto al exterior comenzó a ponerse incandescente con una débil fluorescencia. Quade estaba desesperado pensando en sus preciosos films, la película tenia que haber quedado inútil haría ya minutos. Y Quade lo sabía. Pero en su lugar había cargado una cinta especial metálica supersensible que pudiese resistir el bombardeo radiactivo. Pero entonces tampoco sería posible. No había forma de expresar todo aquello.

Y repentinamente, sin previo aviso, todo se acabó. El tronar constante de la tormenta se apagó como por ensalmo. La pantalla visora mostró una última llamarada y se hizo normal. Y apareció... ¡el núcleo del Cometa Almussen! Algo que nadie había visto, lo que ningún ser humano había observado jamás. Quade tuvo la impresión de una masa pálida extendiéndose con terrible velocidad, un globo que se precipitaba contra él como una centella. Pequeño al principio, aquello crecía hasta adoptar el tamaño de la Luna, antes de empezar la deceleración. Era peligroso. Una rápida deceleración causaría una catástrofe entre los organismos humanos a bordo, aparte del peligro de destrozar simultáneamente la propia espacio-nave.

Quade inclinó el aparato hacia un lado envolviendo al cometa en una amplia órbita, sin poder todavía observar los accidentes de la masa cometaria que se movía bajo sus pies. La nave se movía demasiado rápida todavía. Operó en los botones de bando y la deceleración le golpeó en el estómago como una maza haciéndole inclinarse contra el panel de control. Gerry y Strike salieron literalmente volando a través de la cabina, para chocar contra las paredes guateadas de la estancia. Aquel fue el peor momento. Quade continuó pulsando más botones. La nave comenzó a suavizar su velocidad y a describir una espiral, sacudiéndose peligrosamente. Muchos accesorios se rompieron, entre ellos los dispositivos gravitatorios.

-Tenemos que tomar tierra para reparar -dijo Quade-. Strike, compruebe el daño.

Tommy asintió y salió a cumplir su misión. Gerry se aproximó, mirando por encima del hombro de Quade la pantalla visora.

-Parece una cosa muerta -murmuró-. No se ven montañas ni rastros de agua. Es simplemente una bola sin características sobresalientes, como un mundo muerto, y parece más pequeña que la Luna.

-¿Sin características? -replicó Quade-. ¡Mire allí!

Surgiendo de la pálida superficie bajo ellos se observaba una negra estructura, diminuta en la distancia, pareciéndose a un enorme monolito o a una torre. Pasó como un relámpago y desapareció de la vista. La espacio-nave descendía poco a poco a menor velocidad Se detuvo finalmente en el aire, acabando por una toma de contacto con el suelo del cometa.

-¡Uff! -suspiró relajándose Quade, echándose sobre el respaldo de su asiento-. ¡Vaya trabajito! -Se sacó el casco del traje espacial, respirando a pleno pulmón-. Bien, ya estamos aquí- anunció con alivio.

Gerry observó a Tony tomar una tableta de citrato de cafeína, que se tragó rápidamente.

-Tiene que haber vida aquí, Quade. Aquella torre...

-Así parece. Pero tendremos que tomar precauciones.

-Exacto. El aire no debe ser respirable. Voy a comprobarlo.

Y Gerry examinó la atmósfera con el analizador automático.

-Cianógeno -dijo la chica-. No podemos respirarlo, por supuesto. Necesitamos llevar el traje espacial fuera de la nave, en todo instante.

Quade hizo un gesto especulativo.

-¿Y qué clase de vida podrá desarollarse en el cianógeno?

-¿Por qué no cianógeno en lugar del oxígeno? No puedo imaginarme lo que habrá; pero esa torre me induce a creerlo de todos modos.

-Lo primero de todo será proceder inmediatamente a las reparaciones de la astronave -dijo Quade-. No podemos pensar en quedarnos abandonados a nuestra suerte aquí, mientras el cometa se aproxima cada vez más al Sol. Y Quade transmitió una serie de órdenes por el audífono. Poco después anunció satisfecho-: Ningún miembro de la tripulación está herido. En este aspecto hemos tenido mucha suerte.

Los sucesos marchaban desarrollándose de prisa. En esta ocasión Gerry se hallaba descargada de toda ocupación y se encontraba disgustada. Incluso Tommy Strike parecía despreocuparse de ella. Siempre se hallaba ocupado dentro de los cascotes de la nave, reparando daños y agujeros. La chica se aburría yendo de un lado a otro, sintiendo que el resentimiento se agrandaba en su interior. Finalmente se decidió a ser útil con sus propias manos, pequeñas pero capaces y se dispuso a emprender sus propios asuntos. En consecuencia, obtuvo un traje espacial, se enfundó una pistola de gases narcóticos y otra de proyectiles explosivos y se dirigió, sola, al compartimiento de descompresión. La válvula exterior se deslizó ante ella y Gerry saltó al suelo del cometa, cerrando la entrada tras ella. Una espesa capa de cascajo arenoso se extendía por toda la superficie y crujía bajo las botas de la chica. Miró hacia un horizonte agudamente curvado de bajas y suaves dunas, todas formadas, en apariencia, de la misma substancia. Ninguna vegetación era visible por el momento.

-Bien, esto es bastante lógico -pensó la chica.

Un cometa constituido por partículas reunidas y juntas por la mutua atracción gravitatoria, debería hacer finalmente una sólida mole. Las piedras parecían granito y eran grises, duras y redondeadas por eones de tiempo de fricción constante. Gerry miró hacia arriba. Un ligero estremecimiento de temor la sacudió por un momento.

No podía apreciar el cielo. Un fluir de blancas llamaradas era su cielo. Se encontraba dentro del cometa y envuelto por su cola. La bóveda correspondiente al cielo cósmico no era ni azul ni tenía el terrible negro del espacio interestelar. Era de *un* blanco puro, moviéndose y retorciéndose en vastas mareas de perpetuo movimiento.

Aquello era todo, un cielo blanco y en constante movimiento, las dunas de cascajo a todo su alrededor y tras Gerry, el imponente navío. La chica se había trazado su dirección acertadamente. Y se dirigió hacia la dirección en que la torre había aparecido tras ella, confiadamente. Se mostró, quizá, demasiado confiada. Pero después de todo ella era la famosa «Carlyle-Cógelos-Vivos». Tenía por seguro que en caso necesario podría comunicarse por radio con la espacio-nave.

¡Gerry Carlyle, el primer ser humano que ponía el pie en el cometa Almussen! Una ligera

sonrisa apareció en sus bellos labios. Aquello tenía un valor. Emprendió ligera la caminata bamboleándose por el duro suelo. Era una marcha fatigosa y los cascajos sueltos de la superficie le producían un dolor agudo en los tobillos y los músculos de las piernas. Consultó una brújula magnética, que por cierto no funcionaba. Se encogió de hombros y continuó caminando. De todos modos, por instinto y experiencia, disponía de un maravilloso sentido de la orientación.

Pero las ondulantes dunas tenían una terrible uniformidad, bañadas en blanco resplandor sin sombras. El núcleo del cometa era un paisaje de perpetua luz... Gerry continuó caminando sin más orientación que su instinto. *¿A* qué distancia se hallaría la torre? Una premonición, como un misterioso aviso, tocó la mente de Gerry. Quizá se habría precipitado demasiado. Después de todo, aquello era un mundo nuevo, con desconocidas y probablemente peligrosas formas vivientes. Una mirada a sus potentes armas le dieron seguridad en sí misma. Y continuó adelante.

Algo parecido a una pelota azul rodó por la ladera de una duna, hacia ella. Gerry se detuvo en el acto. Sus manos enguantadas se dirigieron instintivamente al disparador de la pistola. Permaneció alerta, esperando. La pelota azul como un balón de un pie de diámetro se detuvo a diez pies de Gerry. La chica se hallaba en condiciones de observarla cuidadosamente. La envoltura exterior era azulina, según pudo ver y la piel traslúcida, casi transparente. En el interior de aquel globo flotaba un objeto más pequeño, en algo que debía ser un líquido. No se apreciaban signos de ningún órgano. Ojos, orejas, aparato respiratorio, era algo que allí no podía apreciarse.

Y entonces empezó a crecer con la velocidad de un hongo de pesadilla. Se expandió hasta alcanzar el volumen de cuatro pies de diámetro, antes de que Gerry pudiera reaccionar. Ella leía claramente la amenaza en los movimientos de aquella criatura, o lo pensó al menos. Se sacó el arma del cinturón. Instantáneamente el balón se desvaneció, perdiéndose como un sueño. Donde antes se hallaba, ahora no se advertía absolutamente nada. Gerry se quedó helada por la sorpresa, imaginando si aquella extraña criatura habría explotado como una pompa de jabón o bien si se había marchado con increíble velocidad. Pero, instintivamente, comprendió que ni una cosa ni otra eran la realidad interpretada correctamente. Instintivamente, también, quiso volverse. La esfera azul corría ahora rodando sobre el suelo y dirigiéndose hacia ella, desde la dirección opuesta y, entonces, de unos seis pies de diámetro. Gerry apuntó con la pistola esperando que su enemigo se desvaneciera. Y lo hizo pronto y rápidamente. La chica continuaba más atónita todavía. Dos esferas azules, ahora de diez pies de diámetro, se dirigían nuevamente a su encuentro.

El cuerpo interior dentro de la membrana externa no se había expandido. Gerry hizo fuego. La bala tocó a la bola más próxima. El gas anestésico se extendió en una nube compacta; pero no hizo el menor daño. El globo se expandió todavía mucho más y continuó avanzando con un propósito determinado. Gerry, entonces, echó mano a la pistola de proyectiles explosivos. Resultó totalmente ineficaz, aunque por una razón totalmente distinta. Es cierto que la bola saltó en fragmentos, pero cuando Gerry se volvió, seis nuevas esferas, grandes y azules se aproximaban una vez más a su encuentro.

-Esto no puede ser real -se decía la chica a sí misma desesperada-. Creo que estoy volviéndome loca, atacada de pánico, ladera arriba, ¡Pero no se dirigía a ninguna parte! Sus piernas se movían arriba y abajo. Su cuerpo se inclinaba hacia adelante en un ángulo pronunciado. Corriendo tanto como podía, resultaba que siempre permanecía en el mismo lugar.

¡Y en un instante se desvaneció!

Strike y Quade se miraron atónitos el uno al otro durante unos segundos y después miraron fijamente hacia el valle. Aparecía desierto, desolado, vacío. Allí estaba, bañado en el resplandor mismo del cielo blanquecino que les servía de bóveda celeste.

-Pero... ¿era Gerry, no es cierto? -murmuró Tommy.

-Sí, como Alicia en el País de las Maravillas -replicó Quade completamente

desconcertado-. Corría de prisa, cada vez más de prisa, para permanecer siempre en el mismo sitio. ¿En qué clase de lugar hemos venido a parar?

-¿Quiere decir que se ha producido una especie de espejismo? -preguntó Strike esperanzado.

-No creo que se produzcan aquí los espejismos. Además lo que hemos visto era algo sólido. Gerry Carlyle estaba allí y se ha evaporado en el aire, no hay duda.

Sin previo aviso la torre se materializó. A unos cincuenta pies de distancia surgió de la nada en repentina realidad. Era un enorme monolito de piedra o de metal negro, sin detalles, salvo una puerta y una brillante esfera en la cúspide. Y tan inesperadamente como apareció, desapareció en un instante.

-¡Fantasmas! -dijo Quade, sin saber qué pensar-. Pero fantasmas tridimensionales, reales. ¿Una radiotransmisión de materia?

-¡Esa torre! -dijo Strike-. Nosotros vimos algo parecido desde el aire.

-Se hallaba atrás en aquella dirección, jefe -intervino uno de los hombres de la tripulación-. No debe estar lejos para ir a pie.

-De acuerdo, vamos -replicó Quade-. Adelante. Recordad, estamos en una atmósfera de cianógeno. Los cascos en todo momento y las armas siempre a punto. -Llamó por radio a la espacio-nave y comunicó a Morgan sus planes-. Quédate al mando de la nave, mientras volvemos. Si no estamos de vuelta en el momento límite, márchate sin nosotros.

Gerry no fue echada de menos en la espacio-nave hasta transcurrido algún tiempo. Había mucho que hacer. Ni aun el propio Strike se hubo dado cuenta hasta transcurrido algún tiempo que la chica se había evaporado. Pero cuando do lo hizo, desde luego, ya era demasiado tarde. Ocupados como estaban en aquel maremagnum de reparaciones, nadie lo notó hasta transcurrido bastante tiempo.

-He de encontrarla -afirmó Strike preocupado-. Se ha marchado y falta un traje espacial, además.

Quade arrugó fuertemente el entrecejo, preocupado también. Se volvió al equipo de radio y lanzó una llamada QRZ.

-¡Llamando a Gerry Carlyle! ¡QRZ, QRZ! ¡Llamando a Gerry Carlyle!

No hubo respuesta.

-Bien -dijo Tony finalmente-. Nos aseguraremos primero de que no está en algún rincón de la espacio-nave; aunque parece ser que no lo está...

-No responde a la llamada -observó Strike-. Eso significa que no puede, sencillamente.

Se produjo inmediatamente una ordenada confusión. Una media docena de hombres surgieron de la nave, encerrados en aquella grotesca armadura flexible y eficiente. Quade y Strike encabezaban la pequeña expedición.

-No podemos despegar con la mano -observó el cameraman-. Las reparaciones no han terminado y es demasiado pesada para maniobrar con facilidad. No quiero riesgos de estrellarnos hasta la salida final. Habremos de confiar en nuestras piernas. Los portocargas no serían útiles tampoco con estos pedruscos endemoniados...

-¿Qué camino seguiremos? -preguntó Strike desorientado.

Quade tomó un periscopio, lo alzó a considerable altura y miró por el ocular.

-No veo nada. Allí hay una alta duna. Vamos hacia allá.

Lo hicieron; pero no observaron nada.

-Déjeme... -empezó Strike a decir. Se detuvo estupefacto al mirar hacia la hondonada que acababa de dejar-. ¡Gerry!

Los demás siguieron la dirección de su dedo. Gerry Carlyle apareció allá abajo, con sus rojizos cabellos despeinados y sin el casco transparente sobre la cabeza. Encerrada en la armadura de un pesado traje espacial, ella se dirigía.

Y entonces pensó repentinamente en su equipo de radio. Cuando se disponía a usarlo, el más próximo de los monstruos llamó poderosamente su atención. En su superficie aguamarina se estaba formando una imagen, como una fotografía. Tomó color, forma y tamaño. Una

reproducción tridimensional de Gerry acababa de formarse.

-¡Santo Dios! -murmuró la chica-. Son seres inteligentes, no cabe duda...

Con muchas precauciones miró a su doble. La reproducción de sí misma se curvó en forma de aro y empezó a rodar rápidamente hacia adelante. Sobre la pantalla transparente del globo azulino de la membrana exterior, la escena aparecía vivida y real. Entonces la seudo Gerry se levantó y comenzó a andar, rígida y vibrante. Gerry captó la idea. Los monstruos se movían rodando. Tenían que estar imaginando porqué aquel extraño visitante no se movía en la misma forma. A Gerry se le ocurrió una idea. Si deseaba hacer amigos con tales criaturas, y capturar una, con señuelo hacia la nave, tendría que valerse de un trabajo maestro.

Y levantó un brazo, con el gesto inmemorial de la paz. Aquel gesto no fue comprendido. El más próximo de los globos se expandió hasta alcanzar la enorme dimensión de veinte pies de diámetro, se lanzó hacia adelante y golpeó a Gerry de plano. Disparó instantáneamente y la hizo añicos mientras trataba de ponerse en pie.

Otra esfera se materializó en el aire enrarecido sobre ella. Se dejó caer sobre su casco, haciéndole saltar el arma de la mano. La membrana exterior se adaptó alrededor del traje espacial de la chica. Gerry fue levantada en vilo, mientras luchaba frenéticamente con todas sus fuerzas. La esfera comenzó a rodar subiendo la ladera de una de las dunas. Gerry iba captando la visión alternada de luz y obscuridad mientras era arrastrada de tan extraña forma por aquel fabuloso monstruo. Intentó comunicar por radio con la nave. Pero sólo se oyó un zumbido inarticulado. El dispositivo se había roto. Él receptor se había destrozado en su casco, en aquel rodar por el suelo.

¡«Carlyle-Cógelos-Vivos» había sido cogida... viva!

Ninguno de los hombres tuvo que hacer objeción alguna a aquella orden. Con un gesto sombrío, se encogieron de hombros afirmándose sus paquetes a la espalda y siguieron a Quade y a Strike valle abajo. Aquella prometía ser una dura jornada; pero no lo fue sólo al principio. Strike fue le primero en captar la visión de una esfera azul. Se quedó inmóvil en lo alto de una duna, pareciéndose a una extraña planta viviente. Poco a poco fue aproximándose. Tendría un diámetro de diez pies y aparecía como un globo de membrana traslúcida en cuyo interior un núcleo obscuro parecía flotar en un líquido cualquiera.

-¿Cree que estará vivo eso? -preguntó Strike.

-Si lo está, respira cianógeno. *Si es que respira...*

Quade se aproximó aún más para tocarla con los dedos; pero desapareció instantáneamente. Se quedaron nuevamente estupefactos, sin saber qué hacer. Cinco minutos más tarde los hombres reemprendieron la marcha. Muy pronto encontraron otra esfera similar a la anterior, pero de color rojo en lugar de azul como la primera.

Quade se aproximó a muy pocos pies de distancia. Con grandes precauciones, tratando de no hacer ningún súbito movimiento, conectó su equipo de radio. Produjo una serie de ruidos conciliatorios. El globo se estremeció y una serie de fotografías apareció en su superficie. La principal era una fiel reproducción del propio Quade.

-¡Es como un espejo! -dijo Strike en voz baja.

-No. Mire ahora...

La imagen de Quade se puso en movimiento. Extendía los brazos y se inclinaba aunque el original se hallaba inmóvil. Se inclinaba hacia arriba y hacia abajo y después desapareció, mientras la membrana se volvió transparente. La imagen había sido perfecta y tridimensional. Se volvió a formar otra imagen. Esta vez mostraba la espacio-nave. En seguida desapareció. La esfera comenzó a aumentar de tamaño a medida que los hombres daban un paso atrás alarmados. Pero no hicieron ningún movimiento hostil. En su lugar, aquella fantástica criatura desapareció de la vista de todos. En su lugar permaneció erecto un modelo de la astronave, no mayor de seis pies de altura; pero perfecto en cada detalle. También se desvaneció. La esfera original, o el duplicado de ella, reapareció. Se redujo rápidamente a unas cuantas pulgadas de diámetro y entonces desapareció.

-¡Eso es increíble! -dijo Quade-. No puede suceder, es imposible. ¡Esa *cosa* es un proyector de figuras en movimiento!

-Algo inteligente, ¿no es cierto? -preguntó Strike.

-No lo sé. Esa membrana... es algo que sin duda está compuesto de células altamente evolucionadas y adaptables, que ocupan el lugar de nuestros sentidos normales. La respiración, la visión y las demás funciones, tienen que ser cumplidas por tales células. La comunicación parecen hacerla visualmente proyectando imágenes, exhibiendo pensamientos-imágenes sobre su superficie membranosa...

-Pero, ¿cómo pueden desvanecerse de esa forma? ¿Y asumir diferentes formas? Esa *cosa* ha tomado la forma de la astronave y la de Gerry también.

Quade hizo un gesto desesperado con las manos.

-Demasiado misterioso para mí, Strike. Creo que la clave se encuentra en aquella torre negra que vimos. Vamos hacia allá.

Y siguió una eternidad de pisar sobre aquel terreno de pedruscos y guijarros redondeados. Sobre sus cabezas, en un eterno fluir, pasaba la lechosa marejada constante de la materia luminosa de la cola del cometa, retorciéndose en una extraña y titánica serie de mareas. El terreno que tenían bajo sus pies era monótono más allá de cualquier descripción. Dentro de los trajes espaciales los hombres sudaban y juraban en su pesada respiración.

Una monstruosa criatura, parecida al Tironosaurio Rex de la prehistoria, surgió de un punto. Permaneció como un fabuloso kanguro sobre sus enormes patas traseras, encima de la duna y miraba fijamente a su alrededor, moviendo lentamente su achatada cabeza de reptil. Debía tener, por lo menos, veinticinco pies de altura. Pero aquello no fue la parte más sorprendente de la aparición.

Strike apretó el brazo de Quade.

-¡Es el látigo de Venus! -le gritó-. Un monstruo *venusiano...* aquí... ¡En el cometa!

-Está usted loco -fue la respuesta de Quade.

Y entonces lo vio. Los ojos se le dilataron por el asombro.

-No... no puede ser real -dijo Strike desesperado-. No puede ser.

El látigo resolvió el problema fijándose en el grupo de expedicionarios. Soltando su larguísima y afilada lengua, se lanzó duna abajo a paso de carga. El enorme ruido de la marcha sacudía el terreno. Ciertamente, no era un fantasma. Strike echó mano rápidamente a su rifle que llevaba al hombro y disparó: el gigantesco reptil echó la cabeza hacia atrás y silbó con un espantoso chillido que ensordecía los oídos. Pero continuó su pesada marcha hacia los hombres del grupo.

Aquellos valientes estaban bien entrenados para no dejarse llevar del pánico. Se desplegaron en el acto, cada uno con el arma a punto. Eludieron la carga del monstruo, pero la lengua prensil, como un enorme látigo, chasqueó en dirección a Quade y como un rayo rozó su traje espacial. Las armas abrieron fuego a discreción como en un *stacatto.* El látigo, con la cabeza completamente deshecha, comenzó a bambolearse en un amplio círculo. Se llevó un buen rato mientras el pequeño cerebro situado al final da la espina dorsal captó la sensación de hallarse muerto.. Y entonces, repentinamente, cayó como un árbol abatido por la tormenta. La enorme cola continuó retorciéndose y sus músculos vibrando bajo su piel escamosa.

-Con que un fantasma, ¿eh? -dijo Quade-. Yo no lo creo así. Y no se ha desvanecido...

-No puedo entenderlo -repuso Strike en el colmo del estupor-. Una forma de vida venusiana sobre este cometa... Alguien tiene que habérsenos anticipado. Pero, ¿por qué traer aquí un látigo de Venus?

El problema parecía insoluble. Ni era posible poder examinar la carcasa del monstruo de cerca. Las reacciones musculares de su agonía podían destruir a cualquiera, como la dinamita en sus convulsiones y retorcimientos espasmódicos. Por tanto, los hombres decidieron seguir la marcha. Se hallaban incuestionablemente nerviosos y Quade no pudo reprochárselo a ninguno. El propio Quade se estremeció cuando Strike le gritó:

-Escuche, estoy pensando en algo interesante. ¿Cómo puede un látigo venusiano que

respira oxígeno vivir en una atmósfera de cianógeno?

No había respuesta posible para aquello, sin la menor duda.

La próxima aparición fue otra nueva esfera roja, o un duplicado de ella. Apareció en la cúspide de una duna, rodando hacia abajo, en dirección a los habitantes de la Tierra y de pronto vaciló. Desde la vacía atmósfera de su alrededor, aparecieron entonces una docena de globos azulinos, que convergían sobre la primera. Y entonces se formó una maraña caótica de globos. Cuando los hombres se dirigieron hacia ellos, el rojo había desaparecido. Sobre el suelo yacía su piel desinflada, de la cual surgía un humor incoloro. Un enjambre de globos rojos se materializó en el aire. Los azules comenzaron a rodar rápidamente alejándose del lugar y los recién llegados se lanzaron en una furiosa persecución. Ambos grupos alcanzaron una altura en la duna y desaparecieron, esta vez de una forma más lógica.

-Imagino que no nos vieron -comentó Strike.

-No. Los azules parecen haber atacado a los rojos y viceversa. A lo mejor, son dos tribus o especies diferentes... Pero la diferencia sólo puede apreciarse en el color.

-Estoy imaginando si serán criaturas inteligentes -insistió Strike.

-Es muy difícil decirlo -replicó Quade pensativamente, mientras continuó caminando por la grava molesta del suelo-. No lo parecen, aunque los procesos de sus pensamientos-imágenes son enteramente extraños a nosotros, que no puede haber la menor posibilidad de entendimiento. Existen tantas formas de vida y tan distintas, aun entre los planetas del sistema solar... Originalmente las esporas de Arrhenius, trasladándose por el vacío, pueden haber sembrado la vida en cualquier cuerpo celeste. Pero la adaptación y el medio ambiente, han jugado un papel importantísimo en todo ello. Además, yo dudo que exista la posibilidad de que cualquier espora, con un germen de vida, haya podido venir a través de la cola del cometa. Los cuerpos microscópicos, esparcidos en todas direcciones por la radiación, serían repelidos por una barrera electrónica. Ya le dije que podíamos encontrarnos aquí con lo más sorprendente. Nos hallamos en un cuerpo cósmico ajeno a nuestras fronteras normales, perteneciente a otra parte del Universo conocido.

-¿Qué está usted diciendo? -replicó Strike-. ¡Mire! Yo podría tragarme un látigo venusiano, pero... ¡Esto es demasiado!

Quade no pudo creer lo que vieron sus ojos. Los demás hombres se quedaron estupefactos con el más vivido asombro. Habían llegado al borde superior de una de las dunas. En el valle, bajo ellos, se agachaba un enorme bulto. Estaba vivo, pero no era nada homogéneo. Era una fantasía, un aborto de la Naturaleza, algo imposible.

Tenía el cuerpo de un elefante alegremente estriado con las rayas de una cebra, con el cuello de un avestruz absurdamente alargado. Sus delgadas y extrañas patas parecían las de una jirafa. Y por encima de aquel absurdo y desgarbado cuello, estaba... ¡la cabeza de Tommy Strike!

Era algo completamente distinguible, sin error posible a la vista, con todos sus detalles y facciones, hasta los desordenados cabellos que le caían normalmente sobre la frente. Miraba al espacio distraídamente y se volvió hacia los terrestres. Aquel bulto colosal se conmovió y en un segundo se puso en pie. Y entonces las frágiles patas le fallaron, el torso se arrugó grotescamente y cayó al suelo, revolcándose en la agonía. Y dos segundos después se desvanecía como por arte de magia.

-Está bien -dijo Quade al asombrado Strike-. Esto empieza a aclararse. El látigo venusiano era una conocida forma viviente. Pero eso no lo era.

Pero si sus partes componentes...

-Sí, pero nada así en conjunto ha existido jamás en el universo. Eso ha sido creado de algún modo y ha desaparecido en el aire. La cuestión es de cómo se ha formado...

-Imposible imaginarlo. Yo creo que la cuestión es: ¿por qué?

Quade continuó la marcha hacia adelante.

-Creo que la respuesta a todo esto se halla en la torre. Estoy seguro. Y no debe hallarse muy lejos.

Librodot

La vieron mucho antes de llegar a ella. Era una colosal estructura surgiendo de la arenosa superficie del cometa. Parecía totalmente desierta. Era como un duplicado del monolito fantasma que se les había aparecido poco antes. La misma puerta de entrada aparecía abierta sospechosamente. Y la misma brillante esfera que coronaba la edificación, titilando con una potente y desconocida fuerza.

-Esos globos rojos y azules no han podido nunca construir esto -afirmó Strike enfáticamente-. Eso ha sido construido con manos o sus equivalentes.

-Quizá sus antepasados pudieron hacerlo -sugirió Quade-. Esa torre tiene que estar ahí desde hace muchísimo tiempo. Además, no tiene más remedio que haber sido construida con ayuda de maquinaria.

-¿Máquinas? ¿Por qué tendrían esos globos que utilizarlas? Esas membranas exteriores suyas les sirven para cualquier propósito. Deben seguramente absorber el alimento a su través si es que no la adquieren de esta horrible atmósfera.

-Sí que podría ser, por supuesto. Mientras tanto vayamos e investiguemos.

Furtivamente se fueron deslizando hacia el umbral de la torre y miraron cuidadosamente a su interior. Una enorme cámara desnuda de todo ornamento se abría ante ellos. Se hallaba alumbrada por una pálida fluorescencia y parecía que aquello se extendía hacia arriba, siempre hacia arriba, eternamente. El interior de la torre, ahuecado, tenía una gran amplitud y en un punto lejano Quade creyó advertir la presencia de un metal resplandeciente.

-Debe haber una máquina allí...

Tony se vio interrumpido por un agudo grito de Strike.

-¡Gerry!

La chica yacía sobre el suelo de la vasta habitación inconsciente. Strike saltó hacia ella a todo correr, seguido por los otros compañeros. Se arrodilló ante la joven, examinando su aparato de oxígeno. Rápidamente dio vuelta a la válvula. Gerry tenía el rostro enrojecido. Se movían sus labios y los ojos miraban fijamente en blanco. Por un segundo Strike imaginó que las extrañas criaturas del cometa habían transmitido a su novia alguna misteriosa y rara enfermedad. Pero pronto comprendió que sólo era un simple delirio.

-¡Pronto, volvamos a la nave! -ordenó Quade-. ¡Dos de vosotros cargad con ella!

-Es demasiado tarde -dijo Strike con voz ronca-. Aquí vienen nuestros amiguitos de nuevo.

Docenas de esferas azules comenzaron a rodar a través del umbral, entrando en la inmensa estancia en un fluir continuo. Antes de darse cuenta serían seguramente cientos de ellas las que se hallaban presentes e inexorablemente se dirigieron hacia los hombres de la espacio-nave. Strike dejó caer con cuidado el cuerpo de su amada en el suelo de la estancia y echó mano a su rifle y los demás hicieron otro tanto. Pero ninguno comenzó a tirar hasta que las intenciones hostiles de sus enemigos se hicieron inconfundibles.

Entonces una bala explosiva, disparada por Quade, disolvió en fragmentos a una de aquellas criaturas. Un ametrallamiento rápido de todas las armas produjo un eco infernal en el interior de la torre, dentro de aquella mortal atmósfera de cianógeno. Una decena de enemigos se desvanecieron como pompas de jabón y de forma bastante curiosa muchas otras continuaron su propia desaparición, desmaterializándose como espíritus. Otras permanecieron visibles. Pero aparecieron muchas más. Quade y sus camaradas se vieron forzados a echarse hacia atrás contra las paredes de la torre. Tenían municiones en abundancia, pero era imposible soportar la irresistible oleada de aquellas esferas.

-¿De dónde infiernos saldrán estos fantasmas? -gritó Strike.

Y siguieron entrando más y más, hasta que el piso de la torre se halló cubierto con aquellos balones azulinos, que iban desde dos a diez pies de diámetro en tamaño. Quade operó en su equipo de radio y llamó a Morgan a la espacio-nave.

-¿Qué ocurre, jefe? -preguntó Morgan oyendo la conmoción.

-Venid de prisa, ¡rápido! -ordenó el cameraman. Y en breves y sucintas palabras le explicó la situación, haciendo una pausa de vez en cuando para seguir «disparando contra aquellos monstruos.

-¡No podemos! -dijo Morgan-. Uno de los motores principales está fuera de servicio. Se llevará horas hasta repararlo. Pero iremos a pie.

-¡No! -restalló Quade-. Permaneced en la nave. Conseguid arreglar ese motor. ¡Son órdenes terminantes!

No tenía tiempo para decir nada más. Alguno de sus hombres ya estaban rodando por el suelo y los globos rodando sobre ellos. Strike puso una pierna sobre el cuerpo de Gerry, protegiéndola y empuñando un arma en cada mano, habiendo echado mano de las pistolas desintegrantes. El resto de los hombres se agruparon en un pelotón compacto. Echados contra la pared, sin esperanza, se veían rodeados por las hordas de enemigos que avanzaban sobre ellos. Brusca e inesperadamente surgió un espacio respirable. La razón de aquello no la captaron enseguida. Quade sólo se dio cuenta de que los atacantes detuvieron su avance. Previamente cuando una esfera era destruida otra surgía inmediatamente en su lugar. Pero entonces las filas fueron aclarándose, casi imperceptiblemente al principio y después a una velocidad impresionante. Se formó como un callejón hacia la puerta y Quade captó de un vistazo algo totalmente inesperado.

¡A través de la puerta se volcaba un ejército de esferas rojas!

Los globos rojos y azules se mezclaron inmediatamente en una furiosa batalla. Toda la cámara se convirtió en una loca mescolanza de globos como una espantosa masa de burbujas en actividad constante en todas direcciones. En un absoluto silencio, sin armas visibles, los grupos en oposición golpeaban con fuerza contra su enemigo. Y tanto los globos azules como los rojos iban siendo deshechos uno a uno.

-¡Tenía usted razón! -exclamó Strike-. Esas dos facciones en pugna se tiran a matarse unos a otros. ¡Es una suerte para nosotros!

-Sí. Si es que los dos bandos no se deciden a atacarnos en conjunto...

Hubo suficiente tiempo y respiro para hacer un recuento de los hombres de la expedición. No había ninguno herido, excepto unas cuantas contusiones. El fuerte y flexible casco de los trajes espaciales había aguantado todos los embates de sus enemigos.

-Dejad las armas -dijo Strike-. No tienen eficacia, al parecer.

Quade levantó su arma y la bajó enseguida, sin disparar.

-No existen armas visibles, Strike -advirtió-. No olvide que esas criaturas son totalmente ajenas a nuestra comprensión humana. Sus armas pueden ser puramente mentales. Pueden seguramente matar por descargas de fuerza mental.

-Entonces, ¿por qué no funcionan contra, nosotros?

-No somos de la misma especie. Tenemos una composición química totalmente distinta -comentó Quade-. Digamos que esta lucha parece como si hubiera existido desde siempre. Hay más esferas ahora que cuando empezaron a luchar. Y parecen venir desde el aire vacío, surgiendo de cualquier parte invisible.

-Ya me di cuenta -repuso Strike-. ¿No haríamos mejor con marcharnos de aquí a toda prisa?

-Creo que es lo mejor.

Tony Quade dio las órdenes precisas. Formando una masa compacta y protegiendo entre ellos el cuerpo de Gerry, el grupo se dirigió hacia la salida con las armas en ristre. Las esferas no les prestaron atención hasta que los terrestres se hallaron casi en la puerta. Entonces las extrañas criaturas del cometa se dieron cuenta de que se escapaban sus prisioneros. Los monstruos rojos y azules se reunieron en una sola fuerza para atacar al enemigo común.

Esta vez el resultado fue en cierto modo diferente. Bajo el arrollador ataque, la mayor parte de los hombres fueron tirados por el suelo, luchando valerosamente; pero sin éxito. Quade fue tumbado junto a Gerry. Retorció la cabeza, tratando de levantarse, y vio los ojos abiertos de la chica con la luz de la consciencia en ellos. Ella a su vez reconoció a Quade. Sus labios se movieron débilmente; pero el audífono de su casco falló al transmitir. A pesar de todo, el cameraman se las arregló para leer algunas de sus palabras, en la expresión angustiada de la chica.

-Fuera de aquí... pronto... salvaremos a los demás más tarde... una única oportunidad...

Todavía había una pistola en las manos de Gerry. Y tronó. La chica empezó a rodar sobre sí misma. Tras una breve vacilación, Quade la siguió. No resultaba fácil, ya que la idea de abandonar a sus hombres estaba muy lejos de serle agradable. Pero se dio cuenta de que Gerry abandonaba por alguna razón suprema también a su novio. Además, dos podían escapar, mientras que un grupo, de siete no podría hacerlo. La mayor parte de las esferas estaban ocupadas con Strike y los demás hombres.

Por suerte, con destreza y usando toda su habilidad, Gerry y Quade consiguieron apartarse del foco de la lucha. En cuanto les fue posible, se pusieron en pie. Gerry cogió fuertemente la mano de Quade y ambos echaron a correr frenéticamente subiendo la ladera de la duna próxima dirigiéndose hacia la próxima hondonada. Algunas de las esferas salieron en su persecución. Los diez minutos subsiguientes fueron un caos de tiros y de esferas que se desvanecían, rojas y azules por igual. Cuando dejaron de aparecer más globos, Gerry se dejó caer en la grava del suelo, cerca de Quade.

-Mi audífono -murmuró por señas con los labios-. ¿Puede arreglármelo?

Quade llevaba con él unos auriculares de repuesto. Se dio prisa y reparó la avería del casco de Gerry. Casi enseguida la voz de la chica le llegó claramente.

-Abra bien los ojos -dijo la chica sin aliento-. No sé de cuánto tiempo disponemos; pero no debe ser mucho. Hasta ahora sólo hemos podido luchar con los proteiformes por cierto tiempo, todo un infierno se desatará contra nosotros.

-¿Proteiformes?

-Así es como yo les llamo. Ya sabrá por qué, cuando le diga lo que ha ocurrido. Mientras tanto, tenga el arma preparada.

-Sucintamente Gerry subrayó lo que le había sucedido en el tiempo que duró su captura. Y continuó:

-Esas criaturas son inteligentes. Se comunican por medio de imágenes-pensamientos, que como fotografías, se proyectan en su membrana exterior envolvente. Conmigo se comunicaron correctamente. Y he descubierto muchas cosas. Quade: lo que voy a decirle resulta del todo punto increíble e inimaginable, pero es la verdad. ¿Sabe usted cuantos proteiformes hay?

-Uh... no sé, unos cuantos miles, supongo -aventuró Tony.

-*Siete* -afirmó la chica-. Siete proteiformes, eso es todo. Siete... ¡durmientes!

Quade levantó las cejas en un gesto de estupor.

-No comprendo...

-Son una raza decadente -continuó Gerry-. Tiempos atrás, en épocas remotas del pasado, tenían una forma enteramente diferente a la actual, sin que yo sepa tampoco cómo pudo ser. Han vivido en este cometa por espacios de tiempo incalculables. Han evolucionado siguiendo una línea totalmente distinta y desconocida para nosotros, alcanzaron el cénit de su cultura y comenzaron a degenerar y a retroceder. Este cuerpo cósmico, desierto y árido, no puede soportar mucha vida. En algún tiempo, últimamente, quedaron sólo siete proteiformes altamente evolucionados intelectualmente, encadenados a este pedrusco cósmico, vacío y estéril; porque no pudieron dominar los viajes espaciales. Y, ¿sabe usted lo que hicieron?

Una esfera roja se materializó a unos doce pies de distancia. Empezó a rodar hacia ellos, agrandándose mientras avanzaba. Quade la hizo saltar en mil fragmentos, de un certero disparo explosivo.

-Construyeron la torre negra -siguió Gerry explicando-. Es una máquina, Quade, y lo que hace es algo casi imposible. ¡Materializa... *los sueños!*

Tony no se puso a reír en aquella ocasión.

-A primera vista eso parece una completa locura -dijo pensativamente.

-Ya lo sé. Pero es un hecho científico que todos los tejidos vivientes tienen una especie de halo eléctrico, un campo de energía a su alrededor, ¿no es cierto?

Sí, desde luego. Allá por 1930 dos investigadores, Nims y Lañe, construyeron un

dispositivo suficientemente sensible para detectar tal campo e incluso registrar sus consecuencias y efectos. Pero, ¿qué tiene eso que ver con los sueños?

-Los sueños tienen una energía eléctrica cerebral, al igual que los pensamientos conscientes -continuó la joven-. Pude entenderlo por lo que los proteiformes supieron explicarme, estoy segura. ¿No ha tenido usted nunca una pesadilla en la que corría, corría siempre, sin llegar a ninguna parte? ¿No se ha despertado cubierto de sudor, exhausto? Eso prueba que los sueños producen energía. Escuche: si la vida corpórea tiene un campo eléctrico mensurable sólo queda un paso para registrar la energía resultante de los sueños.

Se produjo un silencio durante unos momentos, en los cuales Quade trataba de digerir tales razonamientos.

-Creo que comprendo el asunto en líneas generales -repuso el cameraman-. Yo imagino que la sigo a usted. Si la energía producida por tal idea se registra, ¿por qué no cambiar esas manifestaciones en ondas eléctricas recreando así la apariencia viva y real del hecho? La voz humana fue registrada ya hace mucho tiempo en forma real por Edison. Y su fonógrafo reproducía esas huellas visibles con una aguja, haciendo que el sonido registrando en unos trazos, cobrase vida de nuevo. ¡Eso es! Aún ahora las imágenes pueden ser registradas como vestigios de sonidos, que tienen una percepción especial y que un experto ingeniero de cine puede identificar. Yo mismo lo he experimentado. Y de ahí a las imágenes tridimensionales sólo medió un paso.

-Son algo más que imágenes -afirmó Gerry-. La torre hace eso, precisamente, sin agente intermediario. Actualmente no se registra nada materialmente. La torre se limita sencillamente a tomar el sustratum de los sueños de los siete proteiformes y los vuelve a recrear, los difunde como ondas electromagnéticas en posiciones adecuadas y en los movimientos que desea el durmiente.

-¿Quiere usted decir que todas esas esferas están durmiendo? -preguntó Quade-. ¿Sueños que adquieren los atributos de la materia?

-Sí. Son reales. O, de algún modo, reales en parte. Reales como para luchar, morir y comunicarse consigo.

-¿Pero, ¿por qué? -insistió el cameraman-. Científicamente es posible, aunque endiabladamente complicado. Pero lógicamente no existe razón para ello.

-Es bastante lógico -asintió la joven, cambiando de su incómoda posición sobre la grava-. Le dije a usted que había siete intelectuales proteiformes, mortalmente solitarios y aburridos en todo el cometa. Azules y rojos, cuatro de una clase y tres de la otra. No podían abandonar este pequeño mundo. Tuvieron que encararse con una existencia de espantosa monotonía. ¿Qué habría usted hecho?

-Volverme loco -admitió Quade francamente.

-Pero existía otra salida. Crear algún interés para vivir. Y lo hicieron. Una mortal partida de ajedrez: cuatro por un lado y tres en el otro. Bastante comprensivo. El ajedrez es un pasatiempo intelectual, y esto es un ajedrez supercientífico. He aquí lo que hicieron los proteiformes. Consiguieron que la torre materializara sus sueños. Cambiaron su forma, aunque no estoy segura, ni conozco, el procedimiento de cómo lo hicieron. Y materializaron sus pensamientos-tipo en forma de duplicados de sí mismos. La mitad de su cerebro está durmiendo y soñando, quedando la otra mitad consciente dirigiendo las operaciones. Incluso nosotros mismos sólo usamos la mitad de nuestro cerebro, ya sabe usted.

Quade afirmó con la cabeza brevemente.

-De acuerdo. Pero entonces, ¿admite usted que sólo hay siete proteiformes actualmente sobre el cometa?

-Eso es todo. Todos los demás son sueños-imágenes, aunque con bastante realidad, porque reciben la energía y los atributos de la materia de la torre negra. Desde hace siglos esa mortal partida de ajedrez ha continuado así. Podía haber continuado eternamente si nosotros no hubiéramos introducido un nuevo factor en la partida.

-Espere un momento -interrumpió Quade-. Y sucintamente le refirió a Gerry la serie de

monstruosas criaturas que había visto en su camino hacia la torre, el látigo venusiano y especialmente aquel engendro de la naturaleza con cabeza de Strike.

-Es natural -afirmó Gerry-. Yo me hallaba febril, en delirio. Y me hallaba en el interior de la torre. Mi proximidad a la máquina hizo simplemente que mi alucinación se materializase. Y ese es el quid de la cuestión. Los proteiformes se dieron cuenta de que eso les resultaba valioso.

Cuando Gerry relató a Quade el valor que había tenido para los Durmientes, Quade se quedó silencioso. Su bronceada faz adoptó un grave aspecto al darse cuenta del peligro potencial que encerraba el problema.

-¡Pensar con nuestros recuerdos! -murmuró Gerry con horror-. Los monstruos que hemos visto en otros planetas, las armas que hemos usado. Los proteiformes intentaron dejarme dormida, controlar mi cerebro e inducirme a soñar cosas que he experimentado. ¡Un látigo venusiano! ¡Qué arma podrían esgrimir los azules contra los rojos! Para ellos tenemos un enorme valor, somos una cantera de recursos... Nuestros cerebros son un enorme depósito de sueños. ¡Y los proteiformes pueden materializar los sueños!

-¡Señor, oh, Dios! -gimió Quade desesperado-. Qué infernal revoltijo. Esta es la cosa más endiabladamente loca que jamás haya vivido en mi existencia. ¿Cómo diablos podría yo fotografiar un sueño? Es algo irreal y absurdo.

-Es lo bastante real, como para ser filmado -dijo Gerry-. Y un proteiforme... un verdadero proteiforme, no un sueño... ¡puede ser *capturado!* Pero existe otra desventaja. Esas criaturas se hallan por encima del mínimum nivel de inteligencia. Y por la Ley Interplanetaria ningún ser inteligente puede ser tomado de su propio hogar sin su libre consentimiento.

-Bien, eso puede esperar -repuso Tony-. Ahora no podemos volver a la torre. Continuemos hacia la astronave.

-Mejor será que nos demos prisa -observó Gerry-. Una vez que Tommy y los otros muchachos se hayan puesto a dormir, sus sueños se volverán realidad. Y Tommy tiene una imaginación bastante vivida.

Quade se puso en pie con lentitud, dolorosamente, y ayudó a la chica a levantarse igualmente. La chica estaba débil todavía, pero se deshizo del apoyo de la mano de Tony dirigiéndose sola hacia adelante, paso a paso, camino de la nave.

-Tenga su arma preparada -advirtió Gerry.

Los proteiformes parecían no hallarse en gran actividad. En un momento determinado vieron a su izquierda a un látigo venusiano surgir temible y amenazante. No les amenazó, sin embargo, y muy pronto desapareció de la vista de la pareja.

-El principal problema -dijo Gerry cavilosa- es despertar a esos siete proteiformes durmientes. Se plantearía el problema que pudieran matarse los unos a los otros. Los nuevos se materializarían más rápidamente de lo que nosotros pudiéramos destruir.

-¿Y dónde están los verdaderos? -preguntó Quade.

Gerry sonrió amargamente.

-Oh, no se hallan acomodados en ningún dormitorio adecuado. Ahí es donde empieza la gran broma. Se hallan mezclados con los demás. Están, como sabe, solamente medio dormidos. La mitad de su cerebro se halla en estado consciente. Y resulta totalmente imposible distinguir un proteiforme real de uno falso.

-¿Y no podríamos abrir fuego contra ellos hasta que pudiéramos matarlos a todos?

-Sería algo así como intentar barrer el cinturón de asteroides y recogerlos todos en un balde -repuso la joven con voz desfallecida-. Hemos de identificar a los verdaderos y bien, no quisiera matarlos a menos que no fuese indispensable. No nos servirían a ninguno de los dos, muertos. Si pudiéramos despertarlos...

-No podemos despertarlos sin haberles identificado -comentó Quade- y no podremos identificarlos sin haberlos despertado. ¡Santo Dios!

-Bien, ahora puede usted estar seguro de que no es un proteiforme real -dijo Gerry al tiempo de ver surgir un monstruo peludo, con aspecto de mono, que sé dirigía hacia ellos-. ¡Es

un hyclope! ¿Dónde está su rifle?

El hyclope, originario de Ganímedes, tiene una estatura, erecto, de más de doce pies de altura, horriblemente cubierto de espeso pelaje, con cuatro brazos. En sus tres cabezas, con un ojo cada una, está armado de poderosos colmillos, que sobresalen espantosamente de sus bocas babeantes.

-¡Cuidado! advirtió Gerry-. ¡Échese de lado! ¿No tiene balas explosivas? ¡Apúntele a los ojos!

Quade siguió las instrucciones de la chica, se apartó y puso una rodilla en tierra. Apuntó al monstruo y disparó una serie de tiros al punto indicado. El hyclope cargó con furia, surgiéndole espumarajos de sus horribles bocas, mientras que con los brazos agitaba el aire, mostrando las temibles garras de las manos. Una bala dio en el blanco. La cabeza saltó hecha añicos y se le dobló inútil sobre el cuello. Dejó escapar un rugido agónico y se dirigió recto hacia Quade. Si aquello era un sueño -pensó Quade-, era más bien una espantosa pesadilla...

Quade tuvo que salir corriendo. Miró de reojo hacia el monstruo que se levantaba como una torre sobre él, con las numerosas manos agitándolas para destrozarle. En un momento determinado se halló entre sus dos enormes patas como dos pilares, temblando que el monstruo pudiera pisotearle y romperle su traje espacial. En aquella atmósfera de cianógeno moriría casi antes de que el monstruo le causara ningún daño, sólo bastaría que se desgarrase su traje.

Gerry le metió otro balazo al monstruo en la cabeza central. El hyclope se zarandeó como un roble abatido por el rayo, buscando el equilibrio. Todavía surgía erecta la cabeza restante. Gerry higo fuego de nuevo. Y él hyclope cayó fulminado. Como un enorme saco de piel vacío, cayó sobre Quade. El hombre sólo pensó frenéticamente en impedir que aquella masa le aplastara o le rompiera su única seguridad de supervivencia: el traje espacial.

Y el hyclope se desvaneció. Desapareciendo en el aire como por ensalmo. Se marchó como el sueño de donde procedía.

-Esto está poniéndome enfermo -dijo Quade, levantándose sobre sus pies-. No hay quien lo pueda seguir soportando...

Gerry se puso a reír casi histéricamente.

-Imagínese lo que siente un cazador en una gran partida de caza por los planetas del sistema. Vamos. Démonos prisa, antes de que Tommy use su imaginación de nuevo.

Una nueva fase de terror comenzó a entrar en escena. Una serie de espejismos comenzaron a danzar a su alrededor. De una forma vaga, unas imágenes medio visibles, surgían en diversos puntos de la distancia, imágenes de mundos extraños, Tommy Strike mezclado con ellos, monstruos fabulosos, rostros extraños, algunos totalmente irreconocibles. Siguieron marchando hacia la nave, bajo el extraño resplandor blanco del cielo del cometa. Las colosales mareas de llamaradas blancas tronaban por encima de sus cabezas. Era día fantástico e irreal, más allá de cualquier imaginación. La pareja podía imaginarse que eran las únicas dos personas existentes en el Universo, siguiendo una planicie árida y estéril bajo los fuegos cósmicos de la creación. Una vez, vieron a la propia Gerry, o creyeron verla, corriendo rápidamente, sin ir a ninguna parte... Y aquello, también acabó por disolverse en la nada.

-A lo mejor me encuentro con mí misma -dijo la chica sintiéndose desgraciada hasta la desesperación-. Creo que me volveré loca. ¿Qué distancia queda todavía?

-No está lejos la astronave -repuso Quade confortándola-. ¿Qué es eso, ahora?

Aparentemente, Tommy Strike, debería tener nuevamente, una fase de delirium tremens. Al menos, el monstruo que se les aproximaba, era algo que jamás hubiese existido en ninguna parte. Era como una serpiente de mar, de veinte pies de largura, reptando rápidamente hacia ellos, con las fauces abiertas. Pero afortunadamente, también desapareció antes de que las armas hubieran hecho fuego.

Por fin la pareja llegó a la astronave, sin más inconvenientes. Morgan les saludó a la llegada, ayudándoles a despojarse de los pesados equipos espaciales.

-Este motor todavía nos está calentando la cabeza -informó Morgan-. Se ha dañado

considerablemente al entrar en la cola del cometa. Otro motor también necesita una revisión.

-Hacedlo cuanto antes -ordenó Quade-. Tenemos necesidad de salir con vida de este lugar infernal. Creo que necesito un trago.

Se llevó a Gerry a la cabina de control y por algún tiempo estuvieron haciendo consideraciones de urgencia, entre un trago y otro, hasta calmarse y situar sus mentes en un plano de coherencia.

-No podemos mover la astronave -apuntó Quade finalmente-. Desgraciadamente, por un momento, eso es cierto. ¿Podrían utilizarse esa serie de redes y trampas que tiene usted, sobre los proteiformes?

-No hay forma de hipnotizar a una persona durmiendo -comentó Gerry-. Por tanto, el señuelo hipnótico no iría. Esto es lo peor de todo este asunto. Mis trampas están diseñadas para monstruos vivientes, no para atrapar sueños, ni seres durmientes. Las armas pesadas tampoco tendrían efecto, porque no podríamos destruir toda la torre. Además -y miró a su cronómetro- disponemos de poco tiempo. Nos acercamos peligrosamente al Sol. Este cometa viaja ahora a una fantástica velocidad, incrementada por su proximidad al perihelio.

Quade encendió un cigarrillo del verdoso y aromático tabaco de la Luna.

-Pensemos. Hemos de hallar la forma de despertar a esos siete durmientes para que esa legión de fantasmas, desaparezcan de una vez. Umm-m... ¿Qué es el sueño, de todos modos?

-Es algo más que una teoría. El cerebro oscila entre el estado de excitación y el relajación. A mayor excitación, más pronto llega el relajamiento, esto es: el sueño. Los siete proteiformes, se hallan medio durmiendo y medio despiertos. Un super-desarrollo del cerebro es la causa de tal fenómeno.

Quade movió lo cabeza preocupado.

-Si pudiéramos irritarlos lo suficiente para causar en ellos un completo despertar... Veamos. Esas criaturas, están altamente evolucionadas. Sus membranas exteriores están compuestas de células especializadas. Eso significa que las terminaciones nerviosas, deben ser extremadamente sensitivas. Y viven en una atmósfera de cianógeno.

Gerry se arregló su cabeza rojizo y empezó a retocarse con su lápiz de labios, mujer al fin.

-Cianógeno... -murmuró la chica-. Si pudiéramos disponer de un gas o de un compuesto que expandir, para cambiar el cianógeno en algo irritante, algo que pudiera despertar definitivamente a esos durmientes...

-No podemos utilizar la nave -insistió Quade preocupado-. Tendría que ser algo portátil. Um-m-m... -Y buscó papel y un lápiz para realizar una serie de anotaciones. $(CN)^2$, más O^2 se transforma en dióxido de carbono -expresaba la fórmula que leyó a Gerry. Los proteiformes están acostumbrados a una atmósfera de cianógeno. El dióxido de carbono sería venenoso sofocante para ellos y quizá destruiría toda la vida existente sobre el cometa, excepto a nosotros.

Gerry estaba nerviosísima. Tomó el block de notas y escribió nerviosamente.

-¡Ya está! Creo que lo he descubierto. ¡El oxalato de amonio! ¡Sí! ¡Mire esto!

Y mostró a Quade sus anotaciones. Quade leyó:

-$(CN)^2$ más H^2O = oxalato de amonio.

-¿Agua? -preguntó Quade.

El cianógeno, más el agua en la forma de una simple pulverización, formaría oxalato de amonio. Esta sal no es un cianuro y podría ser un tremendo irritante para las criaturas que viven usualmente en el cianógeno y sus compuestos. Y el efecto sería puramente local. Esta es la respuesta. ¡Lo hemos conseguido!

Quade movió la cabeza lentamente.

-Creo que tiene usted razón. ¡Seguro! Usaremos tanques portátiles y pulverizadores. Veré a Morgan enseguida.

Así lo hizo, cursando rápidas instrucciones.

Se produjo un momento de confusión ordenada. Se prepararon y llenaron tanques portátiles, cables y pulverizadores. Finalmente un reducido grupo de hombres se halló

dispuesto a partir, con Gerry y Quade a la cabeza. Unos pocos, los mecánicos y técnicos más importantes, se quedaron al cuidado de los motores, Y Morgan, como indispensable en aquel quehacer, entre ellos.

-Estaremos de vuelta tan pronto como nos sea posible -dijo Quade-. Mientras tanto, mis órdenes han de cumplirse fielmente. Si no estamos de vuelta en el tiempo límite, salid de aquí sin nosotros.

Morgan protestó, sacudiendo su peluda cabeza.

-Nos acercamos terriblemente al Sol, jefe.

-Ya lo sé, Morgan -repuso Quade encogiéndose de hombros-. Me llevaré las cámaras conmigo, aunque no puedo llevar demasiado equipaje. Ello nos retrasaría demasiado.. Parece que haremos un mal negocio para Von Zorn, y usted tampoco podrá capturar ninguno de sus monstruos -dijo mirando a Gerry. La chica no respondió.

Y se dirigieron hacia su objetivo con un paso de carga, aunque más esperanzador.

-Vamos a hacer un sendero hacia la torre con tanto viaje -comentó amargamente la chica.

-Um-m... Lo que me imagino ahora es si esto funciona -caviló Quade.

Un chorro de agua no suena muy bien como arma de ataque...

Diez minutos más tarde, sus palabras tuvieron plena justificación. Un monstruo, como un gigantesco arácnido de seis pies de altura y docenas de pies de extensión, se precipitó por la ladera de una duna, con las mandíbulas batiendo horriblemente.

-¡Los tanques! -gritó Gerry-. ¡Vamos a emplear el agua!

-¡Usad las armas! -contraordenó Quade-. ¡Fuego a discreción!

Las pistolas detonaron en una espantosa algarabía. El monstruo cayó fulminado en el acto. Pero su cuerpo todavía se arrastraba hacia adelante, cayendo sobre uno de los hombres, antes de morir definitivamente. Aunque tenía los ojos aplastados y estaba ciego, las mandíbulas todavía batían con furia, hasta que se desvaneció por completo de la vista.

-No había tiempo sino para emplear las balas -explicó Quade-. Pero ahora parece que su oportunidad ha llegado. Allí viene una esfera.

Uno de los proteiformes azules, solamente de cinco pies de diámetro, rodaba sospechosamente hacia ellos. Sobre su membrana superficial, apareció una imagen... la imagen de la araña que acababa de morir. Ninguno dijo nada. El proteiforme vaciló, se hizo más grande y empezó a rodar decididamente sobre el grupo.

-¡Ahora! -gritó Gerry.

Quade apuntó la boquilla del pulverizador sobre la esfera y abrió la válvula del tanque. La boquilla silbó con fuerza. Todos miraban fijamente, expectantes.

Y empezó a nevar. El oxalato de amonio se precipitaba instantáneamente en la atmósfera de cianógeno. Empezó a caer sobre el proteiforme que no pareció desmoralizarse por el momento.

-Parece que esto no va -protestó Quade, y echó mano de la pistola.

El monstruo azul comenzó a dilatarse. Pero aparecieron varios más. De nuevo Quade usó el tanque de agua, con igual fracaso. Finalmente, a tiro limpio se desvanecieron.

-Bien -dijo Gerry, cuando hubo desaparecido la última de las esferas. -No sé. O estoy completamente equivocado o el oxalato de amonio afecta solamente a los verdaderos proteiformes y no a sus duplicados de sueños-imágenes. En tal caso, hemos de encontrar a los verdaderos durmientes.

-De acuerdo -accedió Tony Quade-. Vamos hacia la torre y nos guardaremos de usar los tanques de agua, hasta que estemos absolutamente dispuestos para la experiencia. Los durmientes no deben estar advertidos. Si está usted en lo cierto, todo irá bien. Y si no es así, todo habrá terminado.

Gerry guardó silencio ante la trágica perspectiva, comprendiendo la verdad del aserto de Quade. Y el pequeño grupo continuó su pesada marcha por la grava de la superficie. De vez en cuando captaban la visión de proteiformes falsos y de un hyclope en la distancia persiguiendo a un grupo de esferas rojas.

-Parece que los proteiformes azules hubieran capturado a Tommy -remarcó Gerry-. Están usando sus sueños, visiones en su loca partida de ajedrez. ¿Se le ocurre pensar qué habrá sido de los otros hombres?

Quade a su vez, también trataba de imaginárselo así, y la idea era poco tranquilizadora. Los pensamientos de Gerry eran igualmente desesperanzados. Su novio debería estar en un grave apuro, sabiendo que en cierto modo, ella era la responsable de tal situación. No se le apartaba su rostro de los ojos hasta que de improviso, soltó uno de sus típicos juramentos de mujer y tomó una mortal puntería a un proteiforme que se materializó en sus cercanías. Explotó en mil fragmentos, y le pareció sentirse algo mejor.

Por encima de su cabeza, los fuegos del cometa seguían pasando en blancas oleadas. Más allá de aquel blanco velo el sistema solar, seguirá moviéndose en sus órbitas acostumbradas. El trabajo continuaría hasta terminar la renovación de *El Arca,* su amada espacio-nave. Las gentes se agolparían sobre el Zoo Interplanetario de Londres, para ver las famosas capturas de Gerry, Hollywood en la Luna, estaría como siempre, bullendo de excitación y movimiento. Por todas partes, los programas de televisión se hallarían ocupados con el paso del Cometa Almussen y la posible suerte de los exploradores que se hallaban por el momento desaparecidos entre sus fuegos.

No demasiado lejos estaban todas aquellas cosas familiares y amistosas cerradas a la vista por aquella impalpable muralla de materia extraña. Parecía que se encontrasen a años luz de distancia... Gerry, Quade y los demás hombres caminaban lentamente, el tiempo de gracia se acortaba minuto a minuto.

Desde el principio, las cosas habían ido mal. Quizá fuese la culpa de Gerry, Pero en realidad, nadie podía proveer las condiciones reinantes sobre el cometa. Era algo demasiado lejos de la vista y del alcance de los habitantes de la Tierra. Gerry sintió un leve temblor de pavor cósmico, al pensar en las inmensidades que rodeaban al sistema solar. Existía tanto en el Universo, tanto desconocido, que jamás sería comprendido por la mente humana...

Se encogió de hombros y siguió hacia adelante. Entonces tenía que resolver el problema que tenía entre manos, más próximo y más familiar, tratando con armas y poniendo a contribución su habilidad y su inteligencia de «Carlyle-Cógelos-Vivos» contra sus enemigos. Los pensamientos de Quade, eran algo similares, aunque menos emocionales. Su agudo cerebro trabajaba, descartando posibilidades, avanzando teorías, planeando y proyectando. Cuando llegaron a la vista de la torre negra, el grupo se reunió tenso con un sentimiento de la más alta intensidad.

Quade se detuvo.

-No conocemos el alcance del poder o la capacidad de los proteiformes -dijo serenamente-. Tenemos todos que estar atentos. Es posible que dispongan de armas de poder mental puro. Permaneced alerta y en contacto conmigo. En cuanto ocurra algo digno de saberse, dádmelo a conocer.

Y se dirigieron rectamente hacia el enorme monolito. Entonces no se hallaba desierto, su base aparecía escondida por miles de esferas, rojas y azules mezcladas y unidas contra un enemigo común. Los proteiformes aguardaban silenciosos, en alerta, amenazadores...

La tensión subió de punto hasta hacerse insoportable. Paso a paso, haciendo crujir sus pesadas botas sobre la grava, el grupo siguió avanzando. El enemigo no hacía el menor movimiento. En silencio, aguardaba en la base del monolito de ébano, bajo el blanco cielo cuajado de tufaradas de materia cósmica.

Silencio... un terrible y torturante silencio.

Los nervios de Quade parecían estallar, sintiendo el peligro cercano, como una marea presta a envolverle y a destruirle, gritándole a voces el mortal riesgo de su aproximación. Llevaba las manos pegadas a los costados, cerca de las armas del cinturón del traje espacial y sobre el hombro, el rifle pendía golpeándole la cadera a cada paso. Gerry caminaba con precauciones tras él. Tras ella, seguían los demás hombres, extrañas figuras cargadas con los tanques-cilindros que sobresalían por encima de sus cabezas protegidas con los cascos

espaciales.

La más cercana de las esferas se hallaba a unos cuarenta pies de distancia... treinta... veinticinco... Las botas resonaban claramente con su tap-tap metálico. Se oía en el interior de cada casco, por el pequeño sistema de radio de doble comunicación, la fatigosa respiración de cada uno.

-¡Jefe! -gritó uno.

-¡Quietos! ¡Quietos, muchachos!

Veinte pies separaban ya el grupo de los proteiformes. Quince... diez....

Quade se dirigió confiadamente hacia la masa de esferas y pasó entre dos de aquellos monstruos, que se apartaron. ¡Parecieron retirarse, confundidos!

Una vacilación podría ser fatal. Quade continuó en su aquellos cientos y miles de esferas. Uno a uno, a pares, los actitud, abriendo un sendero conforme adelantaba entre proteiformes se apartaban alejándose. Por el sendero así formado, Gerry y los demás marchaban tras el cameraman. La tensión no podía soportarse más.

-¡Jefe! -dijo una voz-. ¡Se están cerrando tras nosotros!

-Déjalos -ordenó Quade, continuando su camino.

La pared de la torre apareció ante sus ojos, a corta distancia. Quade se detuvo en el umbral y vaciló un momento iluminado por el resplandor que procedía del interior. El suelo estaba alfombrado con proteiformes, algunos diminutos, otros de hasta seis pies de diámetro. No pudo ver a Tommy Strike ni a los otros hombres. Otro paso se abrió por los proteiformes a través del suelo de la cámara, mientras que Quade continuaba avanzando en un mortal silencio. Siguió hasta llegar al centro. Y allí se detuvo.

A sus pies yacían cinco figuras de hombres inconscientes, silenciosos en sus trajes espaciales y cascos del equipo espacial. De un simple vistazo Quade comprobó que respiraban, aunque se comprendía que se hallaban sumidos en un profundo sueño.

-¡Tommy!

Gerry saltó hacia adelante, poniendo una rodilla en tierra cerca de. Strike. Puso las palmas de sus manos sobre el casco transparente de su novio, como si a su través pudiese sentir el contacto del rostro del hombre que amaba.

Y como a una señal convenida, los proteiformes entraron en una rápida actividad. Una ola de concertado movimiento se transmitió a toda la cámara. Las esferas se pusieron en movimiento rodando sobre sí mismas. Y repentinamente se lanzaron sobre los hombres.

Las pistolas de Quade bramaron sin vacilación. Los hombres, todos, disparaban una andanada tras otra de balas mortíferas. Pero desde el principio, aquello era algo sin esperanza. Como las legiones de las fábulas de Cadmo, los proteiformes parecían surgir a la existencia, desde el vacío. ¡Extraños seres-sueños a los que se les daba los atributos de la materia y la energía por el poder del monolito negro! Los sueños se hacían realidad... una realidad viva, peligrosa, empeñados ahora en una furiosa actividad.

Quade vio a dos de sus hombres ir a tierra bajo el ataque de los globos coloreados. Hizo saltar a uno de los monstruos en fragmentos, destrozando a uno de los rojos. Y entonces, él mismo cayó bajo el ataque de un gigante. Rodó completamente sobre él y se marchó. Había desaparecido.

Se levantó apresuradamente y se quedó mirando fijamente a su alrededor.

Las legiones de seres-sueños habían disminuido de tamaño de una forma impresionante. Y la mitad parecía que también se habían desvanecido. Pero otras más se materializaban desde el aire y el vacío.

En pie sobre el cuerpo de Strike, Gerry Carlyle comenzó a usar su tanque y su mango pulverizador. H_2O, agua pura y simple, esparcida en la atmósfera de cianógeno y el oxalato de amonio cayendo como una lluvia de copos de nieve..

-¡Emplead los tanques! -gritó Gerry-. ¡Olvidad las armas!

Quade siguió el ejemplo. Retorció el paso de una válvula, lanzando un chorro de agua a la altura. Inmediatamente los demás hombres siguieron su ejemplo. La sal resultante no parecía

tener efecto apreciable sobre la mayor parte de los proteiformes. Pero súbitamente, sin previo aviso, un cierto número de ellos pareció huir de aquella nevada de copos de oxalato de amonio, como si se sintieran molestos e irritados. Y entonces, un centenar más, desapareció.

-¡Se están despertando! -gritó Gerry, entusiasmada-. Los siete durmientes...

Siete proteiformes durmientes, seguramente escondidos entre sus sueños materializados, cada uno idéntico a su original. Ahora, el despertar sobrevenía por primera vez, uno por uno, reaccionando por la irritación que la sal les producía en las terminaciones sensitivas de sus nervios periféricos. Ningún proteiforme real podría continuar durmiendo bajo tales circunstancias. Y donde quiera que se hallase uno de los verdaderos proteiformes, sus sueños quedaban automáticamente desvanecidos.

Las hordas empezaron a aclarar en número. Se les veía reducirse rápidamente por puñados, por racimos enteros. Quinientos, doscientos, unas pocas docenas.

Finalmente, siete esferas, cuatro azules y tres rojas, yacían dentro de la torre. Retorciéndose suavemente, se estremecían bajo el ataque de la sal irritante que les caía encima, y comenzaron a rodar hacia la entrada de la torre. Quade les bloqueó el paso, levantando su pulverizador amenazadoramente. Los proteiformes vacilaron, no sabiendo qué partido tomar.

-¡Cortad el agua! -ordenó Gerry-. Ahora ya no dormirán nuevamente. Trataré de comunicar con ellos. Ya he aprendido cómo hacerlo.

Cerró la válvula de su tanque y avanzó hacia el proteiforme más próximo. La criatura cometaria parecía desamparada. La esfera de cinco pies parecía no muy distinta del adorno de un gigantesco árbol de Navidad, pensó Quade, como ausente.

Gerry no expresaba nada en palabras; pero la esfera se agitaba mostrando constantes imágenes que aparecían una tras otra en su membranosa superficie translúcida. La chica se volvió hacia Quade.

-Son telépatas y pueden leer pensamientos fuertemente proyectados. Puedo comprender muy aproximadamente lo que quieren expresar por las imágenes que exhiben.

Se produjo un corto período de silencio, mientras que la extraña imagen en color y tridimensional se movía sobre la coloreada piel del globo.

-Todo va bien -advirtió Gerry-. Tommy y los otros no han sido heridos. Despertarán pronto por sí mismos. Dadles cafeína y coñac y estarán dispuestos a salir andando inmediatamente.

-Entonces, ¿ahora no son dañinos? -preguntó el cameraman.

-Sí. Mientras no les arrojemos agua encima, podrán jugar al balón con nosotros. Pero el oxalato de amonio es una completa tortura para los proteiformes.

Quade no quitaba el ojo de su cronómetro. Habló por radio con la astronave y conversó brevemente con Morgan. Después se volvió hacia Gerry.

-Bien -dijo fríamente-. Nos aproximamos al momento límite. Poniendo a trabajar a todos los hombres, conseguiremos muy pronto dejar los motores dispuestos para la partida. Pero no puedo perder el concurso de un solo hombre para tomar fotografías. Bien, podré fotografiar al menos, el fondo ambiental del cometa, cuando volvamos hacia la espacio-nave.

Gerry se estaba comunicando nuevamente con los proteiformes.

-La proximidad del Sol, no afectará a estas bestias -dijo-. Aparentemente pueden resistir la energía eléctrica mucho mejor que nosotros, los seres terrestres. Quizá pudiéramos volver nuevamente al cometa, cuando pasara por el perihelio...

-De ningún modo, señorita Carlyle -dijo Quade, encogiéndose de hombros fatalmente-. No hay astronave para eso. Su *Arca* no estaría dispuesta sino demasiado tarde y no hay forma de encontrar otra nave. Cuando hayamos conseguido salir del cometa a través de la cola, si lo conseguimos, la astronave necesitará una terrible reparación. Cuando hayamos partido del Cometa Almussen, eso significará un adiós definitivo.

Quade reflexionó.

-A menos que podamos llevar a algunos proteiformes con nosotros -añadió finalmente-. Trate de averiguarlo, ¿quiere usted?

Librodot

La chica conversó en silencio con aquellas criaturas.

-No quieren dejar su pequeño mundo. No obstante, voy a insistir. Váyanse todos a la espacio nave para trabajar en ella. Llévense a Tommy y a los demás con ustedes. Pueden recogerme, cuando salgan, y quizá que esté para entonces en condiciones de haber convencido a alguno de estos proteiformes.

-Mejor sería conseguir el mayor número posible -advirtió Quade-, ya que si fuera uno solo, lo perdería usted, recuerde el convenio.

Los ojos de la chica se encogieron.

-Espero poder hacerlo -observó-. ¡Ahora, márchense!

Pero Quade vacilaba en marcharse.

-¿De veras que quedará usted segura?

-Completamente segura -repuso Gerry tocando a su tanque de agua-. Mi equipo de radio funciona, de todos modos. Pero imagino que sería mejor que dejaran a Tommy Strike aquí conmigo.

Cargados con el peso ya inútil, Quede y sus hombres hicieron el pesado camino de regreso. Afortunadamente, la gravedad del cometa era tan pequeña que pudieron alcanzar, al no encontrar otros inconvenientes, a la astronave en poco tiempo. Una vez a bordo de la nave, todos los demás nombres se pusieron a trabajar frenéticamente, especialmente sobre los motores dañados. Incluso los que habían permanecido dormidos en la torre, fueron vivificados y estuvieron enseguida en condiciones de aportar su esfuerzo. Quade no hacía otra cosa que consultar su cronómetro desesperadamente.

Parecieron horas interminables las que pasaron, hasta que las comprobaciones finales dieron un resultado completamente satisfactorio. La completa capacidad de la astronave era aún algo dudosa; pero ya no podía perderse más tiempo. ¡El momento límite estaba a punto de pasar!

Quade se precipitó a los controles. La astronave se levantó bamboleante y se deslizó a una altura de treinta pies sobre la superficie desierta del cometa. Pronto distinguieron la torre. Quade tomó nuevamente tierra junto a ella. Gerry emergió del monolito negro, con Strike y dos proteiformes azules. La chica llamó a Quade por su radio.

-¡Dos de ellos han consentido venir con nosotros! Uno será para usted y el otro para mí. ¡Abra la compuerta!

Quade presionó el mando correspondiente y el compartimiento de entrada se abrió dejando paso a las dos parejas. Subieron a bordo. En la astronave se despojaron de los cascos y se precipitaron hacia la cabina de control.

-Por favor, abra la esclusa nuevamente e inyecte cianógeno en ella. Los proteiformes no pueden vivir en el oxígeno. Así los llevaremos en la esclusa con cianógeno, hasta que podamos arreglarles el duplicado ambiental del que han vivido normalmente en el cometa.

-De acuerdo.

Quade efectuó la necesaria operación, preparando así el alojamiento debido a sus huéspedes cometarios. Strike permaneció con Quade.

-¡Vaya experiencia! Esto no pasa todos los días. Tengo el peor dolor de cabeza de toda mi vida.

Y se dirigió hacia una alacena donde buscó un analgésico.

-Su dolor de cabeza será aún peor, si la suerte no nos acompaña un poco -advirtió Quade sombríamente-. La hora límite ha pasado, Strike. Voy a correr el mayor riesgo que jamás haya afrontado en toda mi vida.

-¿Cómo? -dijo Strike volviéndose hacia Quade.

Quade envió la astronave hacia arriba como una flecha.

-Estamos más cerca del Sol de lo que deberíamos. Pero esta espacio-nave, ya averiada, no podrá volver a soportar bien el bombardeo electrónico de la cola. Ahora no podemos aguantar tanto como antes. Nuestra sola oportunidad consiste en acelerar hasta la locura y perforar la parte más delgada de la cola, saliendo de ella cuanto antes.

Las mandíbulas de Strike se contrajeron.

-¡La parte más delgada! Quiere usted decir...

-Sí. La cola de un cometa siempre se extiende en oposición al lugar en que se encuentra el Sol. La energía del Sol parece repeler poderosamente a la cola. Eso quiere decir que la sección más fina se halla directamente opuesta al Sol.

-¡Por las barbas del gran Júpiter! -repuso Strike débilmente-. Nos lanzaremos a toda velocidad, de cabeza hacia el Sol. Y nos encontramos dentro de la órbita de Mercurio, ¿no es así?

-Ese camino llevamos. Dígale a su novia que saque de la esclusa a esos proteiformes cuanto antes, o se freirán vivos. A menos que puedan soportar semejante calor y energía.

Strike salió a todo correr en busca de Gerry.

Quade se acurrucó sobre los controles, con la cara endurecida y sin expresión y un fuego frío en sus ojos. Se estaba jugando una peligrosa partida. Pero era la única posible. Permanecer en el cometa una o dos horas más tarde hubiera supuesto, ciertamente, la destrucción total. Siguió produciendo la máxima aceleración. La nave rugía en el espacio como una centella, dirigiéndose hacia los cielos cubiertos de blancas llamaradas. Más rápido, más rápido.

Llamó a Morgan y le habló brevemente por encima del hombro.

-Amárreme. Sujéteme fuertemente con bandas. Voy a producir la máxima aceleración.

El otro hombre obedeció.

Quade, parecido más a una momia egipcia que a un ser humano vivo, restalló con otra orden.

-Tenga cuidado con los hombres. Dispuestos para la máxima aceleración.

Ya los diablos del espacio comenzaban a atacar a la astronave. Las vigas principales de la estructura de super-acero crujían bajo la terrorífica aceleración con una angustiosa protesta. La pantalla visora era un infierno de llamas blancas, de nuevo. Y se aclaró sin previo aviso. En lugar de las mareas de llamas blancas, apareció el enorme, ardiente y redondo disco del Sol. Y la espacio-nave se dirigía hacia él ¡a su máxima aceleración! Quede respiró profundamente. Cerrando los ojos, tocó tres botones en rápida sucesión. Inmediatamente el fantástico vuelo se inclinó en una amplia curva, como apartado por la mano de un gigante cósmico. El metal ligero se dobló como la mantequilla. Los cristales interiores de la nave saltaban hechos añicos por doquier. Los hombres gritaban en una terrible agonía como si las costillas y los huesos fueran a saltar hechos pedazos. Todos permanecían fuertemente atados en compartimientos de seguridad, esperando el resultado de la trágica aventura. La astronave curvó decididamente a la velocidad tope alejándose del Sol. Quade no se atrevió a desacelerar, por temor a que la imponente masa solar pudiera atraparles sin remedio a aquella corta distancia. El casco exterior del navío especial comenzó a incandescerse de rojo. Los motores, sobrecargados, zumbaban, fallando a veces, y silbaban como si fueran a estallar, bajo la bárbara sobrecarga de trabajo.. Un indicador en un dispositivo existente ante Quade subió hasta una línea roja, durante un segundo la sobrepasó, vaciló y después comenzó a descender francamente. Quede respiró de nuevo y comenzó a decelerar lentamente.

La prueba había terminado. Se encontraban en seguridad. Habían luchado contra el cometa y el propio Sol.

¡Y habían salido victoriosos en la lucha!

Justamente un mes más tarde, Gerry Carlyle y Tommy Strike se hallaban sentados en la oficina privada de la chica en el Zoo Interplanetario de Londres, tomándose un trago y leyendo ávidamente las últimas noticias.

-¡Qué éxito! -comentó Tommy-. Nuestro proteiforme azul está atrayendo a la gente como un papel atrapamoscas.

-Ah, sí, cariño -dijo la chica sintiéndose feliz-. Y no es eso lo mejor, todavía espero algo que llegará enseguida por la televisión...

Strike se removió curioso en su asiento.

-Estás haciendo el misterio constante sobre ese secreto que guardas tan celosamente desde hace un mes. ¿De qué diablos se trata, si es posible saberlo?

La respuesta de Gerry se vio interrumpida por el zumbido del televisor. Se aproximó al aparato y contestó. Sobre la pantalla apareció la faz siniestra de Van Zorn, con expresión de pocos amigos.

-¡Valiente embaucadora! -gritó-. ¡Embustera, jugadora de ventaja! Le pondré un juicio desde aquí hasta el planeta Plutón.

Tommy Strike se puso frente a la pantalla.

-Escuche, renacuajo, está usted hablando con una señorita...

Van Zorn se volvió verde brillante.

-¡Ja! ¡Una señorita! ¿Haría una señorita una faena semejante conmigo? ¡Un proteiforme! ¡Qué risa! Durante un mes todo ha ido bien. Y ahora, precisamente cuando estaba pronunciando un discurso en el Rotary Club con la *cosa* ante el público y junto a mí, ¡se ha desvanecido como el humo!

Strike se volvió para contemplar a su novia que se reía hasta reventar. Se aproximó al televisor y lo apagó.

-¡Has escamoteado el proteiforme de Van Zorn con un duplicado falso! -acusó Strike.

-Ya te dije al principio que no volverían a tomarme el pelo, como ya lo hicieron esos bribones -comentó la muchacha divertida, soltando una sonora carcajada-. Ya emplearon un sucio truco conmigo para su publicidad. Ahora les he pagado con la misma moneda.

El televisor zumbó nuevamente. Esta vez fue Strike quien contestó. Pero en vez de Van Zorn fue Tony Quade quien apareció en la pantalla, y aparecía sorprendentemente contento.

-¡Hola, Strike! -saludó cordialmente, quitándose la pipa de la boca-. Todo el mundo está contento, por lo que veo. Esto es magnífico, chico.

Gerry pareció sorprendida.

-Oh, poca cosa. Van Zorn le dijo que nuestro animalito se había desvanecido, ¿no es cierto?

-¿Y bien?

-Sí, así es.

-Era lo que yo necesitaba. Usted arregló con un proteiforme, que creara un duplicado de sí mismo, para que yo dispusiera de él. Y después, arregló las cosas de forma que el proteiforme desapareciera en un momento determinado, ¿no fue así?

-Así ha sido -repuso Gerry-. Y no tengo por qué dar ninguna excusa.

-Oh, no es preciso que las dé -dijo Quade educadamente-. Todo ha ido a pedir de boca. Quisiera mostrarle esto.

Y levantó un programa impreso que decía:

NUEVE PLANETAS PRESENTA «LA LLAMADA DEL COMETA»

Producida y dirigida por
Anthony Quade

Protagonizada por:
Los proteiformes y Gerry Carlyle

La chica gritó inarticuladamente:

-¡Pero eso es un truco indecente! ¡Usted sólo tomó unas cuantas fotografías del ambiente y fondo del cometa!

-Sí, claro -convino Quade siempre sonriente-. Pero he conseguido arreglármelas muy bien con mi proteiforme-sueño. Era sin duda inteligente en el original, ¿sabe? Él mismo me dijo que era un fraude y que se desvanecería, pasado algún tiempo. Así, ya sabía yo de qué iba la

cosa y tomé mis precauciones.

-Sigue siendo un fraude -repitió testarudamente Gerry.

-¿Cree usted eso? ¿Recuerda cómo se comunican los proteiformes? Por imágenes tridimensionales en color sobre su membrana exterior. Y tales imágenes pueden ser filmadas, miss Carlyle. Yo he conseguido que mi proteiforme pensara y proyectase una serie completa de pensamientos-imágenes (en las que usted tomaba parte), que nosotros hemos filmado directamente de la membrana externa de la criatura del cometa. He fotografiado así un argumento completo. Ya le dije que esas criaturas eran realmente inteligentes. Ha resultado una reproducción perfecta -continuó Quade-. Nadie podría poner en duda que no se trataba de una criatura real. Conseguí la relación completa y el historial de los proteiformes, de nuestra llegada, de su captura, en fin, de todo lo sucedido en el Cometa Almussen.

-¡Pero es completamente ilegal pretender que yo figure en la película! -restalló Gerry, indignada y furiosa-. No lo permitiré, de ninguna forma.

-No olvide que firmó un contrato en la oficina de Van Zorn, miss Carlyle -advirtió Quade-. Tenemos por tanto un perfecto derecho de utilizarla a usted como estrella de esta película. -Quade hizo una mueca-. Será una maravillosa publicidad para usted, señorita. Aunque no se la merezca.

Gerry respiró profundamente, para explotar; pero su entrenamiento de muchos años, le hizo permanecer aparentemente serena y dueña de sí misma.

-Al menos, conseguí el único proteiforme que existe en el sistema solar -dijo ella sucintamente-. Eso es algo que usted no puede arrebatarme.

Quade emitió una risita maliciosa entre dientes.

-¿Sí? ¿Cómo diferenciaría usted un proteiforme real de uno falso? El proteiforme-sueño se desvanece. El suyo no se ha desvanecido todavía, ¿no es cierto?

Gerry golpeó rabiosamente contra el televisor, cerrándolo. Se aproximó al audífono y gritó:

-¡Peters! ¡Peters! ¿Está ahí todavía mi proteiforme?

-Pues por supuesto que sí -respondió una voz muy respetuosa-. ¿Por qué no había de estar? Está rodando en su tanque transparente de cianógeno, feliz como una alondra en la mañana.

-Bien, no se preocupe; gracias.

-Vamos, cariño, no te enfades -intervino al fin Strike, rodeándola con su fuerte brazo-. Es suficiente real y verdadero.

La chica gruñó, enfadada todavía.

-Pero, ¿es él? Es una forma de expresarlo. Si se desvanece, será también un engaño.

-Bien -dijo Strike, tras haber besado a su novia-. Al menos no existe peligro de que yo también me desvanezca en el aire. Después de todo, ¿qué importancia tienen uno o dos proteiformes?

Las palabras de Tommy fueron infortunadas. Gerry pareció volver sobre sus habituales modales enérgicos. Su voz sonó como un bombardeo electrónico.

-Sí, ciertamente -remarcó fríamente-. ¿Y qué estabas soñando en aquel condenado planeta?

Strike soltó a la chica y se encaminó hacia la puerta.

-Te veré más tarde, cariño -dijo por encima del hombro-. Me voy al planeta Marte. Siento que se aproxima la tormenta...

Y sin duda, impelida por alguna razón especial, Gerry Carlyle «Cógelos-vivos» salió de estampida, como una loca, tras de su novio.

SATURNO

LA COMETA DE SATURNO

Se trata de una especie de pájaro-murciélago con ocho patas, unidas por membranas. Permanece suspendido en el aire por un largo y fino filamento, más delgado que una cuerda

Librodot

de piano; pero mucho más fuerte. Esta criatura es insectívora. Durante cada una de las periódicas tormentas de viento de Saturno, ese filamento le permite permanecer amarrado en el aire, unido a tierra por semejante hilo, como una cometa. El extremo del suelo queda firmemente adherido a una roca por alguna sustancia orgánica fabricada por sus glándulas. Durante la tormenta, se extiende como la red de un paracaídas, para atrapar la multitud de insectos que son arrastrados por el fuerte viento.

DERMAFOS

Es un enorme lagarto con una cresta córnea en la espina dorsal y que tiene una altura de diez pies. Está provisto de seis patas con dos dedos en cada pata. Tiene unos agudos dientes en las fauces y una serie de muelas en la parte trasera. Cuatro de sus poderosos dientes poseen unas glándulas especiales que segregan un ácido potente. Como las criaturas de sangre fría, se mueve lentamente. Una interesante faceta del Dermafos es que se alimenta de uranio.

Como resultado, su cuerpo resplandece bajo la luz ultravioleta.

LA PLANTA ESPECIAL DE LAS HOJAS AZULES

Esta planta es una de las exquisiteces de Saturno. Produce una ensalada gustosa cuando se mezcla con sus frutos. Puede destilarse una deliciosa bebida de su savia, y de sus flores rosáceas se obtiene, además, una fragante esencia. Es algo indispensable para cualquier buen «gourmet».

* * *

La conferencia se desarrollaba en las oficinas de New York del Zoo Interplanetario de Londres, en el último piso del fantástico edificio Walker, y no marchaba con muy buenos auspicios. La estancia se hallaba adornada con los más modernos materiales y equipada con todo el confort que la ciencia había podido imaginar. Los muros estaban construidos con ladrillo al vacío, que anulaban cualquier clase de ruido, con espuma mineral aislante, alfombras marcianas que absorbían todos los sonidos, ornamentación plástica de último diseño y aire acondicionado. La simple presión de un botón hacía llegar a la mesa de la conferencia bebidas heladas o cigarrillos aromáticos de los excelentes tabacos de Venus, a través de una abertura automática, por una de las paredes de la estancia.

A despecho de todas aquellas comodidades, el visitante lo estaba pasando mal. A un extremo de la estancia se hallaba una pequeña pantalla. Frente a ella estaba el «periódico» matutino, consistente en un diminuto rollo de film. Los suscriptores sólo tenían que accionar un dispositivo para tener a la vista las últimas noticias iluminadas en la pantalla. Con un dial podía verse todo el periódico, con un par de movimientos adecuados. Las noticias fotográficas tenían un fondo coloreado en las que el blanco se refería a las noticias locales, el verde para las extranjeras, amarillo para los deportes y así sucesivamente. De tal forma, el lector podía elegir a su gusto sus preferencias en tal materia.

En aquel momento aparecía la página violeta de las noticias interplanetarias:

GERRY CARLYLE DESAFIADA EN UNA CARRERA
HACIA EL PLANETA SATURNO

El Zoo Interplanetario de Londres hace una apuesta
y establece un premio para el vencedor

«N.Y. Sep., 4. UP. Los círculos científicos se hallan interesadísimos con el interés que hoy consideran en la supremacía de Gerry Carlyle, en su arriesgada

empresa de caza interplanetaria, la terrible y rigurosa profesión de capturar monstruos en sus diversas formas de vida extrañas a la Tierra por los planetas del sistema solar, y trayéndolos vivos para su exhibición en los Zoológicos terrestres. Esta mujer excepcional ha sido desafiada por el profesor Erasmus Kurtt.

»El contrato que tiene en vigor la señorita Carlyle con el Zoo Interplanetario de Londres vence en fecha próxima y está sujeto a revisión. Kurtt ha sugerido que tal contrato sólo debe ser atribuido a aquella persona que se haga acreedora a tan importante posición.

»Considerándose a sí mismo como la mejor persona, el profesor Kurtt propone una carrera, teniendo como premio el importante y rico contrato del L.I.Z. La contienda será decidida sobre la base de un viaje a cualquier planeta designado de antemano, la captura de cualquier monstruo prefijado de antemano y la vuelta con seguridad hacia la Tierra, con el propio poder con que cuente cada uno en la carrera. El primero que llegue a nuestro planeta con el monstruo vivo será declarado vencedor.

»El profesor Kurtt ha sugerido que el planeta Saturno aportaría suficientes dificultades para comprobar la categoría de los contendientes.

»Las especulaciones abundan..., etc....»

Las noticias que siguieron fueron cortadas en seco, concordando con un sonido, sospechosamente parecido a un juramento propio de mujer. Claude Weatherby, director de relaciones públicas del Zoo Interplanetario de Londres, arrugó el entrecejo profundamente. Sentía más bien que le resultaría más fácil contender con cualquiera de las monstruosidades vivientes esparcidas por el sistema solar, que no enfrentarse con el famoso temperamento de Gerry Carlyle.

Gerry, aparentemente en calma, paseaba nerviosa por la estancia. Visiblemente nervioso, Weatherby, también, intentó resumir aquella situación en un argumento que trató de hacerlo convincente.

-Después de todo, querida amiga, sólo se trata de un truco publicitario. Nosotros apreciamos que usted es el personaje más adecuado en este negocio de la cacería interplanetaria. Crea que así lo sentimos.

»Nosotros jamás habríamos consentido en esta carrera si no tuviésemos una fe absoluta en su capacidad para derrotar a ese tipo de Kurtt.

-Ya me hago el cargo de todo eso -repuso Gerry fríamente.

-Quizás deberíamos haber consultado con usted, antes de haber seguido adelante con los planes de una ceremonia de despedida de usted y de Kurtt. Pero, realmente, nos hallamos en la mayor confianza de que su fama bien ganada...

-Ahórrese, por favor, todo halago, Claude. Usted no me ha dicho todavía todas las circunstancias que rodean este tonto desafío. Yo adoro la honestidad y el juego limpio. Hago una norma de conducta el ir derecho a la verdad. ¿Por qué no se comporta usted así también?

Weatherby se sonrojó y comenzó a titubear. Gerry le detuvo con un gesto imperioso.

-He aquí los hechos. Los cazadores interplanetarios, a los cuales yo pertenezco, pueden ser contados con los dedos de las manos -afirmó enérgicamente Gerry-. Otros dos o tres y ya los tiene usted todos, Claude. Nosotros formamos, seguramente, la más pequeña y exclusiva camarilla de todo el sistema solar. La oportunidad de que cualquiera posea todas las cualidades necesarias para convertirse en un cazador interplanetario de éxito es literalmente una entre millones, Y ahora, ese tipo de Kurtt -que no es más profesor de lo que usted lo es-, es definitivamente un sujeto absolutamente extraño a nosotros. No es más que un charlatán y un gorrón, que trata de sacar a cualquiera, con su estúpida charla, un puñado de dólares. Y hay dos cosas todavía que no se explican bien: primera, ninguno de los genuinos cazadores interplanetarios hubiera jamás echado mano a semejante falta de ética para pisar el terreno a un camarada. Esto no se hace jamás entre nosotros. Un hombre como ese Kurtt no se atrevería

Librodot

a sugerir una cosa parecida. No tendría... el coraje suficiente. A menos, claro está, que tras él se esconda alguien que le empuje a actuar así. Y segunda: ¿como un tipo de pega como ese Kurtt consigue la financiación de un viaje parecido? Este es el asunto, Claude, y usted lo sabe muy bien. Los regresos con éxito de un viaje mío proporcionan un ingreso de cerca de un millón de dólares anuales al Zoo. Y el costo de las expediciones cientos de miles, bien lo sabe. Y por lo que respecta a la carrera, digamos contra Hallek, Moore o alguno de los otros, sería divertida. Pero asociarse con un hombre de la reputación de Kurtt es dañina para mí y para el Zoo. Todo este asunto es...

-Algo que huele ciertamente mal, desde luego -interrumpió una voz.

Weatherby y la chica miraron de soslayo a una de las cómodas sillas situadas en un rincón. Apenas visible, y vestido con un par de botas que tenía echadas por encima del brazo de la silla y envuelto en una nube de humo de su famosa pipa, estaba tranquilamente el Capitán Tommy Strike, haciendo guiños hacia la pareja enfrascada en la discusión que había precedido a su intervención inesperada.

-Mire, Claude -explicó Tommy-. Lo que Gerry quiere saber y está preguntando es esto: ¿quién apoya a Kurtt?

Claude, con su tacto británico, hizo un esfuerzo para no descomponer su actitud diplomática.

-El hecho es que... bien... no hemos podido saber quién se encuentra tras todo esto, hasta que se hizo semejante publicidad, y bien... El hombre que apoya eso...

Y su voz se apagó por completo, como avergonzado. Gerry Carlyle miró con ojos chispeantes a Weatherby y gritó en el colmo de la consternación:

-¡Claude! No irá usted a decirme... No, no puede ser que sea ese horror de Hollywood en la Luna. ¡No será Von Zorn de nuevo!

-Bien -repuso Claude, encogiéndose de hombros con la fatalidad resignada de un hombre que se ve arrollado por una tormenta.

Gerry rugió como una fiera cogida en la trampa. De todas las gentes del sistema solar que pudieran mezclarse en sus asuntos de nuevo, Von Zorn, el zar de las producciones cinematográficas, era positivamente el último a quien la chica hubiese deseado ver. La enemistad entre los dos personajes durante los dos últimos años se había ido produciendo desde Mercurio a Júpiter, con incontables escaramuzas en la Luna, Venus, el Cometa Almussen y otras batallas y disputas de fondo.

Para Gerry se hacía insoportable y consideraba un insulto que los jóvenes técnicos, listos y perspicaces de Von Zorn, sintetizaran para su intervención en las películas de la productora Nueve Planetas robots controlados que reproducían sus famosos animales capturados, en lugar de los verdaderos. Para Gerry se hacía una cuestión de ética profesional.

Pero para su enemigo, el simiesco Von Zorn, era una cuestión de negocio y de oficina. Sus películas no producían altos porcentajes cuando Gerry volvía de sus famosas exploraciones trayendo genuinas atracciones para el Zoológico Interplanetario. Con pasos vigorosos de un lado a otro, la chica intentaba poner su cabeza a nivel medianamente controlable.

-¡Vaya! -estalló finalmente, y la palabra explotó como una bomba atómica-. Ese viejo cara de mono no tiene suficiente, ¿eh? ¡Dispuesto siempre a hundirme el cuchillo por la espalda, en cuanto me descuide! Se piensa que va a hacerme fracasar en mis negocios y quiere hundirme. Poner a uno de sus perros fieles en mi lugar, y así dictar al Zoo, como acostumbra a dictar a esos pobres diablos que viven bajo su zapato en Hollywood en la Luna... Bien -continuó la joven-. De acuerdo, ¡acepto el desafío! Y puedo prometer a Kurtt y a ese mono encanijado de Von Zorn que les voy a zurrar como no se lo han soñado jamás. ¡Creo que no lo olvidarán nunca!

Se dirigió al audífono y operó en la palanca. Los ojos de la chica que apareció al otro extremo miraban asustadamente a la pantalla. Sin duda, había estado oyéndolo todo a través del interfono interior.

-¡Que venga Barrows! -ordenó perentoriamente-. Búsqueme a Kranz. Y que me busquen a

toda esa partida de simpáticos bribones de mi tripulación. Que dejen cuanto tengan entre manos y que vengan inmediatamente. Dígales que tengo cosas urgentes que hacer y sitios a donde ir, y que no pierdan ni un segundo de tiempo.

Gerry se detuvo para sonreír al fin. Nadie mejor que ella sabía que todos sus hombres no eran ni bribones ni nada parecido. Eran hombres escogidos, entre mil voluntarios aventureros, preparados, entrenados, cultos y valerosos. Y, especialmente, leales hasta la muerte a su amada conductora y jefe. Varios de ellos ya habían dado su vida por ella, en el pasado.

Aunque, como consecuencia de vivir siempre en peligro y en constante aventura, cuando se hallaban en período de inactividad se corrían alguna juerga que otra, cuando se aflojaba la mano do hierro de Gerry y su terrible disciplina eran hombres dispuestos a todo a la primera llamada de su jefe. Eran, en fin, hombres envidiados por todas partes, y aquel era su mayor orgullo.

Gerry sacudió la cabeza y sonrió confiadamente.

-Creo que míster Kurtt no hallará un equipo como el mío, que esté dispuesto a batirse por él. Y por lo que respecta a usted, Claude -y la chica le miró fijamente con desagrado-, puede marcharse cuando quiera. Y disponga toda esa colosal ceremonia teatral para la despedida de la carrera. Vamos, adelante con su publicidad. Usted me ha metido en esto absurdo, y yo he aceptado, solamente porque pienso y creo que es la mejor oportunidad de reventar a Von Zorn con su mismo petardo. Pero tiene que ser algo hecho en gran escala, Claude. No quiero nada mezquino.

Y Gerry se dirigió hacia su departamento privado, con un aire imponente. Cuando estaba irritada tenía la propensión a dramatizar su irritación. Weatherby se quedó callado. Tomó su sombrero, con la actitud de un hombre que ha sido indultado de morir en la cámara de gas.

-Creo -dijo a Strike- que es una mujer demasiado versátil de carácter. A veces creo que es bastante difícil de comprender.

Tommy sonrió mientras abría la puerta exterior para que saliera Weatherby. Era la sonrisa comprensiva de alguien que acaba de escuchar la obra maestra de la reticencia.

-Sí, es cierto por completo -dijo Strike al despedirse.

La salida de la carrera de desafío Kurtt-Carlyle fue lo bastante espectacular como para satisfacer los sueños más exigentes de un maestro de la publicidad. Montada en el espaciopuerto de Long Island, era algo fabuloso, dado el lugar donde se consagraban por tradición tales espectáculos.

Allí se hallaban los locutores de radio y televisión con sus cámaras en color tridimensionales, recogiendo la ceremonia para millones de televidentes y radioescuchas. Millares de espectadores se aprensaban en las diversas galerías del astropuerto. Para ellos, Gerry Carlyle era el compendio de todas las heroínas de la historia, para ser adorada por su belleza, por su valor y por sus fantásticas hazañas.

Weatherby, a través de la prensa telefilmada y de todos los medios de comunicación, había dado al asunto un tremendo alcance. Los famosos, como Jan Hallek, el genial cazador interplanetario, considerado segundo, tras Gerry, habló brevemente ensalzando la categoría de la chica y la calidad de los hombres de su tripulación. Ostentosamente, deseó a Gerry la mejor suerte y permaneció cortésmente distante del profesor Kurtt.

El Alcalde del Gran New York, corrientemente un candidato presidencial, hizo un cálido elogio del valor de Gerry Carlyle y de su inteligencia. En cierta forma, procuró considerarla ligada al partido político que representaba.

El gobernador de Idaho, principal líder de la política del Alcalde, ensalzó brillantemente la idea simbolizada en aquella expedición entre el capital y el trabajo. Si su partido llegara al poder en las elecciones del próximo noviembre, prometió tomar como lema tal condición en el país.

Gerry y Tommy Strike estuvieron contemplando todo aquel hablar y hablar a través del equipo televisor instalado a bordo de *El Arca.* Estaban cansados hasta el agotamiento. Durante

una terrible semana, casi sin un minuto de descanso, se habían ocupado fanáticamente de Ja tremenda tarea de equipar la astronave para un largo viaje interplanetario.

Los poderosos centrifugadores fueron perfectamente comprobados por expertos mecánicos, para estar seguros de no sufrir ningún fallo de fuerza motriz en pleno espacio. Y una caravana sin fin de mercancías, alimentos, medicinas, ropas, agua, libros para lectura y diversión de las horas de descanso de la tripulación etc., fue entrando a través de las esclusas de *El Arca.* Armas de todas clases se estibaron en el arsenal con la munición abundante correspondiente. Se examinaron los trajes espaciales y todo él equipo de instrumentos científicos.

Se había planeado sobre la carta estelar una trayectoria, por Lewis, el astronauta jefe, y vuelta a comprobar por la propia Gerry. Ella y Tommy tuvieron que echar mano a sus últimos restos de energía para poder continuar su terrible programa y ultimarlo a tiempo.

En aquel momento, Tommy daba enormes chupadas a la famosa pipa, con la que salvó la vida a su novia en los bosques de Venus, contra los escarabajos voladores, en la memorable ocasión en que se obstinó en capturar un murri. Por razones sentimentales, siempre había rehusado la idea de tirarla a un canasto como cosa inservible.

-Me parece a mí -observó Tommy Strike- que este pájaro de Kurtt es aborrecido enteramente por un tipo que no es muy peligroso. ¿Por qué no proporcionarle el beneficio de la duda?

Gerry hizo un gesto de desdén.

-Ven aquí y mira su espacio-nave.

La espacio-nave de Kurtt descansaba no muy lejos del astropuerto. Era de unos dos tercios de la envergadura de *El Arca,* evidentemente un antiguo modelo de reactores modernizado. Una sección, en vez de ser de metal, estaba enteramente construida de cristal para permitir al espectador ver el interior de la espacio-nave. El cristal especial tenía un tinte verdoso indicando el alto contenido de un compuesto metálico que le convertía en el más fuerte tipo de cristal posible, para resistir tan elevadas presiones.

-¿Ves eso? -preguntó Gerry-. Ese chapucero de Kurtt ha hecho dos o tres cortos viajes a la Luna o quizás a Marte. Suele cargar su navío con animales enfermos de algún Zoo, y luego va por ahí voceando a bombo y platillo sus hazañas interplanetarias para sacar el dinero a la gente. Se comporta como un antiguo hechicero. Sólo trata de vender copias de su libro con faltas gramaticales, lo cual es un triste relato de lo que él cree fueron dramáticos incidentes en su miserable existencia.

Tommy hizo un gesto.

-Creo que ese fulano te resulta poco simpático. ¿Otra vez tu intuición femenina?

-Sólo es un chapucero vulgar. ¿Es que vas a defenderlo?

-No seré yo quien lo haga. Tú crees que es un embaucador y eso es suficiente para mí. Lo que me preocupa es tu propensión a subestimarle. Después de todo, no olvides que hay mucho dinero tras él. ¿Ves esos tubos reactores? Están fabricados con los materiales más resistentes y ultramodernos, lo que significa que nuestro amigo tiene que haber instalado unos nuevos motores completamente puestos al día con energía atómica, usando Uranio 235. Y eso es muy costoso. Por lo demás, se muestra muy confiado, teniendo en cuenta que jamás ha hecho un viaje a Saturno.

-El mejor reactor espacial de todo el sistema no puede contender con *El Arca* en velocidad. Apostaría a que podríamos reducir su vuelo a la mitad del tiempo si tuviésemos que hacerlo.

Gerry conocía su nave y su casi ilimitado poder de fuerza centrífuga. No sentía ningún temor por el particular. Se vieron interrumpidos por un mensajero que llegó corriendo excitadamente. El momento culminante de la barahúnda existente en el exterior había llegado, y la presencia física de Gerry Carlyle era necesaria. Suspiró, hizo un trazo mágico con su lápiz de labios, se suavizó sus hermosos cabellos, y echó un vistazo de consulta a un espejo próximo. Y entonces, con un guiño a Strike, se dio prisa, seguida de su novio, para mostrarse en el astropuerto principal.

Librodot

Cuando la famosa pareja hizo su aparición, los aplausos y los vivas se hicieron ruidosos e interminables. Una nube de cámaras disparaba sin cesar desde todos los ángulos posibles. Los cazadores de autógrafos reñían una verdadera batalla por la firma de Carlyle «Cázalos-Vivos». Las inevitables amigas de la juventud trataban de tocarla, abrazarla e incluso quitarle algún recuerdo personal, ya que el nombre de Gerry era sinónimo de encanto personal, mucho mayor que la estrella de cine mejor pagada, que jamás hubiera actuado para la productora «Los Nueve Planetas, Inc.».

En una rápida batalla relámpago, la pareja pudo escapar y deslizarte ante la batería de micrófonos. Y fue una terrible sorpresa. El innato sentido de Strike de jugar limpio le inclinaba en cierto modo a hacer justicia a un camarada de aventuras. Había sentido cierta lástima, de todos modos, por su universal impopularidad. Pero Kurtt, realmente, era una persona verdaderamente indigna de aprecio.

Era alto y más bien enjuto, y con todo tenía un vientre visiblemente redondo y abultado. Estaba casi calvo y unos ralos cabellos medio cubrían su cráneo, empapado de algún tónico capilar grasiento. Mientras hablaba, un diente de oro brillaba rítmicamente al recibir la luz del sol. No dejaba, constantemente, de adoptar posturas grandilocuentes, sin dejar de aburrir a los reporteros con los sucesos de su propia vida. Ni que decir tiene que se hallaba excitado al verse en una tribuna pública, y en primera fila. Era, en resumen, la clase de persona que siempre se evita, no por ninguna razón particular, sino por completo desinterés.

-¿Ves lo que quería decir? -le dijo Gerry a su prometido, mientras avanzaba con una encantadora sonrisa, dirigida al Alcalde. Strike afirmó con un gesto de cabeza. Lo veía perfectamente. Se dio cuenta que, sin ningún esfuerzo, Kurtt le resultaba personalmente un tipo desagradable.

Tommy se las arregló para ocultarse a sí mismo en la primera fila de la multitud. Aquello era para Gerry. Strike no tenía el menor deseo de pronunciar discursos, ni de estrechar la mano de nadie, y aguardó con despego a que los dos contendientes fuesen presentados, momento que aprovecharon las cámaras de color. Gerry, en nombre de la deportividad, tenía que chocar la mano, parecida a la garra de un zorro, de Kurtt. La chica escuchó con paciencia el pomposo panegírico que de ella hizo su contrincante. La llamó «encantadora señorita» y se refirió a sus éxitos y conquistas «a despecho de la desventaja de su sexo». Mucho tiempo después de todo esto, concluyó con una piadosa esperanza que la victoria debería corresponder al mejor.

Strike aguardaba, molesto y a disgusto, las inconfundibles muestras de irritación que se iban manifestando en las facciones de Gerry. Por fin terminó el discurso y en el aplauso que siguió la clara voz de Gerry surgió con una pregunta.

-¿Dónde está Von Zorn?

-¿Cómo... cómo ha dicho, *miss* Carlyle, por favor?

-No se evada, *profesor.* -Y se volvió directamente a los micrófonos-. ¡Señoras y caballeros! Se estarán ustedes preguntando, sin duda, quién es la persona responsable de esta apuesta. Hay solamente un hombre que yo conozca en todo el sistema solar que tiene el sorprendente mal gusto de tratar de destrozar mi profesión. Von Zorn, el productor de películas, es esa persona y quien apoya a este profesor, esperando hundirme en mis negocios. Von Zorn no se encuentra aquí, porque no tiene la clase de nervio que necesita un verdadero nombre. O quizá supone que se ha superado de nuevo a sí mismo. O...

El horrorizado locutor de la televisión se apresuró a cortar la escena que estaba siendo televisada a millones de personas. Reduciendo el sonido, fue desfocando a Gerry hasta que puso fin a la emisión.

Strike sacudió la cabeza. La combinación resultante de la enemistad lejana de Von Zorn y la conducta fuera de ética de Kurtt, habla sido ya demasiado. A despecho de su rigurosa y exquisita educación, el famoso temperamento de la chica se le escapaba de las manos de vez en cuando. Pero entonces ¡había sido por todas! Naturalmente todo el mundo estaba de su parte. Sin embargo, algo podía ir mal y resultar equivocada la propia Gerry. ¿Qué ocurriría si

venciese Kurtt? La humillación, para una criatura tan orgullosa como Gerry, sería insoportable. Sí, en aquella ocasión la buena suerte de Gerry se estaba forzando demasiado lejos.

Strike empezó a tener una pequeña y sombría premonición. Más próximo que nunca, vigilaba la ceremonia. Gerry, como se había acordado de antemano, tenía que hacer pública su selección del monstruo, cuya captura era indispensable para obtener la victoria. Gerry nombró al dermafos de Saturno, así llamado de acuerdo con Murray -el gran pionero explorador cuyos libros se consideraban de texto en todos los colegios-, porque la piel de la bestia tenía un débil resplandor fosforescente.

A Kurtt, para mayor intranquilidad de Strike no pareció importarle mucho la decisión de Gerry. Se conocía muy poco sobre el dermafos, excepto lo que se había estudiado en los escritos de Murray y de uno o dos exploradores más. Lo describían como un monstruo relativamente grande de tamaño y más bien raro. Confiada en su tripulación y de que serían capaces de superar cualquier obstáculo, Gerry había propuesto una bestia que fuese realmente difícil de capturar. Pero Kurtt se mostró sonriente y aprobando con la cabeza, de completo acuerdo. Su completa confianza en sí mismo dio a Strike mucho en que seguir pensando.

Por fin, la ceremonia llegó a su término. La policía puso en orden al inmenso gentío, dejando aclarado el espacio-puerto para la salida de las dos espacio-naves, Strike aguardaba a su novia en la puerta principal de *El Arca.*

-¿Se te ha ocurrido pensar, gatita, qué es lo que se juega en esta tonta carrera? Lo has echado todo a rodar. Si esto fracasa, podremos considerarnos barridos para siempre, tras tus interesantes pero descorteses y fanfarronas manifestaciones. Y no parece que Kurtt esté actuando como si no estuviese convencido de ganar...

Gerry sonrió con completo aplomo.

-¿Intuición masculina, amor mío? -repuso la chica mimosa-. Sé que me he comportado como una gata; pero, simplemente, no he podido evitarlo. De todos modos, procuraré ser en adelante una buena chica y pondré mis cinco sentidos en esta carrera. Así no tendrás que preocuparte tanto de quién va a ganar. Eso está, mi bravo guerrero, metido en el saco.

-Hum... Ya veremos -repuso Strike pensativamente, mientras los cohetes reactores de Kurtt empezaban a tronar poderosamente.

El infierno, tal y como Dante lo describe, es un lugar bastante desagradable. Pero por cuanto respecta a fealdad, inhospitalidad y peligro, todo aquello falla en comparación con el planeta Saturno. Veintiún días en aquella tierra triste y sin fin convencieron a Tommy Strike de la absoluta fealdad repelente del planeta. Sólo existía un aspecto favorable. La gravedad en la superficie de Saturno no era muy diferente de la de la Tierra. Todos los demás aspectos concernientes a aquel mundo maloliente sólo permitían la incomodidad y el peligro para los seres humanos. De ello estaba Strike bien seguro, cada vez que contemplaba el paisaje helado y desierto.

La superficie de Saturno era escabrosa. Unas montañas tremendas surgían masivamente hasta perderse en la neblinosa atmósfera a una escala tal, que habrían empequeñecido las más altas de la Tierra. La mayor parte de su superficie estaba completamente helada. Aquello no se debía a la temperatura, ya que el calor intenso del planeta proporcionaba suficiente apoyo para sostener la vida, sino a la gran presión ejercida por la capa de miles de millas de atmósfera de Saturno. Aquello se probaba por los ocasionales afloramientos de un tipo de roca azul grisácea que era, en realidad, amoníaco solidificado.

Unos pasos retumbantes a lo largo del corredor de *El Arca* llamaron la atención de Strike. Era Gerry, vestida con el traje especialmente diseñado para resistir en aquellas presiones anormales. Como una precaución extra, se usaba helio, en lugar de nitrógeno, para, prevenir cualquier posibilidad de las «mezclas» gaseosas.

-¿Más observaciones? -inquirió Tommy un tanto aburrido.

Ella le sonrió con gentil comprensión.

-Sí, todavía algunas más. Pero nuestras tres semanas de trabajo nos han dado espléndidos resultados. Ya que no se prolongará mucho más. Sé que esto es terriblemente aburrido y pesado; pero comprenderás, al igual que yo, que nos enfrentamos contra una desconocida e inclasificada forma de vida. La mayor parte de la gente, por supuesto, cree que nuestro oficio está terminado cuando encerramos, tras haberlo capturado, un ejemplar cualquiera y lo llevamos a la nave. Y realmente es entonces cuando empieza la parte más difícil. Cogerlos vivos es mucho más fácil que guardarlos y conservarlos vivos.

-Ya sé, ya sé -repuso Strike, que se conocía la lección de memoria-. Necesitamos hacer un duplicado exacto en el interior de *El Arca* de todas las circunstancias que han rodeado la vida del animal. En cuanto sea posible, deberemos saber cuáles son sus costumbres, qué come y bebe, qué respira y en qué cantidad. Transportar una criatura viva a través de millones de millas de espacio libre, en un ambiente extraño, no es asunto para un aficionado.

Gerry aplaudió desgarbadamente con sus pesados guantes.

-¡Bravo! A veces pienso que realmente estás aprendiendo algo de mis negocios. ¿Vamos, héroe mío?

Strike hizo una mueca retorcida; pero se volvió obedientemente hacia el traje que le esperaba en el compartimiento de descompresión. Unos momentos más tarde, convenientemente vestido, echó a andar con Gerry por el suelo endurecido por las bajas tierras de Saturno. Sería sobre el mediodía, aunque realmente la luz diurna del planeta sólo era un pálido reflejo de la noche. Gerry miró inquisitivamente al cielo, investigando el estado del tiempo, y observó las apretadas masas de nubes pasar en la altura. La tormenta de aire diaria estaba a punto de ceder. Entonces se hallaba en su terminación, confinada en las capas superiores de la atmósfera. Saturno sufría tremendos ventarrones de amoníaco y metano, rugiendo por encima del principal cuerpo de la atmósfera de hidrógeno-helio.

El Arca yacía abrigada en el fondo de un valle de moderado tamaño, un lugar de aterrizaje que había sido elegido, en parte, porque permitía un refugio contra los elementos; pero mayormente porque suponía una notable característica de la atmósfera del planeta. Existían todavía trazas de oxígeno en Saturno. Habiendo sido el más pesado de los gases en el planeta, el oxígeno se había ido reuniendo en focos en las partes más bajas del suelo. Dependiendo la vida animal del oxígeno, aun en un mundo tan miserable, el resultado era una serie de «islas» de vida, distribuidas sobre Saturno, y que existían solamente donde aún quedaba suficiente remanente del elemento vital respiratorio. Naturalmente, aquello ayudaba mucho la búsqueda de Gerry. *El Arca* sólo saltaba de valle en valle hasta encontrar un agujero en que pudiera buscarse el dermafos que trataban de capturar. Después de localizar una colonia, todos sus esfuerzos se dedicaban a realizar los análisis del ambiente circundante del animal, para reproducirlo fielmente en el interior de la astronave.

Hallándose Gerry y Strike deambulando por un sendero que ya les era familiar, se encontraron con otros miembros de la tripulación, ya ocupados en su trabajo. Una parte de ellos se afanaba en recoger grandes cantidades de vegetación para transportarla al interior de *El Arca* y alimentar al dermafos. Las plantas eran invariablemente vegetales de poca altura sobre el suelo, para prevenir el ser desarraigadas por los terribles vientos que castigan la superficie de Saturno. Tenían las hojas espesas y espatuladas, como algunas especies de cactus ornamentales, y de color oscuro. Otras tenían la forma de racimos de alcachofas y algunas como si fueran hongos de gran tamaño y achatados. Existía un tipo, el favorito del dermafos, que parecía una col grande y achaparrada.

Conforme iban marchando, las rachas de viento que de vez en cuando les llegaban les enviaban una gran cantidad de insectos de duros caparazones que se estrellaban contra sus trajes metálicos. En una ocasión, algo como un pájaro alocado, batiendo las alas pesadamente, pasó rozando junto a ellos, gritando sin cesar: ¡Miiiii! ¡Miiiii! Se trataba del pájaro chillón de Saturno.

Más lejos, Gerry se detuvo ante una pequeña y densa mancha de matorrales que tenían un cierto parecido con las plantas del café del Brasil, en la Tierra, cuya savia proporcionaba un

sucedáneo parecido a la aromática bebida terrestre. Pero la planta extraordinaria de Saturno era la planta especial de hojas azules. Con sus hojas puede hacerse una ensalada gustosísima, mezclada con sus frutos, y de su savia puede destilarse una deliciosa bebida. Y como complemento, de su floración rosácea se obtiene además una deliciosa esencia perfumada. Gerry se adentró vivamente en ellas recogiendo una gran cantidad en un saco que llevaba a la mano.

En un momento dado, Strike apuntó hacia algo que parecía colgar de una roca y desde lejos daba la impresión de hallarse ligado a ella por un hilo invisible, mientras se agitaba al viento.

-Sí, es una cometa -dijo a Strike la chica, por su equipo de radio.

La cometa de Saturno es un extraño animal, en cierta forma parecido a un enorme murciélago terrestre; pero con ocho patas ligadas entre sí por membranas. Con unas glándulas especiales fabrica un hilo largo y fino, enormemente resistente, con el que se sujeta a una roca, dando el aspecto de una cometa volando. Aquella criatura era insectívora, y durante los periodos ventarrones que barren la superficie del planeta ese cable, más resistente que una cuerda de piano, le permite cernerse en el aire, como un paracaídas, y atrapar los millares de insectos que el viento hace estrellar contra su distendido cuerpo membranoso.

-Me gustaría arreglármelas para capturar un par de bichos como ése -indicó Gerry-. Tengo una idea para hacer una fortuna de ellos.

-¡Déjate de bromas! ¿Cómo? ¿Para venderlas a los chiquillos cuando llegue el mes de marzo?

-No digas bobadas, Tommy. Sería cosa de capturar dos de esos monstruos, para obtener, estirándolo, el suficiente hilo como para tejer una chaqueta u otra prenda que jamás habría vestido nadie. Debe ser algo fantástico. ¿Se te ocurre pensar el precio que adquiriría un fibra así, de obtenerla sintéticamente?

Strike desdeñó responder a su novia. En pocos momentos entrarían en el área donde habían localizado al dermafos. El animal era más bien un ejemplar de una especie rara, aunque todavía existían algunos en Saturno, y su localización resultaba extremadamente difícil, si bien la bestia, como todas las de su especie de sangre fría, andaba poca distancia cada vez. En efecto, sin volver a buscar demasiado, los dos cazadores volvieron a localizar al dermafos. Strike se quedó mirándolo fijamente.

El dermafos era ciertamente una criatura de desencanto y de apariencia melodramática. No existía nada de excitante en él, como en el látigo de Venus, o el caco del Satélite V de Júpiter. Ni tampoco existía nada especial de atractivo, como los famosos comedores de energía de Mercurio. Aparecía simplemente como un enorme lagarto de diez pies de longitud, con una córnea cresta en la espina dorsal y una piel dura y espesa. Tenía sus peculiaridades, sin duda. Sus seis patas, de dos dedos cada una, indicaban que la evolución de Saturno había tenido en cuenta el denso y rocoso suelo del planeta. Más extrañamente, a despecho de las indicaciones de Murray, que lo mostraba como resplandeciente con cierta fosforescencia, al igual que muchas de las criaturas que pueblan las profundidades submarinas, aquel dermafos no aparecía con semejante resplandor fosforescente. Por lo demás, aparecía como una bestia nada sorprendente en conjunto. Inmediatamente surgió la cuestión de cómo capturarlo.

-Bien, ¿qué programa tenemos para hoy, gatita? -deseó conocer Strike.

-Una libra de carne. El doctor Kelly está jugando el papel de Sbylock y le gustaría una muestra de nuestro amigo, para hacer un análisis. Está trabajando en el rompecabezas del por qué el dermafos no fosforesce. No hace otra cosa que hacer fotografías y realizar toda clase de pruebas y ensayos.

Strike consideró la situación. La piel del dermafos era demasiado espesa para cualquier clase de inyección anestésica aunque podría ser gaseado temporalmente y dejarlo inconsciente. Pero aquel sería el medio normal para capturarlo y a Gerry le disgustaba anticipar a sus víctimas el medio que tenía preparado contra ellas. Algunas de las formas de vida planetarias eran sorprendentemente adaptables. Después de un disparo anestésico, podían

desarrollar una inmunidad inmediata contra tal ataque repetido.

-Los grandes reptiles son siempre perezosos -advirtió Tommy-. Apostaría a que puedo arrancarle un pedazo antes de que se dé cuenta de lo ocurrido.

Tommy seleccionó un hacha de mano de los instrumentos que colgaban en ganchos alrededor de su cinturón en el traje espacial. Confiadamente, comenzó a andar alrededor del dermafos, por la parte trasera, mientras permanecía como dormido en el espeso follaje. Apuntando a su larga cola, le tiró un rápido hachazo. Instantáneamente perdió el equilibrio por el ataque de una tonelada de carne viviente presa de la mayor furia. Cayó pesadamente al suelo y el mundo pareció girar en torno de él como un tiovivo a increíble velocidad.

Cuando sus ojos pudieron mirar las cosas convenientemente, Strike se encontró a sí mismo mirando fijamente las fauces abiertas del dermafos. Un grito terrible de su novia le llegó a los oídos.

-¡Tommy! ¡Tommy! ¿Estás herido? ¡No te muevas, ahí voy!

Strike hizo una mueca torcida.

-Calma, todo va bien. Creo que no podrá herirme con este traje metálico. Colócate tras de mí y tira sobre esta bestia un disparo de calor. Y escucha, Gerry, recuerda tu credo... nada de heroísmos inútiles. Procura quedar fuera de todo peligro...

Un leve suspiro en los auriculares de Strike fue la única señal de que la chica se hallaba bajo el control de sus nervios de hierro. Durante un instante aquello fue una tregua armada, mientras el dermafos trataba de tomar una decisión. Con el hacha en una mano y un trozo de rabo en la otra, no quitaba Strike los ojos de las horribles fauces mortales del espantoso monstruo de Saturno.

En aquellos breves instantes, Tommy pudo advertir que la bestia estaba armada con agudos dientes en la parte frontal y una serie de muelas en el interior. Aquello demostraba que probablemente sería omnívoro, aunque ninguno de la expedición le había visto tomar otra cosa que vegetales. Además, cuatro de los colmillos más potentes estaban apoyados por glándulas de alguna especie. La secreción ácida de tales glándulas goteaba sobre el traje metálico de Strike, sobre el pecho, y era tan potente que el metal del traje espacial comenzó a atacarse.

Más allá del alcance de la visión de Strike, Gerry entró en acción. El dermafos se revolvió súbitamente y puso en movimiento su enorme corpachón, para hacer frente al nuevo atormentador. Strike aprovechó la circunstancia para salir rodando sobre sí mismo y evitar el aplastamiento del monstruo. Aun en tan confuso instante de actividad, Strike pudo captar de reojo el lugar de la cola en que Gerry había disparado sus rayos caloríferos, hallándose humeando en aquel momento. Aquello debió haber dañado al dermafos sensiblemente. Y el breve drama terminó inmediatamente. Strike se puso en pie y se colocó en lugar seguro al otro lado del claro del bosque mientras que Gerry empujaba lejos al perezoso dermafos.

Los dos corazones se reunieron Strike se inclino ceremoniosamente y ofreció a su novia el trozo de cola del animal.

-Con los saludos de la gerencia -dijo con afectado acento-, para la señorita Carlyle.

Cuando aparecía algún peligro físico para cualquiera de los dos, siempre el otro tenía algún gesto conmovedor, aunque el riesgo era constante en aquella profesión.

-Hay veces, como en esta ocasión -dijo la chica lentamente-, en que pienso en enviar al diablo todo esto.

-Y establecerte en una casita en el Oeste, ¿verdad?

Y ambos se guiñaron recíprocamente. Gerry no podría nunca, por su propia voluntad, dejar aquel riguroso y excitante oficio en el cual era un elemento de fama mundial. Era algo que llevaba en la sangre, como una enfermedad incurable. Pertenecía a la clase de personas que debería morir con las botas puestas, seguramente, en algún mundo distante, donde ningún ser humano hubiera puesto el pie jamás. Y la vida, para ella, era aquel juego apasionado de cazar las más extrañas formas de vida y las más monstruosas, para que millones de personas fueran a recrearse al Zoo Interplanetario de Londres. No había otra forma de existencia, y ambos lo

sabían.

Dejando atrás la momentánea situación sufrida, la pareja volvió lentamente hacia *El Arca.* El doctor Kelly, el irlandés de cabello rojizo que se hallaba a bordo como biólogo experimentado, y que hablaba con un notable acento de Harvard, les encontró en cuanto salieron del compartimiento de descompresión. Excitado, mostró al aire el trozo de dermafos que acababan de entregarle. Dio las gracias y se precipitó hacia su laboratorio. Gerry se le quedó mirando.

-Parece que tiene prisa el doctor -observó la chica.

Y comprendió la razón inmediatamente. Volviéndose hacia la cabina de control, ella y Strike se tropezaron con el teniente Barrows, cuya faz juvenil estaba preocupada. Suspiró con alivio cuando vio llegar a sus superiores.

-¡Oh, señorita Carlyle! Ha ocurrido algo inesperado. El profesor Kurtt nos ha visitado hoy.

-¿Kurtt, aquí? ¡Pero eso es imposible! Saturno tiene treinta y dos mil millas de diámetro... No podría caer sobre nosotros, como un cobrador del metro...

De nuevo, Strike sintió aquella sensación de desagrado que nunca creyó haber sentido por Kurtt. El chapucero profesor, que parecía un tipo aburrido e incapaz de matar una mosca, revelaba de cerca sus nefastas cualidades. Tommy había aprendido bien a no subestimar jamás a ningún adversario, y reconoció la fría e inteligente agudeza de aquel individuo. Y aquel último movimiento le hizo sentirse más a disgusto que nunca.

-Me atrevería a decir -remarcó- que no le habrá costado mucho dar con nosotros. Saturno parece ser muy pobre en depósitos metálicos; por tanto, con un buen detector, ha podido muy bien localizar *El Arca* rápidamente. No, no es eso lo que me preocupa. Es más bien por qué ha venido...

Barrows dijo que prácticamente la mitad de la tripulación estaba fuera de la astronave cumpliendo con las tareas asignadas. Los restantes, los científicos, se hallaban en sus laboratorios.

-Cuando salí fuera de la cabina de control -observó- encontré a Kurtt y a cuatro de sus hombres merodeando a lo largo del corredor principal, como si fueran los propietarios de *El Arca.* Me pidió excusas por haber entrado; pero dijo que nadie había respondido a sus llamadas. Trató de sacarme información acerca de nuestros progresos; pero perdió el tiempo. -Y Barrows miró con acentuada complacencia.

-¿Se ha marchado ya? -preguntó Gerry.

-Oh, sí, señorita...

-¿Sabe la tripulación que Kurtt ha venido aquí?

-Los que hay en la nave le han oído hablar conmigo, mientras trataba de echarlo fuera con cualquier excusa. Lo sabe el doctor Kelly y el doctor...

-¿Ha dejado entrever Kurtt algo de lo que está haciendo desde que llegó a Saturno?

-Bien, creo que está algo preocupado. Creo que todavía no ha podido localizar ningún dermafos, *miss* Carlyle.

-De acuerdo. Hemos hecho mal con no poner guardia, y es obvio que Kurtt ha venido a olfatear si nosotros lo hemos encontrado ya y de ser así robárnoslo en nuestras propias narices.

Gerry respiró fuertemente y comenzó a dar órdenes al alarmado Barrows.

-Que venga toda la tripulación. Los quiero a todos aquí, y tan pronto como lleguen dígale a Kranz que tome a cinco hombres con él, armas y bandas magnéticas. Que se ocupe el propio Kranz de nuestro dermafos; pero que no se mueva hasta que tomemos contacto con él por radio.

Que se limite a esperar y proteger nuestra propiedad, en caso de que Kurtt intente una mala faena. ¡Todo el mundo en pie de guerra! ¡Vamos!

Después de disparada aquella andanada de órdenes, Gerry fue inmediatamente a la cabina de control y conectó el transmisor de radio:

-¡Atención, exploradores! ¡Denme sus informes inmediatamente! ¡Tráingalos enseguida a la cabina de control! ¡Saldremos inmediatamente!

Antes de salir a la captura de algún monstruo extraño, Gerry tenía la costumbre de asesorarse de sus científicos, de toda característica e información precisa, para saber a qué atenerse. Se reunían todos los datos en una conferencia, presidida por Gerry, y se tomaban las decisiones oportunas. Si todos estaban de acuerdo para el transporte seguro de la presa, la expedición podía considerarse terminada.

El presente cónclave se produjo rápidamente a presencia de Gerry. Se habían realizado análisis de la vegetación y de cuanto rodeaba al dermafos. Se aportaron la serie de datos del mayor interés, entre los cuales algunos de ellos concernían al propio planeta. Aparentemente, Saturno, localmente al menos, era muy rico en uranio. Aquel hecho habría podido ser la base de una fortuna años atrás. Pero después del descubrimiento de los inmensos depósitos de uranio en la Luna, el preciado mineral en un planeta tan distante como Saturno seguía siendo interesante, pero de un valor sólo relativo.

El punto más interesante era el haber descubierto que las plantas, especialmente las parecidas a las enormes coles, alimento favorito del dermafos, parecían utilizar el uranio, al igual que las plantas terrestres utilizan el azufre y otros minerales. Entre el follaje se habían encontrado depósitos de sales de uranio. El informe más interesante fue el proporcionado por el doctor Kelly, basado en un breve análisis de la muestra de carne del dermafos, y que Strike le había proporcionado en persona. Decía así:

«El hecho de que la bestia no apareciese fosforescente, había venido preocupándome. Se me ocurrió pensar que tal fluorescencia sólo fuese mostrada en las fotografías tomadas por Murray. Por supuesto, el dermafos no muestra ese fenómeno a simple vista. Pero hay muy pocas sales minerales que florezcan bajo el impacto de los rayos ultravioleta. Recordé que el electroscopio mostró la presencia de uranio, el cual reacciona bajo los rayos ultravioleta. Entonces se me ocurrió pensar que sería enteramente posible que las fotos de Murray hubiesen sido tomadas con bulbos de «flash» ultravioleta. En consecuencia, hice el mismo experimento con mi propia cámara y luces UV. ¡Y es seguro que se trata del uranio del dermafos, en sí mismo lo que causa la fosforescencia bajo la acción de los rayos ultravioleta! La consecuencia es que la bestia ingiere uranio. Esto no era posible afirmarlo sin un prolongado estudio del animal, bien fuese vivo o por disección.

»Nuestros organismos necesitan y usan diversas sales minerales, desde luego. Mi sospecha es que el uranio, en forma de sales, actúa como un agente catalítico en los procesos de su metabolismo y digestión, en cierto modo como lo hacen nuestras propias glándulas del tracto digestivo. Después, cumplida su función, son eliminadas sin alteración, a través de la piel. Esto sólo es una suposición, desde luego, y...»

-Buen trabajo, caballeros -interrumpió Gerry-. Eso me dice cuanto deseaba conocer. Vamos a realizar nuestra captura inmediatamente. Quiero salir de aquí enseguida, ya que nuestro rival está rondando por ahí cerca y se le puede ocurrir la idea de desvalijarnos. ¡Barrows!

-Sí, señorita.

-¿Están todos los alojamientos preparados?.

-Hay dos de ellos que son una réplica exacta de Saturno, hasta en el último detalle. Ya he situado todos los ejemplares incidentales, como la cometa y el pájaro chillón, de acuerdo con sus órdenes. El segundo alojamiento es para el dermafos. Le llevaremos solo, para que no haya posibilidad de que se desgracie por cualquier otra causa nuestra presa.

-Bien, entonces llame por radio a Kranz -ordenó Gerry-. Dígale que haga la captura. Debe resultarle totalmente sencillo. Que use bombas de gas anestésico, desde luego. El resto de ustedes, preparados para la salida.

La habitación quedó inmediatamente vacía, quedando solamente Gerry y Strike. Pos unos quince minutos trabajaron silenciosamente, preparándolo todo para la partida de *El Arca.* Después, Strike, mirando por una de las lucernas del navío, vio a Kranz volver con su grupo

Librodot

de hombres. Tras ellos y suspendido por las bandas de gravedad, ajustadas exactamente para neutralizar la fuerza gravitatoria del planeta, el dermafos, sumido en un profundo sueño, era acarreado a toda marcha, sin ningún problema.

-Kranz está de vuelta -dijo Strike-. Y trae la presa.

Gerry saltó de alegría, con los nervios de punta.

-Está bien. -Y suspiró con alivio-. Esto termina nuestra estancia aquí. Se ha hecho un buen trabajo y de veras que estoy contenta con dejar este lugar. Y ahora, algunas semanas inconfortables en el espacio y después la victoria y su celebración. El profesor Kurtt, soy feliz al decirlo, está derrotado en toda la línea.

Strike se calló; pero en su interior sentía la vaga idea de haber pasado algo por alto, un sentimiento casi de augurio inmediato sobre algo raro. Todo parecía haber sido demasiado fácil. ¿Sería aquello la calma que precede a la tempestad?

Y lo fue. Cuando sólo se hallaban todavía a una corta distancia de Saturno, estalló el desastre.

-¡Abandonen el navío!

La llamada sonó a través de todos los altavoces de la astronave y en cada rincón de *El Arca.*

-¡Abandonar la nave! ¡Preparados para abandonar la nave!

Aquel grito ya había sonado algunas veces en el interior de *El Arca,* pero sólo en periódicas salidas en salvavidas, como ejercicios tácticos, practicados como emergencia, que ninguno soñaba que llegara a ser una realidad. *El Arca,* uno de los más grandes navíos del espacio, había sido construido con todos los recursos de la ciencia moderna, para convertirlo en algo inexpugnable contra todos los asaltos del espacio o las imprevistas condiciones de los mundos extraños. ¿Podría una nave así ser destruida? Era algo que parecía imposible.

La quieta y fría voz de Gerry Carlyle, tan calmosa como si estuviese ordenando la hora de la cena, llegaba a través de los altavoces a cada compartimiento.

-¡Abandonen la nave! ¡Preparados para abandonar la nave!

A todo lo largo y lo ancho de *El Arca* se produjo una ordenada confusión. El poderoso casco de la nave fue terriblemente sacudido por algún disturbio anormal de su interior. Se produjo la quinta explosión que aumentaba la gravedad de su situación y que la había sacudido de popa a proa. El informe que llegó del departamento de motores era incoherente. Las enormes centrífugas se desmoronaban y quedaban fuera de servicio inexplicablemente. Cada vez que un grupo de rotores saltaba roto de su emplazamiento, surgía volando y atravesaba como un proyectil la doble protección del casco de la gigantesca astronave. El panel de control mostraba una impresión de completa catástrofe, como si hubiese sido aplastada por el disparo de algún arma cósmica.

Parecía un milagro que no se hubieran producido algunas bajas entre la tripulación todavía.

Al escaparse el oxígeno en el vacío del espacio, los mamparos automáticos comenzaron a cerrarse. En el interior de la nave se oían enormes trozos de metal desgarrado hacer un ruido terrible, mientras que el fuerte olor del amoníaco comenzaba a filtrarse por los corredores de la nave. Uno de los departamentos preparados con presión igual a la interna del planeta Saturno saltó hecho pedazos al exterior, quizá debilitado por la rotura de las paredes adyacentes a la sala de motores.

No se produjo ningún pánico. Rápidamente, los miembros de la tripulación se reunieron, tomando los artículos y equipo necesarios, ya designados de antemano como vitales para tales casos de emergencia. Y seguidamente, tres de ellos, en cada pequeño aparato salvavidas, fueron ocupando su sitio en tales pequeños reactores en miniatura, albergados en las bodegas de *El Arca.* Una señal luminosa se encendía en el panel principal de control cada vez que uno de aquellos aparatos abandonaba la nave nodriza. Rápidamente *El Arca* fue vomitando, uno tras otro, aparatos con hombres, monstruos y equipo, como en una, fantástica y surrealista fiesta nocturna de los antiguos romanos.

En el mirador de glasita de *El Arca* Gerry Strike, fieles a las tradiciones antiguas,

esperaban a que toda la tripulación estuviese a salvo para abandonar la nave en último término. Conforme salían los pequeños reactores salvavidas una nueva luz se encendía en el panel de control. Finalmente aparecieron siete luces encendidas. Todos los salvavidas estaban fuera. Cerniéndose en el espacio a cierta distancia de *El Arca,* esperaban futuras órdenes de sus jefes. Gerry echó un vistazo final de cuanto le rodeaba. Aquello había sido su verdadero hogar, más que ningún otro lugar del mundo. Entonces, Strike y el jefe astronauta Lewis se dieron prisa. Recogieron todos los mapas e instrumentos de precisión, de navegación y vuelo espacial.

-¿Todo en orden, caballeros? -preguntó Gerry fríamente.

-Todo dispuesto.

Ambos hombres evitaron todo sentimentalismo. Sabían que Gerry estaba con el corazón destrozado mucho más amargamente que ellos, y sabían también que ella rechazaría cualquier demostración dé debilidad femenina. Era uno de los rasgos que más admiraban en ella.

Los tres últimos personajes de *El Arca* se dirigieron al salvavidas y Strike puso en funcionamiento el reactor, alejándose del peligro. Tomaron una curva en el espacio hacia atrás de una media milla. *El Arca,* herida, navegaba a la deriva sin esperanza y sin apoyo. Dando vueltas lentamente, *El Arca* mostraba un boquete tremendo en la popa. Las ruinas enmarañadas de uno de sus grandes centrifugadores aparecían por aquel agujero como los intestinos de una bestia despanzurrada. Contra el brillante casco de la astronave se perfilaba una de las cometas de Saturno. Había sido esparcida al estallar su alojamiento vecino a la sala de motores. Acostumbrada a las presiones internas de Saturno, la cometa había explotado literalmente en jirones. Aquello sería lo que podría ocurrir a todas las especies animales expuestas al espacio vacío.

Gerry se encogió de hombros. Rápidamente, sin embargo, estableció una comunicación de onda corta con los náufragos y los atrajo formando una pequeña colmena de peces plateados en la inmensidad del vacío cósmico. Lo primero sería hacer frente a la situación. La primera consideración era que hacía menos de veinte horas que habiendo salido de Saturno, el accidente trágico se había producido tan inesperadamente, todavía en período de aceleración. El planeta Saturno brillaba gigantesco en pleno cielo. Sus eternos anillos, como un perpetuo arco iris, parecían tan cercanos que se creía posible que cualquiera de los náufragos del espacio pudiera tomar un trocito con sus propias manos.

Y antes de que Gerry pudiera emitir una orden, en aquella situación, una voz excitada tronó en el altavoz del equipo de radio.

-¡Miss Carlyle! ¡Capitán Strike! ¡Se nos aproxima una nave por la popa de *El Arca!*

Gerry y Strike se quedaron mirándose fijamente el uno al otro como tocados por una descarga eléctrica. ¿Otra nave? ¿Un rescate?

-Es increíble -dijo Gerry en un tono sombrío-. Las posibilidades de que nos encontremos con otra nave en esta parte del sistema solar son millones contra una, en este preciso instante y en esta situación especial. -Y repentinamente las dudas le asaltaron-. No irás a suponer...

Y se lanzaron ambos para observar el exterior. Gerry lanzó un gruñido salvaje.

-¡Ese cerdo de Kurtt! Tenía que mostrarse en una ocasión como ésta. Preferiría más bien no ser rescatada que tener que...

-No te figurarás que es una mera coincidencia, ¿eh?

-insinuó Strike en voz baja y tensa.

La señal del radiófono zumbó. Con repugnancia, Gerry levantó la palanca. Llegando a través de la pantalla televisora, la voz untuosa de Kurtt derramaba una estudiada simpatía.

-¿Es usted, *miss* Carlyle? ¡Oh, querida amiga mía, qué terrible desastre! Espero cordialmente que ninguno haya sido herido. ¿Qué les habrá podido ocurrir? Alguna debilidad de la estructura de *El Arca,* no hay duda...

Strike vio que Gerry empezaba a explotar con su famoso temperamento.

-Esta es ocasión para emplear la diplomacia, gatita -murmuró. Y encarándose con el

transmisor, repuso-: Mire, Kurtt. Hemos sufrido un desastre. Bajo tales circunstancias, por supuesto, nuestra competición tiene que echarse a un lado. Si tuviese usted la amabilidad de aproximarse y llevarnos a bordo...

-Todo a su tiempo, míster Strike -replicó Kurtt con suavidad-. Todo a su tiempo.

Pero su nave, en vez de rescatar a los náufragos, se dirigió al costado de *El Arca* pegándose en ella como una lapa en el casco. Atónita por lo que suponía, Gerry tomó unos binoculares para ver mejor y pudo distinguir la parte encristalada especial del navío de Kurtt. Aquella parte estaba parcialmente llena con vegetación de Saturno, la mayor parte con aquel tipo parecido a las alcachofas y de las plantas de hojas azules, sin la menor duda puestas allí para alimentar ejemplares capturados vivos. Se veían algunos, pero seguramente ningún dermafos. Pero la presencia del dermafos no tardó en aparecer. Algo borrosamente, a través de los cristales verdes, Gerry pudo ver unas figuras en movimiento y una puerta que se abría resbalando de costado. Explotando de rabia, la chica gritó:

-¡El ladrón se está llevando nuestro dermafos! Semanas enteras gastadas en preparar nuestra captura antes de encontrar un solo ejemplar. Y ahora este bastardo se lo lleva con sus manos lavadas. ¿Cómo es posible que haya empleado tal procedimiento?

Y como si fuese una respuesta a su angustiosa exclamación la untuosa voz de Kurtt llegó nuevamente.

-Son las leyes del salvaje, *miss* Carlyle como usted sabe. Detesto tomar ventaja de su infortunio; pero por otra parte todo está permitido en el amor y en la guerra. Es algo más bien afortunado para mí, que no tuve tiempo de localizar un dermafos, antes de que usted estuviese dispuesta a partir de Saturno. Es el castigo por viajar en una pequeña nave como la mía. Pero ¡qué afortunado será este ejemplar por hallarse ahora en seguridad en su departamento! ¡Podía haber sido lanzado al vacío y ser destrozado! ¡Una lástima!

-Bien -restalló Strike-. Ya tiene usted su dermamos. Ahora, échenos una mano, ¿quiere?

-¡Ah, a eso iba a referirme! En realidad, mi pobre espacio-nave es tan pequeña... Es la culpa de no ser ni rico ni famoso. Es una pena pero aquí no tenemos espacio para más pasajeros. Falta de oxígeno y alimentos, ¿usted comprende? Podría tomar dos o tres personas a bordo, pero ¿cómo podría elegir para llevármelas y a quién debería abandonar? -Y emitió un suspiro piadoso-. ¡Oh, no, Dios mío! Lo siento, pero está más allá de mi pobre capacidad el poder ayudarla. Sin embargo, puede quedar en la absoluta seguridad de que procuraré enviar una expedición de rescate tan pronto como pueda tener contacto por radio con la Tierra.

Strike se aproximó al micrófono y como un trueno le escupió, como si fuera una serpiente:

-¡Kurtt! Usted no puede hacer eso. ¡Es un asesinato! ¡Usted no puede marcharse y dejarnos abandonados en mitad del espacio! ¡Kurtt! ¿Me está escuchando?

Pero los reactores de la nave de Kurtt ya estaban disparados a toda velocidad, ganando el momento de vuelo oportuno. Se esparció una llama rojiza, alejándose como una exhalación del costado de *El Arca.* Para ser una espacio-nave pequeña, la velocidad era algo sorprendente. Un minuto más tarde se había desvanecido en el espacio cósmico. Finalmente, la oscura forma ya perdida en la lejanía desapareció totalmente en la negrura del espacio interestelar.

Strike se volvió hacia su novia.

-Tenía la sospecha de que habíamos subestimado a ese pájaro. Es el asesino a sangre fría, del más repugnante estilo que jamás haya visto en toda mi vida. Bien, habrá que hacer algo útil. Von Zorn le ha apoyado en todo, para que venza de todas formas. El contrato del Zoo, *El Arca* y nosotros... todo perdido irremisiblemente.

Gerry retorció los hombros mientras unos extraños y burbujeantes sonidos surgieron de su garganta. Repentinamente, echó la cabeza hacia atrás y estalló en una carcajada sin fin.

-¡Oh, ya pensé en algo de esto! ¡Qué broma para el pobre Kurtt! Pero él no lo sabe todavía.

Strike y Lewis se miraron fijamente, uno al otro, con un asombro horrorizado. ¿Habría sido afectada Gerry, la de los nervios de hierro, por un ataque de histerismo? La simple idea les aterró, en aquel momento en que tan escasas posibilidades tenían de salvarse. Los dos

hombres se apartaron de la chica, pretendiendo hallarse ocupados en cualquier cosa. La cordial risotada de Gerry cesó al fin. Se dirigió hacia una vitrina y sacó una carta estelar de emergencia, que todos los astronautas llevan consigo, al abandonar la Tierra. Un mapa del sistema solar, donde estaba marcado cada puesto de socorro, lugares de abastecimiento en caso de graves averías, enfermedad o cualquier otro desastre que pudiera ocurrir en un punto cualquiera del espacio.

El dedo de Gerry trazó rápidamente un círculo alrededor del sistema propio de Saturno. Los cuatro satélites más próximos estaban pintados de negro, significando con ello que estaban carentes de aire y de cualquier utilidad posible. Rhea se hallaba marcado con una cruz roja, indicando riqueza de minerales. Los dos más lejanos, Febo y Japeto, lo estaban con flechas que mostraban que allí existía carburante para cohetes y depósitos de alimentos para los vagabundos del espacio. Hyperion era demasiado pequeño para tenerlo en cuenta. Pero Titán, el más grande de todos, estaba señalado con cruces rojas y azules, indicando habitabilidad y riqueza de minerales.

Gerry se enfrentaba con la necesidad de tomar una decisión vital. Además, no podría cambiar tal decisión, una vez tomada. De tal puñado de satélites podría tener la fortuna de tomar tierra en alguno de ellos, pero sólo una vez. Después de hecha la elección no existiría posibilidad alguna de ir a otra parte, a menos que *El Arca* fuese reparada. Los diminutos navíos de urgencia en que entonces navegaban eran inútiles para distancias cósmicas.

Con fría determinación, Gerry dejó a un lado la carta estelar y se volvió a la biblioteca que se hallaba en aquel momento amontonada en el fondo de una gran caja. Aquella pequeña librería era su orgullo. Era la más completa en su clase en todo el sistema y había sido formada y recopilada por la propia Gerry. Era un extracto de cuantos hechos y conocimientos se relacionaban con los planetas del sistema solar, sus satélites y asteroides. En aquellos libros figuraban todos los exploradores, desde Murray hasta el momento presente, y las grandes figuras de cazadores interplanetarios, tales como Hallek y Gerry Carlyle. Había otras distintas contribuciones técnicas de todo género, incluso de Tony Quade, el famoso cameraman de Hollywood en la Luna, y secretario de los Cameraman del Espacio, con toda clase de datos relacionados a su especialidad.

Tomó el volumen relativo a Saturno y sus satélites, buscó la parte dedicada a Titán y hojeó rápidamente las páginas. Titán era extraordinariamente rico en minerales, de casi todo tipo concebible. Sólo el enorme costo del transporte impedía el establecimiento de factorías de explotación comercial. La atmósfera era respirable y sus temperaturas, en apariencia, no eran muy extremadas. Lo más notable, de acuerdo con las anotaciones de Murray, era la existencia de una vida civilizada en Titán. Las ciudades habían sido construidas con un ingenio asombroso para el empleo de los metales. Pero las notas de Murray eran muy escuetas sobre el particular. Parecía ser que los habitantes de Titán lo eran en escaso número y tenían dificultades para comunicarse entre sí, aunque eran criaturas extremadamente amistosas.

El hecho de que existiese aquella vida altamente evolucionada sobre el satélite, no era nada extraordinario. Se habían descubierto otras avanzadas civilizaciones en otros lugares del sistema solar. Si algún grupo nómada había decidido lanzarse por el sistema solar para hallar un lugar rico en metales, era seguro que habría elegido a Titán. A Gerry no le interesaba en absoluto hacer ningún contacto social por el momento. Pero era el hecho de la vida civilizada de Titán lo que había decidido su elección. *El Arca* necesitaba ser reparada inmediatamente y sólo podía serlo en Titán.

Como último resorte los habitantes podrían ayudar de alguna forma a reparar la gran astronave. La chica sopesó cuidadosamente aquella posibilidad, ante la innegable realidad de que si cualquier nave distinta tuviese que entrar en el sistema de Saturno, lo haría en alguno de los dos satélites interiores, nunca en Titán. Y confiada en su apreciación y en la capacidad de su tripulación, Gerry hizo finalmente la elección.

Incisivamente fue dando las órdenes necesarias. Los ocho pequeños aparatos salvavidas se movieron a propósito en dirección a *El Arca.* Pegándose a ella como pequeños remolcadores

al costado de un gran trasatlántico, comenzaron a empujar a la poderosa espacio-nave hacia su destino prefijado. El mayor de los satélites de Saturno se aproximaba más y más cerca del lugar en que había ocurrido el desastre.

Poco a poco se apreció un ligero progreso, hasta conseguir el momento de fuerza preciso, ayudado por el creciente efecto de la gravedad de Titán. Y cuando llegó el momento de descender sobre el gran satélite, los pequeños aparatos de escolta tuvieron que tomar una posición invertida y soltar sus reactores como frenos potentes para evitar la caída. La superficie de Titán se extendía ya a una velocidad terrorífica. Desesperadamente el grupo de pequeños reactores defendieron una caída violenta de *El Arca,* disparando furiosamente los chorros de fuego de sus tubos de reacción hasta el límite máximo de su fuerza. En el último momento antes del golpe final la totalidad de la parte baja de *El Arca* se hallaba obscurecida por la salvaje tufarada de todos los reactores que la acompañaban. Calculando el tiempo perfectamente, Gerry dio la orden de apartarse de *El Arca.* La popa de la gran astronave se hundió con un ruido ensordecedor en el suelo de Titán lanzando una enorme nube de polvo al aire. Después, lentamente, el resto del enorme gigante metálico se volcó, haciendo saltar las rocas y el polvo a su alrededor, quedando como un monstruo moribundo, sobre un costado.

Gerry sonrió, satisfecha de su habilidad. Había hecho que la astronave quedase de forma que la parte destrozada pudiese tenerse a mano para su reparación. Poco a poco, como una bandada de curiosos pájaros, los aparatos salvavidas fueron dando vueltas en un amplio círculo. Gerry se secó la frente con un pañuelo y sonrió finalmente a los dos hombres:

-Bien, aquí estamos en Titán, aunque ninguna brillante banda de música haya salido a recibirnos. -Hizo una pausa antes de continuar con voz casual-. Estaba imaginando si este lugar no será nuestra tumba...

Los ojos de todos los ocupantes de los pequeños reactores salvavidas llegados a Titán miraban atentamente, haciéndose mil preguntas sobre la superficie de aquel pequeño y extraño mundo. ¿Habría Gerry Carlyle escogido bien en aquella ocasión el punto de aterrizaje? ¿O le habría traicionado la sucinta información hallada en sus libros, descendiendo en un ambiente tan hostil? Quizá sería que la posibilidad de reparar *El Arca* fuese algo imposible. En tal caso estaban condenados a una muerte lenta y prolongada.

En el salvavidas de mando Gerry y Strike se dedicaron a la rutina de siempre, para aliviar la tensión sufrida, rehusando tomar nada por garantizado. A través de tubos al vacío fueron proyectados al exterior termómetros, calibradores atmosféricos, barómetros y bolómetros. Se tomaron muestras de aire en válvulas de Bradbury, que eran analizadas automáticamente. Se hicieron todas las observaciones visuales necesarias a través de las escotillas de glasita, ya que Titán se hallaba bien iluminado por reflexión de la luz del enorme globo de Saturno.

La superficie del satélite era más bien irregular y montañosa. Conos serrados en los bordes, de posible origen volcánico, formaban una larga serie de colinas con un paso que permitía traspasarlas a alguna región situada más allá. Muchas dunas de color ceniciento, seguramente formadas por cenizas volcánicas, salpicaban todo el paisaje circundante. Se intercambiaron entre los pequeños aparatos toda clase de informes y observaciones, hasta que se formó un aspecto bastante real de la situación. Resultaba incluso favorable, más aún de lo que sugerían las anotaciones de Murray. La fina atmósfera estaba grandemente nitrogenada, con helio y oxígeno, e indicaciones de otros gases en cantidades inapreciables y de equilibrio inestable. El metano estaba presente en cantidades poco estimables. Aquello, siendo el producto de la descomposición orgánica, indicaba claramente la presencia de vida vegetal.

La temperatura era ligeramente más baja que la del punto de congelación del agua. Sin duda alguna, Titán recibía calor de Saturno y del Sol, no disminuida por cualquier capa absorbente atmosférica. La gravedad de un cuerpo como Titán debería ser aproximadamente la mitad de la existente en la Tierra. Con un orgullo comprensible, por su talento y su capacidad, Gerry finalmente tomo contacto con los restantes aparatos.

-Nos hallamos en completa seguridad, muchachos. Tomad una botella de oxígeno y un

Librodot

tubo y hacer una aspiración con él cada minuto o así, para evitar las burbujas sanguíneas. Las armas a la mano, por si fuera preciso. ¡Todo el mundo fuera!

Un débil clamor llegó a los auriculares procedente de los demás aparatos. Los salvavidas dejaron escapar su cargamento humano y tras un breve período de estirar las piernas y ajustarse a la temperatura y a la débil gravedad de Titán, Gerry organizó sus fuerzas para cubrir su grave propósito en aquel trance difícil que había que resolver. La extensión de los daños tenía que ser calculada por los ingenieros y los trabajadores de la astronave. Una parte, bajo el mando del capitán Strike, se preparó para reconocer las inmediaciones de la vecindad y asegurarse de no tener en sus proximidades hostiles formas de vida. Usaron uno de los salvavidas utilizando todo el combustible que quedaba en los tanques de los otros siete. Finalmente la propia Gerry encabezó otra expedición para examinar con todo detalle *El Arca.*

Strike volvió con un claro, preciso informe. La única cosa de interés era una de las ciudades que Murray había descrito. Se encontraba a pocas millas más lejos del sitio en que se hallaban, pero estaba aparentemente desierta. Gerry, a su vez, informó que el destrozo de *El Arca* era comparativamente pequeño en relación a lo que habían supuesto. El golpe dado en Titán en el aterrizaje de emergencia había sido suavizado expertamente. Unas cuantas roturas no demasiado grandes del casco y algunas fisuras en el interior, eran los daños del navío. Los compartimientos habían quedado abiertos al espacio exterior y la sala de motores y el primer alojamiento saturniano próximo a ella.

Ambos grupos se reunieron para apreciar más de cerca los daños causados, comenzando inmediatamente a sacar al exterior los destrozos. Con bolletas de oxígeno en una mano y tubos en la boca, parecían una reunión de turcos dando chupadas a sus narguiles. En el interior, donde los ingenieros, estaban provistos de equipos portátiles de Rayos X se hallaban los dos grupos gemelos centrifugadores. Marchaban en dirección opuesta componiéndose por millares de diminutos rotores que trabajaban a cincuenta mil r.p.s. El principio había sido descubierto y comprobado hacía tres cuartos de siglo por el profesor Rouss, de la Universidad de Virginia.

Los rotores de Rouss funcionaban a fabulosas velocidades por segundo sobre inyecciones de aire comprimido, obteniendo una fuerza centrífuga de un millón de veces tan potente como la gravedad. *El Arca,* una astronave potente con centrifugadores de este tipo, era el último modelo desarrollado de aquel antiguo descubrimiento y su doble sistema centrifugador de la popa era lo suficiente poderoso como para mover una montaña. Tras una hora de dura labor, el ingeniero jefe informó a Gerry. En su rostro había una singular expresión.

-Y bien, Baumstark -urgió la chica impaciente-. ¿Qué es lo que ocurre?

Hablando con brevedad Baumstark respondió:

-Hemos reconocido con Rayos X los centrifugadores, miss Carlyle. El de estribor se halla sin daño alguno. El otro se halla en mala situación. -Y se auxilió con varios trozos de film-. Vea usted misma lo que muestran los tipos de Lauen: una avanzada cristalización. Grandes secciones de los rotores han sufrido un colapso debido a la fatiga del metal al mismo tiempo y saltado en añicos.

-¿Y tiene usted idea de cuál ha sido la causa?

Baumstark tomó algunos de los tubos y trozos de metal de manos de uno de los mecánicos y los mostró a Gerry como evidencia de lo sucedido.

-Creo que se debe probablemente a una sobrecarga de vibración. Encontraremos esto aplastado entre una colmena de rotores destrozados. Alguien ha introducido deliberadamente esto entre los centrifugadores, creando así ritmos de vibración que inducen a la fatiga del metal. Hemos sufrido un sabotaje, miss Carlyle, sin duda alguna.

Gerry y Strike se intercambiaron una significativa mirada.

-¡Vaya! -murmuró Strike-. Mi sospecha estaba bien fundada. El amigo Kurtt, evidentemente, encontró tiempo para hacer la faena antes de que Barrows le encontrara deambulando por el interior de *El Arca.* Listo, en un sentido, y más peligroso que una bomba. Ello entraría en efectividad solamente cuando hubiéramos partido y los centrifugadores

entrasen en pleno rendimiento. Kurtt deseaba estar seguro de que no existirían restos de la catástrofe hasta que nos halláramos en el espacio exterior. Con suerte, el vibrador habría saltado al exterior a través del agujero abierto en el casco, y jamás habríamos conocido la causa del desastre. Kurtt, por supuesto, sólo tenía que merodear a nuestro alrededor y mantenerse a segura distancia en Saturno. Más pronto o más tarde sabía que pondría su garra sobre nuestro dermafos, sin problema alguno. No es de extrañar que apareciese tan contento cuando fue elegido el dermafos, ni de que fuera en Saturno. Se encuentra lo suficientemente lejos de las líneas regulares interplanetarias como para que cualquier socorro o rescate pudiera interferirse en sus planes criminales.

Gerry, cuya desconfianza instintiva había estado tan bien probada, y tan lógicamente fundamentada, aceptó la evidencia de aquella traición repugnante con una sorprendente calma y sangre fría. Sonrió a sus amigos.

-Tengo más bien piedad por el pobre Von Zorn, cuando volvamos a casa.

Strike la miró turbado.

-¿No irás a creer que Von Zorn ordenó a Kurtt que hiciera semejante cosa?

-Oh, no. No me aprecia mucho, porque yo le conozco por la chapucero que él es. Pero juega limpio. De eso puedo dar garantía. No. Von Zorn se quedará asombrado cuando sepa a qué clase de asesino ha alquilado para este trabajo. Pero sigue persistiendo el hecho concreto de que Kurtt es el hombre enviado por Von Zorn. Creo que podré hacer negocio con este hecho cuando estemos de vuelta.

-Si es que volvemos, querrás decir. Kurtt no ha querido que sobrevivamos y para ello ha ido muy lejos en el trabajo realizado.

-De acuerdo. He aquí la próxima pregunta -y se volvió al ingeniero-: Baumstark, ¿podríamos arreglarnos con un solo centrifugador?

-No, miss.

-Entonces, ¿qué supone que habrá que hacer con las reparaciones?

Baumstark miró a su alrededor resignadamente, se mojó los labios y se encogió de hombros.

-Se han roto docenas de rotores o se han estropeado sensiblemente. Probablemente habrá que reemplazar doscientos de ellos. Tenemos muy pocos de repuesto, eso es todo. Yo... yo no veo cómo será posible poner en marcha *El Arca,* miss Carlyle.

Se produjo un profundo silencio. El corazón de Strike golpeaba tan fuerte que repercutía en sus botas, mientras pensaba en Kurtt corriendo al encuentro del triunfo con el fruto de sus trabajos. Hizo una mueca retorcida, de coraje y desesperación. Por lo que concernía a Gerry Carlyle, quizá sería la única mujer en todo el sistema solar que aceptase una decisión adversa sin la menor protesta. Y antes de que ningún signo de derrotismo pudiese vencer a sus hombres comenzó a dar órdenes con su acostumbrado espíritu. En *El Arca* se montó un pequeño horno de fundición de inducción eléctrica que Gerry montó en el exterior. Entonces despachó a cuatro hombres con el encargo de buscar y traer minerales. Con aparatos especiales no solamente se localizan cuerpos o minerales metálicos, sino que también se registraban infinitesimales diferencias de resistencia eléctrica, señalando qué clase de metal estaba presente. Tenía que usarse una poderosa aleación para soportar la fenomenal velocidad de los centrifugadores. Sólo una combinación de fortísimo y ligero berilio y el densamente fuerte y pesado metal de neutroxita, inexistente en la Tierra, podía ser usada a tal fin. Aquello había sido localizado originalmente por los propectores de minerales.

Surgieron otras dificultades. Baumstark parecía sacárselas del casco, como un mago. La primera era la cuestión de fundir los metales, el homo de inducción consumiría un tremendo cupo de amperes. Y tal fuerza no podía ser proporcionada por los generadores de *El Arca.*

-Forzar el generador -fue la respuesta de Gerry.

Pero el ingeniero hizo resaltar que a pesar de todo no dispondrían de una fuente de energía suficiente para que el generador de la astronave produjese el necesario amperaje. Tommy Strike resolvió este problema.

-Con vapor -dijo-. Utilicemos uno de esos tanques que usamos para transportar especies acuáticos y dispongámoslo como una caldera. Precisamente algo mas allá, a cosa de media milla, hay un bosque de alguna especie. Hay muchos árboles sin hojas y creo que será una madera excelente para hacer una buena hoguera y alimentar la caldera. No he visto evidencia de agua en Tritón, mientras que hemos estado explorando; pero podemos fijar una trampa para ahorrar la mayor parte del vapor y usarlo en circuito cerrado.

La facilidad con que eran vencidos todos los obstáculos por la ingeniosidad del capitán y de la tripulación de *El Arca* inspiraban un sentimiento de irresistible confianza en todos ellos. Gerry resplandecía de orgullo. Aquello era el resultado de una cuidadosa selección, severa disciplina y rígido entrenamiento y años de constante recordar que cualquier posible contingencia debería ser prevista por anticipado.

Bajo tales circunstancias ella pudo dar la bienvenida a aquel desafío basada en su capacidad y en su autosuficiencia. Pero la infame traición de Kurtt -quien paradójicamente aparecía más grande cuando más lejos se hallaba de allí-, no dejaba tiempo para ninguna complacencia.

Pero hubo algo que faltaba antes de comenzar el trabajo y que fue encontrado una hora más tarde. Los buscadores de mineral volvieron al campamento con una clara muestra de triunfo en los ojos, como aquel legendario buscador del 49 cuando encontraba la veta principal de una mina. Ambos minerales, el berilio y la neutroxita, se habían localizado muy cerca, prácticamente en la superficie del terreno. Sería pues, comparativamente fácil disponer de minerales en cantidad.

Gerry inmediatamente parceló los distintos trabajos y la labor comenzó furiosamente. En aquella estación del año de Titán el satélite estaba iluminado, tanto por Saturno como por el Sol, las tres cuartas partes del día. Por tanto, en tal aspecto los hombres perdían poco tiempo a causa de la obscuridad.

Las demoras ocurridos se debían a causas imprevisibles totalmente. La primera ocurrió al acabarse repentinamente una rica veta de neutroxita casi pura. Al volver *al* trabajo, tras la corta noche del satélite, los hombres encontraron que el mineral se había desvanecido como por encanto. El examen de Gerry mostró que existían cuatro agujeros de unas seis pulgadas de diámetro, y casi juntos uno con otro, que habían sido barrenados extrañamente en la pared de la galería, debilitándola hasta el punto de amenazar ruina. Los agujeros eran suaves como el cristal y aparentemente continuaban hacia el mismo interior de las entrañas de Titán.

-Si ninguno de vosotros, muchachos, habéis hecho estos agujeros -observó Gerry- entonces han debido serlo por un animal de madriguera de cierta especie. Bien, me quedaré de guardia por aquí y mientras vosotros continuáis el trabajo veré si puedo echarle la vista encima al que nos pone tales pegas...

Y el trabajo continuó, porteándose sacos y sacos de mineral hacia *El Arca.* La ligera gravedad del satélite permitía manejar a los hombres con facilidad lo que hubiera supuesto ciento de libras en la Tierra. En un momento dado, se oyó un chillido extraño dentro del túnel y los trabajadores se dieron prisa a salir corriendo. Gerry, con la pistola de rayos caloríferos en la mano, esperó en la boca de la mina.

De repente surgió un chorro continuo en todas direcciones de polvos y trozos de rocas y una extraña criatura se apareció a la vista. Tendría el tamaño de una marmota, pero completamente redondo. La boca estaba situada precisamente en el centro de la cabeza, perfectamente circular, armada con un formidable juego de dientes.

Dos ojos diminutos brillaban profundamente en unas peludas concavidades. Balanceándose erecta como una muñeca mecánica, la misteriosa criatura miró fijamente a Gerry. La chica se dirigió hacia la bestia lentamente, esperando capturarla por el cuello. Inmediatamente el animal se volvió de cara a la pared de la cueva. De su cuerpo circular surgieron una serie de aletas situadas al azar alrededor de todo el cuerpo. Aquella bestia comenzó a tornear el terreno a una marcha furiosa, como una Barrena viviente, taladrando literalmente la pared con sus terribles dientes. En diez segundos, la extraña y misteriosa criatura se había desvanecido.

Fue Kranz quien mirando por encima del hombro de Gerry le dio el nombre en una chispa de inspiración.

-¡Le llamaremos el topo giratorio!

Los topos giratorios -había cuatro en la familia local-, demostraron muy pronto ser una molestia con su constante barrenar dentro de la mina. Cuando surgían al exterior se quedaban mirando fijamente a los hombres como esos encargados de las obras públicas que contemplan una excavación. Desesperada, Gerry imaginó un dispositivo para capturarlos.

Aborreciendo por principio el matar ninguna forma de vida, Gerry pensó utilizar sus rifles hipodérmicos de gran poder, pero aquello habría destrozado a un animal pequeño como el topo giratorio. El gas anestésico se habría diluido demasiado de prisa en una atmósfera tan tenue como la de Titán para ser eficaz. Y tras haber cavilado un buen rato, fue uno de los hombres quien suministró a Gerry la clave precisa para capturar a los animales sin producirles daño. Primeramente se les espantó tirándoles una cantimplora medio vacía. Los topos salían huyendo y después volvían corriendo al sitio donde el jugo de la pina se había vertido en el suelo. Sin duda alguna el jugo de frutas les resultaba tentador. Aquello hizo la cosa fácil. Gerry fabricó una ratonera que llenó de latas de jugo de pina, dentro de la trampa, en la segunda noche. A la mañana siguiente se encontró con los cuatro topos giratorios cogidos en la ratonera. Tendrían que esperar para conseguir la libertad.

-¡Qué buena propaganda para los fabricantes de jugo de pina! -exclamó Gerry mientras los ponía fuera de peligro-. Deberían pagar por ello.

Después de que el generador de caldera hubo funcionado, ocurrió otra interrupción. La primera hornada de neutroxita fue vertida sobre moldes de arena. El proceso de fundición del mineral había sido satisfactorio cuando la electricidad se debilitó, inesperadamente. Comprobando los cables desde el generador hasta el horno, Strike descubrió que alguien había interpuesto una barra de cobre delgada a través de los cables conductores de energía. Lo puso de lado con la punta del pie. Tres minutos más tarde se produjo otro cortocircuito. Tommy de nuevo se vio obligado a quitar la barra de los cables. Esta vez después de haberla apartado con el pie se agachó para recogerla. Pero recibió una suave descarga eléctrica. Cuando arrojó la barra precipitadamente, la barra de cobre comenzó por sí misma a «caminar» alejándose del lugar.

-¡Vaya! -exclamó Strike maravillado-. ¡Quieres jugar!

Y persiguió a la barra de cobre vagabunda. Se zampó rápidamente entre la pila de madera para calentar la caldera del generador. Con un rápido movimiento Strike esparció todos los palos, pero la barra de cobre había desaparecido.

Empezó a jurar y a refunfuñar mientras escrutaba los alrededores. Gerry, fascinada por sus extraños movimientos, se le aproximó.

-¿Qué ocurre ahora?

Su novio se lo explicó brevemente.

-Debe ser alguna especie de camaleón -concluyó Tommy-. Primero imitó los cables. Y ahora deberá estar imitando los trozos de madera. Probablemente genera una corriente dentro de sí mismo, al igual que la anguila eléctrica. Quizá si esperamos un poco se moverá nuevamente.

Gerry sacudió la cabeza exasperada.

-Y sin duda alguna se está divirtiendo y calentándose, cortando la corriente de los cables a cada oportunidad. Otra molestia para la maquinaria que tendremos que suprimir inmediatamente.

Con todo cuidado empezaron a cambiar de lugar la pila de leña en busca de un trozo que les produjese el contacto una suave descarga. Una advertencia en voz alta de Baumstark les avisó de su presencia. A sus espaldas el camaleón había serpenteado para absorber el jugo del homo esta vez. Trataron de rodear la *cosa* que ahora se parecía a una barra de cobre. Pero se escapó corriendo como un lagarto demasiado rápidamente para ser capturado a mano.

Completamente molesta por tales demoras, Gerry ordenó, con cierta repugnancia, resistiéndose a llevarlo a cabo:

-No tenemos tiempo que perder en estudiar a este pequeño mendigo, ni de descubrir cómo cazarlo. Si no tenemos una inspiración, dentro de una o dos horas habrá que pegarle un tiro sin más consideraciones.

Afortunadamente la inspiración deseada les llegó. En el departamento de Gerry había un gran espejo, la única concesión femenina a la vanidad propia de sexo, que la chica llevaba en sus viajes de exploración. Llevó, pues, el utensilio y lo dispuso a lo largo del lugar favorito del camaleón: los cables eléctricos; disponiéndolo de forma que sólo se reflejara en él el azul obscuro del cielo.

Pasó la tercera breve noche y Gerry se despertó con el sonido de una sonora carcajada. Dándose prisa se encontró a Tommy haciendo muecas y apuntando hacia el animal. El camaleón en su estado natural parecía un pingajo de carne con patas. Yacía retorciéndose inútilmente contra el espejo, esparciendo débiles chispas eléctricas. En parte aparecía azul y el resto tomaba la forma cambiante de un color moteado.

-El pobre diablo trató primero de imitar la nada, mirando al espacio -explicó Strike finalmente-. ¡Y después se vio en el espejo por reflexión y trató de imitarse a sí mismo! Y el resultado natural ha sido un ataque de nervios.

Tras este interludio nada vino a interrumpir el trabajo en la nave. Los metales fueron fundidos y vertidos en los moldes. Las ruedas de esmeril funcionaban para suavizar los pequeños rotores, antes de estar dispuestos a colocarse en la matriz del inmenso centrifugador. Y entonces fue cuando se enfrentaron con la mayor de todas las complicaciones: ¡Resultaba imposible soldar los rotores!

-Es el berilio, miss Carlyle -explicó Baumstark preocupado-. Hemos usado sólo un calor moderado para fundirlo y ha ido bien. Hemos tenido que emplear un calor terrorífico para fundir la neutroxita y también la cosa ha marchado. Pero ahora, cuando nos hemos dispuesto a soldar directamente, hemos de emplear bastante calor para afectar a la neutroxita, lo que resulta excesivo para el berilio, que se oxida inmediatamente. Necesitamos un fundente o no podremos hacerlo.

Después de que todas las cosas habían marchado tan bien, aquel obstáculo insuperable puso a Gerry al borde de las lágrimas. ¿Había cometido el error fatal que todos los aventureros cometen, más pronto o más tarde?

Cuando había elegido Titán para refugiarse, más bien que a los otros satélites, Gerry se había jugado una partida. Yendo a Febe o a Japeto, podía haber sido posible llenar a tope los tanques de combustible de los pequeños reactores salvavidas, dejando espacio solamente para el piloto. Con una diestra navegación y mucha suerte, algunos de ellos habrían alcanzado los satélites de Júpiter y reunir los minerales en el puesto fronterizo de Ganímedes, organizando allí una partida de salvamento para lo que hubiera quedado en Titán. En su lugar, Gerry lo había arriesgado todo a una gran decisión, siguiendo su especial forma de ser. Era una apuesta: la completa reparación de *El Arca* y el triunfo en la carrera con Kurtt, algo contra lo imposible en aquellas circunstancias. Pero ella lo había deseado: o todo o nada.

Por primera vez Gerry conoció la terrible sensación de lo desesperado.

Pero aún le quedaba en la mano un triunfo que jugar en aquella partida a vida o muerte. La chica conservaba las notas de Murray concernientes a una raza civilizada en Titán, que disponía de una gran técnica en el uso de los metales. Si aquellas gentes seguían viviendo en el satélite, podrían ayudarles. Si se habían marchado, como parecía indicar el informe de Strike de la ciudad desierta observada, quizá los náufragos pudiesen leer entre las ruinas algo que pudiera serles de utilidad.

Todavía quedaba carburante en uno de los reactores, por tanto, Gerry, Strike y el teniente Barrows saltaron al pequeño aparato. Salieron disparados hacia el norte, a la ciudad que Strike había observado anteriormente en su exploración. Después de haber cubierto una distancia de unas seis millas la avistaron. A media milla de sus límites existía una planicie y allí posaron la

Librodot

pequeña nave con suavidad.

El trío examinó precavidamente la extraña ciudad a distancia prudencial. Parecía haber sido construido para una población de unos veinte mil habitantes, tomando en cuenta la proporción terrestre, y con una sorprendente y extraña geometría. Los dibujos se parecían a los usados por el hombre, pero la finalidad se evadía de la comprensión humana, ignorando cuál sería el propósito original de los constructores primitivos. En los alrededores la ciudad era un montón de ruinas, como si un monstruo invisible fuese devorando la ciudad poco a poco hacia el interior, donde parecía estar en excelente condición. Y en todo aquel conjunto de una rara belleza no se veía moverse ni a una sola criatura. Barrows rompió el silencio que les envolvía.

-¿No resulta increíble la persistencia de la vida y cuan indomable es? La encontramos por todas partes bajo las más terribles condiciones... en el infierno de Mercurio, entre las ciénagas de Venus y rebulliendo bajo el peso de toneladas de presión en Saturno. Ahora, incluso en esta roca árida, vemos que ha evolucionado una gran civilización. La confirmación de la siembra cósmica de las esporas de Arrhenius, ¿no les parece?

Gerry sonrió.

-Dudo mucho de que quede nada evolucionado en este peñasco vacío. Probablemente vino de algún otro universo hace eones de tiempo pasado. Vamos a explorar esto, sin esperar refuerzos.

Nadie tuvo nada que objetar. Gerry siempre solía recordar las reglas de hierro de su disciplina de seguridad; pero ahora el tiempo corría demasiado de prisa contra ellos. Además, el lugar parecía tan desierto que no se veía razón alguna para precauciones especiales.

Se adentraron en la ciudad. Su primer descubrimiento fue que había sido construida por una raza inteligente de criaturas de menor estatura que los humanos. Las puertas de entrada tenían unos cinco pies de altura, y las ventanas en igual proporción. Singularmente, no existían cristales ni protección alguna en puertas y ventanas, pareciendo significar una total indiferencia por los cambios de temperatura. Mientras los terrestres avanzaban lentamente hacia el corazón de la pequeña ciudad, observaron que se hallaba en un notable buen estado de conservación. Las calles estaban limpias, totalmente libres de polvo o suciedad. Parecía como si la ciudad esperase pacientemente el retorno de sus dueños y se preparase diariamente para tal circunstancia. Los ecos de las botas de nuestros exploradores retumbaban misteriosamente en la completa soledad de la villa.

Gradualmente, mientras Gerry conducía a sus hombres al centro de la ciudad, un curioso sentimiento comenzó a hacérselas presente. Tenían la gradual sensación de que no se hallaban solos, haciendo pausas de tanto en tanto, con todos los nervios en tensión. ¿Serían oídos realmente en el fondo de aquellas misteriosas habitaciones? Una curiosa ojeada al interior de una de las casas, les mostró la existencia de una ornamentación algo burda, pero ni rastro de criatura viviente.

-No me gusta esto -dijo Gerry, poniendo una mano cerca de su arma de rayos caloríferos-. Quizás...

El poderoso retumbar de un enorme gong rompió la quietud del ambiente con dos tremendos golpes. Gerry, Strike y Barrows surgieron de su indecisión y escaparon a todo correr hacia campo abierto a una velocidad tal que habrían batido todas las marcas de una olimpíada, y sin darse un respiro llegaron nuevamente al exterior de la ciudad, donde se pusieron a cubierto junto al pequeño navío reactor.

Cuando volvieron a mirar hacia atrás a la grisácea luz del día, recibieron una tremenda sorpresa. ¡La ciudad estaba viva! Poblada de seres bípedos que llenaban las calles, entrando y saliendo de todos los edificios como si de una ciudad terrestre normal se tratara. El cambio fue tan repentino que los exploradores volvieron nuevamente a la ciudad demasiado asombrados para cambiar impresiones.

Gerry fue la primera en hablar, haciendo uso de la radio, llamando a *El Arca.*

-¡Escuche cuidadosamente, Kranz! -ordenó-. Hemos descubierto una vida civilizada aquí.

No nos queda mucho combustible para el reactor. Por tanto en vez de volver con él deseo que me envíen una partida de refuerzo. Que se dirijan al norte a través del pequeño paso abierto en la montaña. Pero primero vaya a mi habitación y mire en el cajón que hay tras la puerta. En la parte superior hay un aparato con media docena de cables adheridos. Tráigalo y traigan también un nuevo suministro de botellas de oxígeno.

En lugar de esperar Strike dirigió sus binoculares hacia la ciudad y a sus habitantes.

-Creo que no habrá nada que temer -decidió finalmente-. Tienen menos de cinco pies de altura y son frágiles y de contextura débil. Además, ¿no decía Murray que eran gentes amistosas? Seguramente que nos reconocerán como a terrestres, como hicieron con Murray. Vamos. Vamos ahora a hacerles una visita.

Gerry estuvo de acuerdo aunque con ciertas dudas y el trío volvió hacia la ciudad donde se encontraba en el borde un grupo compuesto por cuatro titanios. Como Strike había dicho, eran efectivamente frágiles, uniformes todos en la estatura hasta el último milímetro y completamente desprovistos de cabello. Se vestían con ropas metálicas, en forma de bandas alrededor del cuerpo, como momias vivientes. Resultaba evidente que se vestirían así más bien por modestia que por comodidad, ya que la carne era áspera y dura. Sus facciones eran, generalmente, como las de los humanos. Pero, en lugar de orejas, de cada lado de la cabeza les brotaban cuatro filamentos en forma de una lira.

-Seamos simpáticos con ellos -dijo Gerry con precaución-. Recordad que su buena voluntad es nuestra última esperanza.

Uno de los titanios se adelantó con un gracioso movimiento de las manos e hizo una pronunciada reverencia.

-*Mradna luaow* -dijo cortésmente.

Y Tommy, muy serio, imitó la reverencia del titanio.

-¡No me diga! ¿Republicano o demócrata?

El titanio sonrió inconfundiblemente y de nuevo hizo otra reverencia. Señaló a Gerry y añadió:

-*Ree yura norom.*

-Eso es lo que yo siempre he dicho -convino Tommy amistosamente-. Gran chica, sí señor, pero necesita a un hombre a su lado que le infunda grandes ideas.

Y después de intercambiar una serie de bromas por el estilo, los titanios condujeron a los náufragos al interior de la ciudad. Todo era completamente distinto aquella vez, llena por todas partes del rumor de la vida. Los vehículos se movían en silencio y con rapidez por las calles, aunque no podían distinguirse ni las ruedas ni la causa del poder o de la energía rodante. Ocasionalmente, de reojo, pudieron captar la visión de ascensores dentro de las casas. Durante todo su paso aquel extraño pueblo no hizo el menor gesto de asombro ni se sorprendió lo más mínimo a la vista de sus visitantes.

-Es la más supereducada raza que jamás haya visto en mi vida -comentó Strike incómodo-. En realidad, lo son demasiado. Tienen la exagerada formalidad y el amaneramiento de un pueblo decadente.

Gerry convino en el comentario de su prometido.

-Sí, hay como un aura de decadencia que envuelve todo esto y lo satura. Es una lástima. Son unos hombrecitos tan deliciosos...

La inspección que iban realizando en el interior de la ciudad, en vez de aclarar las cosas iba añadiendo más misterio al ya existente. No se apreciaba la menor señal de maquinaria ni de energía eléctrica. Y nadie parecía ocuparse de trabajo alguno. La vida titania parecía sencillamente, un largo fluir de quietud, diversión y esparcimiento. El camino terminó frente a una de las casas de los titanios. Gerry y Strike entraron, dejando a Barrows en el exterior, para esperar la llegada de Kranz. Encontraron la singular ornamentación de la casa extrañamente confortable, pero con el inconveniente de un techo muy bajo y la falta de luz. Sin duda alguna los titanios podían ver en la obscuridad. Se les ofreció alimento; pero podía darse el caso de que el alimento de una criatura inteligente podía ser veneno para otra. Probaron un poco por

Librodot

cortesía y los dos creyeron ponerse enfermos temporalmente.

Gerry tomó en sus manos un objeto moldeado en forma de vaso, bellamente moldeado, en metal de una increíble ligereza. Trató de romperlo entre las manos, y acabó por golpearlo salvajemente contra las paredes.

-¡Ni se mueve! -exclamó atónita-. Esto debe estar fabricado con alguna aleación. ¡Tommy estas gentes tienen el secreto que necesitamos para reparar *El Arca!* Si pudiésemos aprenderlo...

Y se miraron el uno al otro con creciente excitación.

Para matar el tiempo Strike entretuvo a los asombrados titanios con exhibiciones de fuerza, completamente sencillas para él, ante una gravedad tan reducida. Después trató de encontrar un común denominador en el intento de entenderse por señas. Pero en esto tuvo menos éxito.

Mientras tanto hizo un descubrimiento desconcertante. En el suelo se abría un agujero dentado, aparentemente sin fondo, en la parte trasera de la estancia. Desde allí surgía un hedor nauseabundo que sugería algo horrible.

Finalmente Kranz llegó con cinco hombres de la tripulación. Strike, Gerry y Barrows tomaron las botellas de oxígeno que les trajeron. Entonces Gerry tomó el aparato que llevaba adheridos los cables.

-¡Ahora! -exclamó triunfante-. Ahora podremos hablar con estas gentes.

Su declaración despertó una evidente sensación y todo el grupo entró en la estancia. Los titanios parecían encantados ante la perspectiva de una diversión aportada por aquellos extranjeros de otro mundo. Escucharon con marcada intención y profundo interés, mientras Gerry exponía los principios en que se basaba el dispositivo que manejaba.

-Esto es un casco emisor de pensamientos -declaró la chica con aire de desafiar a cualquier que intentase contradecirla-. Es un invento realizado por mi primo Elmer, en la Universidad Técnica Federal. Esta construido con unos auriculares que llevan unidos una batería especial de energía eléctrica. El pensamiento, desde luego, es una delicada onda eléctrica generada por los átomos del cerebro. Cuando la pieza compañera de este casco se coloca en la cabeza de otra persona, cada una actúa como un receptor supersensitivo de impulsos-pensamientos recíprocos.

-¿Y qué quiere decir eso? Después que tú recojas sus impulsos, tienen que ser reproducidos en tu propio cerebro. ¿Pensó Elmer en eso?

-Elmer pensó en todo -respondió Gerry molesta con ganas de mostrar las uñas-, excepto cómo tratar las interrupciones impertinentes. ¿Puedo continuar, por favor?

-Hum-rnmm...

-Los impulsos recibidos son grandemente amplificados en las espirales de estos cascos. Por inducción eléctricas se producirán impulsos similares en el cerebro de cualquier que se ponga el casco sobre la cabeza. Por tanto, los que los lleven experimentarán los mismos pensamientos que han conectado entre sí. -Y Gerry tomó uno de los cascos, y aproximándose a uno de los titanios le indujo cortésmente por señas a emular su ejemplo. Había otros tres cascos con enchufes hacia el casco principal de Gerry.

-Esos -explicó la chica- son receptores en un solo sentido. Sólo puede oírse lo que llega, pero los propios pensamientos no pueden radiarse. En otro caso se armaría un lío espantoso. Vamos a comprobarlo. Tommy, Barrows, Kranz, ¿dispuestos?

Cuidadosamente Gerry se enchufó un cable en su casco y después en el de los titanios. Se oyó como un débil zumbido, eso fue todo. No se apreciaban impulsos mentales. Strike empezó a hacer muecas.

-Creo que podría derrotar a Elmer con mi lenguaje por señas...

Gerry suspiró.

¡Dios mío, no seáis impacientes! -La terrible incertidumbre y la falta de tiempo se reflejó en su voz como en un sarcasmo-. Los pensamientos humanos tienen un alcance determinado dentro de una longitud de onda especial y debemos procurar encontrarnos al alcance de tales ondas, para oírlos. Cada cerebro tiene una diferencia ínfima con relación a otro. Tenemos que

armonizarlo.

Y empezó a retorcer un pequeño dial en el casco del titanio, radiando cerebralmente la repetición de un sencillo pensamiento:

-Queremos ser vuestros amigos. Queremos ser vuestros amigos.

Los tres hombres también giraron su dial respectivo y simultáneamente captaron la emisión mental de Gerry, dicha sin palabras. Pero antes de que pudieran decir nada las facciones del titanio se iluminaron con el asombro y el placer. Se inclinó profundamente y saludó con las manos con un gesto inconfundible. Gerry levantó las cejas con un gesto de triunfo.

-Ahora vamos a recibir la emisión cerebral de nuestro amigo. Yo diré mis pensamientos en voz alta, así no tendréis que estar conectados a la longitud de onda del titanio.

Hubo entonces unos momentos de silencio y de girar el dial del casco hasta que los pensamientos del titanio llegaron con súbita fuerza.

-Somos felices dando la bienvenida a tan extraños bípedos. Nuestros hogares, nuestros recursos y nuestras vidas están a vuestra disposición.

Aquello sonaba más bien a ritual que a una genuina ofrenda. Gerry cortó momentáneamente su conexión y alegremente dijo a su novio:

-¡Lo que pensaba! Estamos en contacto con una raza inteligente, con sus costumbres, su ciencia, literatura y progreso intelectual. Probablemente tienen la cultura de otro planeta, de un universo distinto. Unas pocas semanas aquí quizá abrirían caminos insospechados a la investigación en todos los aspectos de la curiosidad humana...

-No tenemos esas semanas de tiempo que emplear -interrumpió Strike-. ¿Te acuerdas de Kurtt?

-Sí, claro, Kurtt y la carrera.

Y Gerry comprendió que sus vidas dependían, ante el recuerdo que acababa de hacerle su novio, de su tacto y su ingeniosidad. Comenzó nuevamente a restablecer contacto con el titanio, pero fue interrumpida por el terrible gong que les había asustado poco antes en la ciudad. En el acto los titanios extendieron sus manos con una señal de lamentarlo mucho, pronunciando sus incomprensibles palabras. Gerry captó el final de la idea del titanio.

-Ahora es el Tiempo de la Ofrenda, necesitamos retirarnos. Por favor, no se marchen. Despertaremos enseguida. Nuestros hogares os pertenecen.

Y todos los titanios se expandieron rápidamente, yendo a recostarse sobre sus camas de extraña fabricación, donde se quedaron inmediatamente sumidos en un estado de coma. A través de todos los edificios se oyó el chasquear duro de cientos de diminutos pies golpeando el suelo. El grupo de *El Arca* aguardaba observando atónito los acontecimientos. La tensión se alteró por un chasquido de los dedos de Gerry.

Era una criatura horrible y mal formada la que se quedó mirando a su alrededor, con brillantes ojos, especialmente a los intrusos y después se introdujo en la habitación Erecto tendría aquel extraño animal unos tres pies de altura y se parecía mucho a un caballito de mar, un hipocampo. En la base de su cuerpo, escamoso y nauseabundo, se hallaban cuatro cortas patas terminando en cascos, que le daban una pesada apariencia. Al igual que los titanios eran la más grande expresión de la bondad, aquel monstruo lo era de lo maligno.

-No hagáis movimientos súbitos, muchachos -ordenó Gerry en voz baja-. Ese monicaco parece como si fuese bastante mezquino y repelente.

Se advertía la inteligencia en los ojos de la pequeña bestia, mientras inspeccionaba la inesperada situación. Repentinamente el delgado hocico se abrió, se oyó un silbido penetrante y miró desafiantemente a todos. Había reconocido a un enemigo.

Se había declarado la guerra.

El grupo formado por la gente de *El Arca* se apretujó lentamente hacia atrás para esperar el desarrollo de los acontecimientos. Había algo misterioso, inexplicable. Deseaban conocer los elementos vitales de la situación antes de decidirse a tomar parte en cualquier acción.

El monstruo aparentemente tomó su retirada como una capitulación y enseguida se fue a sus negocios ignorando a los otros. Los cascos hicieron un ruido sonoro de clop-clop mientras

cruzaban la habitación para agacharse sobre uno de los titanios dormidos. De su hocico surgió un objeto largo y fino como una larga aguja. Antes de que nadie pudiera hablar o interrumpir, ¡hundió aquella aguja en la garganta de un titanio!

La acción surgió en un segundo. Alguien disparó su pistola de rayos caloríferos, dejando escapar un relámpago brillante y sin sonido. El monstruo se retorció en un agudo dolor, tambaleándose un segundo. Pero a renglón seguido se volvió silbando furiosamente y cargando contra los terrestres.

Fría y eficientemente Gerry tomó el mando de la situación instantáneamente.

-¡Concentrad los rayos! -ordenó-. La armadura de que está recubierto es demasiado fuerte para los rayos difusos...

Mientras hablaba se desenfundó el arma con un rápido movimiento. Conforme se dirigía hacia ellos el monstruo, sin la menor emoción Gerry dio dos saltos y se apartó del paso de la bestia atacante con el gracioso movimiento de un torero. El animal se estrelló contra la pared de enfrente y cayó fulminado humeando como resultado de una docena de disparos de rayos caloríferos. Inmediatamente de la breve batalla dos bestias más surgieron como por arte de magia de la misma habitación. Por un momento pareció que surgiría otra vez un nuevo disturbio en los estrechos confines de la pequeña habitación. El titanio que yacía aletargado, se incorporó sobre un codo, atontado como un animal que surge del estado de hibernación. Pero se las arregló para indicar a Gerry y a sus compañeros por señas que no hicieran la menor cosa para interrumpir. Y volvió a caer pesadamente sobre la cama, cayendo de nuevo en el anterior estado de coma.

-Quieren que permanezcamos al margen, muchachos -dijo Gerry en el mayor asombro-. Evidentemente esta clase de bestias tienen algo que hacer normalmente con los titanios. Quizá no resulte herido, y nos dirá lo que ha pasado cuando despierte. Pero todo esto... ¡puaff! -Y la chica sacudió la cabeza con profundo desagrado-. Es algo que me revuelve el estómago.

Los nuevos monstruos fueron sacando metódicamente sus largas y afiladas lenguas y pinchando en las gargantas de los titanios. Gerry reprimió un estremecimiento y volvió los ojos aparte. Encontró a su novio estudiando cuidadosamente el cuerpo del monstruo que había resultado muerto por el tiroteo.

-¿Encuentras algo?

-Un poco -dijo abstraído-. Esa lengua parece como si estuviese dispuesta como una aguja hipodérmica. Y en el interior de la trompa tiene una serie de bolsitas que contienen una sustancia aceitosa.

Gerry se tuvo que ver forzada a sí misma a esperar pacientemente a que terminaron los monstruos su quehacer de chupar la sangre a los titanios, abandonados a aquella extraña ceremonia. Finalmente desaparecieron buenamente y los sonidos de los cascos se perdieron por toda la ciudad, que de nuevo cayó en un silencio mortal. Y nuevamente se oyó el doble golpe del enorme gong. Los tres titanios despertaron con los ojos brillantes y pareciendo sentirse aliviados, volviéndose hacia sus huéspedes con inclinaciones de su exquisita cortesía.

Gerry volvió a entregar el casco de la transmisión de los pensamientos al titanio más representativo del grupo con la urgencia que tenía de conocer cuanto antes lo que necesitaba. Especialmente lo que existía de misteriosa relación entre ellos y aquellas bestias, olvidando incluso por un momento su afán primordial en relación con *El Arca.*

-Son los gora -dijo el titanio a través de las emisiones mentales, anticipándose a las preguntas de Gerry-. Son nativos de este mundo.

-¿Quiere usted decir que ustedes no lo son?

-No. Hace ya muchos años los ancianos vinieron aquí procedentes de una lejana estrella. Se produjo una gran catástrofe en nuestro hogar de origen, aunque yo sé muy poco sobre el particular. Cuando llegamos aquí, nuestra presencia hizo resentirse a los gora. Pero sus catacumbas se hallan bajo el suelo y nosotros decidimos no interferirnos con ellos. Entonces se descubrió por los gora que nosotros teníamos una glándula singular en nuestros cuerpos... -

Y el titanio levantó su barbilla dejando la garganta al descubierto. Aparecía una abertura enrojecida por el reciente experimento-. Antiguamente, cuando nuestra raza se expandía -continuó el titanio-, nuestros artesanos ejecutaban verdaderos milagros con los metales, en virtud de una secreción procedente de esta glándula que todos poseemos. Ahora, sin embargo, ya no tenemos necesidad de construir nada más y este secreto se ha perdido.

-Una ráfaga de estremecimiento pasó por todos los miembros de la tripulación de *El Arca.*

-Por tanto, en nosotros, tal glándula es un vestigio de un órgano sin valor. Pero para los gora, tal secreción sirve, no solamente como alimento y bebida, sino como un material plástico muy valioso para diversas finalidades. Desde el momento en que lo supieron, se produjo un constante estado de guerra entre nosotros. Los gora, nos atacaban en grupos o individualmente, haciendo incursiones nocturnas en nuestros propios hogares. Una vez capturado, un titanio rara vez volvía a verse vivo. Era condenado a permanecer esclavo en las profundidades, siguiendo una muerte en vida. Nosotros, por nuestra parte, luchábamos con armas poderosas. Lanzábamos incluso gases mortales a las minas de los gora, les poníamos trampas, combatiéndoles por todos los medios posibles. Cansados, al fin se impuso la inteligencia superior y se resolvió el problema. Para acabar aquella fútil y destructora guerra continua, nosotros como raza dominante, hicimos un pacto con los gora inferiores. Después de todo, la secreción glandular era algo sin importancia alguna para nosotros. Así, pues, convinimos en que cada dos revoluciones planetarias, les permitiríamos venir a tomar esa secreción glandular. Durante ase tiempo, los gora tienen permiso para venir de las profundidades y reponerse de sus necesidades de tal secreción. Este período, conocido como el Tiempo de la Ofrenda, se marca con el sonido del gran gong. En recompensa, los gora estuvieron conformes con tomar sobre sí todas las tareas manuales y cuidar de la ciudad, manteniéndola limpia y en buen estado. Ellos limpian hogares, trabajan en nuestras máquinas, revelándonos de todo trabajo manual molesto, y permitiéndonos preocuparnos sólo de nuestras investigaciones culturales y disfrutar mejor de la vida. Y así, en virtud del intelecto, hemos relegado a los gora el estado de ser nuestros verdaderos esclavos. Ellos dependen totalmente de nuestros obsequios de secreciones glandulares. Tienen que doblegarse ante nuestros caprichos o sufrir las consecuencias. Por lo demás, el índice de nacimientos entre nosotros es cada vez más bajo, como lo habrán ustedes podido imaginar, viendo las porciones exteriores de nuestra ciudad, que ya hace tiempo están fuera de uso. Este hecho viene a reforzar nuestra posición dominante.

Gerry y Strike intercambiaron una mirada de profundo horror.

-¡Qué convenio tan monstruoso! -dijo la chica desfallecida.

Barrows sonrió incómodo.

-¡Hace falta ser idiotas para comportarse así! -dijo el oficial-. ¿Cómo no miran a su alrededor? ¿Es que no se dan cuenta de su decadencia mental y moral, como resultado de su vida fácil? ¡Una raza dominante! Los gora les dan algunas concesiones y chupan sus secreciones glandulares la cosa más preciosa que poseen...

-Pobres pequeños hijos de Esaú -dijo Gerry sombríamente-. Vendiendo su primogenitura por un plato de lentejas...

El titanio, capaz de detectar los pensamientos de Gerry, se inclinó cortésmente.

-Perdone, no comprendo.

Gerry, se quitó el casco, golpeándolo en el brazo.

-Yo tengo un naranjal en California -dijo la chica con aparente desatino-. Y tenemos un problema constante con las hormigas.

-¿Tías? -repitió Tommy-. ¿Disgustos de familia?

-Hormigas. Esas pequeñas criaturas que se meten en todas parte con una persistencia increíble.

-Eso describe muy bien a mis parientes femeninos, desde luego.

-No, hablo en serio, Tommy. Las hormigas tienen una sorprendente, complicada y bien desarrollada economía. Se llevan los pulgones del naranjo y los deja sobre las tiernas hojas de

Librodot

los limoneros, para que extraigan los jugos vitales de la planta. Después, las hormigas vuelven y estrujan a los pulgones con sus fuertes garras para obligarles a exudar el jugo absorbido. Las hormigas hacen pronto su recolección y se la llevan a sus hormigueros, manejándolos como los hombres manejas a las vacas, por ejemplo. Y cualquier aproximación a su pequeño sistema, de cualquier intruso es repelido con verdadera furia.

-Ya comprendo la analogía. Quieres decir que la relación entre los titanios y los gora es un caso paralelo. Los gora son las hormigas en tales costumbres... Ya. Un caso de simbiosis.

Se produjo un silencio de unos segundos, mientras que los titanios miraban atentamente de uno en otro, tratando de interpretar las expresiones de lástima y piedad de los terrestres. Y de nuevo, llegó para los humanos, más angustioso que nunca, el sentido de su angustiosa situación y la necesidad de decisiones urgentes y rápidas.

Pero se hallaba entonces agudizado por el conocimiento de que una solución posible, viniese a ponerle en las manos, la clave deseada.

Gerry se puso su casco transmisor de pensamientos. Con su mejor diplomacia, comenzó a inquirir sobré la posibilidad de obtener una provisión de secreción glandular. Las respuestas de lo titanios fueron evasivas a través de sus respuestas mentales, lamentablemente negativas. Con grandes demostraciones de sentimiento y de pena, haciendo oportunos gestos con las manos, indicaron que sería una violación técnica de su pacto con los gora. No hubo forma dé convencerles, tentándoles con ofrecimientos de intercambio comercial.

Strike, repentinamente se inclinó hacia adelante y desconectó la palanquita del casco de Gerry.

-Antes de que empiece a perder la calma y sueltes tu genio -le urgió su novio- y lo eches todo a perder, ¡Mira! Es obvio que los titanios están asustados por lo que los gora pudiesen hacer en represalia. Eso de que la substancia pudiera violar el pacto, es solo un pretexto. Y si están asustados, no habrá forma de persuadirlos. Tengo una idea. Vamos a dejar la visita por hoy y te diré más tarde lo que he planeado.

El sol distante ya había desaparecido y el enorme globo de Saturno emergía en el bajo horizonte. Gerry pidió excusas, rehusando disfrutar de la hospitalidad de los titanios por más tiempo, prometiendo aceptarla más adelante. Prometió volver al día siguiente y continuar y resumir aquellas interesantes conversaciones. Escoltados por los graciosos titanios, visiblemente aliviados por el cambio de propósito, Gerry y sus hombres marcharon hacia las colinas donde descansaba el navío rector.

El salvavidas apenas era suficiente para acomodar a todo el grupo. Había el suficiente carburante para llevarlos hacia *El Arca.* Gerry, antes de despegar se volvió para hablar.

-¿Sería mucho preguntarte, qué es lo que hay en tu imaginación, amor mío?

Strike sonrió.

-Ahórrate el sarcasmo. He aquí lo que yo veo en todo esto. No estamos seguros de si esa misteriosa sustancia titania nos servirá o no. Esa es la primera cosa que debemos conocer. Después, quizá exista una razón para luchar por ella.

-¿Y cómo podemos descubrirlo?

Strike sacó de su equipo la decapitada cabeza del gora abatido, y la agitó triunfalmente en el aire.

-Aquí tenemos una muestra de la sustancia misteriosa de las encías de ese monstruo. Será suficiente para que Baumstark haga un ensayo.

No se llevó mucho tiempo, en que de vuelta con *El Arca,* el ingeniero jefe realizara el ensayo deseado. Desapareció inmediatamente en la sala de motores con el soldador en una mano y un pequeño recipiente de la importante y misteriosa secreción, en la otra, hacia los rotores y el eje matriz en que debía ser insertados. Apareció un resplandor rojizo y unas sombras danzando a su alrededor. Finalmente, Baumstark reapareció. El gesto de su rostro era tan amplio y expresivo que dejó caer el tubo de oxígeno de la boca. Formó con el pulgar y el índice un redondel, agitándolo en el aire alegremente.

-¡Perfecto! -dijo explotando de alegría-. ¡Va perfectamente!

Más allá de cualquier cuestión, el secreto de las ancianos titanios y de su genio técnico en el uso de los metales, yacía en sus secreciones glandulares, que actuaba como un fundente milagroso. Con su empleo, bajaba el punto de fusión de la neutrexita por debajo del punto de peligro del berilio, fundiendo la aleación de los rotores en la matriz, a las mil maravillas.

Surgió una animada conversación entre los que habían estado en la ciudad y los que habían quedado en *El Arca.* Entonces, Baumstark, puso sobre el tapete una difícil cuestión.

-Necesitaré bastante sustancia de esta, para el trabajo que tenemos que hacer. ¿Es posible conseguirla?

-Por eso quería sacarte de allí, antes de explicar mi plan, Gerry -dijo Strike-. Tenía miedo de que los titanios pudieran leer tus pensamientos, mientras te decía lo que intento hacer. Tenemos que recoger todas las jeringas hipodérmicas que existan en *El Arca* e improvisar más si no encontramos las suficientes. Entonces, volveremos a la ciudad nuevamente. Cuando llegue el Tiempo de la Ofrenda, entraremos y nos auxiliaremos nosotros mismos. Tiene que ser hecho sin el conocimiento de los titanios, por supuesto. Están demasiado asustados por sus vecinos «inferiores» para arriesgar ninguna violación al pacto establecido. Y naturalmente tenemos que echar mano de esos repugnantes gora y hemos de pensar en la forma de hacerlo mientras tanto.

La excitación corrió como la electricidad a través de la tripulación.

Llegó la oscuridad de la noche, de una negrura impenetrable. Pero la esperanza había estallado como una chispa ardiente. Con coraje y destreza podrían salvarse definitivamente.

Cuando llegó el amanecer, Strike expuso con exactitud y claridad su plan de campaña. Gerry, voluntariamente, le confió el mando total de la expedición. En *El Arca* habían instalado dos cañones protónicos, dos armas de una potencia increíble, maravillosas y devastadoras; pero eran demasiado pesadas. En consecuencia, Strike dejó una escuadra para que permaneciese en *El Arca,* con órdenes de usar los cañones protónicos si era preciso, en una lucha final y en caso extremo. Las últimas reservas de carburante del reactor se habían consumido con el regreso y la expedición tendría forzosamente que operar a pie. Dieciocho hombres de la tripulación, incluyendo a Gerry y a Strike, formaron en grupos de a tres personas cada uno. Uno de ellos iba equipado con las agujas hipodérmicas y los recipientes para obtener el fluido vital y dos más, armados hasta los dientes. El resto de los hombres se alinearía en un ejército de pequeñas guerrillas, entre *El Arca* y la ciudad de los titanios, preparados para una lucha a retaguardia si la acción fuese necesaria.

-Esto puede ir tranquilamente, sin disparar un tiro -explicó Strike-. Espero que así suceda. Pero si tenemos que luchar y nuestras vidas lo valen, lo haremos hasta perderlo todo.

Calculando el tiempo, para llegar poco antes del Tiempo de la Ofrenda, en la mañana, Gerry Carlyle y Tommy Strike condujeron su pequeño grupo sobre seis millas de terrenos áridos y desérticos, hacia la ciudad titania. Aunque se hallaban empujados por la excitación y el interés de la aventura, su expresión demostraba su desesperada determinación, de dar el golpe con éxito, costase lo que costase. Ya sabían el castigo que suponía el fracaso. Era la muerte, y no por los gora, sino por la sed o el hambre. En el satélite había muy poca agua y el alimento que habían probado con los titanios era imposible para el consumo humano. Tenían que vencer o morir.

Gerry fue saludada por el mismo trío que les había recibido tan amistosamente el día anterior. Aparecían sonrientes y graciosos como de costumbre. Un sensible remordimiento, escarbó en la conciencia de la chica.

-Mi único y verdadero sentimiento -dijo Gerry-, es que no podamos quedarnos y descubrir los muchos secretos que yacen escondidos en esta vieja ciudad.

-No te olvides de Kurtt -le recordó su novio-. Debe ya haber hecho un tercio de su viaje de vuelta a la Tierra.

-Lo recuerdo bien. Pero la carera no me preocupa. Podemos quizá no vencer todavía; pero existe la certeza de que Kurtt no la ganará tampoco.

-Tu lógica se me escapa, cariño. No obstante, estoy de acuerdo de que aquí hay mucho de

interés para nosotros. Lástima que tengamos que luchar para salvar nuestras vidas. Quizá podamos volver algún día con más tiempo... Sí, quizás...

El grupo llegó a la parte ocupada del interior de la ciudad. El titanio, empezó a decir por señas que le gustaría seguir comunicándose por mediación del casco transmisor de pensamientos. Strike pronto repartió las escuadras a nivel de la calle, con la consigna de estar bien alertas para la señal. Las botellas de oxígeno fueron sujetadas a los cinturones, para dejarles las manos en libertad. El potente zumbido de los golpes del gong llegó enseguida.

Los titanios, como de costumbre, se deshicieron en excusas, lamentándolo infinitamente, y diciendo que tenían que dejar por el momento a su huéspedes. Strike se inclinó cortésmente, haciendo los adecuados gestos con las manos, mientras les observaba desaparecer.

-¡Ahora! -gritó.

Las escuadras se esparcieron a sus puntos asignados. Strike, Gerry y el joven teniente Barrows, se precipitaron al inmediato apartamento. Los titanios ya se habían sumido en su sueño letárgico. Rápidamente, Gerry esgrimió una enorme aguja hipodérmica y empezó el trabajo. Mientras Barrows sostenía el recipiente, ella extraía el líquido y lo depositaba, agotando las glándulas de los titanios. Strike echó mano de la más pequeña pieza de furnitura de la habitación, en forma de una banqueta de piano. Strike se montó a horcajadas sobre el agujero y esperó. Como el ruido de una distante catarata, el restregar de millares de pequeños pies, llegó a sus oídos. Aquella barahúnda se aproximaba más y más cerca. Y entonces, algo apareció en el límite de su visión en el negro agujero. Una horrible trompa apareció a la vista.

-¡Vamos, abajo! -gritó Strike.

Y estrelló la banqueta contra la cabeza del horrible animal. El gora se desvaneció con un silbido agonizante. El agujero estaba completamente bloqueado por la banqueta. Gerry y Barrows miraban con inquietud en todas direcciones. Reasegurados por la mueca de Strike, se volvieron al segundo titanio durmiente. Bajo el banquillo, los gora empujaban hacia arriba fanáticamente; pero no suponían problema alguno para el peso y la fuerza de Strike. Del agujero salió hacia arriba, proyectada, una de las agujas largas y huesudas de uno de los gora, que Strike aplastó rápidamente de un golpe devastador.

Sobre la ciudad entera, los sonidos de las bestias enfurecidas llegaban a sus oídos. Los que habían sido bloqueados habían expandido la noticia con toda seguridad. Una enorme cantidad de monstruos surgieron de los distintos agujeros abiertos en otros apartamentos, convergiendo hacia el foco que había causado el disturbio. Justo cuando Gerry comenzaba su trabajo sobre el tercer titanio durmiente, cuatro de aquellas bestias irrumpieron en la estancia, silbando furiosamente. Strike empuñó una gran mesa y con una mano la lanzó sobre los gora, estrellándolos a través de la habitación. Se sentó sobre el banquillo que aún bloqueaba el agujero y echó mano de dos pistolas.

-¿Qué os parece? No lo estoy haciendo tal mal.

Sus disparos de rayos caloríferos saltaron una, dos veces. A poco, seis gora muertos barricaban efectivamente la entrada de la habitación. Gerry se dio prisa a terminar el trabajo y tiró la aguja hipodérmica a un lado. Barrows tapó cuidadosamente el precioso barril de fluido.

-¿Todo dispuesto? -preguntó Strike.

A la señal afirmativa de Gerry otra ola de goras asaltantes empujaron sobre la maraña reptiliana de los muertos anteriores. Los gora empezaban a avanzar. Fríamente, los tres empezaron a disparar una y otra vez, reculando hacia una ventana que daba a la calle. El olor a carne quemada llenaba la habitación. Los titanios, despiertos y levantados por el clamor de la lucha y el asalto, se echaron hacia un lado. Todavía medio dormidos, agitaban las manos en un gesto de inútil desamparo. Barrows fue el primero en deslizarse por la ventana. Su desaparición fue marcada por una exclamación de dolor y de rabia. Gerry y Strike, que le siguieron, encontraron al teniente batallando ferozmente. La sangre le corría de una herida que tenía a través de la frente y con dos heridas más en el brazo izquierdo. Se encontraba cercado por goras que se retorcían moribundos.

Las restantes escuadras de *El Arca* se aproximaron, convergiendo sobre el punto central de la cita, luchando en acciones de retaguardia. Strike pronto tuvo que hacer un recuento de sus efectivos de combate.

-¡Diecisiete solamente! ¿Quién falta?

Era Kranz el que faltaba, el veterano de las aventuras de Carlyle, desde la primera expedición. Muerto o no, no era posible dejarle atrás. Sin pensarlo más, Strike preguntó en qué apartamento había sido visto Kranz, y comenzó a llamarlo a grandes voces.

-¡Venid, muchachos, vamos!

De un empujón feroz se deshizo del círculo de goras atacantes y se dirigió como un rayo al edificio en que se hallaba Kranz, donde desapareció en su interior. Tras un momento de vacilación, cuatro hombres le siguieron. La estructura del edificio tembló con la furia de la batalla que se desarrolló en el interior. A poco, Strike apareció con Kranz, sangrando y semiinconsciente, echado sobre un hombro. Aquel peso imposibilitaba a Strike resistir los ataques de sus enemigos. Se mordió los labios, dejó escapar un grito desesperado y echó mano a sus dos pistolas de rayos caloríferos, que comenzaron a vomitar su mortal fuego, como ametralladoras. Por unos instantes los gora parecieron a punto de vencerle. Pero antes de que ello sucediese estallaron en un confuso pánico ante el avance de tan terrible máquina de destrucción. Salieron enloquecidos huyendo y esparciéndose por doquier.

Strike y los otros se reunieron con Gerry. Kranz todavía continuaba como un fardo sobre el hombro del Capitán.

-Ahora es nuestra oportunidad -sugirió Strike, entre chupadas de su botella de oxígeno-. Salgamos corriendo mientras continúan desorganizados. ¿Qué os parece? ¿Dispuestos?

-Sí, Tommy -repuso la chica, obediente.

Gerry encabezó el éxodo de la ciudad, procurando correr ahorrando energías, cubriendo largos espacios, dada la facilidad de la baja gravedad del satélite. Cruzaron la inmensa planicie y pronto estuvieron saltando sobre las colinas, dentro del apoyo de la partida que allí les esperaba antes de que los gora pudieran comenzar su persecución. Sin detenerse, Gerry y su grupo continuaron corriendo. Sólo tenían como principal objetivo llevar el fundente milagroso y vital a *El Arca.* En veinte minutos de terrible y fatigosa caminata recorrieron más de tres millas. Agotados, hicieron una breve pausa, que aprovecharon para tenderse en el suelo con ansiedad contenida y aspirar oxígeno de sus botellas supletorias, ávidamente. Pero las botellas estaban prácticamente agotadas por el uso hecho en toda aquella aventura en Titán, y ya podían considerarse vacías. Se dieron cuenta de la trágica situación y Strike se levantó lentamente del suelo.

-No hay tiempo para descansar, supongo. Ha sido culpa mía no haber previsto más botellas de oxígeno. Procurar moverse lo más despacio posible, y ahorrad todo el oxígeno que podáis, para la escapada final.

Se hallaban todavía a un cuarto de camino de la astronave, cuando la retaguardia les avistó. Con la cara amoratada por la falta de oxígeno y heridos, sangrando por los cortes y pinchazos recibidos de los gora, caminaban en un estado de último agotamiento mortal. Pero no había respiro posible: a poca distancia apreciaron una columna de polvo que se levantaba a lo largo del sendero que traían. Lo producía una manada de goras que atacaban en estampida, dispuestos a vengar los muertos de su especie y a destruir a los intrusos que habían robado parte de su vital economía.

Como si el peligro no fuese lo suficientemente grande todavía, el jefe de la retaguardia inyectó otra amenaza sobre aquella trágica situación.

-¡Las pistolas de rayos calóricos, *miss* Carlyle! -murmuró exhausto-. Apenas funcionan. ¿Tiene usted algunas de repuesto?

Una rápida comprobación demostró lo contrario, y las pistolas de casi todos se hallaban realmente casi exhaustas de carga. Strike se cambió el pesado fardo de Kranz de un hombro a otro.

-Bien, Gerry, ¿qué solías hacer en tu naranjal de California cuando las hormigas eran tan

Librodot

malas como éstas? -Poníamos un dispositivo patentado alrededor del tronco de los árboles impregnado con algo que las hormigas no podían cruzar -repuso Gerry pensativamente-. Una especie de estrategia de «no pasarás». -Y la chica se detuvo, como si tuviera una nueva idea a mano. Se aproximaban por un estrecho desfiladero, entre unos acantilados rocosos. En la parte lejana del acantilado estaría la planicie que conduciría en derecho hacia *El Arca.* ¡Si pudiesen bloquear aquel desfiladero!

-¡Ya está! -gritó Strike-. ¡Les daremos una supercolosal paliza!

Todos le miraron como si estuviera volviéndose loco. Pero el Capitán condujo al grupo lo más rápidamente que pudo hacia la parte baja del cañón, deteniéndose precisamente en la parte más estrecha.

-Con la energía que nos queda en las armas no podríamos aniquilar a los gora -murmuró-. Pero podremos hacer una barrera infranqueable. ¡Mirad!

Se volvió y apuntó con un disparo continuo al fondo rocoso del cañón. Aquella piedra de origen volcánico, antigua lava derretida, comenzó a humear débilmente y a enrojecerse fundida por el terrible calor de los rayos caloricos. Finalmente comenzó a burbujear y a espesarse como un geyser de barro conforme se iba derritiendo. Pero aquel esfuerzo había agotado el arma de Strike, que dejó por inútil. Pero los otros captaron la idea. Reunieron todo el tremendo poder de sus armas y sin descanso continuaron derritiendo el fondo rocoso del cañón, de un lado a otro del paso. Consiguieron hacer una barrera de cinco pies de altura, que se extendía a través del cañón, de lava derretida. Cuando todas las armas quedaron exhaustas, el grupo se apartó a una distancia segura y esperó el resultado.

La vanguardia de los gora apareció a la vista corriendo a todo correr, lanzándose hacia abajo por el cañón, en forma de una estrecha V, aproximándose cada vez más hacia la hirviente barrera. Cuando estuvieron casi encima del magma ardiente, los gora de vanguardia se detuvieron aterrados, silbando horriblemente. Pero los que venían detrás no veían razón alguna para detenerse, cayendo sobre los de la delantera con un ímpetu incontenible. Lanzando alaridos de dolor, se retorcieron en una breve tortura. Se levantó en el acto una nube de vapor, que ocultó la visión. Los gora gritaban enloquecidos y cegados por aquella nube de vapor que les achicharraba, en su insensata furia, lanzados a una muerte segura en bloque.

Strike fue el primero que advirtió al grupo.

-Mejor es que nos vayamos, muchachos. Eso se enfriará y algunos podrán pasar a su través.

Y apartándose de la horripilante escena, la expedición continuó su camino lentamente hacia adelante. Por fin, pudieron alcanzar *El Arca* sin más incidentes.

Su primera reacción fue dirigirse a la sala de recreos de la astronave, encerrarse herméticamente en ella y bañarse literalmente en el oxígeno salvador. Incluso Kranz, herido seriamente, aunque no de mucha gravedad, tuvo que saturarse de oxígeno antes de pasar a la enfermería. El poder respirar a pleno pulmón fue la primer recompensa de su lucha y su victoria.

Durante dos días y noches titanias, turnos constantes de fanáticos trabajadores continuaron fundiendo y soldando sin darse un segundo de respiro. A intervalos decrecientes, bandas de gora merodeaban por los alrededores de El Arca, no queriendo todavía abandonar su presa; pero un disparo del cañón protónico pronto les convenció de tener que desistir de aquel entretenimiento tan peligroso. En las últimas horas de duro trabajo, no hubo ninguna otra interrupción. Finalmente, el centrifugador se halló completamente reparado y nuevas planchas metálicas habían sido instaladas, para aislar nuevamente la sala de motores. Cuando Gerry lo dispuso todo para la partida de Titán, sentía una curiosa mezcla de alivio y repugnancia.

No tenía miedo de que aquellos titanios sufrieran a causa de la interferencia de los humanos. Los gora dependían demasiado de los titanios, para vengarse de ellos. Pero había mucho que aprender, muchos misterios fascinantes que descubrir y una gran historia que reconstruir de aquella perdida y antiquísima civilización... Gerry deseó fervientemente tener

la oportunidad de poder volver de nuevo alguna vez e incluso poder ayudar a los buenos titanios a romper las cadenas que les ligaban a sus parásitos y repulsivos dueños.

Pero entonces, de nuevo surgía la realidad. Había que marcharse inmediatamente: estaban Kurtt y Von Zorn tras él y su porvenir en peligro. Sí, había que resolver la gran partida emprendida y cuanto antes mejor.

Se cerraron las aberturas de *El Arca* herméticamente.

-¡Adelante, a toda velocidad! -ordenó Gerry. Los rotores comenzaron a silbar suavemente en tono cada vez más potente, hasta llegar a una frecuencia de ultrasonidos, inapreciables para los oídos humanos. *El Arca* tembló, llena de la fabulosa potencia de sus motores. Hubo unos segundos de temor por parte del ingeniero y los técnicos, mientras observaban el funcionamiento de conjunto. Pero no había, afortunadamente, ningún signo de debilidad, ni de fallo alguno, El centrifugador reparado funcionaba como si estuviese recién montado.

El Arca comenzó a acelerar rápidamente. Titán comenzó a alejarse vertiginosamente bajo la popa de la enorme astronave, reduciéndose en tamaño, hasta el de una pelota de «baseball», quedando a los pocos momentos en el cielo un punto grisáceo que pronto se desvaneció en la negrura cósmica del espacio. El mismo gigantesco Saturno también se alejaba, disminuyendo de proporciones, como si fuese ahogado por sus propios anillos. La astronave ya comenzaba a aproximarse a la velocidad de miles de millas por minuto. La aceleración continuó sin descanso, con el terrible poder de *El Arca* y sus fantásticos centrifugadores. Allí no era problema preocuparse por el carburante, y Gerry sólo tenía que poner a prueba la astronave con su infinito poder, basado en la fuerza centrífuga, y empujándola más y más de prisa por los inmensos espacios del Cosmos. Un fallo mecánico inesperado era la única fatalidad posible. Cuidadosamente calculados los poderes de los centrifugadores, bajo la terrible presión de aquella velocidad increíble, y que ella decidió que El Arca podría soportar bien, la chica siguió elevando al límite posible la terrible fuerza de la gigantesca astronave dispuesta a ganar la partida empezada, aunque pareciese imposible. A semejante velocidad, más allá de cuanto pudiera alcanzar ningún reactor atómico, Júpiter pronto apareció a estribor con su enjambre de satélites, que pronto se fue quedando atrás, hasta perderse igualmente de vista.

Los días pasaron rápidamente a bordo de *El Arca,* que continuaba en su loca trayectoria a través del espacio. El cinturón de asteroides presentaba el peligro de su azarosa barrera. Pero Gerry, desdeñando el peligro, en vez de sortearlo por encima o debajo, lo atravesó directamente, ayudada por los maravillosos aparatos detectoras de *El Arca,* ganando así un tiempo preciso en su carrera contra reloj.

Finalmente, el disco amarillo verdoso de la Tierra apareció en el espacio, creciendo de volumen hasta apreciarse fácilmente a simple vista. Una preocupación colectiva corrió a través de todos los componentes de la tripulación conforme se aproximaban al fin de la jornada. A despecho de la tremenda carrera, no se advertía el menor signo del profesor Erasmus Kurtt, ¿Habría ya llegado y obtenido el triunfo? De ser así, la presencia de *El Arca,* imponente y magnífica, sería una humillación insufrible. El discurso cálido y cordial de Gerry, desafiante y orgullosa, había quemado todos los puentes. Se convertiría en el hazmerreír de todo el sistema solar. Strike, finalmente, expresó sus dudas en voz alta.

-Me parece, Gerry, que no podremos coger por ahora a Kurtt. Seguramente debe ya estar en casa, aunque quizá haya podido estrellarse por algún sitio. Quizá debiéramos haber capturado otro dermafos en Saturno, antes de salir de allá. Quizás...

-Quizá pienses que Kurtt habrá ganado esta apuesta -le interrumpió su novia-. Admito que ha tenido tiempo de acelerar lo suficiente para alejársenos demasiado. Pero puedes aceptar desde ahora mi palabra, Tommy. Lo encontraremos totalmente desamparado, probablemente girando alrededor de la Luna, convertido en un satélite.

Strike farfulló algunas palabras estúpidamente, ante la formal afirmación de la chica. Pero su asombro no fue nada, comparado con la emoción que sintió cuando entraron al alcance telescópico de la Luna. Empezaron a decelerar y de pronto ¡allí estaba, efectivamente, el

profesor Kurtt, dando vueltas alrededor del satélite terrestre! La sección de cristal transparente de su reactor atómico era inconfundible. El navío giraba sin cesar alrededor de la Luna, en una órbita excéntrica, alongada por el gran poder de atracción de la Tierra.

Strike se volvió hacia su novia, algo molesto.

-¡Bien, bien! Dejemos aparte la risa. Explícame esto, ¿quieres? ¿Cómo lo sabías? ¿Qué es lo que ha ocurrido con Kurtt?

Gerry controló su buen humor.

-Es bien sencillo, Tommy. Tiene como base el estudio de nuestro oficio: el conocimiento de las especies que cazamos. Y Kurtt no lo hizo. Nos dejó hacer todo el trabajo, para llegar con las manos limpias y robarnos el monstruo, del que no conocía nada en absoluto. Una de las cosas fundamentales que ignoraba es que el dermafos necesita uranio para su especial metabolismo. Se dedicó a almacenar una gran cantidad de vegetales para alimentarlo, como pudimos apreciar cuando nos robó el dermafos. Pero en ese alimento apenas se almacenaba una pequeña cantidad de sales de uranio. Al robarlo, lo depositó en el departamento de cristal de su aparato, el cual ha quedado expuesto directamente a los rayos del sol durante varios días. ¿Y qué ha ocurrido? El metabolismo de esa criatura, acostumbrado a un mínimum de luz solar, se ha incrementado enormemente. Y ha debido volverse hambriento como un cuervo. Se ha tenido que comer toda la vegetación y probablemente las demás especies de Saturno a su alcance en el departamento preparado para él. Pero un dermafos no puede utilizar este alimento sin la ayuda catalítica de las salas de uranio. Y sin duda alguna ha sentido la presencia próxima, seguramente por radiación, del uranio 235 que alimenta los motores del reactor. Yo conozco la especial construcción de ese tipo de espacio-nave, como la que Kurtt ha utilizado. Entre la sala de motores y el departamento en que está enjaulado el dermafos sólo media una ligera puerta metálica, que ha debido aplastar fácilmente. El dermafos, cada vez más estimulado por la permanente luz solar, después de romper la comunicación ha debido ir derecho, por instinto, hacia la provisión del uranio, que ha debido tragarse rápidamente en unos cuantos bocados. Kurtt, por tanto, sólo ha quedado con el combustible atómico remanente en la cámara de combustión y en los tubos alimentadores; pero sin fuerza para decelerar para un aterrizaje correcto en la Tierra. Y lo único posible para él ha sido quedarse en una órbita de frenado alrededor de la Luna, que le ha convertido definitivamente en un satélite.

Strike se quedó mirando fijamente a su novia, casi con exasperación, resentido por su omnisciencia. Y con todo, aquello era aparentemente correcto. Siendo así, la cosa tomaba el cariz de una broma fenomenal. Y no tuvo más remedio que soltar el trapo de la risa.

-¡Entonces, era por esto por lo que te pusiste a reír cuando acabó de robar nuestro dermafos! Bien, espero que todo haya salido así, gatita.

La excitación a bordo de *El Arca* subió de tono al aproximarse a la Luna y a la espacio-nave desamparada de Kurtt. Algunos yates aéreos privados, como pequeños salvavidas brillantes en el espacio, se habían remontado de la Luna, para divertirse con aquel inesperado espectáculo. Los espaciotaxis de servicio en Hollywood de la Luna, igualmente se aproximaban cargados de pasajeros a disfrutar del extraño fenómeno. Todos se apartaron rápidamente, como una bandada de pájaros, ante la majestuosa presencia de *El Arca,* que se puso junto al reactor convertido en satélite.

-Kurtt estará sufriendo una buena rabieta por el momento -dijo Gerry-. No puede ganar la carrera, a menos que pueda volver con el propio poder de su reactor atómico, y no puede hacerlo, a menos que alguien le lleve una provisión de combustible. Y eso, por supuesto, es contrario a los términos de la contienda.

Con destreza, se maniobró para colocar *El Arca* a la altura del departamento encristalado. Aquello parecía desierto de vida, animal o vegetal. Gerry había tenido razón sobre el voraz apetito del dermafos. El profesor Kurtt en persona hizo su aparición a través de una de las lucernas delanteras del navío. Se quedó mirando fijamente a *El Arca,* como el asesino que contempla el espíritu de su víctima. Un mudo terror le hacía saltársele los ojos de las órbitas.

Gerry aproximó decididamente la gigantesca espacio-nave para tomar contacto. Kurtt rehusó con gestos de pantomima; pero la chica apretó el botón que automáticamente dejaba al descubierto el cañón protónico de la banda, apuntando directamente al reactor de Kurtt. Como una fiera acorralada, obedeció. Apareció seguidamente, embutido en un traje espacial, y sus hombres ayudaron a la reunión de los dos navíos por el tubo de contacto. Gerry condujo a la tripulación a la nave contraria. Totalmente vestidos en trajes de presión, ignorando por completo las hostiles miradas y las maldiciones proferidas en voz baja por los hombres de Kurtt. Gerry encontró al dermafos encerrado en el compartimiento del combustible. Rápidamente fue gaseado y puesto en estado de coma, amarrado con las bandas gravitatorias y transferido a *El Arca.* La presión en la gran astronave había sido nuevamente reconstruida, igual a la ambiental de la bestia en el planeta Saturno.

Y sin perder tiempo, ordenó perentoriamente al profesor Erasmus Kurtt que se presentara en la cabina de control. Kurtt entró a rastras, quitándose el traje de presión a una orden de Gerry. La chica y Strike permanecieron mirándole con fijeza, sombríamente, en silencio. Kurtt se ponía más y más nervioso a cada segundo que transcurría.

-Usted es más alto que yo -dijo Tommy-. Casi un peso pesado. Será un placer romperle la cara.

Kurtt farfulló una débil protesta. Pero Gerry la cortó en seco.

-Sólo un par de preguntas, profesor. ¿Tiene usted alguna objeción que hacer a nuestra recuperación del dermafos? Las leyes del salvaje, ya sabe. -Y la voz de la chica era venenosamente dulce, hasta el extremo de producir un escalofrío al canalla aventurero.

-Y en cuanto a esos chacales -dijo la chica, indicando con una mano el grupo de los forajidos de Kurtt-, ¿saben algo de lo ocurrido? ¿Pudieron haber visto el dermafos? ¿Se ha comunicado usted con alguno desde que salió a todo correr?

-Nn-oo. Ninguno sabe nada. Yo intentaba haa... llar por cálculo un... un camino hacia la... la Tierra.

La chica sonrió complacida.

-Esa afortunada circunstancia puede ahorrarle a usted muchas molestias. Incluso puede ser que no saquemos a relucir este asunto frente a un tribunal. Y ahora, Tommy, creo que el resto corresponde a tu departamento.

Tommy escoltó a Kurtt hacia otro departamento, que cerró por dentro. A través de la puerta se escuchaba débilmente un torrente de palabras.

-Usted provocó una catástrofe deliberadamente, dejándonos abandonados en mitad del espacio, y tranquilamente nos dejó morir a todos. No tiene idea del asco que me produce, Kurtt. Todos pensamos que, en resumen, usted es un piojo asqueroso. Y esto le hará a usted más daño que a mí...

Y se escuchó el seco golpe de un puñetazo chocar con un hueso. Y a continuación un tumulto de golpes y sonidos. Gerry puso una oreja a la escucha y poco después colocó el visífono en llamada hacia Hollywood en la Luna. Von Zorn no estaba allí; pero la llamada le fue transferida a sus oficinas de California, en la Tierra. A poco, las simiescas facciones del gran Von Zorn -el pequeño Napoleón de la industria cinematográfica- resplandecieron en la pantalla televisora.

-¡Vaya, es usted otra vez! -chilló el viejo mono-. Por los informes que había recibido de la Luna, me lo estaba imaginando...

-¿No quiere usted saber lo que ha ocurrido? -preguntó Gerry con sospechosa dulzura.

-Bien, adelante. ¿Qué ha sucedido? ¿Dónde está ese perro de Kurtt?

Cuidadosamente y sin omitir ningún detalle, Gerry le contó la completa historia de la aventura, y los trucos empleados criminalmente por aquel bastardo de Kurtt. A través del recital, la cara de Von Zorn pasó del rojo encendido a un blanco pastoso y después a un color peculiar de pulga oscuro.

-¡Dios! -rugió, con la completa evidencia de que la conducta criminal de su socio sería conocida en el mundo entero-. Yo... yo... compréndalo, yo no pude autorizar nunca que

Librodot

hiciese una cosa parecida. Conmigo había que suponer que sería una carrera y una apuesta justa, sin trucos. ¡Mi palabra de honor!

Gerry la gozó en grande sarcásticamente, con el espectáculo de Von Zorn removiéndose nervioso como un gato en su asiento y sudando por todos los poros. Y después, la chica añadió con tono de lamentación.

-Sí, claro, ya comprendo que sólo fue idea de Kurtt.

El alivio que experimentó Von Zorn resultó cómico.

-Bien, entonces -comenzó a decir animadamente-, yo echaré a Kurtt a patadas. Me lavo las manos por lo que le suceda. Absolutamente...

-Ah, ah, no tan pronto, amigo mío. Yo sé que usted no ha jugado sucio; pero ¿debe saberlo el mundo entero?

La tez de Von Zorn enrojeció de nuevo, para volverse pálida enseguida.

-Pero... pero usted no dará a conocer esa historia, para arruinarme por completo... Vamos, señorita. Yo sé que usted es mejor que todo eso... ¡Usted es toda una dama!

-Bien está eso; pero sepa que solamente una cosa me impide divulgar toda la historia de lo sucedido. Le permitiré firmar un armisticio, bajo mis propios términos.

-¡Cómo! ¿Está usted haciéndome un chantaje?

-No lo es -convino la chica con gentileza-. ¿Va usted a pagar?

-Bien, de acuerdo. ¿Y cuál es el precio?

-Un gigantesco banquete en mi honor mañana noche. Tommy, la tripulación y yo seremos sus huéspedes de honor. Usted será el anfitrión.

Von Zorn se escondió la cara entre las manos, ante el sólo pensamiento de tal humillación.

-Tendrá que haber muchas flores, celebridades del mundo del cine y locutores de la televisión en abundancia -continuó Gerry socarronamente-. El discurso de la velada tendrá que ser pronunciado por usted, comiendo un sencillo pastel. Naturalmente, tendrá que remarcar el hecho de que no solamente he logrado volver con el dermafos, sino que usted tomaba parte en la competición. Sepa que traigo conmigo a Erasmus Kurtt...

Se volvió, mientras se abría la puerta y Tommy Strike entraba en la cabina, arrastrando tras sí una piltrafa de hombre que dejó caer a los pies de Gerry con la orgullosa expresión de un gato que trae algo a sus cachorros. Ella, examinó aquello repulsivamente, de un vistazo.

-Sí -dijo volviéndose hacia la pantalla-. Traemos a Kurtt vivo y coleando.

Von Zorn estalló en una furiosa protesta.

-No puedo hacerlo. Es inhumano y cruel.

Gerry seguía dura como el diamante.

-¿Sí o no? Después de todo, le estoy poniendo las cosas bastante fáciles.

Von Zorn braceó visiblemente.

-De acuerdo. Esta vez puede que lo haga. Pero si ello me mata de vergüenza, yo en su lugar odiaría vivir en su conciencia.

Gerry y Von Zorn se miraron con silenciosas miradas a través de miles de millas de espacio, vía visífono. Lentamente Gerry sonrió.

-Es usted un buen perdedor, al menos.

-Y usted no es tampoco mala vencedora. Pero esto es solamente un asalto en la lucha. No ha terminado todavía. La próxima vez, ¿eh?

Gerry sonrió con una despectiva superioridad.

-Guárdese bien de lo que hace, hombrecito. Algún día aprenderá que está luchando fuera de su clase. Bien, nos veremos mañana a la noche. -Y cerró la pantalla, volviéndose hacia Strike-. Y eso es todo.

-Todavía no -la contradijo su novio-. ¿Es que has olvidado el acto final de todo melodrama, después que las fuerzas del mal han sido derrotadas y el villano convenientemente castigado?

Gerry sonrió tentadoramente. Tommy echó a un lado al aporreado Kurtt con una bota y abrazó a su novia. Hubo una pequeña lucha, aunque breve. Lucha que terminó con el bien

conocido gesto de mutua afección que existe entre el macho y la hembra de la especie humana.

FIN

Librodot